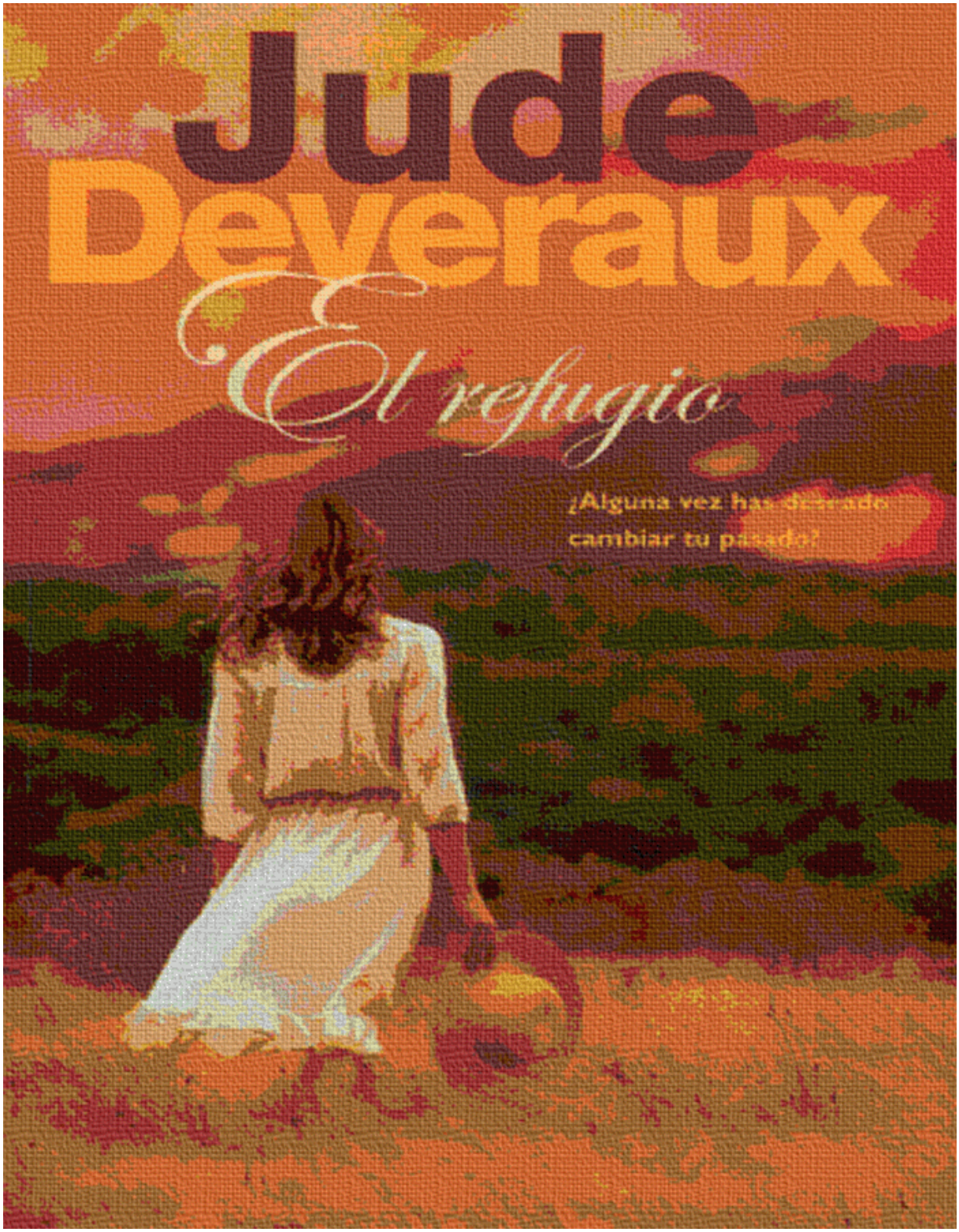
El refugio
Jude Deveraux




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# Primera parte

## CAPÍTULO 1

Leslie Headrick miró por la ventana de la cocina hacia el viejo cenador. En aquel momento, a principios de otoño, las parras y los retorcidos tallos de los rosales cubrían casi por completo la construcción. Sin embargo, en invierno, el porche acristalado quedaba al descubierto, al igual que la pintura desconchada de las paredes y el vidrio roto de la pequeña ventana circular que había sobre la puerta principal. Una de las puertas laterales colgaba de una bisagra, y Alan decía que era un peligro pasar por allí—

De hecho, Alan opinaba que toda la estructura constituía un peligro y que debería echarse abajo.

Aquel pensamiento hizo que Leslie retirara la vista de la ventana y la dirigiera a la bonita y perfecta cocina. Precisamente el año anterior Alan había cambiado la antigua por aquélla.

—Es lo mejor que había en el mercado había dicho, refiriéndose a los armarios de madera de arce y a las robustas encimeras.

Leslie estaba segura de que era lo mejor, pero echaba de menos el viejo y destartalado aparador galés y la pequeña mesa rinconera.

—Esta mesa y estas sillas parecen construidas por niños en una clase de manualidades —decía Alan, y Leslie estaba de acuerdo, pero su opinión sobre lo que era o no bonito difería de la de Alan.

Como siempre, dejó que su marido se saliera con la suya e instalara aquella cocina de anuncio. Sin embargo, cada vez que horneaba galletas o ensuciaba las perfectas encimeras que, por otra parte, se rayaban con facilidad, sentía que estaba estropeando una obra de arte.

Leslie se sirvió otra taza de té. Se trataba de un té inglés, comprado a granel, negro y fuerte, pues las bolsitas de té flojo no estaban hechas para ella. A continuación, se volvió para mirar de nuevo el cenador. Era un día para reflexionar, porque le faltaban tres días para cumplir cuarenta años. Además, lo iba a celebrar con dos mujeres a las que no había visto en diecinueve años.

Tras ella, en el recibidor, aguardaban sus dos maletas. Llevaba mucha ropa porque no sabía como iban a vestirse las otras dos mujeres y la carta de Ellie era muy imprecisa.

—Para ser una escritora famosa, no dice mucho —comentó Alan en un tono de voz áspero.

Lo cierto es que le molestó bastante descubrir que su mujer era amiga de una escritora de éxito.

—Pues yo no sabía que Ellie era Alexandria Farrell—dijo Leslie mientras contemplaba, asombrada, la carta—. La última vez que la vi. quería ser pintora. Era...

Sin embargo, Alan no la escuchaba. —Podrías haberle pedido que diera una conferencia en la empresa —comentó Alan—. Precisamente el año pasado uno de mis clientes me contó que su mujer era una fanática de Jordan Neale.

En Norteamérica, todo el mundo sabía que Jordan Neale era el personaje principal que Ellie, con el seudónimo de Alexandria Farrell, había crea— do. Jordan Neale era el tipo de mujer que las mujeres querían imitar

y los hombres... En fin, que la serie de novelas románticas y de misterio era un éxito. Leslie las había leído todas sin saber que la autora era la bella joven que había conocido hacía tanto tiempo.

En la quietud de las primeras horas de la mañana, y antes de que Alan y los chicos bajaran del piso superior, Leslie reflexionaba sobre lo que le había ocurrido en los últimos diecinueve años. «No mucho», pensó. Literal— mente se había casado con el vecino de al lado y había tenido dos hijos, Joe y Rebecca, que ya tenían catorce y quince años. «Ya no son unos niños», pensó mientras tomaba otro sorbo de té y seguía observando el cenador. . Quizá la carta y la invitación de Ellie, a quien no había visto durante tantos años, eran la causa de que Leslie reflexionara con tanta intensidad sobre el pasado. Según Ellie, el hecho de conocer a Leslie y a Madison fue algo que tuvo un impacto extraordinario en su vida; quería verlas de nuevo.

Lo cierto era que aquel encuentro también dejó una huella en su vida, reflexionó Leslie. Desde aquella tarde, diecinueve años atrás, pensaba con frecuencia en Ellie y en Madison y en aquel momento iba a tomar un vuelo, nada menos que desde Columbus, Ohio, a una pequeña ciudad de Maine para pasar un largo fin de semana con aquellas dos mujeres.

Pero ¿qué ocurría con el cenador que llamaba tanto su atención aquella mañana? Durante la noche, Leslie se había sentido muy inquieta y no había podido dormir mucho, así que, a las cuatro de la madrugada se levantó, se vistió y bajó de puntillas la escalera para hacer crepes de manzana. Pero nadie se las comería, pensó mientras exhalaba un suspiro. Rebecca se sentiría horrorizada por las calorías, Joe bajaría la escalera y dispondría sólo de unos segundos antes de coger el autobús, y Alan sólo querría cereales o algún otro alimento alto en fibra y bajo en calorías, bajo en colesterol y bajo en... «Bajo en sabor», pensó Leslie. Preparar un plato elaborado era algo inútil en aquella familia.

Leslie exhaló otro suspiro, cogió un crep caliente, la dobló y se la comió con placer. La semana anterior, cuando recibió la carta de Ellie, deseó que hubiera llegado seis meses antes para tener tiempo de quitarse de en— \t cima los siete kilos de sobrepeso que había acumulado. En el Garden Club todos le decían que envidiaban su figura y sobre todo el hecho de que hubiera podido mantenerla durante tantos años. Sin embargo, Leslie conocía la verdad mejor que nadie. Diecinueve años antes era una bailarina y su cuerpo era ágil, musculoso y duro. En aquel momento, Leslie sabía que su cuerpo estaba blando. No se podía decir que estuviera gorda, pero sus músculos estaban fláccidos. No había colocado la pierna en una barra de ballet desde hacía muchos años.

Leslie oyó los pasos rápidos de Rebecca en el piso de arriba. Sería la primera en bajar, la primera en preguntarle por qué había preparado algo que, con toda seguridad, obstruiría sus arterias al primer bocado. Leslie suspiró. ¡Rebecca se parecía tanto a su padre!

Joe se parecía más a ella y, cuando conseguía separarlo de sus amigos el tiempo suficiente, solían sentarse, charlar y, como decía Leslie, «oler las rosas». «Igual que el papel de la pared», le dijo Joe en una ocasión cuando sólo tenía nueve años. Leslie necesitó unos instantes para averiguar de qué estaba hablando y, a continuación, sonrió con dulzura. Se refería al cenador. Leslie había forrado las paredes con un papel estampado con rosas.

Leslie se acordaba de que aquel día tan lejano observó con atención el rostro pecoso de su hijo mientras permanecían sentados uno frente al otro junto a la vieja chimenea de la soleada cocina. Joe siempre había sido un niño de trato fácil y, cuando sólo tenía unas semanas de vida, ya dormía la noche entera. A diferencia de Rebecca, la cual parecía generar el caos y la confusión allí donde fuera. Leslie dudaba de que Rebecca hubiera dormido una noche entera en toda su vida. Incluso en aquella época, con quince años, no dudaba en entrar en el dormitorio de sus padres a las tres de la madrugada para contarles que había oído un ruido extraño en el tejado. Leslie le respondía que volviera a la cama y durmiera un poco, pero Alan se tomaba los «ruidos extraños» muy en serio. Los vecinos estaban acostumbrados a ver a Alan ya su hija en el exterior con linternas.

Leslie miró de nuevo hacia el cenador. Después de quince años, todavía quedaban restos de la pintura rosa de las paredes.

Leslie sonrió mientras recordaba la expresión de Alan cuando vio la pintura.

—Puedo aceptar que quieras pintar el cenador de rosa, pero, querida, has comprado cinco tonos distintos de este color! ¿Los dependientes de la droguería no te ayudaron?

Alan estaba convencido de que los hombres debían cuidar de las mujeres, tanto en su casa como en la droguería.

En aquella época, Leslie estaba embarazada de cinco meses de su hija Rebecca y ya se le notaba la barriga. Leslie no lo sabía, pero Rebecca sería una chica adelantada en todo, desde hacer saber a su madre que ya había llegado hasta... en fin, notificar su presencia al mundo. I Entre risas, Leslie le dijo a Alan que pensaba pintar el cenador con los cinco tonos de rosa. Quince años y medio más tarde seguía recordando la expresión del rostro de su marido. Su madre le había dicho que Alan no tenía ni un pelo de creatividad en el cuerpo, ya lo largo de los años ella había descubierto que era cierto. Sin embargo, en el pasado, cuando ambos eran jóvenes y se sentían felices de estar juntos y solos, los colores que Leslie había elegido para pintar el viejo y destartalado cenador los habían hecho reír.

De hecho, fue Leslie quien convenció a Alan de comprar la enorme casa victoriana que se encontraba en aquel barrio viejo y poco elegante. Alan quería algo nuevo, algo que fuera blanco por fuera y blanco por dentro, pero a Leslie no le gustó ninguna de las casas que él eligió. Todas eran como cubos perfectos en el interior de cubos perfectos de mayor tamaño.

—Pero eso es lo que me gusta de ellas —decía Alan sin comprender las objeciones de Leslie.

Al final, fue la madre de Leslie quien le dio fuerzas para hacer frente a su marido.

—La casa pertenece a la mujer —le dijo—. Es donde pasamos la mayor parte del tiempo y donde criamos a nuestros hijos. Bien merece una pelea. En la familia de Leslie, su madre era la luchadora. Leslie era como su padre y prefería que las cosas se resolvieran por ellas mismas.

Más tarde, Leslie manifestó que había sido el enérgico espíritu de Rebecca el que, desde su interior, le había transmitido la fuerza necesaria para hacer valer su opinión. En cualquier caso, Leslie saco su as de la

manga:

—Alan, querido, vamos a comprar la casa con el dinero que mi padre me dejó.

Alan no respondió, pero la expresión de su rostro hizo que Leslie no volviera a decir nada parecido el resto de su vida.

Sin embargo, lo cierto era que nunca antes ni después Leslie había querido algo con tanta intensidad como quiso aquel viejo y laberíntico caserón que necesitaba tantos arreglos. Como su padre había sido contratista de obras, Leslie sabía con exactitud lo que debía hacerse y cómo conseguirlo.

—Este edificio habrá que derrumbarlo —dijo Alan cuando vio el viejo cenador oculto tras árboles de cincuenta años y glicinias.

—Pero si es lo mejor de la casa —respondió Leslie. Alan abrió la boca para decir algo, pero Rebecca escogió aquel momento para dar su primera patada y la discusión sobre el destino del cenador quedó en suspenso. A partir de entonces, siempre que Alan hacía algún comentario sobre la casa, Leslie le respondía: «Confía en mí», y él lo dejaba todo en sus manos. Después de todo, Alan empezaba a vender seguros y era ambicioso, muy, muy ambicioso. Trabajaba desde muy temprano hasta muy tarde, era socio de varios clubs y asistía a múltiples reuniones. De todos modos, Alan se sintió muy feliz cuando descubrió que la iglesia más concurrida de la ciudad se encontraba a poca distancia del horrible caserón que Leslie le había convencido de comprar y fue precisamente en la iglesia donde Alan descubrió que los vecinos lo admiraban por haber tenido la perspicacia de comprar el «viejo caserón Belville» y restaurarlo.

—Buena inversión —le dijo un hombre mayor mientras le daba palmaditas en el hombro—. No es habitual que un hombre tan joven como usted tenga tanta visión de futuro.

Más adelante, aquel hombre contrató por medio de Alan una elevada póliza de seguros, tras lo cual Alan se volcó en la casa tanto como Leslie. ;.

De este modo, cuando ella tuvo las manos ocupadas con dos niños menores de tres años, Alan se encargó de supervisar la restauración. . Al principio, discutían.

¡No es un museo! —exclamó, exasperada, Leslie en una ocasión—. Es un hogar y debería parecerlo. Joe destrozará esa mesa tan cara con sus camiones y Rebecca hará dibujos sobre el forro de seda de las paredes.

—Entonces tendrás que vigilarlos —soltó Alan.

Leslie se rindió, como hacía siempre ante un enfrentamiento. Como su padre, prefería retirarse antes que pelear, razón por la que su madre había dirigido su hogar paterno y Alan lo hacía con el conyugal. De este modo, la vieja y maravillosa casa llegó a estar llena de antigüedades en las que nadie podía sentarse y tampoco era posible tocar. Tres habitaciones de la casa permanecían cerradas durante todo el año y sólo se abrían para limpiarlas y para la multitudinaria fiesta de Navidad que Alan celebraba para sus clientes.

La cocina era el último bastión, pero el año anterior Alan también logró salirse con la suya respecto a aquella habitación.

Leslie terminó el té, enjuagó la taza y miró de nuevo hacia el cenador. Tenía que haber sido suyo. Tenía que haber sido su refugio frente al mundo, un lugar donde bailar o recogerse a leer durante las tardes lluviosas.

Pero en aquel momento, mientras contemplaba aquella construcción, sonrió. Antes de tener hijos, las mujeres podían plantearse qué hacer durante las tardes lluviosas pero, después de tenerlos, las horas se llenaban con los «debo» en lugar de los «quiero». En su caso, tenía que lavar la ropa, hacer la compra y mantener a Rebecca alejada de la estufa.

De algún modo, Leslie había perdido el cenador. Había pasado de ser suyo a ser de ellos. Leslie sabía con exactitud cuándo empezó a ser así.

Cuando estaba embarazada de ocho meses, su barriga estaba tan abultada que tenía que moverse con una mano debajo de ella para soportar las constantes patadas y puñetazos de Rebecca.

En aquella época estaban arreglando la sala de estar porque había una gotera. Un día, Alan invitó a su hermano ya tres compañeros del trabajo a tomar cerveza y ver el partido de fútbol americano por televisión. Sin embargo, aquel día llovía y no tenían dónde reunirse. Cuando Alan sugirió a Leslie que, sólo en aquella ocasión, colocaran el televisor en el cenador, ella se sintió tan contenta de poder disfrutar de paz y tranquilidad en la casa que no protestó . La idea de tener la casa llena de hombres, humo y olor a cerveza le horrorizaba tanto que se sintió encantada cuando Alan le dijo que se los llevaba a otro lugar.

El fin de semana siguiente, Alan llevó a dos clientes al cenador para hablar sobre unas pólizas de vida nuevas. Su decisión tenía sentido, pues el salón todavía estaba en obras.

—Necesitamos un lugar donde sentarnos y hablar —le dijo Alan mientras la miraba como si ella fuera la culpable de que las tejas todavía no hubieran llegado.

Dos semanas más tarde, Rebecca nació y, durante el año siguiente, Leslie no tuvo ni un minuto de descanso. Rebecca reclamaba, de una forma insaciable, la atención de su agotada madre. Sólo cuando habían pasado tres meses del nacimiento, Leslie logró reunir las fuerzas necesarias para sacar a la ruidosa niña de paseo y, cuando Rebecca empezó a caminar, a los diez meses, Leslie se quedó, de nuevo, embarazada.

A los tres meses de su nuevo embarazo, Leslie decidió ir hasta el cenador. Desde que Alan instaló allí el televisor, Leslie casi había olvidado que su refugio existía. Sin embargo, el embarazo de Joe fue, desde el primer momento, más fácil que el de Rebecca y, además, la madre de Leslie había empezado a llevar a su nieta a dar pequeños paseos por la ciudad.

—No hay nada más aburrido que un bebé —solía decir su madre a su manera desenvuelta habitual—. Cuando empiece a caminar ya mirar otras cosas aparte del pecho de su madre, me interesaré más por ella.

De este modo, aquella primera tarde de libertad, pues era así como la sentía, Leslie se encaminó al cenador. Quizás en esta ocasión podría echar—se en la butaca de mimbre que había comprado en un anticuario y leer un libro.

Sin embargo, cuando abrió la puerta se quedó paralizada. De un modo impreciso, siempre se había preguntado por qué Alan había utilizado el

cenador sólo unas cuantas veces y, después, no había vuelto a comentar nada sobre él.

Lo cierto era que alguien había olvidado cerrar las puertas y la lluvia había caído sobre los muebles de Leslie. Antes de quedar encinta por primera vez, había confeccionado unas fundas para el pequeño sofá y las dos sillas. También había cosido unas cortinas a juego y las había colgado. Pero en aquel momento unos ratones habían anidado en el relleno del sofá y, por lo visto, un gato del vecindario se había afilado las uñas en las patas de las sillas.

Leslie se dio la vuelta y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Entonces, sin siquiera preocuparse de cerrar la puerta, volvió corriendo a la casa.

Más tarde, intentó hablar sobre aquella cuestión con Alan, pero él se mostró tan preocupado por el hecho de que el enfado de Leslie perjudicara al niño que ella se calmó.

—Lo arreglaremos cuando hayas tenido el niño —dijo Alan—. Te lo prometo. Palabra de scout.

A continuación la besó, la ayudó con Rebecca y, más tarde, le hizo el amor con dulzura..., ¡pero no arregló el cenador. ! ,

Después de aquello, Leslie había estado tan ocupada con los niños y ayudando a Alan a establecerse en la comunidad que no habría tenido tiempo para recogerse aunque hubiera tenido un lugar para hacerlo. Y, con los arios, el cenador se convirtió en un trastero.

—¿Cómo se encuentra mi viejecita esta mariana? —preguntó Alan detrás de ella.

Él era dos meses más joven y encontraba muy divertidas las bromas sobre su diferencia de edad. Ni que decir tiene que Leslie no les encontraba ninguna gracia. —He hecho crepes —respondió Leslie mientras mantenía vuelta la cabeza para que él no viera que tenía el entrecejo fruncido. Aún no se había hecho ala idea de que iba a cumplir cuarenta años. ¿Acaso no había sido la semana anterior cuando tomó un autobús en dirección a la grande y terrible ciudad de Nueva York para ponerla a sus pies con su baile?

—Mmmm —musitó Alan—. Ojalá dispusiera de tiempo, pero hoy tengo la agenda muy apretada.

Cuando Leslie se dio la vuelta, Alan estaba leyendo el periódico, absorto en la sección financiera. A lo largo de sus diecisiete arios de matrimonio, Alan no había cambiado mucho, al menos, en el aspecto fisico. Su pelo se había vuelto gris, pero ello le sentaba bien. En opinión de Alan, un agente de seguros inspiraba más confianza si parecía mayor. Además, se mantenía en forma porque acudía al gimnasio con regularidad.

Lo que había cambiado en él era que ya no parecía ver a ninguno de los miembros de su familia, ni a su esposa ni a sus dos hijos. Bueno, Rebecca podía llamar su atención con uno de sus ataques para reclamar protagonismo, pero de Joe y de Leslie, debido a su carácter tranquilo, hacía caso omiso la mayor parte del tiempo.

—Tendrías que separarte de él—decía la madre de Leslie, que se había vuelto mucho más directa que cuando vivía su marido. La viudedad le sentaba bien—. Si lo dejaras, él descubriría cuánto te necesita. Tienes que

zarandear su pequeño y perfecto mundo. Muéstrale las cosas que son realmente importantes.

Sin embargo, Leslie había visto lo que les sucedía a las mujeres de su edad que se separaban de sus esposos atractivos y de éxito y ella no quería vivir en un piso pequeño y deprimente ni trabajar en el supermercado del barrio.

—Mamá —respondía Leslie, exasperada—, no tengo ninguna habilidad para abrirme paso en el mundo. ¿Qué podría hacer? ¿Volver a bailar?

El hecho de haber fallado en su único intento de conseguir el éxito en .una profesión todavía la atormentaba.

—¿En qué me equivoqué contigo? —se quejaba entonces su madre—. Si te separaras, él se derrumbaría. Lo eres todo para él. Lo haces todo por él. Si te separaras, él.. .

—Se iría a vivir con Bambi —respondía Leslie sin dilación. —Fuiste una tonta al dejar que contratara a esa pequeña arpía —soltó su madre.

Leslie desvió la mirada. No quería que su madre supiera cuánto había luchado para que su marido no contratara a aquella hermosa joven.

—¿Has contratado a una chica que se llama Bambi? —preguntó Leslie a Alan, mientras reía con incredulidad, cuando él le dio la noticia—. ¿Tiene más de doce años?

Leslie creyó que se trataba de una broma, pero cuando miró el rostro de Alan, comprobó que él no pensaba que su nueva secretaria fuera una broma.

—Es muy competente en su trabajo —replicó mientras miraba a su esposa fijamente a los ojos.

Como siempre, Joe se sintió afectado por la discusión y retiró su plato. —Tengo deberes que hacer—murmuró mientras se alejaba de la mesa. Por otro lado, Rebecca parecía no percatarse de nada que se hallara fuera de su propio mundo. —¿Os he contado lo que la estúpida de Margaret me ha dicho hoy? Estábamos en clase de Química y…

Al final, Leslie apartó la vista de la de su esposo y nunca más volvió a hacer un comentario malicioso sobre Bambi. Sin embargo, sentía curiosidad por aquella joven, de modo que telefoneó a una antigua compañera de colegio que trabajaba en la oficina de Alan y la invitó a comer. Después Leslie volvió a su casa, se preparó una tónica con ginebra bien cargada y se la llevó a la bañera. Su compañera le contó que Alan había contratado a Bambi seis meses antes y que era más que su secretaria; era su «ayudante personal». Paula, que había formado parte del equipo de animadoras con Leslie, se entusiasmó con el relato y pareció disfrutar mientras «advertía» a Leslie.

—Si fuera mi esposo, pondría fin a esta situación, te lo digo en serio —le dijo Paula con énfasis—. Esa chica va con Alan a todas partes. Lo Único que puedo decirte es que tienes suerte de que los servicios no sean uni— sex, si no, ella también…

—¿Quieres tomar postre? —la atajó Leslie casi con rudeza.

Si daba crédito a los rumores, Bambi llevaba trabajando para, con y «debajo» de Alan más de un año y, para ser francos, Leslie no sabia qué hacer al respecto. Además, todas sus amigas tenían algo que decir sobre

aquella cuestión y se lo comunicaban sin reparos.

En una ocasión, Rebecca oyó por casualidad a unas mujeres que aconsejaban a Leslie en relación con aquella joven que trabajaba tan unida a Alan y, más tarde, le dijo:

—Mamá, tendrías que mandarlas al infierno.

—¡Rebecca ! —exclamó Leslie con severidad—. No me gusta este tipo de lenguaje.

—¿Es posible que tu esposo tenga una aventura con su superdotada secretaria y tú te preocupas por el lenguaje?

Leslie se quedó de una pieza mientras contemplaba, parpadeando, a su hija. ¿Quién era la adulta? ¿Cómo sabia su hija que...? —Todo el mundo lo comenta en la iglesia y en el club —explicó Rebecca, la cual parecía tener treinta y cinco años en lugar de quince—. Mira, mamá, los hombres flirtean, les gusta picotear. Es normal. Lo que deberías hacer es atarle un nudo en la...

Leslie se quedó sin aliento.

—Está bien, sigue viviendo en el siglo XIX. Pero esa Bambi es una bruja y va tras papá. Y, en mi opinión, deberías luchar!

A continuación, Rebecca salió de la habitación y lo único que Leslie pudo hacer fue seguirla con la mirada. Leslie no tenia la menor idea de cómo tratar a una chica que le hubiera dicho lo que su hija acababa de decirle, de modo que hizo ver que aquella conversación no había tenido lugar. De hecho, esto es lo que Leslie hacia con frecuencia últimamente: fingir que todo iba bien, que nada malo sucedía. Su pretensión no llegaba a, por ejemplo, telefonear a la oficina de Alan y decirle a su secretaria que le recordara que tenía que asistir a tal o cual reunión. No, la forma que tenía Leslie de manejar la cuestión de Bambi era pretender que la joven no existía. Así, cuando las mujeres de la iglesia o del club intentaban advertirla, Leslie mostraba una ligera sonrisa con la que les indicaba que estaba por encima de aquellas sospechas mezquinas.

Sin embargo, mientras observaba a Alan leer el periódico, Leslie pensó que quizás él no quería comer las crepes por temor a ganar peso ya no gustarle a Bambi.

—¿y qué se supone que vais a hacer las tres maduritas este fin de semana? —preguntó Rebecca al entrar en la cocina—. ¿Planeáis celebrar una orgía con un montón de jovencitos bronceados?

Una parte de Leslie quería reprimir a su deslenguada hija, pero otra parte, la parte que no era la madre de nadie, quería bromear con ella.

—Ellie llevará a Mel Gibson ya Harrison Ford —respondió Leslie mientras observaba a su esposo.

Sin embargo, Alan pareció no haberla oído.

Al contrario, miró su reloj y, aunque sólo eran las siete de la mañana dijo:

—Tengo que irme.

—¿Estás seguro de que no quieres comer una o dos tortas? —preguntó Leslie consciente de su tono lastimero.

Aunque, en realidad, lo que quería decir era: «Bien podrías pasar una

maldita hora con tu familia antes de correr a los brazos de tu pimpollito »

Sin embargo, Leslie no expresó lo que sentía, sino que intentó sonreír de un modo afable.

—Resulta tentador, pero esta tarde tengo que ver a unos clientes y tenemos mucho papeleo para revisar antes de la gran reunión.

Aunque el nombre de ella apenas se pronunciaba en la casa, todos sabían que cuando Alan empleaba el plural, se refería a él ya Bambi.

Alan se acercó a Leslie y la besó en la mejilla.

—Espero que te lo pases bien el fin de semana —le dijo— y, respecto a tu cumpleaños...

A continuación, la miró con una expresión infantil que, unos años atrás, a Leslie le habría resultado irresistible.

—Lo sé —replicó Leslie con una sonrisa forzada—. Me comprarás algo más tarde. Está bien. De todos modos, no cumplo años hasta dentro de tres días.

—Gracias, cariño —respondió Atan mientras la besaba en la mejilla otra vez—. Eres un encanto.

A continuación, Atan cogió su chaqueta, que colgaba del respaldo de una silla, y se marchó.

—Eres un encanto —imitó Rebecca a su padre mientras comía una cu— charada de unos cereales que parecían serrín prensado—. Eres una ilusa.

—No permitiré que te burles así de tu padre —contestó Leslie mientras clavaba los ojos en su hija—. Ni de mí.

—¡Amabilidad! —exclamó Rebecca mientras se levantaba de la silla. Era tan alta como su madre, de modo que sus miradas se cruzaron ala misma altura desde ambos lados de la mesa—. ¡Lo único que te preocupa es la amabilidad! Palabras amables, formas amables, pensamientos amables. Pero el mundo no es amable, y lo que papá hace con esa sanguijuela tampoco es amable. —De repente, las lágrimas llenaron los ojos de Rebecca—. ¿Sabes lo que va a ocurrir? , que esa mujer va a deshacer nuestra familia. Quiere lo que tenemos, no la familia, sino el dinero. Quiere el juego de té de plata y... la cocina de cincuenta mil dólares que no te gusta, pero no tuviste el valor de decirle a papá que no la querías. Vamos a perderlo todo porque eres tan sumamente amable.

A continuación, Rebecca salió corriendo de la cocina y subió la escalera.

En aquel mismo momento sonó una bocina y Leslie supo que el taxi que iba a conducirla hasta el aeropuerto había llegado. Durante unos instantes, titubeó. Debería ir con su hija. Rebecca estaba trastornada y la necesitaba..., y una madre siempre debe estar dispuesta a ayudar a su familia, ¿no? Una buena madre siempre está disponible para sus hijos. Una buena madre... y una buena esposa, pensó Leslie. Esto era lo que ella era: una madre y una esposa.

De repente, no quiso ser la esposa ni la madre de nadie. Quería subir aun avión y reunirse con dos mujeres a las que no había visto desde que era muy joven, antes de ser la esposa o la madre de nadie.

Salió prácticamente corriendo de la cocina. Cogió el bolso de la mesa del recibidor y las dos maletas del suelo y abrió la puerta principal. A

continuación, gritó en dirección a la escalera:

—¡Adiós. Nos vemos el martes!

Pero no esperó a oír la respuesta. Un minuto más tarde, estaba sentada en el taxi y el conductor puso en marcha el vehículo. Sólo entonces, Leslie se dio cuenta de que no se había cepillado los dientes. En aquel momento se preguntó si había dejado de hacerlo una sola vez desde que tenía tres años y estuvo a punto de indicarle al conductor que se detuviera y regresara.

Sin embargo, Leslie se reclinó en el asiento y sonrió. El hecho de no haberse cepillado los dientes parecía un indicio de que se hallaba al comienzo de una aventura. Tenía por delante tres días enteros que eran suyos y de nadie más. Tres días de libertad. La verdad era que no había hecho un viaje sola desde que se trasladó a Nueva York, hacía diecinueve años. Se preguntó cómo se sentiría sin tener siempre a alguien pidiéndole algo. « ¿Dónde está. mi corbata?» «¿Dónde está mi otro zapato?» « Querida, ,¿podrías telefonear al restaurante y pedir que me suban algo de comer?» «i Mamá.!, ¿qué quieres decir con eso de que no has traído mis pantalones cortos rojos? ¿Cómo puedo pasármelo bien sin esos pantalones?»

Por un momento, Leslie cerró los ojos, pensó en lo que significaban tres días de libertad y se le escapó una carcajada. Sobresaltada, abrió los ojos y vio al conductor que la miraba por el retrovisor y sonreía. —¿Contenta de marcharse? —preguntó él.

—No puede imaginarse cuánto —respondió Leslie con entusiasmo. —Sea quien sea el que esté con usted, será mejor que no la deje sola durante mucho tiempo —continuó el conductor que la miraba con malicia. Leslie sabía que debería ofrecer a aquel hombre la imagen de Doña Respetabilidad, como decía su hija, pero en aquel momento Leslie no se sentía así. El conductor era un hombre joven y atractivo y, simplemente, le había echado un piropo. Leslie le sonrió, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Se sentía mejor de lo que se había sentido durante mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO 2

Ellie Abbott se reclinó en el asiento del avión, cerró los ojos y pensó:

« ¿Qué demonios he hecho?» Entonces se inclinó y cogió el vaso de tónica con ginebra de la bandeja plegable. Sin embargo, cuando intentó llevarlo a sus labios, se percató de que le temblaba el pulso. Volvió a dejar el vaso en la bandeja e intentó relajarse mientras miraba por la ventana.

Volaba en un avión de hélice hacia Bangor y se sintió feliz de que en aquel vuelo no hubiera clases, porque ya no viajaba en primera. Ellie sentía que ya no merecía aquel distintivo porque ya no era Alexandria Farrell, la escritora que había armado tanto revuelo cuando sus libros se publicaron por primera vez. Además, se publicaron cinco, uno detrás de otro. Boom. Boom. Boom. Boom. Boom.

Sin embargo, hacía tres años que no escribía ni una palabra. Las historias no surgían en su mente. Tres años desde su divorcio y desde que el sistema judicial norteamericano le hizo lo que le hizo.

Una vez más, Ellie intentó dar un sorbo a su bebida, pero la mano le temblaba y no quería derramarla. Con nerviosismo, echó una mirada al hombre que se sentaba al otro lado del pasillo, frente a ella, pero él no parecía haberse percatado de nada. Además, por fortuna, no había dado ninguna señal de saber quién era ella.

«0 quién había sido», pensó Ellie. Como esas actrices de edad a las que la gente abordaba por la calle y les preguntaba si habían sido tal o cual persona. Sin embargo, Ellie todavía era Ellie. y ,volvía a llamarse Abbott, que era su apellido de soltera. Aunque ya no se identificaba con Alexandria Farrell, la escritora.

—No puedes celebrar este cumpleaños sola —le dijo su terapeuta. Jeanne era la única persona que veía con regularidad. Hacía ya tres años que se había retirado del mundo y había explicado a sus conocidos que necesitaba tiempo para recobrarse. Sin embargo, ocho meses atrás, después de que fracasara su segundo intento de conseguir justicia, Ellie buscó ayuda profesional.

—No quiero ver a nadie —respondió Ellie a su terapeuta—. Todos me conocen como era antes.

Jeanne suspiró. No importaba lo que le dijera, nada parecía penetrar el muro que Ellie había construido a su alrededor.

—Todavía eres la que solías ser. Ya es hora de que lo superes y continúes con tu vida.

—Pero ¿quién me reconocerá ahora? —preguntó Ellie con pesadumbre. Jeanne entrecerró los ojos.

—Puedes perder los kilos que has engordado. Deberías ir aun gimnasio. Quién sabe, allí podrías conocer a alguien y…

—¡Ni hablar! —explotó Ellie—. Nunca más volveré a pasar por lo mismo. Además, ¿quién me querría? ¡Estoy gorda y soy rica!

Jeanne parpadeó un par de veces mientras observaba a Ellie y, al final, ambas se echaron a reír por el disparate que Ellie acababa de decir. No abundaban las personas que consideraban que tener dinero era algo negativo.

—Ya sabes lo que quiero decir —explicó Ellie—. Después de lo que me ha ocurrido, tengo miedo de que la gente sólo me quiera por lo que pueda obtener de mí.

—En efecto, lo sé —contestó Jeanne mientras miraba con disimulo el reloj que había detrás de la cabeza de Ellie. Durante los meses que llevaban de tratamiento, habían hecho pocos progresos y Ellie no lograba superar lo que le había ocurrido. Además, aquel trauma le impedía seguir adelante con su vida. Tres años antes, Ellie estaba en la cima del mundo gracias a sus éxitos como escritora, pero por entonces apenas salía de su piso. Además, para empeorar las cosas, había abandonado casi toda actividad física, con lo cual, había engordado veinte kilos, y veinte kilos para alguien que sólo medía un metro cincuenta y cinco centímetros eran muchos kilos. Sin embargo, por mucho que lo intentara, Jeanne no conseguía que Ellie se moviera en ningún sentido, ni para salir de lo que se estaba convirtiendo en una depresión grave.

—Muy bien, debe de haber alguien con quien puedas celebrar tus cuarenta años. Si no quieres celebrarlo con tus amigos de la editorial, ¿qué tal con alguien de tu ciudad natal?

—¿De Richmond? ¿Quieres decir que debería telefonear a una antigua compañera del instituto y preguntarle si quiere compartir un pastel de cumpleaños rosa conmigo? ¿Crees que puedo encontrar a alguien que quiera ponerse la vieja camiseta de animadora otra vez?

Jeanne sabía de sobras la trampa que encerraba el sarcasmo de Ellie. —Tiene que haber alguien —manifestó con convencimiento—. ¡Alguien en alguna parte!

—De hecho... —empezó Ellie mientras se miraba las uñas.

Unas uñas que ya no estaban arregladas por una profesional de la manicura.

—¿Sí? —preguntó Jeanne con un tono alentador.

—El día que cumplí veintiún años, conocí a dos mujeres en el Departamento de Tráfico de Nueva York. Ellas también cumplían veintiún años aquel día y... Como Ellie no decía nada más, Jeanne la presionó.

Era la primera vez que Ellie mencionaba a aquellas mujeres y, si existía alguna posibilidad de que pasaran algún tiempo juntas y de que Ellie saliera de su piso, Jeanne estaba dispuesta a escribir las invitaciones ella misma.

—¿Quiénes son esas mujeres? —preguntó Jeanne—. ¿Cómo puedes ponerte en contacto con ellas? ¿Podrías celebrar el cumpleaños con ellas?

—Lo cierto es que no sé dónde se encuentran ahora. Nos conocimos aquel día y pasamos unas horas juntas. Es una de esas cosas que pasan. Estuvimos durante horas en aquel Departamento porque...

Ellie se interrumpió y esbozó una sonrisa al recordar aquel encuentro y aquella sonrisa hizo que Jeanne se decidiera.

—Telefonéalas. Encuéntralas. Conoces sus nombres y su fecha de nacimiento. Conéctate a Internet y localízalas. No, mejor aún, dime sus nombres y yo las localizaré. Podéis reuniros las tres, celebrarlo y charlar sobre los viejos tiempos.

Ellie miró a su terapeuta con indignación.

—Una era bailarina y tenía el cuerpo más increíble que hayas visto nunca, y la otra quería ser modelo. Lo que Ellie no manifestó es que se veía incapaz de encontrarse con ellas teniendo aquel aspecto.

Jeanne le dirigió una mirada severa y sacó un álbum de fotos de la estantería que tenía tras de sí. A continuación lo abrió y se lo entregó a Ellie.

Ellie contempló la fotografía que Jeanne le mostraba, pero no supo cuál era su intención. Se trataba de la fotografía de una bailarina, alta, delgada, con mucha gracia, hermosa. Ellie necesitó unos minutos para comprender de quién se trataba.

— ¿ Tú ? —preguntó mientras levantaba la vista hacia la terapeuta. — Yo —respondió Jeanne.

Ellie esbozó una ligera sonrisa. Jeanne tenía algo más de sesenta años y su cuerpo tenía la forma de una patata.

—Las personas somos algo más que nuestro cuerpo —afirmó Jeanne—. Si les gustaste entonces, también les gustarás ahora. Además, han pasado diecinueve años. ¿Has visto el nombre o el rostro de alguna de ellas en alguna valla publicitaria?

—No... —respondió Ellie con suavidad.

—Entonces, es evidente que ni una ni otra se han forjado una carrera como bailarina o como modelo. De modo que, ¿quién sabe qué aspecto tienen ahora? Quizás han engordado cincuenta kilos y... ,

—y se han casado con el borracho del pueblo —terminó Ellie, que se estaba animando de una forma visible. ,

—Así es —prosiguió Jeanne mientras sonreía—. Piensa en el lado positivo. Además, quizá les han sucedido cosas peores que las que te han ocurrido a ti.

Ellie reflexionó sobre aquella posibilidad durante unos instantes;

—Quizá... —respondió.

Jeanne permaneció sentada y la observó durante un rato. A continuación, apretó una tecla de su teléfono.

—Sarah, cancela mi cita para comer.

Después se volvió hacia el ordenador portátil que había sobre su mesa y lo abrió.

—Ellie, querida, tú y yo vamos a entrar en Internet y veremos qué podemos averiguar acerca de esas dos mujeres. Después, las invitarás a celebrar vuestro cumpleaños juntas.

—¿Las terapeutas sois siempre tan controladoras?

—Lo somos cuando nos preocupamos por nuestros pacientes tanto como yo me preocupo por ti. Además, quiero leer más novelas sobre Jordan Neale. ¡Eh! ¡He tenido una idea! Podéis utilizar mi casa de Maine ese fin de semana. Sólo tiene dos dormitorios, pero hay un sofá—cama en el salón, así que una de vosotras puede dormir ahí. A ver, ¿cómo se llaman? ...

y así fue como Ellie acabó en el interior de un avión que se dirigía a Bangor, Maine, y cómo dos mujeres a las que no había visto en diecinueve años iban a encontrarse con ella para celebrar su cumpleaños juntas.

Sin embargo, una vez que estaba en el avión y que éste iba a aterrizar...

Aunque, dada su suerte durante los últimos tres años, quizá no llegaran a aterrizar. Pero ¡no!, Jeanne le había hecho prometer que durante todo el fin de semana haría lo posible para no ser negativa.

En cualquier caso, estaba en camino de la reunión y no podía creer que hubiera cedido a la presión de Jeanne. Ellie estaba convencida de que las otras dos mujeres eran absolutamente felices y que sólo ella tenía una vida desgraciada.

«Debo parar. Debo parar —se repitió—. Debo esforzarme en apreciar el aspecto positivo de las cosas en lugar del negativo. De este modo, como mínimo conseguiré que la gente deje de contarme esa estúpida historia sobre el vaso de agua medio lleno o medio vacío.» Luego se dijo que también debía dejar aun lado el sarcasmo. «Piensa en algo bueno —reflexionó—. Ten pensamientos felices. Piensa en...»

A continuación, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. «Piernas y Rostro», recordó y aquel recuerdo la hizo sonreír. «Y yo era...», murmuró en voz alta mientras sonreía abiertamente. El avión produjo un rugido envolvente, de modo que durante los minutos siguientes Ellie sólo pudo oír el sonido de los motores. Sin embargo, de fondo se oía la voz monótona de un hombre que hablaba y hablaba... «¡Me alegro de no estar casada con él!», pensó Ellie mientras recordaba la ocasión en que conoció a aquellas dos mujeres.

«Todo empezó con aquel torpe hombrecillo del Departamento de Tráfico de Nueva York», recordó Ellie con una sonrisa. Nunca olvidaría su nombre, Ira Girvin. Lo llevaba inscrito en una chapa prendida a la altura del pecho, justo a la altura de los ojos de Ellie y, teniendo en cuenta lo bajita que ella era, él no podía medir más de un metro sesenta centímetros.

—Siéntese allí y espere —le indicó el hombrecillo.

Y Ellie percibió que le encantaba tener el poder de hacer esperar a los demás. , Con un amago de sonrisa, Ellie tomó los formularios de encima del I mostrador y se dio la vuelta. Había algunas personas de pie entre ella y el banco situado a lo largo de la pared, pero cuando éstas avanzaron, Ellie las vio. Sentadas en los extremos de un pequeño banco verde y mirando en direcciones opuestas había dos de las mujeres más extraordinarias que había visto nunca. La de la izquierda vestía unas mallas negras y una camisa larga de seda , de color verde oscuro que le llegaba hasta los muslos. Tenía el cabello de color caoba y lo llevaba recogido en un moño. Parecía una bailarina que acabara de salir de la pista de baile y tenía un cuerpo que despertaría la envidia de cualquier mujer en su sano juicio. Era como una ilustración de lo que el cuerpo humano puede ser.

Su rostro era bello, y su largo cuello se curvaba con gracia hasta unirse a los hombros, que eran anchos y fuertes. Sus pechos eran pequeños y su vientre parecía una tabla sobre la que se pudiera jugar a cara o cruz. Sus caderas eran delicadas pero fuertes y enlazaban con unas piernas de esas que hay que ver para creer que son de verdad. Eran unas piernas largas, musculosas y bien moldeadas. Incluso su forma de sentarse recordaba una postura de baile. La posición de los pies era elegante y las manos reposaban de una forma serena.

« i Una mujer increíble!», pensó Ellie. A continuación, retiró la vista de ella para dirigirla al otro extremo del banco. Mientras que la mujer de las

mallas era en extremo elegante, la otra era guapísima, tanto que Ellie tuvo que parpadear un par de veces para asegurarse de que veía bien. Aquella mujer medía, al menos, un metro ochenta y era bastante delgada, pero no en exceso, de modo que despertaba, en las demás mujeres, el deseo de parecerse a ella. Además, era guapa. ¡No! Tenía que existir un término que no sonara tan vulgar. Había muchas mujeres guapas, pero aquélla era..., era... En fin, era la perfección.

La segunda mujer vestía un sencillo vestido veraniego con volantes en la parte delantera que debía de haber comprado en alguna pequeña ciudad del Medio Oeste norteamericano y que, normalmente, habría resultado fuera de lugar en la refinada Nueva York. Sin embargo, ella hacía que el vestido pareciera de alta costura. Había algo en aquella mujer que hacía que aquel vestido, sencillo y corriente, pareciera estarle agradecido por llevarlo puesto.

Tenía el pelo largo y de color castaño, y le caía por la espalda formando amplias y suaves ondas. Su rostro, pensó Ellie mientras la miraba con la boca abierta, era como el de una diosa. Tenía los pómulos altos, una nariz perfecta y los labios carnosos. Sus ojos tenían una forma almendrada, sus pestañas eran espesas y oscuras y sus cejas describían unos arcos perfectos. Su piel era impecable, como sus manos y sus uñas, y sus pies, enfundados en unas pequeñas sandalias, parecían extraídos de una estatua de mármol. Ellie permaneció de pie un rato mientras miraba a las dos mujeres. A continuación, con lentitud, se volvió de nuevo hacia Ira, el señor Torphe, con las cejas arqueadas, como si le preguntara: « ¿Son de verdad? »

Ira se encogió de hombros, sonrió y señaló con la cabeza hacia las dos mujeres como si le dijera a Ellie que debía sentarse entre las dos.

Con calma, Ellie se dirigió al banco. Las dos jóvenes se daban la espalda y no le prestaron atención cuando se sentó entre ellas. Ellie intentó colocar el formulario sobre sus rodillas sin tocar a ninguna de aquellas maravillosas criaturas. Pero no le resultó fácil. Se contorsionó y giró aun lado y al otro, pero no encontró la forma de escribir y estar sentada al mismo tiempo. Cuando consiguió encogerse y levantar una rodilla para utilizarla como mesa, el sencillo bolígrafo que tenía no quiso escribir.

Durante unos instantes levantó la mirada hacia el techo. ¿Por qué? ¿Por qué no había renovado el permiso de conducir antes de llegar a la gran ciudad? Sin embargo, estaba cumpliendo veintiún años, y si no la renovaba aquel día, el permiso caducaría. No era probable que la necesitara mientras estuviera en Nueva York, pero si llegaba a convertirse en la mejor pintora del mundo, quizá necesitara conducir y..., ¿quién querría volver a pasar el examen?

Ellie levantó la vista hacia el mostrador en el que Ira clasificaba las solicitudes de otras personas. Si se dirigía a él, estaba convencida de que le diría que el Departamento de Tráfico de Nueva York no era una institución de préstamo de bolígrafos.

—Disculpad me —dijo Ellie con voz débil a las dos espaldas que tenía a los lados—, ¿alguna de vosotras podría prestarme un bolígrafo? Ninguna de las espaldas le respondió.

—Fantástico —dijo Ellie en voz baja—. ¿Qué esperaba, un cerebro unido a la belleza?

Ellie no creía que la hubieran oído. De hecho, había crecido en una casa pequeña con cuatro hermanos mayores que, de forma continua, competían para averiguar cuál hacía más ruido. La única defensa que Ellie había podido desarrollar frente a ellos había consistido en hacer insidiosos comentarios en voz baja. Se trataba de un juego emocionante, porque si sus corpulentos hermanos oían alguno de sus comentarios mordaces, la raparían al cero, le retorcerían el brazo o cualquier otra cosa que les pasara por la cabeza.

Sin embargo, las mujeres que había junto a ella sí que la oyeron y Ellie tardó unos segundos en darse cuenta de que se estaban riendo. Los músculos de la espalda de la bailarina se agitaban y el volante que rodeaba el cuello de la otra mujer revoloteaba como si lo moviera una brisa inexistente.

Ellie bajó la cabeza y sonrió. —¿Alguna de vosotras sabe leer? —preguntó en voz baja. A continuación, notó que la bailarina se volvía y, cuando Ellie levantó la vista, vio que sonreía con picardía.

—Yo sé leer un poco —dijo la bailarina con una mirada risueña. Ellie le devolvió la sonrisa. En el fondo, habría querido preguntarle: « ¿Dónde has conseguido este cuerpo? ¿Puedo comprarme uno igual?», pero se contuvo. Cuando emprendió el viaje a Nueva York, su madre tuvo con ella una de sus pequeñas charlas acerca de mantener la boca cerrada y pensar antes de hablar.

De todos modos, antes de que Ellie pudiera pronunciar ninguna palabra, sintió que la Mujer Diez se daba la vuelta. La bailarina estiró el cuello para mirar, por encima de Ellie, ala criatura que había al otro lado. Y cuando Ellie se volvió, se quedó sin aliento.

¿Era posible que aquella mujer fuera más guapa de cerca que desde el otro extremo de la sala? No llevaba maquillaje, pero su piel era lo que todo maquillaje pretende conseguir. Las mujeres pagaban millones para tener la textura cremosa y perfecta de su cutis, aquel delicado tono rosado, aquella…

De repente, la joven mostró una sonrisa enorme y radiante, y los ojos de Ellie se abrieron con asombro. ¡Le faltaba uno de los dientes delanteros y, en su lugar, había un enorme agujero negro! El hecho de que aquella mujer perfecta tuviera aquel defecto era…

—No leo ni escribo —dijo aquella hermosa mujer con un acento pueblerino y, a continuación, volvió a sonreír abiertamente.

Mientras Ellie seguía en estado de conmoción, oyó que la bailarina se reía.

—Madison Appleby —dijo la bella joven. A continuación, extendió el brazo por delante de Ellie para estrechar la mano de la bailarina.

Ellie se daba cuenta de que algo estaba ocurriendo, pero todavía no sabía de qué se trataba.

La bella joven miró a Ellie y le tendió la mano.

—Madison Appleby —dijo, pero Ellie no se movió.

Entonces, Madison se inclinó, se sacó algo de la boca y sonrió a Ellie. Al momento Ellie se dio cuenta de que la joven había pegado una especie de cinta adhesiva negra sobre su diente para que pareciera que no lo tenía y, Ellie, que era muy crédula, no lo había entendido con tanta rapidez como

lo hizo la bailarina. Ellie sonrió y enseguida sintió simpatía hacia aquella joven. Que una persona tan hermosa como ella fuera capaz de reírse de su propia belleza la convertía en alguien del agrado de Ellie.

Ellie le estrechó la mano.

—¡Qué pena lo del diente! —exclamó Ellie mientras sonreía—. Aunque, en mi opinión, todo el mundo debería tener un defecto.

—¿La falta de inteligencia no es un defecto? —preguntó Madison con ojos risueños.

—Creí que solo nos faltaban los bolígrafos —respondió la bailarina detrás de Ellie.

—Sin Bolígrafos ni Cerebro —prosiguió Madison—. Quizá deberíamos utilizarlo como nuestro nombre comercial.

Ellie, sentada entre ellas, parpadeaba sin cesar. En general, ella era la graciosa, pero aquellas mujeres la estaban superando—.

—¿Y qué tal Piernas y Rostro? continuó Ellie.

—¿Y tú qué serías? —preguntó Madison mientras dirigía la mirada hacia Ellie.

—El talento —respondió ésta de inmediato. Tras la cual, las tres se echaron a reír.

«Así es como nos sentíamos», pensó Ellie mientras se acurrucaba todavía más en el asiento del avión. Había bajado el estor y había apoyado ! una almohada en la ventanilla para dejarse llevar por el recuerdo del día en que conoció a Madison ya Leslie.

Después de que la bailarina le prestara un bolígrafo, Ellie rellenó el formulario y se la devolvió a Ira.

—Así que, ¿qué os ha traído a Nueva York? —preguntó Ellie cuando volvió al banco— ¿La ilusión de ser barrenderas?

Leslie sonrió.

—Las luces de Broadway —dijo con voz soñadora—. Abandoné a mi novio en el altar. —Después de pronunciar estas palabras, arqueó1as cejas con una expresión de culpabilidad—. De hecho, no lo dejé exactamente en el altar, pero..., pero sí tan cerca como para saber que hice una cosa horrible.

Lo cierto era que sus palabras sonaban como un discurso memorizado. —Se te ve apenada por lo que hiciste —dijo Madison con solemnidad,

y las tres rompieron a reír de nuevo—. ¿Eres de una ciudad pequeña?

—De un barrio de las afueras de Columbus, Ohio —respondió Leslie.

—De Erskine, Montana. ¿Lo habéis oído nombrar alguna vez?

Ellie y Leslie negaron con la cabeza. A continuación, Ellie miró a Madison.

—¿Puedo suponer que, algún día, veremos tu rostro en las portadas de las revistas?

—Llegué justo ayer, así que no he tenido tiempo de hacer grandes cosas. Precisamente hoy pensaba presentar mis fotografías y...

—¿Las tienes aquí? ¿Podemos verlas? —preguntó Ellie con interés. — Supongo que sí —respondió Madison sin mucho entusiasmo.

A continuación, se inclinó, cogió una carpeta negra de plástico y se la tendió a Ellie.

Ellie la abrió con impaciencia mientras Leslie observaba por encima de su hombro. Había cerca de una docena de fotografías de Madison muy bien maquillada y con el pelo muy bien arreglado. La mayoría eran tomas de su rostro y había, también, un par de cuerpo entero. Todas compuestas e iluminadas a la perfección. Al pie de cada una de las fotografías constaba el nombre de un fotógrafo de Erskine, Montana.

—Eres mucho más guapa en persona —comentó Ellie mientras fruncía el entrecejo y cerraba la carpeta. No pensaba decírselo, pero era una serie de fotografías terriblemente sosa.

Madison se encogió de hombros y miró en dirección a Ira, quien continuaba sellando documentos.

Mientras estaban sentadas, Ellie se dio cuenta de que los demás las miraban. Entraban por la puerta, las miraban, retiraban la vista y, con una reacción tardía, volvían a mirarlas.

O, simplemente, se quedaban parados mirándolas hasta que alguien los empujaba y los hacía salir de su estupor.

—Empiezo a sentir que debería cobrar a la gente por miraros.

—¿A nosotras? —preguntó Leslie mientras contemplaba a Ellie con asombro—,—. Querrás decir a las tres.

—Exacto —dijo Ellie con sarcasmo—, porque, entre vosotras, yo debo de parecer un gnomo.

Ellie empezaba a acostumbrarse, aunque sólo ligeramente, a la belleza de Madison, y se dio cuenta de que ésta exhalaba una tranquilidad que la hacía sentirse bien.

—¿Os habéis dado cuenta de lo que ha hecho ese hombrecillo? —preguntó Madison.

—¿Quién? —preguntó, a su vez, Leslie. —¿Quieres decir Ira? —inquirió Ellie.

—Sí, él. —En el mismo instante en que Madison lo miró, Ira levantó la vista y se quedó parado, con la mano levantada ya punto de sellar un documento—. Nos ha hecho sentar aquí para poder mirarnos.

Ellie soltó una breve risa.

—A vosotras, seguro, pero no a mí.

Ellie esperaba que ellas estuvieran de acuerdo, pero no fue así. Madison la miró con aquella serenidad a la que Ellie ya se estaba habituando.

—¡Pero si eres encantadora! Una especie de Goldie Hawn. Con el mismo encanto, dulce y adorable.

Ellie parpadeó. Había crecido con cuatro hermanos mayores, así que no había recibido muchos piropos en su vida. Sus hermanos solían decir— le que era la peste y que los dejara en paz o que lo lamentaría.

—¿yo un encanto? —preguntó, por fin.

Madison simplemente la miró, así que Ellie se volvió hacia Leslie. —Creo que se podría decir: tan mona como un bebé —comentó Leslie con una sonrisa.

—¡Hummm...! —murmuró Ellie mientras reflexionaba sobre lo que había dicho Leslie—. Sin embargo, ser mona no es duradero. ¿Te imaginas el aspecto de Goldie Hawn cuando tenga cincuenta años?

Madison volvió a mirar a Ira.

—Tengo la impresión de que nos va a retener aquí durante un buen rato. y apostaría a que lo hace a diario con otras mujeres.

Ellie empezó a decir algo, pero en aquel preciso momento Ira les hizo una seña para que se acercaran. Mantenía en alto tres permisos de conducir. En cierto modo, Ellie se alegró de que Madison se hubiera equivoca— do, pero también lamentó no poder pasar más tiempo con aquellas mujeres. No conocía a nadie en Nueva York y empezaba a sentir simpatía hacia ellas, pues las tres estaban iniciando una nueva vida.

Deseaba de todo Corazón escuchar el relato de Leslie sobre el hombre al que abandonó en el altar. Si algo le gustaba en el mundo era una buena historia. Sentía que la historia de Madison Se reflejaba en su rostro, pero era evidente que Leslie habla trabajado duro para Conseguir aquel

Cuerpo.

Ellie fue la primera en levantarse. —Ya los cojo yo.

A continuación, se dirigió a la ventanilla, tomó los tres documentos que Ira le tendía y volvió al banco. Leslie tenla en la mano un suéter y una enorme bolsa de tela negra y estaba preparada para irse con su permiso nuevo. Sin embargo, Madison no se habla movido ni un milímetro y continuaba sentada mientras observaba a Ellie.

—Aquí están —dijo Ellie mientras contemplaba los documentos.

El primero era el de Madison. Incluso en la fotografía del permiso de conducir estaba preciosa. Ellie le tendió el documento, pero Madison dijo: —Compruébalo.

—¿Qué?

—Comprueba los datos. Asegúrate de que son Correctos.

—De acuerdo —dijo Ellie con lentitud mientras miraba a Madison

Como si estuviera un poco mal de la cabeza—. Madison Aimes, nacida el , 9 de Octubre de 19ó0. Tenemos la misma fecha de cumpleaños.

—yo también, pero no creo que tengamos el mismo apellido. y yo me llamo Aimes —indicó Leslie.

Entonces, Ellie leyó los tres documentos y comprobó que los apellidos estaban intercambiados. En el suyo ponla «Ellie Appleby» y en el de Leslie, «Leslie Abbott».

Ellie miró a Madison con ojos de asombro.

—¿Cómo lo has sabido?

Madison se encogió de hombros.

—Me Ocurre continuamente. Provocan cualquier retraso, inventan cualquier excusa para retenerte —explicó.

A continuación, retiró la vista hacia Otro lado.

Ellie miró a Leslie y, después, devolvió los permisos a Ira. Al menos, él no fingió arrepentirse por el error que habla cometido.

—Supongo que las tres tendréis que esperar un poco más, ¿no? —

manifestó con una sonrisa—. Podéis hacerlo ahí, en el banco y será mejor que no salgáis del edificio por si necesito preguntaros alguna Cosa. Ellie abrió la boca para decirle lo que pensaba de él 0 incluso para exigir que llamara a su supervisor, pero su vanidad le hizo sacar lo mejor de sí misma. El hecho de haber sido elegida para sentarse entre dos mujeres como Leslie y Madison, el hecho de ser considerada como una representación de..., en fin, no la hacía sentirse exactamente mal. y la verdad es que, cuando regresó al banco, caminó un poco más estirada que antes.

Ellie volvió a sentarse entre las dos mujeres.

—¡En fin! —suspiró, y se volvió hacia Leslie—. Cuéntanoslo todo sobre el chico al que dejaste plantado.

Leslie rió.

—¿Todos los habitantes de Nueva York son tan directos como tú? —No tengo la menor idea. Yo soy de Richmond, Virginia. —Entonces todas somos recién llegadas —anunció Leslie—. ¿Y las tres estamos aquí para intentar hacer fortuna?

—Nada de intentarlo —prosiguió Ellie—. Vamos a conseguirlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Leslie con firmeza, pero Madison no abrió la boca.

Ellie se volvió hacia ella.

—¿Y tú? ¿Cuántos corazones rotos has dejado atrás? —Ninguno. De hecho, mi novio me dejó a mí.

Madison no dijo nada más, de modo que Ellie la observó en silencio. Estaba demasiado sorprendida para hablar. Transcurridos unos instantes, miró a Leslie y comprobó que ella también estaba sorprendida.

—No te ofendas, Leslie —pidió Ellie—, pero necesito oír su historia primero.

Durante un momento, Madison permaneció en silencio y, después, ex— clamó:

—¡Qué diablos! Todo el mundo en Erskine sabe lo que sucedió, de modo que no es exactamente un secreto.

Ellie se mordió la lengua para no comentar que aunque todos los habitantes de Erskine conocieran el secreto de la vida, todavía seguiría sien— do un misterio para el mundo.

—Era mi amor del instituto —explicó Madison—. En realidad, Roger asistía a un instituto que se encontraba a ochenta kilómetros del mío, pero yo era una animadora y...

i Yo también! —exclamó Ellie—. Del equipo de debate, sección de latín.

—vaya! —exclamó Madison—. En cualquier caso, Roger y yo salimos juntos durante todos los años del instituto. No me cité con ningún otro chico. Nuestro plan consistía en obtener el graduado escolar, ir jun— tos a la universidad y, después, casarnos y vivir felices para siempre. Incluso habíamos decidido los nombres de nuestros futuros hijos.

Madison miró hacia otro lado, y cuando volvió la vista su rostro había recuperado la compostura. Sin embargo, sus ojos reflejaban dolor. «Está acostumbrada a esconder sus emociones», pensó Ellie, y por un momento

percibió la persona real que existía en el interior de aquella mujer, más allá de su bello rostro.

—Debí prever que surgirían problemas. Veréis, la familia de Roger es rica, pero mi madre y yo no.

—¿ y qué ocurre con tu padre? —preguntó Ellie haciendo caso omiso de las buenas costumbres y de las continuas advertencias de su madre para que no curioseara en los asuntos privados de los demás.

Madison encogió uno de sus hombros con gracia. «Debería ser actriz», pensó Ellie.

—Era un hombre casado —respondió Madison—. Se marchó... Bueno, de hecho salió corriendo cuando mi madre le contó que estaba embarazada. Todo lo que sé de él es que su apellido es Madison. Mi madre me puso este nombre como venganza. Ella no podía llevar su apellido, de modo que me lo dio a mí. Decía que él no le podía negar esa pequeña parte suya.

Durante unos instantes, la atmósfera se cargó con el rencor que reflejaba la voz de Madison.

—En lo del nombre me superas —comentó Ellie con voz alegre—. Mi madre dijo que estaba harta de chicos grandullones y fornidos y que quería una niñita, de modo que me puso este nombre tan femenino. —¿Tu verdadero nombre no es Eleanor? —preguntó Leslie.

—No. Es, sencilla y llanamente, Ellie. Creo que me lo cambiaré por Anastasia. Y, entonces, ¿qué ocurrió con Roger? —preguntó dirigiéndose a Madison.

Madison soltó el aliento que había estado conteniendo. Los alegres comentarios de Ellie habían disipado la tensión.

—Dos semanas antes de que terminara el instituto, le diagnosticaron a mi madre un cáncer de pecho. —¡Vaya! —exclamó Ellie.

Leslie extendió el brazo a lo largo del respaldo del banco y le dio un apretujón a Madison en el brazo.

—Aparte de Roger, mi madre era mi vida —explicó Madison—. Formábamos un equipo. Me crió sola y tenía dos trabajos para poder llegar a fin de mes. Por las tardes trabajaba como cajera en un supermercado y, como no podía costearse una canguro, yo solía ir con ella al trabajo y me escondía en el almacén. Puedo contaros muchas cosas sobre cómo se lleva un supermercado.

Esto último lo dijo para hacerlas reír, pero Ellie y Leslie ni siquiera sonrieron.

—En fin —continuó Madison—, como mi madre enfermó, tuve que posponer mis estudios en la universidad. —Una vez más, Madison retiró la vista—. Para explicarlo de una forma breve: mi madre murió..., al cabo de cuatro años. Y, para entonces, el dinero de la universidad lo habíamos gastado en médicos y hospitales. Ellie no supo qué decir y, a juzgar por el silencio de Leslie, a ella le pasaba lo mismo. —¿y Roger? —preguntó Ellie con dulzura. —El bueno de Roger, el amor de mi vida, regresó de la universidad. y debo añadir que si pudo acceder a ella fue gracias a una beca deportiva. Sus padres son ricos, pero se comportan como si fueran las personas más pobres del planeta. En fin, Roger regresó..., pero con una novia colgada del brazo. —¿Una qué? —preguntó Ellie—. ¿Por qué querría ningún hombre

casarse con una mujer que no fueras tú? Ellie no se dio cuenta de que había hablado muy alto hasta que toda una fila de personas se volvió hacia ellas con interés. —La belleza no lo es todo —respondió Madison con una ligera sonrisa. —No estoy hablando de la belleza del cuerpo. Renunciaste a tu educación para quedarte en casa y cuidar a tu madre. I Esto es belleza interior! Madison miró a Ellie con sorpresa y, a continuación, sonrió hasta que todo su rostro se iluminó. —Creo que me gustas —afirmó, y Ellie le devolvió la sonrisa. —Continúa —la apremió Leslie—. ¿Qué hiciste entonces? y debo afirmar que estoy de acuerdo con Ellie, ¿por qué querría casarse con otra? Madison respiró hondo.

—Me dijo que una vez que se había graduado en la universidad necesitaba a alguien con quien poder hablar. Alguien culto.

Al oír esto, Ellie se volvió hacia Leslie y, después, de nuevo hacia Madison.

—La castración habría sido demasiado suave para él—afirmó con una voz tenue. Madison realizó un gesto de conformidad. —Lo mismo pensé yo en aquel momento. Sobre todo si tenemos en cuenta que, durante todos los cursos del instituto, yo le hice casi todos los deberes. Solía ir a mi casa tres veces por semana y siempre llevaba una carpeta llena de deberes para que yo lo «ayudara,). Lo cierto es que él veía partidos de fútbol en el televisor mientras yo le hacía los deberes. Nuestras citas con frecuencia consistían en que yo le hacía las tareas escolares mientras él lanzaba una pelota con alguien. Y, en la universidad, cuando tenía que hacer algún trabajo me la enviaba y yo se la redactaba. —¿y con este sistema pudo sacar adelante la carrera? —preguntó Leslie—. Lo más probable es que lo pillaran en los exámenes. Ésos no podías contestárselos tú. —¿Estás segura? —preguntó Madison con una ceja enarcada—. Roger era el mejor jugador de fútbol americano que había pasado por el instituto. Se podría decir que él solo ganó todos y cada uno de los partidos que jugaron. El director advirtió a los profesores que si Roger no obtenía unas notas que le permitieran acceder a la universidad, podrían perder su empleo, fueran o no titulares del puesto. Yo no estuve en la universidad, pero estoy convencida de que ocurrió más o menos lo mismo. —Vaya, esto sí que es justo, ¿no crees? —comentó Ellie mientras miraba a Leslie. Leslie se echó a reír. —De modo que, gracias a ti, fue a la universidad, después lo ayudas— te a seguir allí y durante todo ese tiempo te comportaste como una santa. Al oír esto, Madison se echó a reír. —¿Una santa por cuidar a mi madre? ¿Sabes una cosa? La verdad es que lo disfruté —Ellie y Leslie abrieron la boca para decir algo, pero Madison levantó la mano—. No, no. No disfruté viendo sufrir a mi madre, pero me interesó el aspecto médico de su enfermedad. Incluso conseguí un empleo a tiempo parcial en el hospital. Tenía que conducir cien kilómetros, pero... —¿Todos los días? —interrumpió Ellie. —Sólo tres días a la semana. Pero Montana no es como Virginia —re— puso Madison con una sonrisa—. En Montana puedes poner el pie en el acelerador y dormirte. Bueno, más o menos. Durante los cuatro años que Roger estuvo fuera aprendí muchas cosas. De hecho, uno de los médicos me sugirió que estudiara enfermería, aunque, más adelante, él...

—Déjame adivinar —intervino Ellie mientras hacía una mueca—. Te persiguió alrededor de una mesa.

Madison se miró las manos. —Alrededor de la camilla de un paciente en coma. Pero no se dio cuenta de que yo tenía una bolsa de agua caliente en las manos, y, de una forma accidental, vertí el contenido de la bolsa sobre su pecho.

Cuando oyó esta anécdota, Ellie rompió a reír, y las personas que estaban en la sala se volvieron, de nuevo, para mirarlas. Leslie se puso la mano sobre la boca y también se echó a reír.

—Pero, si te gustaba la enfermería, ¿por qué no te dedicaste a esa profesión? —preguntó Leslie.

—Porque... Madison se calló. ¿Cómo podía explicarles en qué había consistido su vida? Quizá fuera vanidoso por su parte creer que era guapa, pero duran— te toda su vida a los demás les había gustado mirarla. Su madre le contó que, incluso de recién nacida, era preciosa y que los demás se fijaban en ella constantemente. En el colegio, siempre la habían elegido para ser la princesa de las obras de teatro. En quinto curso pidió que le permitieran ser la bruja y se emocionó cuando la profesora aceptó. Por fin podía ser la bruja, ponerse el gorro puntiagudo y reírse a carcajadas. A Madison siempre le había gustado reírse a carcajadas. Pero entonces la profesora reescribió la obra de forma que, al final, la bruja resultó ser una bella princesa disfraza— da. Cuando Madison protestó, le dijeron que su cara vendía entradas, de modo que tuvo que dejar aun lado sus quejas.

A medida que Madison crecía, su belleza crecía con ella y, además, alcanzó la estatura de un metro setenta y ocho centímetros. «No mido un metro ochenta», recalcaba con frecuencia. Su madre le decía que la mitad de la atracción que sentía hacia Roger se debía a que era más alto que ella.

¿Cómo podía explicar a aquellas dos mujeres lo que significaba ser una atracción turística en su pueblo natal? Porque esto era lo que había sido durante la adolescencia o, al menos, eso le decían sus compañeras del instituto. No había grandes cosas en Erskine, sólo unas cuantas tiendas a lo largo de la calle principal. Sin embargo, esa calle también formaba parte de la ruta que conducía a una importante una turística donde se practicaba el esquí en invierno y los deportes al aire libre en verano. Cerca de media docena de comerciantes de la ciudad habían constituido un consejo para conseguir que los vehículos que cruzaban Erskine a toda velocidad se de— tuvieran y compraran. Se les ocurrieron varias ideas para lograrlo. Una consistió en construir una jaula enorme y poner muchas multas por exceso de velocidad. Pensaban encarcelar al conductor en la jaula y, así, mientras su familia esperaba a que lo soltaran, podían efectuar sus compras en Erskine. Sin embargo, descartaron aquella idea porque, con toda probabilidad, las familias estarían demasiado enfadadas y no querrían comprar nada. «Sin mencionar que, seguramente, es ilegal», añadió uno de los miembros del consejo.

Se presentaron varias propuestas más, como celebrar un par de carnavales y un festival cinematográfico. «Spielberg no se deja ver sólo porque lo inviten», dijo alguien. «¿Quién querría venir a Erskine?» «No queremos que vengan, queremos que se detengan.» Entonces alguien susurró: «Lástima que no podamos conseguir que Madison se quede plantada en medio de la calle. Eso loS detendría.»

A partir de aquel comentario, la idea tomó cuerpo y lo siguiente que

supo Madison es que le ofrecieron un empleo que consistía en repartir prospectos publicitarios a loS automovilistas que pasaban por el pueblo.

¿ Todo lo que tengo que hacer es repartir los prospectos? —preguntó. — Así es —le respondieron.

Entonces, los comerciantes colocaron un semáforo justo en la mitad de la calle mayor y, a su lado, levantaron una pequeña marquesina parecida a las antiguas paradas de autobús. y cuando loS vehículos se detuvieran, Madison tenía que entregarles los prospectos.

A Madison, el trabajo le pareció muy sencillo y, además, sólo tenía que hacerlo los fines de semana, cuando el' tráfico era más denso, de modo que aceptó. Sin embargo, todo estuvo apunto de fracasar por el gran número de vehículos que se detenían y la cantidad de hombres que, camino de un fin de semana de diversión, intentaban ligar Con Madison. Entonces, el juez local designó a dos funcionarios para que acompañaran a Madison. Al final, decidieron que era más seguro colocar una valla publicitaria Con una fotografía de Madison en pantalones tejanos cortos y con una camisa roja anudada a la cintura. En la fotografía, Madison invitaba a los que pasaban por Erskine a detenerse y dar un vistazo.

Para Madison, todo aquello resultó muy embarazoso, pero necesitaba el dinero para las facturas médicas de su madre. Además, COmo Roger es— taba en la universidad, se sentía sola, y le resultó agradable charlar Con las personas que se dirigían a otro lugar.

—Y, después, ¿qué ocurrió? —la apremió Ellie—. ¿Qué fue lo que te empujó avenir a Nueva York?

—El concejo municipal decidió que la ciudad me debía algo —Madi— son levantó la mano cuando vio que Ellie se disponía a intervenir—. Ahora no importa si era mucho o no lo que me debían, pero cuando Roger me dejó plantada, decidieron enviarme a la gran ciudad para que me convirtiera en una modelo.

Madison no les contó lo que la hija del pastor de Erskine le soltó un día con el puño en alto. Aquella joven siempre tuvo celos de Madison, no sólo por su belleza, sino porque era inteligente, y cuando los demás con— seguían conocerla más allá de su belleza, la encontraban doblemente atractiva. Aquello era más de lo que la maliciosa joven podía aguantar, así que le contó a Madison un secreto que ésta no debía conocer. Era cierto que el concejo municipal desembolsó el dinero para enviar a Madison a Nueva York. «Si se hace famosa, conseguiremos que Erskine aparezca en el mapa», razonaron.

Sin embargo, el pastor de la iglesia a la que Madison y su madre acudían declaró que el dinero que habían reunido no era suficiente. Un día, la hija del pastor descolgó, por casualidad, el auricular del teléfono cuan— do su padre hablaba y oyó una voz infantil que anunciaba: «Residencia de los Madison.» A continuación, el pastor declaró: «Deseo hablar con tu padre.» Un minuto más tarde, un hombre respondió a la llamada. «Su hija necesita diez mil dólares. Ahora. Envíemelos aquí, a la iglesia. ¿Re— cuerda mi nombre y mi dirección?» Hubo una pausa y, luego, se oyó la respuesta: «Sí, los recuerdo.» Después, se escuchó un clic y se cortó la comunicación.

Madison no les contó, a Ellie ya Leslie, que su padre le había enviado

dinero. Se trataba de una cuestión privada. Así que resumió la historia y, simplemente, les explicó que el concejo municipal la había enviado a Nueva York para que se convirtiera en una modelo.

Ellie notó que Madison se reservaba parte de la información, de modo que le formuló un montón de preguntas, pero Madison mostró una sonrisa tipo «Mona Lisa» y no respondió.

—y ¿cuál es tu historia, Leslie? —preguntó Madison con una determinación que dejó patente a Ellie que no pensaba revelar nada más por mucho que la presionara—. ¿Qué nos cuentas del hombre al que dejaste plantado?

—Se llama Alan —respondió Leslie y, aunque intentó mostrarse apenada, sus ojos reflejaban tal alegría e ilusión que Ellie no creyó que nada pudiera entristecerla en aquellos momentos— íbamos a casarnos, pero me acobardé. Soy consciente de que ya tengo veintiún años, una edad apropiada para sentar la cabeza y empezar a tener hijos, pero...

—Quieres vivir la vida —la interrumpió Ellie con entusiasmo. —¡Oh, sí!

—De modo que dejaste a aquel chico y viniste a Nueva York —continuó Ellie con una sonrisa.

—Más o menos. Aunque Alan se enfadó bastante por mi decisión. Me dijo que, si hubiera sabido que yo era una..., habría hecho otras cosas en la universidad. —Leslie se miró1as manos—. La verdad es que no fue una escena muy agradable.

Durante unos instantes, las tres permanecieron en silencio. A continuación, Madison dijo:

—¿ Tienes su dirección? Quizás él y yo podríamos salir juntos. Aquella ironía era justo lo que necesitaban para levantarles el ánimo y las tres rieron con ganas.

—¿Y tú qué nos cuentas? —preguntó Leslie a Ellie—. Hasta el momento tenemos una que ha plantado a alguien y otra a la que han dejado plantada. ¿Tú qué eres?

—Nada —respondió Ellie y prosiguió de inmediato—: Quiero decir, nada en lo que a romances se refiere. Desde pequeña quería ser pintora. Lo único que deseaba por Navidad o en mis cumpleaños eran pinturas y lápices de colores; cualquier cosa con la que pudiera dibujar. Durante los años de instituto, creo que só10 tuve tres citas con chicos. Soy la menor de cuatro hermanos, y todos tienen serrín en lugar de cerebro. Bueno, en realidad los quiero, son buenos chicos y todo eso, pero son...

—Estúpidos —dijo Madison.

—Sí —continuó Ellie con un suspiro—. Son corpulentos, atractivos, fabulosos en todos los deportes, pero mi madre tuvo que utilizar un látigo para conseguir que abrieran un libro. Igual que tu Roger, ellos...

—Por favor —la interrumpió Madison—. No digas mi Roger.

—De acuerdo, lo siento. En cualquier caso, igual que tú, sus amigas les hacían los deberes. Y me refiero a sus amigas—amigas. También tenían amigas con las que salían, chicas guapas y talentosas, pero las otras, que eran más bien poca cosa, les hacían los deberes. Por eso, cuando te vi. por primera vez...

Ellie se calló y miró hacia otro lado.

—Por eso dedujiste que era una boba, como las chicas con las que salían tus hermanos. No te preocupes, me ocurre continuamente. —Así que, ¿nunca has tenido novio? —Leslie le preguntó a Ellie—. ,Pero si eres...

—Lo sé..., muy mona —prosiguió Ellie mientras exhalaba un suspiro—. Supongo que en casa tenía más testosterona de la que podía manejar, de modo que no quería más. Sólo deseaba pintar, yeso es lo que hice en la universidad. Me licencié en Bellas Artes en mayo y, el verano pasado, volví a la casa de mis padres. Allí, en Richmond, trabajé en una galería de arte. En la parte de atrás de la casa de mis padres hay un cobertizo. Mi madre solía referirse a él como «su cenador», porque su intención era fastidiar a mi padre hasta conseguir que él le colocara puertas y ventanas y así poder utilizarlo para relajarse y leer. Sin embargo, mi madre lleva fastidiando a mi padre treinta años y, hasta el momento, no ha conseguido nada.

Ellie pronunció esta frase con una sonrisa, pues se trataba de una broma familiar habitual. Lo cierto es que era una broma para todos los miembros de la familia excepto para su madre.

—Debería acondicionarla ella misma —declaró Leslie con firmeza—. Mi padre es contratista de obras y, en ocasiones, me llevaba con él al trabajo. Ahora, sé utilizar el martillo y el destornillador con tanta destreza como cualquier hombre.

Ellie y Madison sonrieron mientras miraban a Leslie, pues dijo aquello como si se tratara de un desafío.

—¡Soy una mujer ! Oíd mi rugido —susurró expresivamente Ellie Y las tres se echaron a reír—. En fin —prosiguió—, este verano utilicé el cobertizo como estudio de pintura y trabajé cada segundo que no estuve en la galería. Y, al final. ..

Entonces se detuvo y bajó la vista.

—Alguien de Nueva York vio tu trabajo —dijo Madison en voz baja. —¡Así es! —exclamó Ellie, y sus ojos brillaban cuando miró a Madison—. ¡Sí, sí y tres veces sí! Miranda, la dueña de la galería, envió fotografías de mis pinturas a una amiga suya de Nueva York y, en fin, una cosa llevó a la otra, hasta que me ofrecieron subarrendar un estudio en el Village durante un año. Es feo y húmedo y el ascensor parece sacado de una película de terror, pero dispone de mucha luz natural y espacio, y... —Ellie se detuvo para tomar aliento—. Es una oportunidad —continuó en cuanto hubo recuperado la compostura—. Mis padres están desembolsando todo el dinero. Sólo uno de mis hermanos fue a la universidad, de modo que me ofrecieron el dinero que tenían reservado para los otros tres. Sin embargo, yo querría...

Una vez más, se detuvo y bajó la vista

—Te ayudan porque te quieren —dijo Leslie con dulzura y, a continuación, apretó a Ellie en el hombro.

'Ellie sonrió y miró a Leslie mientras pensaba: «Es una romántica de los pies a la cabeza.»

—Más o menos —continuó Ellie mientras esbozaba una sonrisa—. Mi madre y yo siempre decimos que tenemos que permanecer unidas frente a los chicos.

Madison observaba a Ellie con interés.

—¿No te gustó ningún chico? , ¿ni en el instituto ni en la universidad? —No soy una devoradora de hombres, si es a eso a lo que te refieres —respondió Ellie—. He tenido alguna cita, pero los hombres que me gustaban en el aspecto físico, no sabían distinguir un Renoir de un Van Gogh, y creían que Rubens jugaba con los Dallas Cowboys. y los chicos que estudiaban arte en la universidad... —Levantó las manos con las palmas hacia el cielo e hizo una mueca—. La mitad de ellos eran homosexuales y la otra mitad parecía que nunca hubieran tomado un baño. Madison se apoyó en el respaldo del banco.

—No me imagino la vida sin un hombre —confesó con voz tenue—. Quizá sea porque vi. lo dura que había sido la vida de mi madre, pero me agarré a Roger y no lo solté. Incluso cuando me dejó, yo... —Se detuvo y contempló a las otras dos mujeres—. Le pedí que no me dejara –continuó Madison mientras sonreía levemente y, una vez más, Ellie vio el dolor en su mirada.

Ellie quería conseguir que Madison se olvidara de su pasado.

—Pero ahora estamos aquí y todo eso ha quedado atrás. —Ellie miró, consecutivamente, a Leslie ya Madison—. Tú te libraste de Alan y tú de Roger. Así que ¡adiós para siempre!

—Será la primera de las tres en enamorarse de un hombre y abandonar la pintura por él—replicó Madison con solemnidad— Antes de tres años, vivirá en una casita y tendrá media docena de hijos. —Como mínimo —subrayó Leslie.

—¡ila! —repuso Ellie—. El único hombre que podría ganar mi corazón debería tener un talento mil veces superior al mío. De modo que, a menos que me encuentre con la reencarnación de Miguel Angel, estoy a salvo.

—¿Miguel Angel no era gay? —preguntó Madison a Leslie.

—¿O era el loco que se cortó la oreja? —replicó Leslie.

—Vale, vale. Podéis reíros de mí, pero ahora estamos iguales.

—¡Espera un momento! —exclamó Leslie—. Ahora que hablamos de iguales, ¿acaso no es hoy nuestro cumpleaños? Sin duda es el mío, y también...

—El mío —afirmó Ellie.

—Y el mío —repuso Madison.

—Necesitamos un pastel—declaró Leslie con firmeza.

—Será una madre estupenda —le dijo Ellie a Madison con una expresión solemne.

Leslie pasó por alto el comentario.

—Le preguntaré al mamarracho de Ira dónde está la pastelería más cercana y compraré un pastel de cumpleaños para las tres.

A continuación se levantó y las palabras que Ellie y Madison iban a pronunciar se helaron en sus labios, porque ver a Leslie caminar era como ver a la belleza en movimiento. Andaba como si flotara y la falda de tela fina se pegaba a sus piernas largas y bien moldeadas.

—vaya! —exclamó Ellie en voz baja cuando Leslie llegó a la ventanilla de Ira—.

i Vaya!

—Exacto —corroboró Madison con los ojos muy abiertos.

Leslie las saludó con la mano cuando cruzó la puerta de salida y Ellie y Madison se quedaron solas Entonces se dieron cuenta de que no tenían mucho de qué hablar, pues, aunque Leslie era la más callada de las tres, algo en ella hacía que la conversación fluyera. La calidez y la naturalidad que emanaban de Leslie creaban una atmósfera que propiciaba la confidencia.

El silencio puso nerviosa a Ellie, pero Madison simplemente se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Ellie era pura energía cinética, mientras que Madison parecía tener una paciencia infinita.

Cuando, después de unos minutos, Ellie levantó la vista y vio a Leslie con una caja blanca, se sorprendió. Lo cierto es que no había tardado mucho.

—No lo creeríais nunca —dijo Leslie mientras se sentaba junto a Ellie y abría la caja.

En el interior había un pastel pequeño cubierto con una esponjosa capa de azúcar blanco glaseado. Encima, figuraban sus nombres escritos con letras de caramelo de color rosa.

—Has ido muy rápido —dijo Ellie. Leslie las miró con ojos risueños.

—Hay una panadería justo en la puerta de al lado, y todos los días cocinan un pastel para <das chicas de Ira».

Ellie parpadeó.

—o sea, ¿para nosotras? ¿Ahora nos conocen como «las chicas de Ira»? —preguntó Madison.

Leslie se echó a reír.

—En efecto, Madison. El pequeño mequetrefe elige todos los días a dos o tres jóvenes y las hace esperar en este banco mientras comete cientos de errores en sus documentos. Como son muchas las personas que acuden a renovar su carné de conducir el día de su cumpleaños, también son muchas alas que se les ocurre comprar un pastel y compartirlo.

—¿Ira recibe un soborno de la panadería? —preguntó Ellie—. ¿Y por qué se lo permiten sus superiores?

Leslie se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Lo mismo pregunté yo a los de la panadería. No acerca del soborno, sino por qué le permiten obrar de este modo. ¿ Veis la ventanilla de ahí arriba? —preguntó mientras volvía la cabeza y observaba la pared que había detrás de Ira.

Justo encima de él había una ventana pequeña y tan sucia que sería sorprendente que alguien pudiera ver algo a través de ella.

—El jefe de Ira trabaja allí —continuó Leslie—. Según la mujer de la panadería, no hay pruebas que lo demuestren, pero a Ira le permiten obrar así porque a su jefe le gusta la vista tanto como a él.

—Debería sentirme furiosa —dijo Ellie—, pero hoyos he conocido y... — A continuación se encogió de hombros—. Así que, ¿de qué es el pastel?

—De coco. La panadera me dijo que el chocolate ensucia mucho. Además, mirad, también me ha dado platos, tenedores y servilletas. De modo que, «chicas de Ira», i al ataque! y atacaron.

CAPÍTULO 3

—Sírvanse abrocharse los cinturones y prepárense para aterrizar —se oyó por el altavoz, y Ellie volvió al presente.

«¿Qué habrá sido de aquella chica tan guapa?», se preguntó. Durante los diecinueve años que habían transcurrido desde que se conocieron, Ellie había pensado en Madison todas y cada una de las veces que había hojea— do una revista de modas. «No es tan guapa como Madison», solía comentar. Hasta que su ex esposo le dijo: «Déjame adivinar: sea quien sea o sea lo que sea, no es tan guapo como Madison.» Después de aquel comentario, Ellie no volvió a mencionar a Madison en voz alta, aunque continuó pensando en ella. ¿Habría regresado a su pequeña ciudad natal en Montana para estudiar enfermería? Quizá se había casado con un médico y tenía media docena de hijos.

Al pensar en niños, Ellie levantó el estor y miró a través de la ventanilla. Prefería no pensar en niños. Aunque, de hecho, los niños la habían ayudado a acabar con su matrimonio. Un día, justo después de Navidad, cuando su ex marido tuvo una de sus continuas rabietas porque consideraba que Ellie no hacía lo suficiente por él, Ellie lo miró y pensó: «He dejado de tener hijos por este hombre egoísta.» Entonces no lo sabía, pero fue en aquel momento cuando dejó a su marido. O sea, lo dejó en su mente. La separación física y los tribunales le robaron cerca de un año de su vida, pero su mente se separó de él en aquel mismo instante.

Mientras el avión aterrizaba, Ellie volvió a sentirse inquieta. Lo cierto era que citarse con unas mujeres a las que no había visto en tantos años era una idea descabellada. Parecía una de esas horribles reuniones de ex alumnos a las que se acude con una imagen de esas personas y uno se queda sin respiración al ver las arrugas de sus rostros y los michelines de sus cuerpos. Después uno va al lavabo, se mira en un espejo y se da cuenta de que tiene las mismas arrugas y los mismos michelines.

Cuando el avión se detuvo, Elle cogió su bolsa y se puso de pie. Mientras esperaba para salir, su mente regresó al momento en que conoció a aquellas dos mujeres en el Departamento de Tráfico. Aquel día, Madison les había ocultado alguna cosa, reflexionó Ellie. Ella, sin embargo, se sentía tan segura de sí misma, tan convencida de que pondría el mundo a sus pies con su arte, tan confiada en que tanto Leslie como Madison lo conseguirían también. Al mirar a Madison, uno creía saberlo todo sobre ella: Seguro que fue la reina del baile y la chica más popular del instituto. Y, desde luego, se casaría con el capitán del equipo de fútbol.

Madison ya había cumplido parte de estas expectativas, aunque, quizá las cosas habían cambiado para ella. ¿Por qué no había alcanzado el éxito en el mundo de las modelos? , se preguntó Ellie. ¿Por qué no había visto fotografías de Madison en todos aquellos años? A Ellie le parecía que lo único que Madison tendría que haber hecho era caminar por las calles de Nueva York y que algún fotógrafo le habría rogado que posara para él. ¿Acaso no ocurrían cosas así de una forma continua? ¿Acaso no era cierto que a las modelos las descubrían en los restaurantes, las tiendas o en sitios



Librodot

parecidos?

Los pasajeros situados delante de Ellie se incorporaron a la cola del pasillo y Ellie los siguió. Mientras esperaba a que la cola avanzara, El!ie se acordó de Leslie. Le resultaba más difícil seguirle la pista a una bailarina, sobre todo porque ella no asistiría a muchos espectáculos de Broadway. ¿Habría bailado Leslie en Broadway? ¿Habría conocido aun hombre extremadamente rico y se habría casado con él? ¿O Ellie había visto demasiadas películas en blanco y negro?

Cuando la cola empezó a avanzar, Ellie respiró hondo. «¡Allá vamos!», exclamó para sí. Cuando invitó a las otras dos mujeres, les pidió que, si aceptaban, le enviaran la información de sus vuelos. En realidad, aquella idea se le ocurrió a Jeanne. Cuando dispuso de aquella información, Ellie envió un coche a recogerlas en el aeropuerto y trasladarlas a la casa situada junto a la costa de Maine, al nordeste de Bangor.

Quizás había sido cobarde por su parte, pero Ellie compró su billete de forma que fuera la última en llegar. Era probable que, de este modo, tuviera que dormir en el sofá, pero estaba dispuesta a pagar ese precio. Así, cuando llegara a la casa de Jeanne, Leslie y Madison ya estarían allí.

Cuando Ellie entró en el edificio del aeropuerto, vio a un hombre que vestía un traje negro y sostenía una cartulina en la que figuraba el nombre de «Abbott». Ellie le entregó la bolsa y las etiquetas de identificación del equipaje y lo siguió hasta la cinta transportadora para recoger sus maletas.

Cuando, por fin, estuvieron en el coche y se pusieron en marcha, Ellie sintió el impulso de pedir al conductor que regresara. ¿Cómo podía hablar a Leslie y Madison sobre su vida? Había alcanzado el éxito, pero lo había perdido todo. Había permitido que un hombre la venciera, que el sistema judicial la aplastara. Durante toda su vida, le habían dicho que era como un bulldog, que nunca se rendía, y que cuando quería algo, lo conseguía. «y que Dios ayude a quien se interponga en su camino», solía decir su madre pero Ellie se había rendido, no había plantado cara y, al final, había fracasado.

Sin embargo, no le dijo al conductor que regresara. Durante los últimos tres años, había vivido sometida a un miedo constante y había llegado hora de hacerle frente.

Tenía que esforzarse, pensó mientras contemplaba a través de la ventana la maravillosa región de Maine. Las hojas de los árboles tenían unas esplendorosas tonalidades rojas y ocres. ¿A todo el mundo le ocurría que el mes de su cumpleaños era su favorito? En el caso de Ellie, era cierto. Octubre, cuando el aire refrescaba y las hojas adquirían unos tonos luminosos era su mes favorito. Después del letargo del verano, el otoño parecía despertar a la humanidad.

«Todo irá bien —se dijo—. Yo tengo diecinueve años más y ellas también. Hasta Madison tiene que envejecer. Quizá, si no les cuento lo que ha sucedido, no sentirán lástima por mí. Quizá, si...»

—¿Ha estado alguna otra vez en Maine? —preguntó el conductor con estas palabras, apartó a Ellie de sus pensamientos.

No. y usted, ¿vive aquí? , Sí. He vivido aquí toda mi vida. Entonces, cuéntemelo todo —repuso Ellie. Quería distraer su mente de la reunión y un

conductor a quien le gustaba hablar podía funcionar tan bien como cualquier otra cosa.

Ellie las vio antes que ellas. y entonces sintió como si le hubieran quitado cien kilos de preocupación de encima. Exhaló un enorme suspiro de alivio y dio un paso adelante, pero entonces se detuvo para darse tiempo de observar y pensar.

El conductor la había llevado a la dirección que ella le indicó. Mientras Ellie contemplaba la casa, él sacó el equipaje del maletero. Jeanne le había dicho que la casa era bastante antigua y que la había construido un carpintero de ribera a principios del siglo XIX pero no le había dicho que era tan bonita. Se trataba de una construcción pequeña, de dos pisos, y con un amplio porche en la parte frontal. La casa destacaba por la cenefa que rodeaba las paredes exteriores. Era una de esas peculiaridades que resaltaban las guías locales bajo el epígrafe: «La casa más fotografiada de Maine.» . La simple visión de la casa hizo que Ellie sonriera. Jeanne le dijo que el cuidador de la casa la dejaría abierta para que pudieran entrar cuando llegaran. El hecho de que la casa pudiera dejarse abierta lo decía todo sobre el pequeño pueblo costero.

Después de darle una propina al conductor, Ellie cogió su equipaje y abrió con suavidad la puerta principal. En el suelo de entrada, había tres maletas sin abrir, lo cual quería decir que aún nadie había elegido dormitorio.

El salón era encantador. Estaba amueblado con unas cuantas antigüedades de la época colonial mezcladas con piezas de artesanía local y algunas obras de arte. Una enorme chimenea de piedra ocupaba una de las paredes y encima de la puerta, había una maqueta de un barco de gran tamaño. El resto del mobiliario también era de estilo colonial, pero sobre todo parecía muy cómodo. Los colores que predominaban eran el verde oscuro y el ocre con toques de amarillo aquí y allá, y armonizaban a la perfección con el esplendor otoñal del exterior.

«No me extraña que la alquilara», susurró Ellie, y pensó que su terapeuta se sentía orgullosa de aquel lugar.

Enfrente había una puerta a través de la cual Ellie vio los muebles amarillos y alegres de la cocina y, al otro lado, el jardín trasero. Allí, debajo de un árbol cubierto de magníficas hojas de color granate, había dos mujeres sentadas, charlando tranquilamente. Entre ellas, sobre una mesita de madera, había una jarra de limonada.

Ellie atravesó el salón, entró en la cocina y se detuvo delante del fregadero para mirar por la ventana. Pensaba que la verían de inmediato, pero no fue así porque el sol estaba detrás de ellas y se reflejaba en el cristal.

Cuando se dio cuenta de que podía verlas sin ser vista, Ellie no resistió la tentación de observarlas. Leslie ya no tenía un cuerpo extraordinario. Parecía un ama de casa de clase media y de mediana edad. Todavía estaba delgada, pero su aspecto físico ya no mostraba indicios de lo que, una vez, fue un cuerpo que quitaba el hipo. Su cabello había perdido el brillo caoba y era simplemente de color castaño. Además, a juzgar por los numerosos

mechones grises que se entreveían, no se lo teñía. Su piel tenía buen aspecto, pero se le habían formado arrugas alrededor de los ojos y unos surcos unían las aletas de su nariz con las comisuras de los labios. «Se siente muy infeliz por algo», pensó Ellie. Continuó observándola mientras recordaba a la muchacha que una vez fue. Lo único que quedaba de la Leslie que había conocido tiempo atrás era la postura. Todavía se sentaba muy erguida, con la espalda recta como un palo.

«Si nos hubiéramos encontrado por ahí, no la habría reconocido», pensó mientras fruncía el entrecejo. Ellie sabía que tarde o temprano tendría que volver la cabeza en dirección a Madison, pero no quería hacerlo. Con la primera ojeada había visto más de lo que habría querido ver de aquella mujer que una vez fue tan hermosa. Durante un momento, Ellie cerró los ojos y pidió fuerzas al cielo. A continuación, los abrió de nuevo y se volvió hacia Madison. Verla fue como contemplar un Monet que hubiera permanecido bajo la lluvia y la nieve durante diecinueve años. Era algo increíblemente bello que había sido destruido por el abandono y el tiempo. Madison todavía era alta, pero su espalda estaba algo curvada, como si pasara mucho tiempo inclinada sobre una mesa. y fumaba. Durante los pocos minutos que Ellie llevaba allí, Madison había terminado un cigarrillo y encendido otro. Delante tenía un enorme cenicero de cristal lleno de colillas, un paquete de cigarrillos y un encendedor de usar y tirar. Si se fijaba, Ellie podía ver en Madison la belleza que una vez fue. Sin embargo, unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos. Su piel, que antes resplandecía de salud, tenía una tonalidad gris. Aún tenía el pelo largo y, aunque lo llevaba recogido hacia atrás, Ellie notó que había perdido el brillo. Antes, Madison era delgada, pero en aquel momento se la veía esmirriada. Vestía un suéter de punto de mangas largas que se ceñían a unos brazos demasiado delgados y faltos de músculo, y los pantalones rectos le quedaban demasiado holgados.

A los ojos de Ellie, Leslie parecía infeliz, pero, en el caso de Madison, era como si la vida fuera un camión que le hubiera pasado por encima.

Las palabras de Jeanne sobre la posibilidad de que la vida de aquellas dos mujeres hubiera sido más difícil que la de Ellie acudieron a su mente y este pensamiento le produjo un cierto alivio. No iban a juzgarla, no iban a condenarla porque hubiera ganado la friolera de veinte kilos de peso y no iban a ridiculizarla porque hubiera perdido el éxito que había alcanzado y su dirección en la vida.

Tampoco creía que fueran a sentir lástima por ella, lo cual supuso para Ellie un gran consuelo.

Por unos instantes, Ellie retiró la vista de las dos mujeres que la esperaban sentadas debajo del árbol. ¿Qué papel iba a representar ella? ¿Se ponía la máscara de mujer feliz y les aseguraba que no habían cambiado ni una pizca ¿Les mentía y afirmaba que se sentía bien y feliz y que estaba trabajando en un nuevo libro que, como los demás, iba a ser un gran éxito?

Durante unos momentos volvió a acordarse de su encuentro en el Departamento de Tráfico. Aquel día, ella estuvo sarcástica y arrogante. En efecto, arrogante por creer en sí misma, por estar convencida de que iba a conquistar el mundo. En otras palabras, había sido ella misma y les había gustado, de modo que esta vez sería también ella misma.

Tras inspirar profundamente, Ellie puso la mano en la manecilla de la



Librodot

puerta trasera y la abrió. Cuando la atravesó, Leslie y Madison dejaron de hablar y la miraron. La sorpresa se reflejó en sus rostros cuando vieron su cuerpo. Era mucho más gruesa que cuando la vieron por última vez.

Leslie se esforzó por sobreponerse y hablar, pero Ellie se le adelantó, —Lástima que no ofreciéramos un premio a quien tuviera peor aspecto — manifestó Ellie con alborozo.

—Habría ganado yo —repuso Madison.

Estaba sentada en una silla, con un cigarrillo entre los dedos y las largas piernas estiradas frente a ella. A continuación sonrió y Ellie pero vio parte de la Madison original, aquella que hacía palidecer al sol con su sonrisa.

—Yo no estoy tan segura —declaró Ellie mientras se sentaba en una silla al lado de Leslie. En la mesa había tres vasos, de modo que Ellie se sintió limonada—. En mi opinión, el sobrepeso es vergonzoso, pues demuestra falta de disciplina.

—Al menos tú has tenido éxito en la vida —dijo Madison—. Eres una gran escritora. Tus libros se venden en todo el mundo. Sin embargo, yo trabajo en la consulta de un veterinario. Si un perro vomita, soy yo quien lo limpia. No tengo marido ni hijos. Fin de la historia.

Sus palabras eran terribles, pero las pronunció con tal sentido del humor que hizo sonreír a Ellie.

Era bueno saber que los demás también tenían problemas. Durante los últimos años, parecía que todas las personas que Ellie conocía tenían una vida estupenda y sin dificultades. Lo más probable era que todos mintieran, pero ni siquiera este pensamiento había aliviado la miseria que ella sentía. En aquel momento podía reírse de su propia desgracia.

—¿De verdad crees que tu vida es tan mala? Yo soy historia. Tengo la mente en blanco. No he escrito ni una palabra en tres años. Todo lo que gané durante diez años con mis novelas me lo quitaron en la sentencia del divorcio y se lo dieron a mi ex marido, el cual no hizo nunca nada.

—Al menos tú tenías algo que pudieran quitarte —replicó Madison en un tono jocoso—. Yo nunca he hecho nada que me permitiera conseguir mucho dinero. Nunca he tenido nada que mereciera la pena quitarme—

—¿Y no es eso mejor? —preguntó Ellie—. Así no tienes a medio mundo preguntándote acerca de lo que eras antes.

—Oh, no —contestó Madison con seriedad—. Es mejor haber sido y haber perdido que no haber sido nunca. Creo que lo dijo Nietzsche.

—Platón —replicó Ellie con firmeza—. Fue Platón quien lo dijo, aunque yo estoy de acuerdo con Sócrates, quien afirmó que...

Mientras Ellie preparaba algo que decir, pensó que le encantaba estar allí. Le encantaba aquel intercambio de bromas. y lo había echado de me— nos. Además, era tan y tan maravilloso no percibir lástima en los ojos de los demás. Nada en la mirada de Madison reflejaba pena por la Ellie que había conocido, la Ellie delgada, la Ellie que no tenía la mirada llena de dolor. De hecho, al ver su reflejo en los ojos de Madison, Ellie casi creyó que todavía era aquella muchacha que tenía toda la vida por delante.

—Disculpad me —intervino Leslie.

Ellie y Madison interrumpieron su diálogo sobre cuál de sus vidas era peor y se volvieron hacia Leslie, quien les sonrió con una gran dulzura.

—Yo me casé con el vecino de al lado y tuve dos hijos. Ahora, la mayor parte de las personas que conozco me cuentan que mi marido tiene una aventura con su nueva secretaria, que se llama Bambi. Vivimos en una enorme casa victoriana que él llena de antigüedades intocables. El año pasado, desmontó mi preciosa cocina e instaló, en su lugar, una obra de arte. Mi madre quiere que me divorcie de él. Mi hija quiere que «luche», sea lo que sea lo que eso significa. y mi hijo huye y se esconde al menor atisbo de conflicto, lo cual significa que apenas lo veo. En cuanto a lo que hago en la actualidad, es dedicar mi vida a esas tres personas. Si me separara, no tendría la menor idea de cómo encontrar un trabajo, y mucho menos de cómo conservarlo. Además... —Leslie hizo una pausa, como si esperara el redoble de un tambor para continuar—. Formo parte de tres comités para recaudar fondos.

Durante unos instantes Madison y Ellie permanecieron inmóviles mientras miraban, pestañeando, a Leslie. A continuación, Ellie miró a Madison y de nuevo a Leslie.

—Tú ganas —declaró Madison.

—o pierdes. Depende de cómo se mire —dijo Ellie.

—¿y qué hay de la cena? —preguntó Madison—. Me muero de hambre. Ellie entrecerró los ojos y clavó su mirada en Madison.

—Si me dices que eres una de esas mujeres que come de todo y nunca engorda, te mato.

—Prepara el arma, querida —contestó Madison con una amplia sonrisa.

Antes de que pudieran pronunciar palabra, Leslie se levantó de su asiento.

—Venga, dejad de intentar superaros la una a la otra. En el club de campo estamos organizando un baile benéfico para el mes que viene y necesito un hilo conductor. Podríais ayudarme con algunas ideas.

Mientras Ellie se levantaba, dirigió la mirada a Madison. — Definitivamente, la peor comentó.

—En efecto, sin lugar a dudas —repuso Madison mientras miraba a Leslie—: ¿El club de campo? Por favor, dime que, al menos, das clases de baile a niños .Algo. Leslie sonrió.

—En el jardín del caserón victoriano donde vivo hay un cenador precioso, muy romántico. Se encontraba en estado ruinoso, pero lo arregle mientras estaba embarazada. Sin embargo, mi marido instaló allí un televisor y, después... —¡Para! ¡Para! —exclamó Ellie mientras ponía las manos sobre su rostro, como si intentara protegerse de unos dardos imaginarios—. No los soporto más. ¿Qué os parece si salimos y nos emborrachamos? A menos que una de vosotras se haya convertido en una alcohólica, claro.

Madison levantó el cigarrillo.

—Éste es mi único vicio.

—El chocolate —repuso Ellie mientras colocaba la mano en su cadera. Las dos se volvieron hacia Leslie.

—Ningún vicio. En absoluto —afirmó con una sonrisa. Tanto Madison como Ellie gruñeron.

—Siempre tiene que ganar, ¿no es cierto? —manifestó Ellie. Leslie levantó las manos hacia el cielo con resignación. —¿Buscamos algún lugar para ir de juerga?

Ellie y Madison la cogieron por los brazos y las tres se dirigieron ala portilla lateral de la verja para acceder a la calle—

CAPÍTULO 4

Las tres amigas cenaron. Langosta, desde luego, en un restaurante que tenía la palabra *Maine* en el nombre. Después pasearon por la pequeña población, contemplaron el muelle y las embarcaciones atracadas en el puerto y leyeron los letreros de los edificios portuarios, los cuales proclamaban que habían sido propiedad de tal y cual capitán.

—¿Todos se llamaban Josiah? —preguntó Ellie. A pesar de la familiaridad con la que se trataron antes de la cena, cuando estuvieron rodeadas de otras personas, parecieron perder la sensación de que se conocían a fondo. Aquella sensación empezó cuando entraron en el restaurante y una mujer preguntó a Ellie con los ojos entrecerrados:

—¿No es usted...? Ellie la interrumpió con brusquedad. —No — respondió con firmeza. Y, a continuación, se colocó delante de Leslie y Madison y siguió ala encargada del restaurante hasta la mesa.

Sin embargo, aquella mujer se sentó cerca de ellas y estuvo mirando a Ellie con tanta atención que ésta no pudo disfrutar de la cena ni de la compañía de sus amigas. La presencia de otras personas en el restaurante y la mirada de aquella mujer parecieron borrar la sensación de que eran sólo viejas amigas, y les recordaron que una de ellas era una celebridad.

—Cuéntanos algo sobre tus hijos —propuso Madison a Leslie con un tono de voz formal.

La camaradería había desaparecido. Eran unas desconocidas y cada una de ellas tenía una vida totalmente distinta a la de las demás.

La de Leslie, con sus reuniones del colegio, de la iglesia y de los comités, era muy diferente de la de Madison, que consistía en salir y buscar a Don Perfecto. Sin embargo, la vida de Ellie era la menos parecida a las de sus amigas, pues a ninguna de ellas le habían pedido nunca que firmara un autógrafo.

—¿Nos vamos de aquí? —preguntó Ellie después de un rato. Como ni Leslie ni Madison querían que les recordaran de un modo continuo el extraordinario éxito de Ellie, se mostraron de acuerdo de in— mediato. ¿Cómo podían relajarse mientras estaban con una mujer de quien la Primera Dama había dicho que era su autora favorita?

Una vez en el exterior, seguían estando tensas y, mientras paseaban por los alrededores y miraban los escaparates de las tiendas, Ellie y Madison permanecieron en silencio.

Leslie fue la que rompió el hielo, la que suavizó la situación. —Creí que íbamos a emborracharnos —dijo Leslie.

Ni Madison ni Ellie respondieron, sólo esbozaron una ligera sonrisa y se volvieron, de nuevo hacia los escaparates. Ambas parecían fascinadas con una tienda que vendía pájaros de madera.

—Ellie, tú eres la celebridad, de modo que tú pagas las copas —dijo Leslie, y Ellie sonrió.

—Quizá podría pagar con un autógrafo —replicó Madison con un tono

algo desagradable en la voz.

—Sólo si coincide con el de la tarjeta de crédito —señaló Ellie mientras miraba a Madison de una forma desafiante.

—Si las dos os enzarzáis en una pelea de gatos, ¿por quién creéis que debería apostar? —preguntó Leslie, y sus palabras aliviaron la tensión del ambiente.

—Tengo mucha hambre —dijo Ellie—. Aquella mujer me puso tan nerviosa que no pude comer nada.

Leslie esbozó una sonrisa y señaló en dirección a una tienda de comestibles y un almacén de bebidas que todavía estaban abiertos. Media hora más tarde, las tres mujeres, con los brazos cargados de comida y bebidas, reían y caminaban en dirección a la casa de la cenefa.

Una vez en el interior de la casa, recuperaron el buen humor. Fuera eran conscientes de que no se conocían, de que habían tenido vidas muy diferentes que las habían conducido a distintos finales. Sin embargo, en el interior de la casa, eran, una vez más, aquellas tres muchachas, <das chicas de Ira», y eran iguales. Aún tenían un futuro por delante.

Ellie abrió dos recipientes de plástico llenos de salsa y tres bolsas de patatas fritas mientras Leslie registraba la cocina en busca de un sacacorchos. Madison colocó unos cuantos almohadones en el suelo, frente al sofá, sacó un par de cajetillas de tabaco y se dejó caer sobre los almohadones.

Ellie vio los cigarrillos y abrió una ventana cercana a Madison. Entonces Leslie volvió de la cocina con tres copas y una botella abierta de vi.— no blanco.

—Muy bien, ¿quién es la primera? —preguntó Leslie.

A continuación, echó, también, unos almohadones en el suelo y se sentó en ellos. Ellie se tumbó de lado en el sofá, detrás de Madison.

—¿Quién es la primera en qué? —preguntó Ellie.

—Como si no te murieras de ganas de saberlo todo sobre nosotras —contestó Leslie con los ojos brillantes.

Ellie sonrió y cogió, con una patata, una gran cantidad de salsa con sabor a queso.

—¿Qué ocurrió con tu carrera de bailarina?

Antes de que Leslie pudiera responder, Madison la miró a través de una nube de humo y dijo:

—¿Por qué no vamos directamente al grano y hablamos de hombres? —Por mi parte, no hay nada que contar —repuso Ellie mientras comía más salsa.

—Por la mía tampoco —declaró Leslie—. Me casé con Alan eso es todo. Durante todos estos años, le he sido absolutamente fiel.

Esta noticia pareció dejar en suspenso la conversación. Ellie se volvió sobre la espalda y miró hacia el techo.

—¿Habéis pensado alguna vez en las oportunidades que perdisteis? ¿En los hombres con los que podríais haber tenido una relación y no la tu— visteis?

Ninguna de las dos mujeres respondió, de modo que Ellie se apoyó sobre su costado y las miró. Tanto Leslie como Madison se miraban con atención las manos y evitaban mirarse a los ojos.

—¿Soy lista o no? —preguntó Ellie mientras sonreía y cogía su copa—. Apenas llevo aquí unas horas y ya he encontrado una historia. Así que, ¿quién empieza?

—¿Qué tal si empiezas tú? —preguntó Madison mientras entrecerraba los ojos y miraba a Ellie.

Ellie abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor y se volvió hacia Leslie.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes muchas cosas de qué arrepentirte? Leslie sonrió con suficiencia.

—En realidad, no. Me siento feliz con mi vida. Aunque, la verdad es que mi marido y mis hijos no me prestan atención. A veces, me pregunto si no pasarían por encima de mi cadáver si cayera muerta en la cocina, pero… —Se interrumpió y se echó a reír cuando percibió las miradas de horror de sus amigas—. De acuerdo, soy un felpudo, lo admito, pero los quiero de verdad.

—¿No hay nada que quisieras cambiar? —preguntó Ellie, la cual, obviamente, no la creía.

—Cambiar no, pero… —respondió Leslie. —Pero ¿qué?

—Alan es el único hombre con el que me he acostado.

—Ni siquiera comentaré nada respecto a esto —manifestó Madison mientras apagaba el cigarrillo.

—En la universidad, había un chico qué se interesaba por mí, pero… En fin, era rico.

—¿Hay algún inconveniente en ser rico? —preguntó Madison.

—No quiero decir que fuera un nuevo rico, sino un rico generacional —continuó Leslie—. Como los Kennedy. Lo cierto es que su familia me asustaba tanto que rechacé su invitación a pasar unas vacaciones de Semana Santa en su casa.

—¿Qué ha sido de él?

En la actualidad es senador. Algunos dicen que podría ser un candidato a la presidencia.

—¡Cielo santo! Bien, señora presidenta… —dijo Madison mientras encendía otro cigarrillo.

Ellie miraba a Leslie con interés. —¿Qué más? —le preguntó.

Leslie bebió un gran trago de vino.

—Eso es todo. No ocurrió nada. Después de que rechazara su invitación, él perdió todo interés por mí y no volví a pensar en aquello nunca más. Aunque…, durante el último año, cada vez que Alan menciona a Bambi me pregunto qué habría pasado si hubiera aceptado aquella invitación. Al menos, creo que habría sido bueno para Alan tener cierta competencia.

—¿No la tuvo? ¿Nunca? —preguntó Madison.

—Nunca —respondió Leslie. A continuación, el aire ausente de su mi— rada desapareció y volvió a sonreír—. ¿ y vosotras? ¿Cuántos hombres ha habido en vuestra vida?

—Miles —respondió Ellie de inmediato—. De verdad. Como mínimo, miles. Los famosos tenemos éxito, ya sabéis.

Leslie rompió a reír y se volvió hacia Madison. —¿Y tú?

—Yo, lo mismo. Miles.

—Ya veo. ¿Sabéis qué? No sois muy buenas mintiendo. Tanto Ellie como Madison rieron.

—Está bien. En realidad, quizás haya habido dos —precisó Ellie—. Mi ex marido y un chico del instituto.

—En mi caso, tres —anunció Madison—. Estuve casada durante unos años y después ha habido otros dos hombres en mi vida.

—No se puede decir que seamos prototipos de la revolución sexual, ¿no creéis? —preguntó Leslie.

—¿Y tú? —preguntó Madison a Ellie—. ¿Cuál fue la oportunidad perdida de tu vida?

—No ha habido ninguna.

Leslie y Madison se mofaron de su respuesta.

—Vamos, vamos, seguro que sí, lo que ocurre es que no quieres contárnoslo —dijo Madison.

—No, de verdad. Todavía estoy esperando a mi Jessie —replicó Ellie. —¿Y quién es él?

—De momento, nadie. En la película *Iras el corazón verde* el personaje que Kathleen Turner representa escribe novelas románticas, y el héroe de todas ellas se llama Jessie. Ella dice que está esperando a que aparezca... y lo mismo me ocurre a mí.

—¿En tu pasado no ha habido ningún hombre, aparte de tu marido, que...?

Madison elevó, repetidamente, las cejas mientras miraba a Ellie. —No —respondió Ellie, y sus amigas percibieron la sinceridad de su voz—. Todos los hombres de mi vida están en mi cabeza. Yo los describo y los vendo. Comparto todas mis fantasías con el resto de Estados Unidos. O con el mundo, si tengo suerte.

—Entonces ¿por qué tengo el presentimiento de que nos escondes alguna cosa? —preguntó Leslie mientras miraba a Ellie del mismo modo que antes la habían mirado a ella.

Ellie cogió su copa de vino y, cuando habló, sus labios formaron una línea dura.

—En realidad, en una ocasión conocí a un hombre que me interesó. Me gustaba mucho y lo admiraba. Estaba casado y tenía dos hijas pequeñas. Cuando pidió el divorcio, todo el mundo lo criticó. Nadie podía creer que hiciera algo tan horrible a su querida esposa. Sin embargo, yo lo defendí. Le dije que lo comprendía y lo apoyé delante de personas que lo censuraban. Soñaba con que, un día, me diría que yo era una gran persona, me liberaría de mi desgraciado matrimonio y... —Ellie dejó la copa y se encogió de hombros—. No sucedió. Se casó con otra mujer y se mudó a otro estado.

Leslie miró a Madison. —Tú debes de haber rechazado a un millón de hombres. —¡Ojalá! —exclamó Madison medio en broma.

Sin embargo, ni Ellie ni Leslie rieron, sino que la observaron con fijeza. —De acuerdo. He tenido muchas ofertas, sobre todo indecentes, pero, en realidad, ninguna me atrajo. —Madison dirigió la vista a su cigarrillo y, después, a las otras dos mujeres, quienes la miraban sin una pizca de convencimiento en el rostro—. Está bien, hubo un hombre —confesó mientras encendía otro cigarrillo—. Pero hace mucho, mucho tiempo, y creo que fueron las circunstancias más que algo real. Con toda seguridad, no habría prestado atención a una persona como yo si no nos hubieran empujado a estar juntos aquel verano.

Cuando oyó aquel comentario, Ellie dio un salto. ¿Qué quiere decir una persona como yo? ¿Quieres decir una mujer tan bella que haría sentir celos a las estrellas?

Madison se echó a reír. —Ya veo cómo te ganas la vida, pero no, no quiero decir eso. Me refiero a una persona sin educación. Él acababa de terminar el tercer año de Medicina y yo... En fin, se trata de una historia aburrida.

—A mí no me parece aburrida —repuso Ellie mientras cogía un puñado de patatas—. ¿A ti te parece aburrida, Leslie?

—En absoluto. De hecho, comparado con las alternativas, o sea, una cama vacía o la televisión, esta historia me parece del todo fascinante.

Una vez más, Madison se echó a reír. —La verdad es que sois estupendas para mi vanidad. Está bien. Yo acababa de tener un aborto y...

—¿Cómo? —gritaron las otras dos mujeres al unísono.

Madison dio una chupada larga y profunda a su cigarrillo. Mientras lo acercaba a su boca, Ellie y Leslie se dieron cuenta de que la mano le temblaba levemente, pero no dijeron nada. Madison tragó el humo, echó la cabeza hacia atrás y lo dejó salir poco a poco.

—Nunca he asistido a ninguna terapia, y no es que no la necesitara, oS lo aseguro, es sólo que no podía pagármela. Pero creo que estar con VOSO— tras es como realizar una sesión de terapia de grupo.

—Entonces, cuéntanoslo todo —la animó Ellie con impaciencia. —De acuerdo —dijo Madison mientras señalaba a Ellie con el cigarrillo—, pero si leo una sola palabra de mi historia en uno de tus libros, te demando.

Ellie desvió la mirada durante unos instantes, como si tuviera que reflexionar sobre aquella cuestión, y, después, volvió a mirar a sus amigas, que estaban conteniendo la risa.

—Está bien, te lo prometo —concedió Ellie como si lo hiciera de mala gana.

Lo cierto es que le gustaba tanto escuchar historias como escribirlas. —En realidad, el aborto no tiene nada que ver con mi relato, pero... Madison levantó la mano cuando Leslie y Ellie abrieron la boca para protestar. A continuación, inspiró profundamente y dio una chupada todavía más intensa al cigarrillo.

—Fue un accidente. Una de esas Cosas que pasan. Roger todavía iba en silla de ruedas y...

—¡Espera un segundo! —exclamó Ellie—. ¿Silla de ruedas? ¿Roger? ¿Es el mismo Roger a quien hacías todos los deberes escolares y el que te dejó

por una compañera de la universidad?

Madison sonrió en medio de una nube de humo. —Haces que me olvide de loS últimos diecinueve años. Ahora mismo podría estar sentada en aquel banco, en el Departamento de Tráfico. En efecto, se trata del mismo hombre. Poco después de llegar a Nueva York, Roger sufrió un accidente. Paseaba en bicicleta cuando un coche lo atropelló. Le pasó por encima de la pelvis y le aplastó todos loS huesos.

—¡Caramba! —exclamó Ellie. —¿Y tú dejaste Nueva York y tu carrera de modelo para regresar a su lado? —preguntó Leslie con dulzura.

Madison apagó el cigarrillo. —Así es, pero antes de que empecéis a pensar en lo que dejé atrás, quiero recordaros que el trabajo de modelo no fue idea mía, sino de los habitantes de mi pueblo.

—Tú querías ser enfermera —afirmó Leslie. —En efecto. —Madison sonrió. Resultaba agradable que la recordaran con tanto detalle—. Roger me telefoneó desde el hospital y, según me contó, le dijeron que no volvería a andar. Después me dijo que todavía me quería y que había mandado a su novia a freír espárragos, de modo que regresé corriendo a casa. De hecho, dejar la carrera de modelo no supuso un gran sacrificio para mí. Me desagradaba... —Madison hizo una pausa y encendió otro cigarrillo—. No me gustaba hacer de modelo —explicó después de un momento—, de modo que cualquier excusa que me permitiera regresar a casa me habría hecho feliz. Además, Roger pronunció las frases más adecuadas. Para justificar que me había dejado, echó la culpa a su padre. Me explicó que lo había amenazado con desheredarlo si se casaba con una mujer sin educación.

—Sin lugar a dudas, estás acomplejada por no haber asistido a la universidad —dijo Ellie en voz baja.

Madison hizo ver que no la había oído. —Entonces, regresé a casa y me casé con un hombre que yacía, enyesado, en la cama de un hospital. A continuación, veamos..., ¿cómo podría explicarlo? Después, entré en el infierno. Sí, creo que es una definición bastante aproximada.

Madison esperaba que Ellie y Leslie rieran, pero no lo hicieron. —Roger era un paciente horrible. Siempre había sido muy activo en el aspecto físico y no se tomó muy bien el hecho de estar confinado a una cama. Además, sus padres... —Madison hizo una pausa para tomar un largo trago de vino. Luego, miró a las otras dos mujeres—. Los padres de Roger eran muy ricos, pero también extremadamente tacaños. No nos dieron ningún dinero para la rehabilitación de Roger. Nunca lo sabré con certeza, pero creo que mi ex suegro hizo que Roger se casara conmigo para contar con una enfermera gratis. Después de todo, yo tenía varios años de experiencia a causa de la enfermedad de mi madre. Incluso había trabajado en un hospital.

Ellie y Leslie se dieron cuenta de que Madison intentaba suavizar una situación que, a todas luces, había sido horrible, pero aun así, no sonrieron; no pudieron hacerlo. No era justo que Madison hubiera tenido que dejar de ir a la universidad para cuidar de su madre y que hubiera perdido la oportunidad de trabajar como modelo para cuidar de su esposo.

—¿Y qué hay de tu oportunidad perdida? —preguntó Leslie mientras volvía a llenar la copa de Madison.

—¡Ah, sí! —exclamó Madison con una sonrisa genuina en el rostro—. Thomas.

Mientras levantaba su copa, Leslie miró a Ellie y arqueó una ceja. Había algo en el tono con que Madison había pronunciado aquel nombre... Thomas.

—Roger estaba inmovilizado, pero todavía podía... ya sabéis —explicó Madison mientras dejaba la copa sobre la mesa—, de modo que, un fin de semana, cuando yo estaba embarazada de seis meses y sus padres habían salido... *r*

—¿Vivíais con tus suegros? —preguntó Ellie, horrorizada. —¡Ah, sí! Roger no tenía dinero y yo tampoco. Bueno, tenía el dinero que el Ayuntamiento me había dado para que trabajara de modelo, pero se terminó pronto.

Ellie, indignada, abrió la boca para decir algo, pero Leslie le puso la mano sobre el brazo y la disuadió de hacerlo. Madison había invertido el dinero de la universidad en la enfermedad de su madre y, por lo visto, había entregado el dinero destinado a su profesión como modelo aun hombre rico, gruñón, desagradecido y...

—Aquel fin de semana, los padres de Roger estaban fuera, de modo que nos quedamos solos y, como os he dicho antes, yo estaba embarazada de seis meses. Lo que sucedió fue, en realidad, muy simple. Mientras em— pujaba la silla de ruedas para llevar a Roger al lavabo, una de las ruedas se encalló en una de las costosas alfombras que sus padres tenían por todas partes. Yo temí que la alfombra se moviera y volcara uno de sus jarrones. — Los bellos labios de Madison se convirtieron en una línea dura—. Para conseguir unas barras para el lavabo tuve que suplicar, sin embargo, ellos eran capaces de gastar diez mil dólares en un jarrón chino antiguo.

Madison tuvo que encender otro cigarrillo antes de poder continuar— Las otras dos mujeres la observaban en silencio. El dolor de Madison llenaba el aire de la habitación y por mucho que intentara simular que no es— taba dolida, era obvio que lo estaba.

—Las piernas de Roger estaban mejorando y sufría espasmos durante los cuales daba patadas de una forma incontrolada. Yo tenía varios morados en los costados por estar frente a él durante alguno de aquellos espasmos. Incluso hoy en día me pregunto cómo no se me ocurrió pensar en sus piernas mientras me inclinaba y tiraba de la alfombra para sacarla de debajo de la rueda. —Madison miró a las otras dos mujeres—. Veréis, estábamos en el piso de arriba y, cuando la pierna de Roger se disparó, perdí el equilibrio y caí de cabeza escaleras abajo.

En aquel punto, Madison se interrumpió durante un momento y se concentró en el cigarrillo. Las otras dos mujeres sólo la miraban. No podían decirle nada, pues un simple <do siento» resultaba del todo inadecuado.

—Perdí el conocimiento, de modo que Roger tuvo que trasladarse so— lo hasta el único teléfono que había en el segundo piso, en el dormitorio de sus padres. La silla no pasaba por el umbral de la puerta, y Roger tuvo que arrastrarse por la habitación. La mitad superior de su cuerpo era fuerte, pero, aun así, tardó un buen rato y yo estaba... sangrando. —Madison dio otra chupada al cigarrillo y soltó el humo con lentitud—. El hospital más

cercano estaba, y todavía está, a unos ochenta kilómetros de distancia. Además, era invierno y estábamos en Montana. Roger consiguió avisar a unos vecinos, pero no pudieron hacer nada. Salvo recoger la sangre, claro. —Madison dirigió la vista al cenicero, que estaba lleno—. Cuando la ambulancia llegó, yo estaba de parto. El bebé no vivió mucho tiempo. ¡Era tan pequeño! —Madison miró a través de la ventana durante unos instantes—. Una vez en el hospital, ya fin de detener la hemorragia, los médicos tuvieron que extraerme el útero.

Al oír aquello, Ellie alargó la mano para apretar la muñeca de Leslie. No se atrevió a tocar a Madison, porque pensó que aquella mujer orgullosa no querría que nadie sintiera lástima por ella.

Después de un rato, Madison volvió a mirar a las dos mujeres y mostró una sonrisa tensa.

—Ahora ya sabéis por qué no he tenido hijos. Pero ¿no estábamos ha— blando de otra cosa?

—Hablábamos del verano en el que conociste a aquel hombre —dijo Leslie con dulzura mientras Ellie retiraba su mano.

—Ah, sí. Fue el verano después de la pérdida del bebé. Yo todavía me sentía bastante deprimida. Había perdido mucho peso y debo admitir que mi aspecto era espantoso. Además, había tenido más discusiones de lo habitual con los padres de Roger, que se sentían incómodos por las lesiones de su hijo. Roger ya no encajaba en su idea de lo que era un hijo perfecto, de modo que lo mantuvieron, ya mí con él, encerrado en el segundo piso. No había ninguna rampa para sillas de ruedas. y no es que no lo hubiera intentado, pero sus padres decían que destrozaría el diseño de la casa.

—De modo que Roger y tú estabais presos —dijo Leslie.

—Más o menos y te aseguro que también estábamos hartos el uno del otro. Sin embargo, para ser justa, creo que la culpa era más mía que suya. Es— taba bastante..., bueno, supongo que podríamos decir triste por lo del bebé. —¿Deprimida hasta el extremo de pensar en el suicidio? —preguntó Ellie. —¡Exacto! —respondió Madison, y mostró una leve pero sincera son— risa—. Lo cierto es que el dolor y la soledad me estaban volviendo loca. y me sentía tan cansada que se me caía el cabello. —¡Esto es estar cansada! —exclamó Ellie, y se alegró al ver que Madi— son sonreía de una forma más amplia gracias a su ocurrencia. —Así es —afirmó Madison con voz débil—. En cualquier caso, cuan— do un amigo de Roger de la universidad lo telefoneó y nos invitó a pasar dos semanas con él y su familia en su casa de veraneo al norte del estado de Nueva York, tanto Roger como yo nos sentimos entusiasmados. Aquel hombre había sido compañero de habitación de Roger en la universidad y, poco antes de su llamada, se cayó mientras jugaba al fútbol americano y se rompió un hueso. Tenía la pierna escayolada y, como en aquella época Roger caminaba con muletas, tal vez planeaban compadecerse el uno del otro. —Mientras tú los esperabas a ambos —dijo Leslie en un tono de voz que indicaba que ella sabía lo que era esperar a los demás. —La verdad, es que eso es con exactitud lo que yo creí que sucedería. De hecho, estaba tan convencida de que el viaje iba a consistir en una espera continua que le rogué a Roger que fuera sin mí. —¿Quieres decir que le pediste que se alimentara, se vistiera y fuera al lavabo absolutamente solo? —preguntó Ellie con sarcasmo. Madison se rió. —Me lees el

pensamiento. Estaba tan deprimida y cansada que en lo único en que podía pensar era en dormir. Le dije que si era necesario montaría el numerito más grande que se hubiera visto nunca con tal de que sus padres pagaran a una enfermera para que fuera con él y yo pudiera que— darme en la casa y descansar. —Madison apagó el cigarrillo y rodeó con los brazos sus rodillas mientras las apretaba contra su pecho—. Sin embargo, Roger podía ser muy persuasivo cuando quería. Me aseguró que no podía ir sin mí, que yo era toda su vida y que no sabía si quería seguir vi.— viendo si yo no lo acompañaba. —Típico —dijo Ellie con amargura—. De modo que fuiste con él. —Así es —admitió Madison con voz suave—. Lo acompañé y el viaje no se pareció en nada a lo que yo había imaginado. La verdad es que tenía miedo de ir. El amigo de Roger había ido a la universidad, sus padres también tenían un titulo universitario y su hermano mayor estudiaba Medicina. Cuando me enteré de las credenciales de aquellas personas, quise darme la vuelta y echar a correr.

Madison sonrió mientras miraba hacia el suelo. El triste recuerdo de la pérdida del bebé se iba desvaneciendo y su lugar lo ocupaba la maravillosa experiencia vivida en la casa de verano de los padres de Scotty y Thomas. El hermoso recuerdo de Thomas.

Madison levantó la vista y continuó:

—Cuando el avión aterrizó en el norte del estado de Nueva York, yo era un manojo de nervios. Estaba convencida de que aquellas personas sólo con verme sabrían que no tenia estudios y pensarían que no valía nada. —Durante unos instantes. Madison cerró los ojos y rememoró la experiencia—. Sin embargo, no eran así. En absoluto. La madre de Scotty era lo que mi madre siempre quiso ser, aunque ella no tuvo marido y se vio obligada a mantener sola a una hija. A la señora Randalle encanta dar de comer y cuidar a los demás. Yo no tuve que hacer nada.

—Salvo estar pendiente de Roger y esperarlo.

—Oh, no —replicó Madison con una sonrisa—. Roger no me sopor— taba. Cuando llegamos allí, no quiso saber nada de mí. Me comentó que le recordaba los meses durante los cuales «alguien», dijo refiriéndose a mí, le cambiaba los pañales.

—Menudo desagradecido... —empezó a decir Ellie, pero Madison la interrumpió.

—No, no, en aquel momento fue un alivio. Nunca tuve el valor de ser del todo sincera, pero entonces estaba realmente harta de Roger harta de mirarlo día tras día, hora tras hora..., sin más compañía que la suya. Era peor que cuidar a unos trillizos, con sus quejas y su... —Madison se echó a reír—. En fin, todo eso se terminó.

Madison no dijo nada más y las otras dos mujeres la miraron con fijeza. —¿Y bien? —preguntó Ellie—. ¿Qué sucedió? Madison sonrió. —Pasé la mayor parte del tiempo que estuve allí con Thomas, el hermano mayor de Scotty.

Ellie iba a decir algo, pero Leslie le tocó el brazo. , —¿Y qué hicisteis? — preguntó Leslie con suavidad.

—Bajamos en balsa por un río, hicimos excursiones, pasamos una n che juntos en una tienda de campaña.

Ellie sonrió y dijo: —Quiero oírlo todo. En orden cronológico. Madison apretó todavía más las piernas contra su pecho. —De acuerdo —aceptó y, a continuación, cerró los ojos unos instantes—. Ellos eran ricos y la casa era enorme. Había sido construida en la década de 1840 y ampliada por diversas generaciones de la familia de Scotty hasta llegar a tener ocho dormitorios. Aunque sólo tenía dos lavabos, fijaos, y esto, a veces, causaba problemas como aquella ocasión en la que el señor Randal1... Pero, no, has dicho en orden cronológico, ¿verdad? De acuerdo. Veamos. ¿Por dónde empiezo? El padre de Scotty nos recogió en el aeropuerto y nos llevó en una furgoneta, un cacharro viejo y horrible que casi se había oxidado por completo. Creí que era el jardinero, pero Roger me dio un codazo y me contó que era catedrático de Historia Medieval en Yale. Incluso era el jefe del departamento. Sin embargo, el señor Randall no se parecía a lo que yo esperaba de un catedrático y congeniamos desde el primer momento. De hecho, indicó a Roger que subiera a la parte trasera de la camioneta mientras él y yo nos sentábamos delante. Os aseguro que a Roger aquello le hizo muy poca gracia. De hecho, no le hizo ninguna gracia.

—



Librodot

CAPÍTULO 5

Mira, Madison, ese hombre es todo un catedrático —dijo Roger como si ella fuera demasiado estúpida para comprender la importancia real de aquel hecho—. Y nada menos que en Yale. ¿Sabes lo que eso significa, Maddy?

—No es probable que lo olvide, ¿no crees? —replicó Madison—. Lo cierto es que me lo recuerdas cada diez minutos.

—Sabía que era un error traerte conmigo —murmuró Roger. Madison abrió la boca para contestar, pero en aquel momento Frank Randall descendió de la camioneta y se dirigió hacia ellos. No tenía el aspecto de un catedrático, pensó Madison, y, desde luego, no parecía que tuviera una lista de medio kilómetro de títulos detrás de su nombre, como era su caso. Más bien parecía el padre de alguien, vestido con una camisa de franela a cuadros y unos vaqueros desgastados. Tenía arrugas alrededor de los ojos y Madison estaba segura de que se debían al hecho de haber sonreído mucho.

A Madison le gustó aquel hombre desde el primer momento y se lo de— mostró con una sonrisa.

—Hola —dijo Madison con calidez—. ¿Ha tenido que conducir mucho para llegar hasta aquí? Podríamos haber alquilado un coche y...

—No quiero oír ni una palabra sobre esta cuestión —repuso Frank mientras miraba, de una forma alternativa, a Roger, quien se apoyaba en sus muletas, ya Madison.

Como si alguna cosa no marchara bien. Conocía a Roger de otros veranos, pero era la primera vez que veía a Madison.

Una vez más, Frank sonrió y le tendió la mano para darle la bienvenida. —No sabía que Roger venía con su novia.

Tras unos segundos de sorpresa en los que Madison se dio cuenta de que sus anfitriones no sabían que ella venía, dijo con sequedad: —Esposa y estrechó la mano de Frank. En aquel momento, no quiso mirar a su esposo porque lo habría asesinado.

—Felicidades —dijo Frank mientras se volvía para sonreír a Roger—. Deberías habérnoslo dicho. Los recién casados siempre son bienvenidos. — Llevamos casados más de dos años —repuso Madison, la cual se— guía sin mirar a Roger.

—Ya veo —respondió Frank de una forma afectuosa. Y, a continuación, se volvió para ocultar su risa, pues percibió que Madison estaba furiosa y que Roger se las iba a cargar—. Voy a poner el equipaje en la furgoneta.

Mientras aquel hombre llevaba dos maletas a la furgoneta, Madison se volvió hacia su marido.

—¿No les has dicho que venía? —preguntó en un susurro.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —replicó Roger mientras señalaba la espalda de Frank con la cabeza.

Madison no estaba dispuesta a callarse.

—Ni siquiera les habías dicho que estabas casado. —Madison tuvo que tranquilizarse para no explotar de rabia—. Si no querías contarles que tenías una esposa, ¿por qué insististe tanto para que viniera contigo? Yo quería quedarme en Montana.

—Mira, resulta complicado, de modo que te lo contaré luego.

—Puedes estar seguro de que lo harás —contestó Madison mientras Frank regresaba después de dejar las maletas.

—Disculpa la confusión —dijo Roger a Frank—, pero no podía dejar a mi vieja carga en casa, ¿no crees?

Su intento de hacer un chiste no tuvo éxito con Madison. Y cuando ella miró a su esposo, sus ojos reflejaban todo el enfado que sentía.

Frank cogió otra maleta y miró con lentitud a Madison de arriba abajo. —Roger, debes de estar volviéndote viejo si olvidas mencionar algo como esta belleza extraordinaria.

Al oír este comentario, Madison sonrió con gratitud a Frank. Hacía mucho tiempo que nadie le aplicaba el término «belleza» y tampoco estaba segura de que nadie hubiera empleado la palabra «extraordinaria» con referencia a su belleza. Además, teniendo en cuenta que ella se veía demasiado delgada, que su cabello se estaba debilitando y que la tristeza se reflejaba en su rostro, se sintió halagada de una forma especial por el piropo.

—Madison, querida —dijo Frank—, ¿por qué no te sientas delante, conmigo? Roger puede ir detrás, con el equipaje.

—Me encantaría —respondió Madison con alegría. Roger avanzó unos pasos con las muletas y se situó entre Madison y Frank.

—Creo que, en otras circunstancias, sería una gran idea, pero... —Exhaló un suspiro y su rostro se llenó de tristeza—, después de lo que me ha ocurrido, estaría mucho más cómodo delante que en el suelo duro y metálico de la parte posterior. Además, el equipaje está suelto y podría lesionarme todavía más.

Madison, que estaba más que acostumbrada a aquella actitud, simplemente levantó la vista hacia el cielo y puso la mano en la parte trasera de la furgoneta para saltar por encima de la puerta y sentarse junto al equipaje.

Sin embargo, la risa de Frank la detuvo. —Muchacho, eres un caso clarísimo de autocompasión, ¿no crees? Pero..., por aquí no aceptamos la compasión, ni la propia ni la de ningún otro tipo. Tú puedes subir a la parte trasera de la furgoneta y esta preciosa jo— ven se sentará delante, conmigo.

Por un momento, Madison sólo pudo parpadear con perplejidad. Des— de su matrimonio, justo después del accidente de Roger, había vivido aislada y sólo había tenido la compañía de su marido y de sus suegros. Muchas veces había pensado que aquello constituía una verdadera contradicción. Sus suegros se preocupaban mucho por Roger y nada por ella. Si Roger la mantenía despierta durante toda la noche, a ellos sólo les importaba el dolor de su hijo, no el hecho de que Madison hubiera tenido que correr escaleras arriba y abajo durante ocho horas. Después de que perdiera al niño, le dijeron:

—En fin, quizás haya sido lo mejor. En aquel momento, Madison casi perdió los nervios. —¿Lo mejor? —gritó—. Lo mejor para quién, ¿para vosotros? Si tu— viera un niño, quizá tendríais que pagar a una enfermera para que se ocupara de vuestro hijo. Si tuviera un niño, quizá tendríais que desembolsar la misma cantidad de dinero que malgastáis en uno de vuestros jarrones, ¿no es cierto?

Al oír esto, sus suegros salieron de la habitación y Roger se puso delante de la puerta para impedir que Madison los siguiera. Ella se encerró durante dos horas y lloró.

Sin embargo, aquel hombre al que acababa de conocer no sólo no sen—tía lástima por Roger, sino que la tomó por el brazo, la acompañó a la furgoneta, abrió la portezuela y la ayudó a subir al asiento. Además, no ayudó a Roger, el cual tuvo que subir a la parte posterior del vehículo solo.

Cuando Frank se sentó al volante y puso en marcha el motor, Madison inició una disculpa.

—Lamento la confusión —dijo—. No sabía que no me esperabais y sé que un invitado más supondrá una carga para vuestra hospitalidad, de modo que...

Frank escuchó sus palabras, pero prestó más atención al tono de su voz y la interrumpió antes de que pudiera terminar la disculpa, antes de que le ofreciera la posibilidad de regresar a su casa.

—Conocemos a Roger desde hace años, y sabemos que él y mi hijo menor son muy parecidos. Pretenden que los demás los consideren «hombres de mundo» y no quieren dar la imagen de que una mujer los ha atrapado. Considéralo un signo de inmadurez.

Madison volvió la cabeza hacia la ventana porque los ojos se le habían llenado de lágrimas. Pensó que aquel hombre era muy amable y que había convenido una situación incómoda y embarazosa en algo irrelevante. ¡Además, la apoyaba a ella en lugar de a Roger!

—Mi hijo mayor, Thomas, estudia Medicina y nos explicó las consecuencias del accidente de Roger y el tipo de rehabilitación que necesita. Estoy convencido de que has constituido una gran ayuda para él.

Mientras hablaba, Frank echó una ojeada a Madison para ver la expresión de su rostro, pero ella volvió la cabeza para que no la pudiera ver. Sin duda, aquel hombre encantador creía que Roger tenía enfermeras las veinticuatro horas del día y que su esposa jugaba a tenis y sólo regresaba, de vez en cuando, para comprobar los progresos de su esposo incapacitado. Madison se había encontrado con aquella reacción durante toda su vida: la gente pensaba que la belleza llevaba aparejada una vida fácil y placentera.

—¿y tú, Madison, eres muy fuerte? —preguntó Frank mientras en—traba en la autopista y se dirigía hacia el norte.

—¿Fuerte? —preguntó Madison intrigada—. ¿Te refieres a si puedo jugar a fútbol americano con los chicos? ¿Ese tipo de fortaleza?

Frank rió.

—En absoluto. Creo que si jugaras con los chicos se formaría un placaje enorme y el partido se acabaría.

—Eres estupendo para mi amor propio. ¿Quieres salir conmigo?

Al oír esto, Frank soltó una carcajada. Roger, que estaba de muy mal humor y mantenía el equipaje apartado de sus piernas con las muletas, se volvió para mirarlos con fijeza a través de la ventanilla trasera.

—Me encantaría —respondió Frank—, pero no creo que mi corazón lo resistiera.

—Ni tu esposa —continuó Madison mientras sonreía y disfrutaba de la

broma.

Hacía tanto tiempo que no hablaba de otra cosa que no fueran las lesiones físicas de Roger.

—Es probable que ella se sintiera feliz de librarse de mí durante un día, una semana o lo que yo resistiera.

—¿Por qué será que no te creo? —preguntó Madison mientras se reclinaba en el asiento y contemplaba a Frank de arriba abajo.

Frank miraba a través del parabrisas y sonreía, y su rostro reflejaba la calidez que le producía el hecho de galantear a una mujer joven y bella.

—Me refiero a «fuerte» en el sentido de lo que puedes soportar debido a los celos.

—¿Celos?

—Creo que será mejor que te ponga sobre aviso. En la universidad, Roger y mi hijo salieron con bastantes chicas.

Frank miró de reojo a Madison para ver cómo se tomaba aquella noticia. —Conozco a Roger desde hace años. No creo que puedas contarme nada que no sepa. Yo le hacía los deberes en el colegio.

—Tengo una hija que tiene un año menos que Roger y Scotty. Ha in— vitado a una prima lejana ya otra amiga. Las tres pasarán estos días con nosotros.

Madison esperó a que continuara, pero no lo hizo, de modo que miró a través de la ventanilla y pensó en lo que Frank acababa de contarle. Después de unos instantes, sonrió y lo miró.

—Comprendo. No saben que Roger tiene una novia, y menos una es— posa, y no esperan que venga con él, así que quizá se produzca cierto... ¿cómo podría decirlo? ¿Revuelo?

Frank se volvió hacia ella y le sonrió. —Eres inteligente, ¿no es cierto?

—Creí que eras un catedrático. ¿No sabes que es una ley física que las mujeres bonitas no pueden ser inteligentes?

—Te las arreglarás bien —afirmó Frank mientras miraba, de nuevo, a través del parabrisas y sujetaba con firmeza el volante.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Madison. —Unos quince minutos —respondió Frank.

—¿Puedes hacer que sean veinte? —prosiguió ella mientras cogía el bolso del suelo y hurgaba en su interior.

Cuando sacó un pintalabios, Frank dijo:

—Hay una cafetería en el camino. ¿Quieres que paremos un momento para descansar?

—Gracias —repuso Madison y, cinco minutos más tarde, Frank salía de la autopista y aparcaba junto a una vieja cafetería. Él esperó en el exterior, al lado de Roger, mientras escuchaba vagamente sus quejas, y Madi— son entró en el local.

Una vez en el interior, Madison preguntó dónde estaban los servicios. La encargada de la cafetería frunció el entrecejo. No le gustaba que los turistas utilizaran los servicios sin tomar nada. De mala gana, señaló, con la cabeza, en dirección a una puerta pequeña, a la izquierda de la sala.

Después de entrar en el diminuto lavabo, Madison puso el bolso sobre la tapa del inodoro y lo abrió. Quizá se debiera al coqueteo con Frank o ala idea de enfrentarse a tres jóvenes interesadas en su marido, pero estaba dispuesta a tener un aspecto inmejorable cuando llegara a la casa.

Madison se miró en el pequeño espejo que tenía una simple bombilla en la parte superior. No estaba segura de acordarse de cómo se aplicaba el maquillaje. Durante los últimos años lo único que le había importado era Roger y su recuperación y no había tenido tiempo para pensar en parecer una mujer.

Sin embargo, cuando el lápiz de ojos rozó su párpado, su memoria se activó. «Poco maquillaje —pensó—. Lo justo para matizar y realzar.» Rápidamente, se aplicó el rimel y un poco de base, marcó el contorno de los labios y se los pintó. A continuación se inclinó hacia delante, lo cual, para alguien que medía casi un metro ochenta centímetros, era prácticamente imposible en aquel diminuto lavabo. Sin embargo, Madison logró bajar la cabeza hasta que su cabello, libre de la goma elástica que lo sujetaba, casi tocó el suelo. Luego, pulverizó laca sobre las raíces y balanceó la cabeza para que se secara. Después, la levantó de una sacudida y... *voila/La* melena de un león.

Madison se desabotonó1a blusa hasta que la pequeña curva del sujetador quedó a la vista y levantó la parte trasera del cuello de la prenda. Después dejó caer un poco la chaqueta tejana hacia atrás, enderezó los hombros, estiró la columna y salió del lavabo. Mientras atravesaba la cafetería miró al frente, pero era consciente de que todos los clientes se fijaban en ella.

Cuando salió, tanto Frank como Roger levantaron la vista. Frank se quedó boquiabierto y Roger frunció el entrecejo. Como si Roger no estuviera allí, Madison se dirigió a Frank.

—¿Estoy lista para el encuentro? —preguntó con dulzura. Durante un momento, Frank sólo pudo mirarla. A continuación, echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Mi mujer va a disfrutar muchísimo con esto. Pensar que justo la semana pasada sugirió que fuéramos a pasar el verano a París porque, en su opinión, las vacaciones en la cabaña eran siempre lo mismo.

Como respuesta, Madison le sonrió y se dispuso a abrir la portezuela de la furgoneta, pero Frank se le adelantó y, después de cerrarla, pasó por delante del vehículo para dirigirse a su asiento.

Roger, que seguía en la parte posterior, pues le resultaba demasiado difícil subir y bajar, se inclinó por el lateral del vehículo hacia la ventanilla de Madison.

—¿Qué crees que estás haciendo? No vamos a ningún bar de mala muerte, ¿sabes? Estas personas son...

Madison sonrió y miró a su esposo. ¿Sabes una cosa, Roger? A los hombres con estudios también les gustan las mujeres bonitas.

Seguidamente, cerró1a ventanilla y se volvió hacia Frank, que, en aquel momento, entraba en el vehículo.

CAPÍTULO 6

La «cabaña» era como Madison la había imaginado. Era el tipo de lugar que el clan Roosevelt habría comprado. Era una sola planta construida con troncos que, con el tiempo, habían adquirido un tono marrón os— curo. En la parte frontal había un porche que debía de medir veinte metros de ancho por seis de profundidad. En él, se veían múltiples sillas y bancos de madera antiguos, todos ellos cubiertos con almohadones de *chintz* de estilo envejecido pero muy a la moda.

—Ni siquiera la tapicería parece nueva —dijo Madison en voz baja. Entonces Roger la miró fijamente, como si quisiera recordarle que no delatara sus orígenes. En aquel momento, Madison se detuvo y pensó en pedirle a Frank que la acompañara de vuelta al aeropuerto para regresar a su hogar. Pero entonces se preguntó dónde estaba su hogar. Desde que su madre falleció su único hogar había estado junto a Roger.

Frank colocó su brazo bajo el codo de Madison y aquel gesto la hizo volver al presente.

—Bonito lugar —comentó Madison mientras esbozaba una débil sonrisa y seguía a Roger escaleras arriba. Entonces intentó ayudar a su esposo, pero él la rechazó, de modo que Madison volvió al lado de Frank.

Desde el porche, Madison contempló el lago que había detrás de la casa. Por lo que podía ver, el agua era azul y cristalina. Unos árboles y rocas de gran tamaño bordeaban la orilla. No se veía ninguna persona ni ninguna otra cabaña, y tampoco había barcas en el lago. Madison estaba convencida de que la familia de Frank poseía todo el territorio hasta donde alcanzaba la vista.

—No está mal, ¿eh? —comentó Frank con un ligero soplido—. Pertenece a la familia de mi mujer, no a la mía. Mi padre era fontanero.

Parecía que leyera los pensamientos de Madison y, como muestra de agradecimiento, ella le regaló una sonrisa resplandeciente.

Frank le guiñó el ojo.

—y mi madre era lavandera —añadió Frank.

Madison se echó a reír. Sabía que la última afirmación era mentira y que Frank lo había dicho para que continuara sonriendo.

—y un tío mío es taxista.

Madison todavía reía cuando llegó a la puerta de la cabaña y se sintió feliz, porque necesitaba reír. Dos chicas guapas salieron de la casa corriendo mientras fijaban toda su atención en Roger. Todo en ellas denotaba riqueza. Vestían ese tipo de ropa que tiene el mismo aspecto en la tienda que después de llevarla puesta durante diez años. Sin embargo, Madison sabía que aquella ropa costaba lo que su madre había ganado en un año trabajando tres jornadas.

Las chicas eran guapas, pero no de una forma evidente. Si llevaban maquillaje, era tan ligero que resultaba imposible percibirlo. Era el tipo de chicas que no se quitaban las joyas ni para dormir y, desde luego, las joyas eran auténticas y las habían heredado de sus abuelas.

Madison se quedó un poco atrás mientras las observaba y, de repente,

se sintió demasiado alta, demasiado maquillada y demasiado llamativa. Una vez más, deseó huir de allí. Aquél no era su lugar.

Entonces, otra chica salió de la cabaña. Era bajita pero estilizada, tenía el cabello corto y oscuro y los ojos grandes y marrones. Cuando se acercó al grupo, las otras dos chicas se apartaron.

—Roger, querido —dijo la recién llegada con voz suave.

Entonces, con un gesto que, a todas luces era estudiado, se puso de puntillas, rodeó con un brazo el cuello de Roger, atrajo hacia ella su cabeza y lo besó en los labios.

Madison sintió que Frank, que estaba a su lado, se ponía tenso, pero lo realmente extraño fue que Madison no sintió nada. Una parte de ella permanecía distante mientras observaba y analizaba la situación. « Una mujer está besando a mi esposo. Debería sentirme muy celosa. Debería alejarla de él.» Sin embargo, permaneció inmóvil mientras contemplaba lo que ocurría. Cuando Roger regresó de la universidad con una novia colgada del brazo, Madison casi se volvió loca de celos. El simple hecho de ver junto al hombre del que estaba tan enamorada le hizo sufrir.

SIn embargo, en casa de Frank, lo único que Madison pensó fue que ,así podría disfrutar de un poco de tranquilidad

—exclamó en voz alta—. Aquí hay alguien a quien creo que deberías conocer. Es la esposa de Roger.

Al oír aquellas palabras, las tres jóvenes se volvieron hacia Madison. Terri todavía tenía la mano sobre el hombro de Roger y no parecía que fuera a retirarla.

—¿Esposa? —susurró una de las chicas mientras miraba a Roger. Roger sólo se encogió de hombros, como si tener una esposa fuera algo que, simplemente, le había ocurrido y no fuera de su incumbencia.

De la forma más diplomática posible, Frank presentó a las tres jóvenes a Madison. En primer lugar, le presentó a Nina, su hija, después, a su prima Terri y, por último, a Robbie, la amiga de Nina.

Cuando las tres jóvenes levantaron la vista hacia Madison —después de todo ella era varios centímetros más alta que ellas—, Madison suspiró, pues percibió hostilidad en sus miradas y lo único que pensó fue que era una lástima porque le habría gustado ser amiga de ellas.

«Esta situación no me interesa —pensó—. El día ha sido demasiado largo para iniciar una pelea de gatos.»

Se volvió hacia Frank y le sonrió.

—Creo que el vuelo me ha agotado. ¿Podrías mostrarme... nuestro dormitorio?

Su vanidad no pudo evitar poner cierto énfasis en la palabra «nuestro». —Desde luego —respondió Frank.

Se abrió paso entre las chicas mientras Madison lo seguía de cerca.

El interior de la cabaña se correspondía con el exterior. Estaba amueblado con sofás y sillones de gran tamaño y aspecto cómodo. El suelo de pino estaba cubierto de valiosas y antiguas alfombras de los indios norteamericanos. Atravesaron un salón del tamaño de una estación de autobuses. En un extremo había una chimenea de piedra que debieron de

haber colocado con una grúa.

Al final de un pasillo, Frank abrió una puerta y la invitó a entrar. La habitación estaba amueblada con una cama, un armario pequeño, dos mesitas y una silla.

—Tendremos que cambiaros de habitación, porque no sabíamos que— Está bien —repuso Madison librándolo, así, del apuro.

—No permitas que te hagan sentir mal. Conocen a Roger desde hace mucho tiempo y él es..., bueno...

—Un buen partido —dijo Madison mientras sonreía a Frank—. Lo sé. Es rico y atractivo. ¿Qué más podrían desear?

Frank frunció el entrecejo durante un momento y, a continuación, mostró una leve sonrisa.

—Si necesitas alguna cosa, dínoslo —afirmó mientras dejaba la maleta de Madison en el suelo.

Después salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

Al cabo de unos minutos Roger entró. Madison levantó la vista de la maleta, que estaba a medio vaciar, y vio que Roger llegaba dispuesto a iniciar una pelea.

—Podrías haber sido más amable. Estas personas suelen tratarse con cortesía. Quizá no estés acostumbrada a modales como los suyos, pero Madison no estaba dispuesta a morder el anzuelo. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido que cuando Roger estaba equivocado, lo contrarrestaba atacando. Cuando habló, lo hizo en voz baja, con serenidad.

—Lo que no comprendo es que no les dijeras que estabas casado y que venías con tu esposa.

Cuando Roger se acercó por el pasillo, Madison lo oyó andar rápido y seguro con las muletas. Sin embargo, cuando estaba con ella se movía con dificultad. Roger se sentó en el borde de la cama con una expresión de gran dolor.

—Te agradecería que no empezaras una de tus peleas.

Madison tuvo que tragar saliva un par de veces antes de poder contestar a aquel comentario. Pero tampoco esta vez iba a dejarse arrastrar por su provocación. Roger no era una persona impulsiva. Todo lo que hacía respondía a una razón.

—Sólo quiero saber el porqué, eso es todo. Vine aquí convencida que era una invitada, pero al llegar, me he dado cuenta de que no sabían nada de mi existencia.

—Está bien, tranquilízate —contestó Roger como si Madison estuviera al borde de la histeria—. Nunca les conté nada sobre ti a Scotty ni a su familia porque..., en fin, es una cosa de hombres. Nosotros... —¿El hecho de no estar casado te hacía más macho? —preguntó Madison con voz suave.

Aunque resultara extraño, no estaba enfadada con él. De hecho, lo Único que sentía era curiosidad. ¡Así es! —contestó Roger—. ¿Qué mal hay en eso? Durante los últimas años no me he sentido muy hombre. ¿Qué hay de malo en que haya hecho creer a mi mejor amigo que todavía soy un hombre libre?

—¿Hombre libre? —,—exclamó Madison en voz baja y en aquel



Librodot

momento por su mente pasó todo aquello a lo que había renunciado por él—. Si quieres tu libertad no tienes más que decírmelo.

—Maddy, querida, sabes que no quería herirte.

Roger alargó el brazo hacia ella, pero Madison se apartó.

—No, Roger, yo no sé si querías herirme. De hecho, se me ha ocurrido que la mayor parte del daño que me infliges últimamente es intencionado.

Roger se pasó la mano por el rostro como si se sintiera realmente exasperado.

—¿Podemos pasar aunque sólo sea unos días sin que me des la lata? ¿No puedes divertirte un poco? Mira, sé que estás disgustada por lo del ni— fio, pero…

—No sólo un niño, Roger, sino todos y para siempre.

—¿Acaso es culpa mía? ¿Es esto lo que quieres decirme? Hice lo que pude para llegar aun teléfono. Y…

Madison volvió la cabeza hacia otro lado pues los ojos se le habían llenado de lágrimas. ¿Conseguiría alguna vez que la sensación de que su vida había terminado se desvaneciera? Había perdido el útero, era cierto, pero tenía otras cosas. No era imprescindible tener hijos para disfrutar de una vida plena.

A continuación, se volvió para mirar a Roger.

—Está bien —respondió. Le resultaba imposible disculparse, pero quizá pudiera suavizar la situación. En cualquier caso, se sentía demasiado cansada para pelear—. De acuerdo, estableceremos una tregua. No discutiremos mientras estemos aquí. ¿Qué te parece?

Roger se sintió aliviado.

De repente, Madison no pudo soportar estar en la misma habitación que él. Si se quedaba junto a él más tiempo, se pondría a gritar. Sin embargo, se detuvo cuando tenía la mano sobre la manecilla de la puerta. Había algo que necesitaba saber.

—Si no querías que supieran que estás casado, ¿por qué insististe para que viniera contigo? Yo quería quedarme en Montana.

Durante unos instantes, Roger permaneció sentado en el borde de la cama sin decir nada.

Madison lo conocía muy bien.

—Olvidémoslo —dijo Madison.

—Mis padres dijeron que necesitaban un descanso. —Ya veo — respondió Madison.

Después, se dio la vuelta. No pensaba sufrir por la injusticia de aquella afirmación. Había dejado Nueva York y regresado a Montana para cuidar de Roger. Había pasado los días y las noches pendientes de él. El único tiempo libre que se había tomado, lo había dedicado a leer unos libros de medicina que su amiga, la doctora Dorothy Oliver, le había prestado. De este modo, había aprendido la mejor forma de ayudar a rehabilitarlo. Sin embargo, sus suegros habían dicho que «necesitaban un descanso» de Madison.

—¿Maddy? —la llamó Roger.

Madison se dio la vuelta para mirarlo, pero él no dijo nada.

—¿Qué más? —preguntó ella, pues sabía que él quería pedirle algo importante.

—Déjame pasármelo bien —dijo él con voz suave—. Sólo mientras estemos aquí.

Madison necesitó cierto tiempo para comprender lo que él quería de— cir. Para Roger, pasárselo bien significaba beber, reír y ser, de nuevo, el héroe deportivo del instituto. Y también significaba chicas, muchas chicas, y todas mirándolo con adoración. Todas imaginando el gran amante que debía de ser. Sin embargo, Madison sabía que buena parte de Roger no era más que ostentación. Le gustaba el sexo de vez en cuando, pero realizado de una forma breve y rápida. Lo que más le gustaba era sentirse adorado, algo que Madison ya no le ofrecía.

—No te preocupes—repuso ella—. Pásatelo bien. Yo... —No sabía qué iba a hacer durante aquellos días, pero si podía sentarse sobre una roca y con— templar el agua durante una hora sin interrupciones, se sentiría feliz—. Te dejaré solo —continuó después de unos segundos—. ¿Alguna otra cosa?

—No —respondió Roger.

Sonrió como no lo había hecho en años. Durante unos instantes, ella volvió a ser la capitana de las animadoras y él el capitán del equipo de fútbol, y todo era perfecto. Madison le devolvió la sonrisa.

Gracias —dijo él. —De nada —contestó Madison. Y era sincera. Abrió la puerta y salió de la habitación. Quizá fuera un acto de cobardía y, desde luego, no era una forma correcta de actuar, pero Madison encontró una puerta lateral y se escabul1ó al exterior sin buscar a la anfitriona para agradecerle su hospitalidad. Una vez fuera, descubrió10 que parecía un camino de ganado que discurría entre los árboles, y lo siguió. Ése había sido uno de sus problemas en Nueva York: ella era una mujer del campo y no estaba acostumbrada a estar lejos de la naturaleza. Le gustaba deambular sola durante horas por los bosques mientras contemplaba los árboles y las huellas de los animales.

Caminó, más o menos, durante una hora y entonces decidió que era mejor regresar a la casa. Sin duda, debían de tener un horario para cenar y, en aquel momento, seguro que la consideraban una mala invitada por no ayudar a preparar la cena, etcétera, pero el paseo le había ido muy bien. Lo cierto era que llegar a un lugar sin haber sido invitada ni querida la había trastornado. Además, la razón que había impulsado a Roger a pedirle que lo acompañara también la había afectado. Sin embargo, en aquel momento se encontraba debajo de un árbol de unos doscientos años y contemplaba el agua centelleante y pensó: «¡Qué demonios! No quería venir con Roger porque no quería estar pendiente de él. Deseaba un descanso de mi trabajo como enfermera de veinticuatro horas y lo voy a tener.» Cuando volvió a la cabaña, se sentía muchísimo mejor.

—Tú debes de ser Madison —declaró una mujer que se acercó a recibirla tan pronto como atravesó la puerta de entrada.

En aquel mismo instante, Madison supo que se trataba de la señora Randall, la esposa de Frank, la dueña de toda aquella riqueza milenaria. Era bajita y se conservaba muy bien. No se había hecho la cirugía estética en el

rostro, pero su piel era un ejemplo de lo que podía conseguirse después de una vida de cuidados. 5ó10 tenia arrugas alrededor de los ojos, y su piel era suave y sin defectos. Llevaba puestos unos pantalones ligeros de lana que debían de tener unos diez años de antigüedad, pero Madison sabia que debieron de costarle unos mil dólares. Y, con toda probabilidad, se los habían confeccionado a medida. Un suéter y una rebeca de cachemira de color rosa pálido completaban el conjunto.

Más tarde, Madison no podía creer lo que le dijo a aquella mujer. Quizá se debiera al aire fresco ya las insinuaciones de Roger en el sentido de que no lo dejara en mal lugar, pero, antes de darse cuenta, Madison preguntó:

—¿Cómo, no lleva perlas?

Tan pronto como pronunció aquellas palabras, Madison se tapó la boca con horror. Sin embargo, la señora Randall se rió y, de una forma cordial, tomó a Madison del brazo.

—Frank me ha dicho que eres un encanto y ahora entiendo por qué. Entra y anima este lugar. Todas las chicas van detrás de tu esposo.

—¿Con qué fin?

Al oír estas palabras, la señora Randall se detuvo y miró a Madison con una expresión grave en el rostro.

—¡Válgame Dios! Pues... —murmuró de una forma pensativa. —No era mi intención... —empezó a decir Madison—. Quiero decir que...

—No es necesario que te disculpes, querida —repuso la señora Randall mientras seguía caminando—.

¿Tienes hambre? Por favor, dime que no estás a dieta para mantener tu figura— —No —contestó Madison con una sonrisa—. Elimino todo lo que como subiendo y bajando a Roger de la cama.

—Comprendo —comentó la señora Randall en tono serio—. No tenía ni idea. Aunque, a decir verdad, conozco un poco a los padres de Roger. No en un entorno social, claro, pero sí que hemos sido presentados. Además, se oyen rumores. Según tengo entendido, les gusta gastar el dinero en ostentar.

—Así es —confirmó Madison, y esto es todo lo que pudo expresar. O pronunciaba esas dos palabras o empezaba a hablar y no paraba nunca.

—Está bien, querida, quédate con nosotros y disfruta de un descanso largo y agradable. Las chicas se harán cargo de Roger.

—Sería un detalle amable por su parte —dijo Madison, que cada Vez se sentía mejor.

Aquella mujer que rezumaba buenos modales y dinero por todos los poros la hacía sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Una vez más, la señora Randall dio una ojeada rápida pero penetrante a Madison.

—Acompáñame a cenar y prepárate para defenderte.

—Lo haré lo mejor posible —anunció Madison mientras entraban en el comedor.

Todos estaban apunto de sentarse, pero cuando vieron a Madison fue como si les hubieran arrojado una jarra de agua fría. Las tres jóvenes, que

*:* estaban apiñadas alrededor de Roger, y un hombre de cabello rubio y con

*,* muletas se separaron con una expresión de culpabilidad en el rostro.

Madison habría deseado decirles que no se detuvieran por ella, pero no lo hizo. A continuación, se sentó en la silla que la señora Randalll e indicó. Cuando todo el mundo estuvo sentado, con el señor y la señora Randall en los extremos, Madison vio que estaba sentada al lado de la señora Randall, frente a Terri, la joven que había besado con tanta pasión a su esposo. El hombre rubio, que se presentó como Scotty, estaba sentado al lado de Terri y Roger, al final, al lado de Frank. :

La enorme mesa de pino estaba cubierta de fuentes llenas de comida humeante. La vajilla era de porcelana azul y blanca y tenía el aspecto de haber sido comprada en Sears. En el borde de cada una de las piezas figura— Iba inscrita la letra « W » y Madison dedujo que era la inicial del apellido de soltera de la señora Randall.

Después de que todos se sirvieron la comida, la señora Randall dijo con alegría:

—Thomas llega mañana.

Aquella noticia hizo que el silencio reinara en la sala y Madison levantó la vista del plato. Un sentimiento de melancolía pareció invadirlos a todos. —¿Quién es Thomas? —preguntó Madison.

—Mi hijo mayor —respondió la señora Randall en tono risueño.

Madison miró a los demás con curiosidad. Los ojos del señor Randall brillaban con regocijo, pero Roger, Scotty y las tres muchachas tenían la ~ nariz casi pegada al plato.

, Aquella visión animó mucho a Madison. —Cuéntemelo todo sobre él— preguntó con júbilo a la señora Randall mientras le sonreía.

—¿Cómo podría definirlo? —se preguntó la señora Randall mientras mantenía el tenedor en alto.

—Es como una continuación de la generación anterior de la familia de mi esposa —explicó Frank.

—Así es —continuó la señora Randall—. Los Wentworth estamos divididos en dos grupos. Los que ganan dinero y los que lo gastan.

—Creí que no se podía hablar de dinero en la mesa —protestó Nina, quien, según dedujo Madison, era la hija tercera y menor de los Randall. De una forma poco caritativa, Madison pensó que era una suerte que tu— viera dinero, porque vista de cerca no resultaba muy atractiva. En realidad, sólo daba la impresión de ser guapa, el tipo de impresión que producían la edad y el dinero, porque..., bueno, después de diez años se parecería más a su padre que a su madre, pensó Madison.

—No se puede hablar de dinero en público, querida —aclaró la señora Randall—. En privado, podemos hablar de lo que queramos. —Luego, se volvió hacia Madison—. Lo que mi esposo quiere decir es que nuestro hijo mayor es de los que ganan dinero. Thomas se interesa por cosas más serias que las que nos interesan al resto de nosotros. Ahora ha terminado el tercer año de Medicina. Va a especializarse en rehabilitación.

—Y, con toda probabilidad, hará algo grande y noble —dijo Scotty en



Librodot

voz baja.

A continuación, los otros soltaron una risita.

El hecho de que Roger estuviera unido a aquella familia hasta el extremo de conocer sus bromas privadas molestó a Madison. Durante los dos últimos años había intentado conseguir que le hablara de algo que no fuera lo que le dolía y lo miserable que se sentía. ¿Por qué no le había contado nada de los Randall?

—Debe de ser una buena persona —opinó Madison mientras miraba a la señora Randall.

—Eso creo yo, aunque, desde luego, no soy imparcial. Buena persona o no, Thomas es único. Muchas madres dicen: «Johnny no sonrió hasta los cuatro meses y medio. Estaba desesperada.» Pues bien, yo todavía estoy esperando la primera sonrisa de Thomas.

Al oír esta anécdota, todos rieron con amabilidad y Madison supo que la señora Randall la había repetido con frecuencia, pero ella seguía intrigada por aquel otro hermano. Quizás en aquel mismo momento sentía simpatía hacia él.

—Thomas te odiará.

Madison se volvió hacia la persona que había hablado y preguntó: —¿Perdona?

Todos miraron a Robbie, horrorizados por su grosería.

—No me refiero a nada personal, pero a Thomas no le interesan las mujeres bonitas.

—¿Hablas por propia experiencia? —preguntó Scotty y, seguida—mente, como un muchacho en edad escolar, miró a Roger para compartir la broma.

—¿Por qué habría de estar interesada en Thomas? —soltó Robbie—, No soy una masoquista.

Scotty miró a Madison. Lo que pone a Robbie tan nerviosa es que el año pasado intentó ligar con mi hermano y él la rechazó. Poco cerebro para su gusto.

Para que lo sepas... —empezó Robbie, pero Scotty la interrumpió. Mi hermano tiene el cerebro y yo la figura —sentenció. A continuación, dio un codazo a Roger—. Pero, por lo que parece, el viejo Roger y yo hemos salido adelante, ¿no es cierto? En la universidad estuvimos a punto de suspender. Si no llega a ser por la chica con la que Roger... —Una mirada de su madre hizo que Scotty se interrumpiera—. En fin, ella nos hizo todos los trabajos.

Madison se volvió hacia Scotty y le sonrió con tal dulzura que casi lo vio derretirse. Hacía años que nadie la miraba como Frank y su hijo lo hicieron en aquel momento.

Cuéntamelo todo sobre tú y Roger en la universidad pidió Madison con un tono de voz más grave de lo normal, y bajó la vista de una forma seductora.

Cuando volvió a levantarla, Scotty la miraba boquiabierto, Roger rechinaba los dientes con rabia y, en cuanto a las chicas, seguramente se habrían sentido felices si hubieran podido arrancarle los ojos. Por otro lado, el señor Randall la miraba con adoración y la señora Randall parecía a



Librodot

punto de estallar de risa.

En aquel momento, Madison se sintió hermosa, y no se había sentido hermosa desde... Bueno, de hecho desde aquel día, hacía dos años, en que estuvo sentada en un banco en el Departamento de Tráfico de Nueva York junto a otras dos mujeres.

Durante el resto de la cena escuchó la conversación de los demás, pero al mismo tiempo permanecía en su propio mundo. Estaba empezando a asimilar que se hallaba en aquel maravilloso lugar y que no tendría que cuidar de Roger. Resultaba evidente que los Randall disponían de servicio, de modo que ella no tendría que ayudar a pelar patatas como hacía, con frecuencia, en la casa de Roger. Aunque, sentarse en la cocina y charlar con la cocinera constituía un descanso de su trabajo como enfermera.

De un modo vago, oyó que volvían a hablar de Thomas, el hermano mayor. Por lo visto, era bueno en todo lo que hacía.

—Aunque también es cierto que Thomas no intentaría nada en lo que no pudiera ser el mejor —dijo Nina, su hermana, con cierto desdén en la voz.

Madison la miró.

—Eso no es tan malo como cambiar de asignaturas cada semestre —replicó Scotty.

—¿Por qué tenemos que hablar de Thomas? —preguntó Robbie con un mohín de niña pequeña—. Es verdad que era el capitán del equipo de fútbol americano en Yale. Es verdad que es el primero de la clase en todo lo que estudia. Pero eso no significa que sea adorable. —Entonces miró, horrorizada, a la señora Randall—. Quiero decir que...

Se puso colorada. Scotty miró a Madison. —Como habrás podido comprobar, la amiga de mi hermana no hace más que meter la pata. El verano pasado, hizo el ridículo al perseguir a mi hermano mayor, pero Thomas ni siquiera la miró.

—j Yo no hice el ridículo! —exclamó Robbie con lágrimas en los ojos—. Pensé que se sentía solo, de modo que le di conversación. Eso es todo.

—Sí. Seguro —replicó Scotty—. Por eso compraste cuatro de esos... ¿Cómo se llaman?

—Creo que bikinis de cuerda —respondió la señora Randall con una sonrisa.

—¡No quiero oír nada más sobre esta cuestión! —exclamó Robbie mientras echaba la cabeza hacia atrás.

A continuación, se levantó y se fue a toda prisa. La señora Randall cogió el cesto del pan y se lo alargó a Madison. —Ahora comprenderás por qué no llevo perlas. Si lo hiciera, podría sentirme tentada a estrangular a alguien con ellas.

Madison rió con entusiasmo el chiste que sólo ella y la señora Randall entendieron.

«Me gustan estas personas y me gusta este lugar —pensó Madison—. Las chicas no, pero los padres sí.» Después miró las viejas pinturas de caza que adornaban una de las paredes y las cortinas a cuadros azules y blancos que colgaban junto aun amplio ventanal. «Sí —pensó Sin lugar a dudas me gusta este lugar.»

En aquel momento se juró que se lo pasaría bien. Pasaría por alto todo lo que Roger hiciera y disfrutaría de su estancia allí. Miró a Roger a través de la mesa y vio que estaba coqueteando con Nina. Como Terri estaba sentada en el otro extremo, le tocaba el turno a Nina. «¿Qué tipo de esposa puede permanecer sentada y no sentir nada mientras contempla cómo su marido flirtea con otra mujer? —pensó Madison para sus adentros y, de inmediato, supo la respuesta—: Una mujer que desea terminar la relación con su marido.»

Aquella idea le hizo experimentar un gran alivio. Volver al lado de Roger había constituido un error. Había abandonado una carrera que podía haber sido lucrativa para estar junto a un hombre que decía que la amaba, pero se equivocó.

y había pagado por su error. Durante aq1.1ellos años junto a Roger, lo había dado todo por él. Incluso había perdido su capacidad de tener hijos.

Pero no podía pensar mucho en aquel hecho. La herida era demasiado pro— funda.

Sin embargo, en aquel momento, mientras veía a su marido coquetear con otra mujer, sintió un gran alivio. Ella todavía era joven y guapa. No tanto como antes de entregar años de su vida a cuidar de su madre enferma y, después, a un marido lisiado, pero no estaba mal. En cualquier caso, aún tenía esperanzas.

—Madison, querida —dijo la señora Randall mientras ponía su delicada mano sobre el brazo de Madison—. ¿Te encuentras bien?

—De hecho, me encuentro muy, muy bien. ¿Le importaría que mañana fuera a pescar?

—¿A pescar? —preguntó, sorprendida, la señora Randall—. Nunca habría imaginado que a ti...

—¿Que me gustara hacer otras cosas aparte de ponerme cremas sobre la piel? —preguntó, divertida, Madison.

Los ojos de la señora Randall brillaron. —Tenemos mucho que aprender la una de la otra, ¿no es cierto? —di— jo en voz baja para que los demás no la oyeran—. Pero, sí, desde luego, haz lo que te apetezca. ¿Quieres que alguien te acompañe?

—No, prefiero ir sola. Si no hay inconveniente. La señora Randall adivinó lo que Madison quería saber. ¿Tenía que participar en las actividades sociales? ¿Decidían conjuntamente que dos personas harían cierta cosa, otras cuatro, otra, etcétera?

—No hay ningún inconveniente —respondió la señora Randall—. y mañana quiero que conozcas a mi hijo Thomas. A él también le gusta ir de pesca.

Madison miró a lo largo de la mesa en dirección a Roger. En aquel momento, él relataba alguna historia a Nina y Terri, que estaban inclinadas hacia él. Probablemente, les contaba alguna locura que había hecho en el instituto, pensó Madison. A continuación, se volvió de nuevo hacia la se— ñora Randall.

—Gracias, pero creo que me gustaría descansar de los hombres.

—Te comprendo a la perfección —repuso la señora Randall con una

sonrisa—. Mi casa es la tuya. Con una condición. —¿Cuál? —preguntó Madison con cautela.

—Que me llames Brooke. Todas mis amigas lo hacen.

Durante unos instantes, Madison se quedó boquiabierta. Se había sentido atraída por aquella mujer y también por su marido, pero no se había dado cuenta de que el sentimiento era mutuo. Además, Madison sabía que Robbie, que era más o menos de su misma edad y había visitado a la familia Randall en muchas ocasiones, todavía la llamaba «señora Randall, Sin embargo, a ella le había pedido que la llamara «Brooke» y le había dicho que la consideraba su amiga.

—Será un honor —dijo Madison con dulzura mientras intercambiaba una sonrisa con la señora Randall.

—¿Qué te parece si nos tomamos un té en el porche? Ve a buscar un jersey grueso mientras yo traigo el cofiac.

—¡Perfecto! —exclamó Madison mientras ambas se ponían de pie y dejaban en la mesa a los tres hombres y las dos muchachas.

De camino a la habitación, Madison se preguntó: «¿Por qué mis suegros no pueden ser como estas personas?»

CAPÍTULO 7

Madison vio a Thomas antes de que él la viera a ella. Y en aquel mismo instante supo que nunca la había atraído ningún hombre como la atraía aquél.

A su madre nunca le gustó Roger. En su opinión, ella seguía con él por— que no le exigía demasiado. «Él no supone para ti ningún reto. Además, te hace sentir que formas parte de algo», le decía su madre. Según ella, esto se debía a que Madison había pasado la mayor parte de su vida sola o en parvularios y, en el fondo, quería pertenecer a alguien ya algún lugar. De este modo, Roger significaba, para ella, seguridad. Estar con él suponía ser aceptada en las fiestas «apropiadas» del instituto. y Madison sabía que, de no ser por Roger, ella habría sido el blanco de las bromas lascivas de los chicos y, su altura y su aspecto, le habrían granjeado el vacío por parte de las chicas. Sí, Roger había significado para ella la seguridad.

Sin embargo, para ser sincera, Roger nunca había hecho que el cora— ron le brincara en el pecho como lo hizo cuando vio a Thomas Randall y aquella atracción resultaba extrafria porque Thomas no era el tipo de hombre que inspirara pasión en las mujeres. No era como el héroe de una no— vela romántica. Más que nada, porque tenía el entrecejo fruncido de forma permanente. Quizá sus ojos fueran grandes y de color azul, pero era imposible saberlo porque los surcos que se formaban continuamente entre sus ojos los convertían en meras ranuras.

Por otro lado, sus pestañas eran tan espesas que parecían las que se pegaban en los ojos de los muñecos. Su nariz era pequeña y sus labios, que probablemente eran blandos y carnosos, formaban siempre una línea apretada y estrecha.

En cuanto a su cuerpo, Thomas era alto. Medía cerca de dos metros, estaba bien proporcionado y, por detrás, resultaba muy atractivo. Era ancho de hombros, tenía una espalda musculosa y la cintura estrecha. y sus piernas eran fuertes porque durante muchos años había jugado al fútbol americano. Por lo que Madison había oído, su cuerpo había atraído a muchas mujeres, pero hasta entonces ninguna había soportado su aspecto visto de frente. El entrecejo, fruncido de una forma profunda y permanente, asustaba a la gente.

Sin embargo, no fue el ceño de Thomas lo que hizo que ella continuara escondida, sino la atracción que sintió hacia él. Madison estaba a punto de entrar en la cocina, la cual a las cinco de la madrugada ya hervía de actividad. Después de todo, requería tiempo cubrir la mesa con huevos y patatas preparados de tres maneras, tortas, gofres, pescado fresco de aquella misma mañana y cuatro tipos de pan.

—Señor Thomas —dijo una mujer corpulenta que era la cocinera de los Randall ya quien Madison sólo había visto brevemente el día anterior.

Cuando le preguntó a Roger sobre aquella mujer, él le respondió que había trabajado para la familia de la señora Randall desde siempre.

—Adelfa —contestó Thomas mientras fruncía el entrecejo—. ¿Hay algo para comer?

Madison habría querido llorar de frustración. Su deseo era salir de la

casa sin que nadie la viera. Roger aún dormía, pues había permanecido levantado, con Scotty y <das chicas», hasta las tres de la madrugada mientras bebían cerveza y evocaban historias de personas que Madison no conocía. Ella no quiso pasar la velada con ellos, de modo que se disculpó y se retiró adormir.

Aquella mañana tenía la intención de escabullirse fuera de la casa antes de que los demás se despertaran, de modo que caminó de puntillas, cogió algunos aparejos de pesca de donde Brooke le dijo que los guardaban y se dispuso a salir.

Por desgracia, decidió hacerlo por la cocina, pues no tenía ni idea de que hubiera alguien allí a aquella hora de la mañana. Madison estaba convencida de que Adelia era una de esas mujeres que se desmayaban con sólo pensar que alguien pudiera salir de la casa sin tener el estómago lleno, de modo que, para evitar ser vista y perder tiempo, se ocultó en un hueco entre el frigorífico y la despensa. Al ver la cocina, Madison dedujo que no la habían renovado desde, más o menos, 191O y, por el ruido del motor del frigorífico, estaba convencida de que el aparato también era de aquella época.

Mientras atisbaba desde detrás del frigorífico para ver cuándo podía deslizarse al exterior sin ser vista, la puerta se abrió y entró un hombre que, sin lugar a dudas, era Thomas Randall, el hijo mayor. Y, cuando lo vio, Madison se quedó paralizada.

—Desde luego, querido, siempre tengo muchas cosas para comer —respondió Adelia Y el tono de su voz demostraba que lo conocía desde su niñez—. Siéntate y te prepararé alguna cosa.

—Nada de beicon —advirtió Thomas. —¿Acaso crees que no me acuerdo? —preguntó Adelia como si se sintiera ofendida— y ¿dónde está mi beso?

Después de oír estas palabras, Madison vio que la expresión de Thomas se suavizaba. Entonces vislumbró al hombre que podía ser... o era, pensó Madison. Detrás de aquel ceño había otro hombre y, cuando Madison lo vio, sus rodillas flaquearon. Los ojos de Thomas eran, sin duda, grandes, y su boca era tierna como la de un recién nacido.

—Me alegro de verte —respondió Thomas. A continuación, abrazó a Adelia con fuerza y le estampó un sonoro beso en la mejilla—. ¿Te encuentras bien?

Adelia lo apartó. —No creas que vas a practicar tu medicina conmigo. Ahora, siéntate y come, y te lo contaré todo sobre todos.

Para horror de Madison, Thomas se sentó junto a una vieja y destartalada mesa de pino que había delante de ella. ¿Qué podía hacer? Salir de su escondrijo y decir: «Lo siento. Estaba escondida porque no quería...» ¿No quería qué? ¿ comer? Además, el plato de comida que Adelia acababa de poner delante de Thomas olía y tenía un aspecto inmejorable. Pero Madison estaba atrapada. Si salía en aquel instante y ellos descubrían que se había escondido como una niña de seis años, nunca superaría aquel momento de vergüenza.

Además, la verdad era que no quería marcharse. Quería ver y oír más cosas sobre aquel hombre que le hacía sentir cosquillas en el estómago.

—¿Quién ha venido? —preguntó Thomas mientras comía unos huevos revueltos cocinados con mantequilla.

Madison siguió con la vista aquellos huevos hasta la boca de Thomas.

Él tenía, de nuevo, el entrecejo fruncido, y sus labios formaban una línea apretada.

—T u madre, tu padre, Scotty y Nina, desde luego, y también tu prima Terri y Robbie.

Después de pronunciar aquel último nombre, Adelia se interrumpió y miró a Thomas. Estaba de pie, al otro lado de la mesa, y le sonreía con cariño.

—vaya! —exclamó Thomas sin preocuparse de levantar la vista—, ¿Esta vez ha traído algo de ropa?

Adelia se echó a reír.

—Eso espero. Mientras tú estés por aquí, se sentirá helada hasta los mismos huesos. No sé qué es lo que no te gusta de ella. Ya va siendo hora de que sientes la cabeza.

—Robbie es una malévola niña mimada con demasiado tiempo y dinero a su disposición. ¿Cómo está mamá?

—Tu madre está bien. Tiene un aspecto estupendo. Le cae muy bien la muchacha alta.

Al oír estas palabras, Madison contuvo la respiración. Si tenía que efectuar una salida honorable, aquél era el momento de hacerlo. Sin embargo aunque una serpiente de cascabel le hubiera mordido el pie en aquel momento, no habría sido capaz de moverse ni un centímetro.

—¿La chica alta?

— ¿Te acuerdas de Roger, el chico que estuvo aquí hace unos años¡— ¿El clon de Scotty? —preguntó Thomas con sorna—. ¿El héroe del fútbol?

—El mismo. Ahora camina con muletas. Tu madre me ha contado que estuvo muy mal, pero ahora se encuentra mejor. De modo que con Scott y su pierna rota...

—Pueden sentir lástima el uno por el otro —terminó Thomas y Madison tuvo que morderse la lengua para no ponerse a reír.

—¿Así que Roger está aquí? —preguntó Thomas.

—Él y su mujer —respondió Adelia con aplomo y contenta de poder transmitir aquel suculento chismorreo.

—¿Qué clase de boba se casaría con Roger?

Esta vez, Madison tuvo que morder ambos lados de su lengua con muelas traseras.

«Ahora lo comprendo», pensó. ¿Cuántas mujeres se habían sentido atraídas por él y, después, se vieron mortificadas por su cinismo? Una cosa era que Madison estuviera harta de Roger, pero ¿qué derecho tenía aquel hombre a juzgarlos por su relación?

—Es guapísima, te lo aseguro —manifestó Adelia—. El término «guapa» no le hace justicia. Me pregunto qué le dan de comer donde vive, porque mide, al menos, un metro noventa centímetros.

Thomas soltó una carcajada mientras comía un trozo de torta. —Roger

no es tan alto, ¿no es cierto?

«Más alto que tú, pequeño insecto», habría querido decirle Madison.

¡Un metro noventa! En realidad, ella ni siquiera medía un metro ochenta centímetros.

—Así que Roger se casó con una campesina alta de Montana y ahora está aquí haciéndole la pelota a mi hermano. ¿Qué es lo que quiere? Adelia pareció reflexionar durante unos instantes.

—A su esposa no, desde luego. Apenas la mira. En mi opinión, va detrás de tu hermana o de Terri. Ya conoces a Roger. Se pasó todo un verano persiguiendo a Lucy, pero ella lo rechazó.

—Pues claro. Roger es demasiado estúpido para Lucy. Pero quizá Terri lo acepte. A ella le gustan los hombres que la desdeñan. Sin embargo, si quiere librarse de su esposa, ¿por qué la ha traído con él? ¿Por qué no la ha dejado en su casa con sus padres? Todavía vive con ellos, ¿no es cierto? No creo que Roger deje nunca a sus padres y su dinero. Nunca me pareció un tipo de los que salen por ahí a buscar un empleo.

—Por lo que sé, todavía vive con sus padres. Además, sus lesiones fueron muy graves y le han impedido trabajar. Pero no sé por qué ha traído a su bella y alta esposa. No queda ni un resto de amor entre ellos. Ella lo mira por encima del hombro. Así. Madison no se lo podía creer, pero Adelia levantó la barbilla y miró con desdén a Thomas. Aquel gesto expresaba muchas cosas y, cuando Madison lo vio, palideció. No le extrañaba que Roger estuviera enfadado con ella, si era así como lo miraba

—¿Y cómo mira Roger a su mujer? —preguntó Thomas.

—Como si no estuviera —contestó Adelia—. Si Roger me mirara a mí como mira a esa guapa criatura, lo echaría en una cuba de aceite hirviendo. O le quitaría las muletas y lo golpearía con ellas o... —Y papá, ¿cómo está? —preguntó Thomas.

—Disfrutando de todo esto. Creo que está medio enamorado de la muchacha alta. Me dijo que tu madre no quería pasar otro verano aquí, pero ahora están contentos de haber venido. Ayer por la noche a Robbie le dio un ataque y salió corriendo del comedor. Más tarde, la muchacha alta se fue a dormir. Por otro lado, Terri iba detrás de Roger, y te aseguro que él no se apartaba—

—¿Y con quién estaba la chica alta?

Al oír estas palabras, Madison estuvo a punto de salir de su escondite a decirle a Thomas lo que pensaba de él. —Con nadie. Se fue a dormir. —¿Sola?

—Totalmente sola —respondió Adelia—. ¿Estás interesado en ocupar el lugar de su esposo? A mí me parece que lo necesita.

—Tú crees que el mundo entero está necesitado, sobre todo de comida —dijo Thomas mientras apartaba el plato, que ya estaba vacío.

—Lo están. Necesitados de un tipo de comida u otro y ¿cuánto tiempo piensas quedarte esta vez?

—No mucho. Tengo que estudiar ¿ Un genio como tú?

—A diferencia de mi hermano, yo no pago a alguien para que se presente a los exámenes por mí. Ahora me voy a dormir. Me he pasado casi

toda la noche estudiando y, después, he conducido hasta aquí. Di a mis padres que estoy aquí, pero no permitas que nadie me despierte. —¿Esto incluye ala señorita Robbie? —Sobre todo a esa pequeña buscona.

Thomas se levantó, estiró los brazos y preguntó a Adelia si le había pedido a Charlie que bajara la maleta del coche.

—Todavía está durmiendo, pero lo hará cuando se levante. A continuación, Adelia se volvió y salió de la cocina.

Madison, todavía escondida en aquel pequeño espacio, se dio cuenta de que estaba a solas con Thomas en la cocina.

Desde luego, él no sabía que ella estaba allí, pero sí que era cierto a la inversa. Contuvo la respiración porque temía que él la oyera, y ni siquiera pestañeó.

Thomas se quedó unos minutos junto a la mesa, de espaldas a ella; después se dirigió hacia la puerta. En aquel instante, Madison casi soltó d aliento que había reprimido. Entonces, Thomas se detuvo junto al umbral, dándole la espalda a Madison, y dijo:

—La próxima vez que quieras fisgonear, escóndete en un lugar donde tu sombra no se refleje en el suelo. Después salió de la habitación. ¡Madison se quedó paralizada; volvió la cabeza poco a poco y miró el suelo de la cocina.

Bastante arriba, por encima de su cabeza, había una ventanilla, y los rayos del sol de aquella hora de la mañana caían sobre su cabeza formando una sombra redonda en el suelo. Para alguien que no estuviera familiarizado con aquel lugar, la sombra habría pasado inadvertida, pero Thomas Randall había pasado buena parte de su vida en aquella cocina y conocía todas sus sombras.

Salió de su escondrijo situado entre el frigorífico y la despensa. Se sen— tía completamente ridícula y habría deseado morirse. Durante unos instantes no supo qué hacer. ¿Debía buscar a Thomas Randall y disculparse? ¿Debía explicarle que, en realidad, no estaba fisgoneando? ¿O, simple— mente, debía dirigirse a Frank y asegurarle que, de una forma inevitable y definitiva, tenía que regresar a Montana en aquel mismo instante?

Contempló la caña de pescar que todavía sujetaba con la mano. Por otro lado, también podía salir de la casa y pasar el día sola en el río y no pensar en Thomas Randall ni en su esposo ni en ningún otro hombre del planeta.

Al final, ganó la pesca. Madison cogió media docena de galletas de la bandeja que Adelia acababa de sacar del horno y, con una sonrisilla desafiante, también tomó seis lonchas de beicon y un par de servilletas de papel, y salió de la cocina. Una vez en el exterior vio a Adelia ya la escuchimizada mujercita a la que llamaban Cassie y las saludó mientras se dirigía al lugar que Brooke le había indicado la noche anterior.

Thomas atravesó una zona de árboles y de repente se quedó paralizado. Más adelante, en su parcela de pesca favorita, la parcela que había sido suya desde que tenía seis años estaba... estaba... Lo primero que vino a su mente fue la Venus de Botticelli.

De pie y de espaldas a él, aquella mujer parecía extraída de una revista de pesca que se titulara: *Fantasías Lujuriosas.* Era alta y esbelta y tenía



Librodot

muchas curvas. Vestía unos vaqueros ceñidos y gastados y unas botas de pescar verdes que le llegaban hasta los muslos. Por encima de los muslos se apreciaban unas nalgas firmes que se curvaban hasta enlazar con una cintura diminuta rodeada por un cinturón ancho de piel. También llevaba puesta una camisa vaquera y un chaleco que debía de haber sido de su hermano años atrás, pues le quedaba pequeño. Sólo le cubría la mitad de la espalda.

Su cabello, largo y de color ámbar, le caía por la espalda formando amplias ondas y, cuando balanceaba la caña de pescar, flotaba a su alrededor como una nube erótica.

Thomas no pudo hacer más que contemplarla. No podía moverse ni hacia delante ni hacia atrás, y lo que era peor, tampoco podía pensar. En lugar de pensamientos en su mente había sólo visiones. Se veía caminando hacia ella, abrazándola, desvistiéndola y haciéndole el amor sobre la orilla pedregosa. En otra visión se veía haciendo el amor con ella en el prado cubierto de hierba situado a unos cientos de metros de la cabaña. y también a lomos de un caballo, y sobre la mesa de pino de la cabaña, y…

Thomas se tapó los ojos con la mano para no verla. «Contrólate», se dijo. Toda su vida había estado regida por el control y no pensaba perderlo en aquellos momentos. No iba a ser como su hermano y su hermana, ni como su abuelo, que estuvo apunto de arruinar a la familia a causa de sus excesos.

Thomas inspiró profundamente un par de veces y volvió a mirar a aquella mujer. Estaba tan concentrada en lanzar el anzuelo que no se dio cuenta de que había alguien cerca «¿A qué tipo de mujer le gusta pescar?», pensó Thomas con rabia. Cuando era más joven, algunas chicas le habían dicho que les encantaba pescar, pero él pronto descubrió que lo que querían era que las invitara a la casa de veraneo de los Wentworth. ¿Acaso aquella mujer se había enterado del amor que él sentía por la pesca y había son— sacado a su madre para que le revelara su lugar favorito?

Mientras Thomas la observaba e intentaba mantener los ojos alejados de aquel cuerpo, se dio cuenta de que ella sabía manejar la caña de pescar. Desde luego, la caña era vieja y aquella mujer nunca conseguiría pescar nada, pero se veía que había lanzado un anzuelo en múltiples ocasiones.

Thomas se dio la vuelta y caminó unos pasos de regreso a la cabaña. No estaba de buen humor. No había dormido en toda la noche y, aunque intentó dormir por la mañana, las explicaciones de Adelia sobre las idas y venidas de los invitados le habían impedido conciliar el sueño. A Thomas no le gustaba Roger porque éste animaba a Scotty a ser todas las cosas que Thomas condenaba: vanidoso, perezoso y egocéntrico.

Así que Roger había vuelto, y, en esta ocasión, tenía un nuevo vínculo con Scotty, pues ambos tenían problemas para caminar. Pero ¿qué buscaba Roger? La última vez fue su prima Lucy la que se rió del deportista sin cerebro y lo mandó a freír espárragos. Sin embargo, Terri era otra cosa.. El año anterior, un joven corpulento y atractivo que se entrenaba para los Juegos Olímpicos la dejó plantada, de modo que estaba decidida a conseguir un hombre fuera como fuera. Pero Roger estaba casado. ¿Acaso Thomas era la única persona que consideraba extraño que Roger llevara a su mujer cuando en realidad pensaba cortejar a otra? Thomas se dio la vuelta y miró a



Librodot

la esbelta mujer que permanecía junto al río con el agua hasta los tobillos. En aquel momento, se desplazaba a una zona de aguas más profundas y lanzaba el anzuelo a una distancia mayor. A Thomas siempre le habían dicho que era demasiado suspicaz, pero él había comprobado que, por muy suspicaz que fuera, nunca era suficiente. De hecho, había visto la sombra de aquella mujer en el suelo de la cocina y sabía que había estado escuchando su conversación con Adelia. ¿Por qué los había es— piado? ¿Ella y Roger trabajaban juntos? Quizá Roger iba tras de Terri, una prima de los Wentworth, o de Nina, la hermana de Thomas. Pero ¿tras quién iba aquella mujer? ¿Tras Scotty?

«0 quizá tras de mí», pensó Thomas. Una leve sonrisa se extendió por su rostro, pero no llegó a los ojos.

—Si cree que va a atraparme, se va a llevar una sorpresa —dijo en voz alta.

Entonces borró la sonrisa de su rostro y se encaminó hacia donde ella estaba.

—¿Has pescado alguna cosa? —preguntó una voz detrás de Madison. Ella dio un brinco.

—¡Me has asustado! —exclamó mientras se volvía y veía de quién se trataba.

En general, Madison no se sentía atraída por los hombres, más bien intentaba ocurrido a primera hora de la mañana, cuando vio a Thomas, su corazón se puso a latir con fuerza. Para disimular dirigió la mirada hacia la caña de pescar.

—Unos cuantos —respondió—. ¿y tú? —Estás en mi parcela —dijo Thomas.

—Vaya, lo siento. No vi. ninguna señal—repuso Madison, aunque se dio cuenta de que había dicho una estupidez.

Él la miraba con tanta atención que ella empezó a ponerse nerviosa. A continuación, Madison inspiró profundamente y lo miró. La distancia entre ellos era de unos cinco metros y el sonido del río y los pájaros era muy potente. —Mira, siento lo de esta mañana. No pretendía espiaros, sólo quería salir sin que nadie me viera, de modo que cuando la cocinera entró me deslicé detrás de...

—Adelia. Su nombre es Adelia.

—Ah, lo siento. Cuando Adelia entró, me escondí. Entonces entras— te tú y...

—Te quedaste para oír cuanto pudieras.

Madison parpadeó unas cuantas veces. Él hacía que pareciera que se había escondido a propósito para escuchar a escondidas.

—En realidad no quería escuchar nada —dijo Madison—. Simple— mente, ocurrió. Una circunstancia llevó a la otra. —Thomas la miraba con fijeza y los surcos de su entrecejo eran profundos. Madison quería aligerar la atmósfera—. En cualquier caso, lo único que *oí* fue que todos creen que mido dos metros, así que ahora sé a qué atenerme —prosiguió Madison con una sonrisa.

Sin embargo, Thomas no sonrió.



Librodot

—Noventa, un metro noventa y también has oído que tu marido va detrás de mi prima Terri.

Durante unos instantes, Madison permaneció inmóvil mientras su boca se abría y se cerraba, como si fuera un pez.

—Comprendo —dijo por fin—. ¿ y qué crees que voy a hacer con esta información?

—Utilizarla para obtener el divorcio. O quizá sugerirle a Terri que te ofrezca alguna cosa para evitar que su nombre aparezca en los periódicos.

Madison necesitó varios minutos para comprender lo que él le decía. —¿Chantaje?

—Si es así como quieres llamarlo.

Aquella idea estaba tan lejos de cualquier cosa que hubiera pasado por su cabeza que Madison se echó a reír.

Permaneció de pie y se rió de Thomas. A continuación, se volvió y empezó a recoger el sedal.

—¿Sabes una cosa? Solía compadecerme de mí misma porque mi madre y yo no éramos ricas. Envidiaba la lujosa ropa que usaban las otras chicas y también la hermosa casa de Roger. Pero entonces crecí y viví en la casa de Roger. Tiene muchos adornos carísimos, pero en ella no hay amor. Ni siquiera un poco.

Madison cogió la caña de pescar con una mano y con la otra sacó del agua un trozo de cordel del que colgaban varios peces de buen tamaño. Aquello era más de lo que Thomas había pescado durante tres días seguidos, y ella lo había hecho en sólo un par de horas. Madison continuó:

—Entonces, me invitan a pasar unas vacaciones con un grupo de personas ricas y, ¿de qué me acusan? De chantaje, de eso me acusan. —Miró los peces y, después, a Thomas—. ¿Sabe una cosa, señor Randall? Puede guardarse su dinero y su zona de pesca de mala muerte.

Luego, le lanzó todo el pescado a la cara y se volvió por donde había llegado. ¡Thomas! —exclamó su madre con una voz dulce pero acerada—. Esta vez has ido demasiado lejos. Sea lo que sea lo que le has dicho, has conseguido que Madison le pida a tu padre que la acompañe de inmediato al aeropuerto para regresar a Montana.

—Es posible que me haya equivocado —dijo Thomas con tranquilidad—. Sin embargo, podía haber acertado en mi suposición.

El señor Randall estaba de pie, junto a ellos, y los tres estaban solos en una salita.

—La sospecha no trae más que vergüenza —dijo Frank en voz baja. Brooke Wentworth Randall se tranquilizó. Era la única persona del mundo que podía convencer a Thomas. ¡Era tan obstinado! —¿Sabes quién me telefoneó anoche?

Thomas la miró de una forma que dejaba claro que no iba a jugar alas adivinanzas.

—Mi hermana me telefoneó para preguntarme qué tal me iba con su querida amiga Madison.

Al oír estas palabras, los ojos de Thomas se abrieron de par en par. —Sí, mi hermana —continuó Brooke—. La doctora Dorothy Oliver. Te acuerdas



Librodot

de ella, ¿no?

Thomas permaneció inmóvil sin hacer caso del sarcasmo de su madre. Frank se colocó entre su hijo y su esposa. Era el conciliador de la familia. —Para nosotros, era normal que Scotty invitara a su viejo amigo de la universidad a pasar unos días en la cabaña, pero, por lo visto, desconocíamos muchas cosas. Hace poco más de dos años, cuando Roger tuvo el accidente, telefoneó a Scotty, pues sabía que una tía suya trabajaba en el campo de la rehabilitación física. Roger le dijo a Scotty que necesitaba lo mejor.

—y tú sabes que mi hermana lo es —comentó Brooke con orgullo.

—Sí, pero... —Frank titubeó y miró a su esposa—. Los padres de Roger son...

—Unos tacaños —continuó Brooke—. Siento decirlo, pero es así. Lo que hicieron es... En fin, es espantoso. Cuéntaselo tú, Frank, porque yo me enfadaré.

—Por lo visto, los padres de Roger consultaron a tu tía Dot acerca de las graves lesiones de su hijo. Incluso le pagaron el billete de avión para que se desplazara a Montana. Sin embargo, después de que ella les dijo lo que se necesitaba para rehabilitar a Roger y que, aun así, quizá nunca caminara de nuevo, y después de que les dijo...

—Lo mucho que les iba a costar —añadió Brooke—, le respondieron que gracias, pero que no pensaban hacerlo. Dot me contó que tardaron seis meses en pagarle sus honorarios.

Thomas sabía que sus padres querían llegar a algún lugar con aquella historia, pero no sabía adónde.

En momentos como aquél, cuando Brooke estaba tan enfadada, podía verse de quién había heredado Thomas su entrecejo.

—Dot cree que los padres de Roger animaron a su hijo para que telefoneara a su antigua novia, Madison, a quien él había dejado de mala manera, por cierto, y le pidiera que regresara a Montana para que lo cuidara sin que les costara ningún dinero. Ella tenía experiencia previa como enfermera, de modo que sabían que podía hacer el trabajo.

Durante unos instantes, sus padres permanecieron en silencio y Thomas supo que tenía que haber deducido algo y que no lo había hecho. —¿ y entonces...? —preguntó Thomas.

—Entonces ella lo hizo —continuó Brooke—. Esa pobre chica regresó al lado de Roger, se casó con él y se ha pasado los dos últimos años ocupándose de su rehabilitación.

Thomas todavía no era médico, pero, en su momento, se interesó por el tipo de lesiones que el amigo de su hermano sufría y se informó sobre ellas. Por lo tanto, podía imaginarse el inmenso trabajo que Madison debía de haber hecho para conseguir que Roger caminara con muletas en sólo dos años y medio.

Thomas emitió un leve silbido. Estaba impresionado.

—Exactamente —corroboró Frank—. Y, durante la rehabilitación, por lo visto, Madison y tu tía se hicieron amigas. En tres ocasiones, Dot y su familia volaron a Montana para pasar allí las vacaciones y Dot pasó tanto

tiempo como pudo con Madison.

¡Frank entrecerró los ojos mientras miraba a su hijo en señal de advertencia!

—Tu tía pensó que no era ético hablarnos de sus pacientes, de modo , que nunca supimos nada de esto. Sin embargo, Dot se dio cuenta de que, su amiga necesitaba, y se merecía, unas vacaciones. Así que sugirió a Scotty que invitara a su viejo amigo Roger a la cabaña. Tu tía nunca imaginó que Roger no le hubiera contado a Scotty que estaba casado. y su objetivo era que Madison disfrutara de un poco de tiempo libre..., de un descanso. Comprendo —manifestó Thomas con suavidad—. Pero yo he cambiado la situación.

—¿Y qué crees que se puede hacer para rectificarla? —preguntó Brooke a su hijo mientras sus ojos se entrecerraban y formaban una estrecha ranura parecida a las de su hijo.

—Me disculparé ante ella, desde luego —dijo Thomas—. En cualquier caso, ha sido un malentendido. Ella estaba... —Al pensar en aquello, la explicación de Madison cuando le dijo que se había escondido en la cocina para no ser vista y salir a pescar, tenía sentido. Lo cierto era que Thomas se había deslizado muchas veces por la ventana de su dormitorio para evitar a los invitados de sus padres y poder ir a pescar temprano—. Será una disculpa sincera.

—¿Y cuál crees que será su reacción? —preguntó Brooke. Thomas se mostró sorprendido.

—No tengo ni idea. No la conozco. Supongo que deshará el equipaje y... se dedicará a las cosas a las que las mujeres suelen dedicarse.

Brooke negó con la cabeza mirando a su hijo. ¿Cómo podía haber vivido tantos años y saber tan poco sobre las mujeres?

Veamos. Cuando Madison vino, creía que nosotros la habíamos invitado, sin embargo, descubrió que su marido no le había dicho a nadie :; que ella venía. De hecho, Roger no le había contado a nadie que estaba cansado. Tu hermana, tu prima y su amiguita Robbie no han hecho otra cosa que mirarla por encima del hombro desde que llegó porque, como incluso tú te habrás dado cuenta, Madison es tan bella que podría hacer sentir celos a una diosa. Entonces, ella... —A Venus.

Cuando su madre entrecerró los ojos como muestra de desaprobación por haberla interrumpido, Thomas recalcó:

—La Venus de Botticelli. —Bien, me alegro de que te hayas dado cuenta —dijo Brooke con sarcasmo—. Además del modo abominable en que mis otros invitados la han tratado, incluido su mujeriego marido, descubro que mi hijo mayor ha hecho algo tan intolerable que, ahora, Madison quiere marcharse. Si no es mucho pedir, ¿Puedes contarme lo que le dijiste?

Thomas miró al suelo. Sus zapatos necesitaban un buen cepillado, A continuación, volvió a mirar a su madre. Cuando era pequeño, ella era la única persona que podía atemorizarlo y en aquel preciso momento, Thomas se sentía como un niño de cuatro años que hubiera hecho algo indebido.

—Chantaje —dijo con suavidad. —¿Perdona? —preguntó Brooke con incredulidad en la voz. «Debería haber estudiado Derecho», pensó Thomas. Si lo hubiera hecho, quizás habría podido desarrollar una defensa inteligente



Librodot

para sí mismo, pero en la carrera de Medicina no te preparaban para defenderte. Thomas encogió los hombros en señal de resignación.

—Fue una confusión lógica —aseguró—. Creí que ella era... Brooke levantó la mano para interrumpirlo.

—No puedo soportar oír lo que me estás contando. Una mujer tan maravillosa como ella y tú..., tú... —Brooke retrocedió unos pasos y se dejó caer en un sillón mullido. Cuando levantó la vista hacia su hijo, parecía estar apunto de llorar—. Hace veinticuatro horas, habría jurado que, si había enseñado alguna cosa a mis hijos, eran buenos modales. Sé que habéis crecido en una época distinta de la nuestra, pero al menos nosotros

—Entonábamos el himno nacional y bailábamos el *swing—concluyó* Frank en voz alta mientras miraba a su esposa—. Creo que deberíamos terminar con este melodrama —dijo. Después, miró a su hijo—. Mira, la cuestión es que, una vez más, has metido la pata y, ahora, esa bella joven quiere marcharse. Si lo hace, en primer lugar, este verano será tremendamente aburrido, pero, lo que es más importante, tu madre tendrá problemas con su hermana. Thomas, tú eres joven y no eres consciente de lo que hay que hacer para mantener la paz en una familia. Si esta muchacha se marcha encolerizada y tu tía Dot se entera, se iniciará una de esas espantosas contiendas familiares que tardan años en olvidarse. Durante años, en el día de Acción de Gracias y en Navidad no se hablará de otra cosa que no sea «lo que Thomas hizo». Y, por propia experiencia, te diré que las reuniones familiares serán muy desagradables.

Thomas frunció todavía más el entrecejo.

—Os he dicho que me disculparé. No sé qué más puedo hacer. Si me disculpo y ella todavía quiere irse no será culpa mía, ¿no es cierto?

Brooke, que permanecía sentada, abrió1a boca para hablar, pero su esposo se le adelantó.

—Mira, hijo, por un lado existe la lógica y, por otro, las mujeres y no tienen nada que ver la una con las otras.

—¡La verdad, Frank! —protestó Brooke—. ¡Qué cosa tan horrible enseñas a tu hijo!

—¡Alguien tiene que enseñarle algo! —soltó Frank—. Vamos, Thomas, tú eres una persona inteligente. ¿Qué puedes hacer para que ella quiera quedarse?

Durante un instante, Thomas se quedó perplejo. Su madre pensó que era agradable verlo sin su perpetuo entrecejo fruncido, pero, por otro lado, ella deseaba que no hubiera sido tan estúpido. Por desgracia, Frank tenía razón y su hermana menor se pondría furiosa cuando supiera que su protegida se había marchado después de haber pasado menos de un día con ellos. ,

—¿Comprarle una caña de pescar nueva? —preguntó Thomas.

Al principio, Brooke y su esposo no contestaron, pero, después de unos segundos, se miraron y se echaron a reír.

Brooke fue la primera en recuperarse mientras su esposo se volvía hacia la ventana y negaba con la cabeza en señal de incredulidad y desesperación.



Librodot

—Thomas, querido —dijo Brooke. y su anterior enfado había desaparecido—. ¿Cómo puedo explicártelo? Tú has montado el lío y, ahora, tú tienes que resolverlo. Cuando Madison se marche, quiero decirle a mi hermana que se lo ha pasado muy bien. De hecho, quiero que Madison diga que ha sido la mejor época de su vida.

A Thomas no le gustaba que se burlaran de él. No tenía intención de explicar a sus padres que había visto a Madison pescar y que era probable que deseara un aparejo completo de pesca. En lugar de darles esa explicación, metió las manos en los bolsillos y los surcos de su entrecejo se acentuaron.

—Comprendo. Queréis que me vaya. Frank se volvió hacia él.

—Justo lo contrario. Después de lo que vimos ayer, estoy seguro de que Madison querría marcharse dentro de uno o dos días, aunque tú no hubieras aparecido y la hubieras ofendido. Su esposo parece decidido a hacer caso omiso de ella y ya conoces a tu hermano, querrá irse todas las noches de juerga. Si Madison sale con ellos...

Frank miró a su esposa. —Comprendo —dijo Thomas—. Queréis que se lo pase bien, pero no queréis que salga con el grupo de locos con los que se ve mi hermano cuando está por aquí. No queréis que una persona tan bella como Madi— son se vea expuesta a borracheras sin límite ya... —Miró a su madre con dureza—. A lo que Scotty y su pandilla hacen. No conozco mucho a Madison, pero dudo que una muchacha que ha crecido en los campos de Montana esté preparada para codearse con los elementos con los que sale mi hermano.

Ni Frank ni su mujer querían admitir en voz alta la verdad acerca de su hijo menor, pero tampoco podían negarlo.

—Así es —dijo, por fin, Frank. : —Entonces —continuó Thomas con frialdad, como si todavía estuviera ofendido porque se habían reído de él , queréis que me ocupe de que Madison se lo pase bien y que la mantenga alejada de la pandilla de Scotty. Y, ya que estoy en ello, que también la mantenga alejada de esas chicas, tontitas y celosas, que convertirían su estancia aquí en un infierno con sus murmuraciones y comentarios maliciosos. y ¿qué más? ¡Ah!, como su esposo y ella parecen despreciarse, supongo que también debo mantenerla alejada de él. ¿He captado la idea? Brooke esbozó una débil sonrisa.

—Creo que la has captado a la perfección.

—Lo que me pregunto —dijo Thomas—, es qué habríais hecho si no la hubiera ofendido.

—Te lo habríamos suplicado —dijo Frank con un tono jocoso en la voz— . Tú eres el único que puede hacerlo. Ella es joven. No querrá pasar sus vacaciones con dos viejos como nosotros y los amigos de Scotty se la comerían viva. Íbamos a hablar contigo sobre esta cuestión esta misma mañana, pero entonces tú... —Me adelanté.

Thomas se volvió de espaldas. Quería mucho a su tía Dot. Ella lo había animado a estudiar Medicina. Frank decía que la mente de Thomas provenía, directamente, de la familia de su madre. De hecho, Dot, la hermana pequeña de Brooke, estaba licenciada en Medicina y tenía dos doctorados. Era una figura en el mundo de la fisioterapia y había redactado



Librodot

el libro de texto que se utilizaba en las facultades de Medicina de todo el país.

Thomas se preguntó qué le diría a su tía Dot, que había hecho tanto por él, cuando se enterara de que la joven a la que había, en cierto modo, tomado bajo su protección, se había marchado sólo unas horas después de su llegada. «Creí que estaba compinchada con su marido en una cuestión de chantaje y se lo hice saber a los dos minutos de conocerla.» No, Thomas no creía que aquello lo sacara del atolladero.

Miró, de nuevo, a sus padres. —De acuerdo. Lo arreglaré. Dejad lo en mis manos —les comunicó y, a continuación, salió de la habitación.

Ya se había sentido durante bastante tiempo como un niño de cuatro años.



Librodot

CAPÍTULO 8

¿ Que te han qué? —preguntó Madison mientras miraba, perpleja, a Thomas Randall.

Él había llamado a la puerta de su dormitorio y ella le indicó que pasara, pues creía que se trataba de Frank que iba a ayudarla con la maleta. En su lugar, un Thomas solemne y con el entrecejo arrugado entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Madison pasó a su lado y dejó la puerta abierta.

A continuación, con la mano todavía sujeta al pomo de la puerta, Madison lo miró con dureza.

—¿Que te han qué? —volvió a preguntar, aunque esta vez en voz más baja.

—Me han ordenado que sea tu esclavo durante todo el tiempo que estés aquí —respondió Thomas sin el menor atisbo de humor en su voz. Madison no lo conocía, pero algo en la manera en que Thomas desvió la mirada a un lado la hizo sospechar.

—¿y por qué no te creo? —preguntó Madison.

Entonces Thomas suspiró y se desplazó hacia el interior de la habitación.

—Mira, si te prometo no molestarte, ¿cerrarías la puerta? Esta situación podría resultar embarazosa. —¿Para ti o para mí?

—Para mí —respondió Thomas. —Está bien —concedió Madison. Después, cerró la puerta, pero no se alejó de ella—. Cuéntame lo que tienes que contarme con rapidez. Tu padre me está esperando.

—Te espera y no te espera —dijo Thomas. Madison tenía la impresión de que el hombre que veía en aquellos momentos no lo habían visto muchas personas. Ella tenía la sensación de que el Thomas verdadero estaba seguro de sí mismo, si no todo el tiempo, sí la mayor parte. Sin embargo, en aquel momento Thomas se comportaba como si hubiera preferido enfrentarse a un pelotón de fusilamiento a estar a solas con Madison en aquella habitación. «Justo lo que mi amor propio necesitaba», pensó Madison.

—En primer lugar, te debo una disculpa —dijo Thomas. Sin embargo, Madison no respondió y permaneció donde estaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Entonces Thomas levantó los brazos y se sentó en una silla que había junto a la ventana—. De acuerdo, ¿quieres la verdad?

—No estaría mal, para variar. Thomas esbozó la más leve de las sonrisas. —¿Conoces a la doctora Dorothy Oliver? —Sí —respondió Madison con cautela—. Pero ¿qué tiene ella que ver con mi chantaje a tu prima en un proceso de divorcio?

—¡Mmmm! —murmuró Thomas como si Madison lo hubiera abofeteado—. Es mi tía, la hermana de mi madre y, por lo visto, tú y tu marido habéis sido invitados para que tú te lo pases bien.

Cuando Madison oyó aquella noticia sorprendente, la hostilidad que sentía la abandonó. Entonces se sentó en el borde de la cama.

—¿yo? La cabeza le daba vueltas. Desde que había llegado, se había sentido una intrusa, como si no perteneciera a aquel lugar. Sin embargo,

durante todo aquel tiempo, la invitada había sido ella, y no Roger.

—¿Por qué no empiezas desde el principio? —propuso Madison. Y, a continuación, escuchó su relato. Cuando Thomas terminó ella dijo—: ¿Así que, si me marcho, te encontrarás en un aprieto?

—Bueno, no será como si fueran a hacerme una inspección de Hacienda o como si suspendiera todas las asignaturas o...

—¿Cuándo volverás a ver a tu tía? —preguntó Madison con una sonrisa.

Thomas hizo una mueca. —Probablemente el día de Acción de Gracias —respondió mientras la observaba—. y si te marchas ahora, yo seré el pavo que servirán para cenar.

Madison se echó a reír.

—Comprendo ¿ y qué te ha dicho tu familia que hagas?

—Quieren que, cuando te vayas, puedas decirle con toda sinceridad a mi tía que has pasado la mejor época de tu vida.

Durante unos instantes, Madison no pudo hacer otra cosa que parpadear y mirarlo. Luego se puso de pie y recorrió la habitación de un lado a otro unas cuantas veces mientras reflexionaba sobre lo que Thomas le había dicho. Después se detuvo y lo miró.

—¿Y eso qué significa con exactitud?

—Mi madre no ha concretado mucho, pero creo que significa que tengo que darte todo lo que quieras.

—¿Tengo carta blanca en Bergedorf?

—Si esto es lo que deseas —respondió Thomas fríamente.

—¿O significa que vas a hacer lo posible para que me lo pase bien? ¿Como salir a cenar conmigo y ese tipo de cosas?

—Lo que tú desees. Podemos volar a Nueva York e ir de compras. Podemos ir a algunos clubes selectos y después regresar. Y te llevaría a lugares donde pudieras lucir lo que hubieras comprado en la ciudad.

Madison se dio la vuelta y simuló que estaba considerando lo que Thomas acababa de ofrecerle. Estaba convencida de que eso era lo que esperaba de ella 0, como él diría, lo que esperaba de «alguien como ella».

—Está bien —dijo Madison mientras se volvía en dirección a Thomas—. Te diré lo que quiero.

Él enarcó una ceja. ¿ Y qué es lo que quieres?

—Nada —respondió Madison No quiero nada. Sólo algo de tiempo libre, sin responsabilidades. Quiero estar echada en la hamaca durante todo el día. Quiero leer novelas baratas. Quiero montar rompecabezas. Quiero comer demasiado y, después, echarme al sol sin hacer nada. La cosa más excitante que deseo hacer es levantar un vaso de limonada.

Madison dedujo, de la expresión del rostro de Thomas, que lo había sorprendido. Resultaba obvio que no era lo que él esperaba que Madison respondiera. En cierto sentido, era como si un genio le ofreciera a alguien tres deseos y éste los rechazara.

—¿Estás segura? —preguntó Thomas con suavidad—. Mi hermano asistirá a fiestas y estoy convencido de que Roger irá con él. Necesitarás ropa



Librodot

adecuada, de modo que yo puedo...

—No, no necesito ropa para fiestas porque no asistiré a ninguna. Mira, sé que todos os habéis dado cuenta de que no queda mucho entre Roger y yo. No creo que nadie pueda sentirse enamorado después de pasar por lo que nosotros hemos pasado. De modo que no está de más que sepas que Roger y yo hemos acordado tomarnos unas vacaciones el uno del otro. Él puede asistir a todas las fiestas que quiera, pero a mí nunca me han gustado las multitudes y siguen sin gustarme.

Por la expresión de Thomas, Madison dedujo que no la creía. —Desde el primer momento en que me viste, no pensaste nada bueno de mí. ¿Qué es lo que he hecho para que tengas tan mala opinión de mí? —preguntó Madison con exasperación.

Thomas respondió con voz sosegada. —En general, las chicas que tienen tu aspecto sólo piensan en diamantes y en lugares donde lucirlos.

Aquella explicación hizo reír a Madison. —Esto quizá sea cierto en tu mundo, pero no en el mío. Lo creas o no, señor Randall, en mi interior hay una persona.

Por la forma en que él la miraba, Madison creyó que había olvidado vestirse.

—Creo que es posible —dijo Thomas. A continuación, se levantó con lentitud y se dirigió a la puerta—. Me aseguraré de que tengas todo lo que deseas —anunció mientras salía de la habitación.

En cuanto Thomas estuvo fuera, Madison se derrumbó. Había algo en él que, cuando estaba cerca, la hacía sentirse cargada de electricidad. Si ella se enfadaba, se sentía muy enfadada, y si él la hacía reír, se desternillaba de risa. y cuando le dirigía un cumplido, sentía que era el mejor cumplido que le habían dedicado en toda su vida.

Las botas de Roger sobresalían por debajo de la cama y Madison las apartó de un puntapié. « ¡Cálmate, chica! —se dijo—. Eres una mujer casada y... y...» No se le ocurría ninguna otra razón, salvo que un hombre como Thomas Randall, de una familia como la suya, no era para ella. Madison tardó dos días enteros en sentirse aburrida como una ostra. Durante los dos últimos años, sólo había leído libros de medicina y había deseado, con desesperación, leer algo ligero y alegre, algo que no examinara, en detalle, las cosas horribles que pueden pasarle al cuerpo humano. Sin embargo, tan pronto como cogió lo que se podría definir como una novela rosa, se sintió aburrida. ¿Cómo podía creer en el romance? ¿Cómo podía creer que una relación se terminara con el: «Y fueron felices para siempre.»? Después de la boda no había más que trabajo. Después de la boda, las parejas ni siquiera volvían a comunicarse de verdad.

Le había prometido a Roger que lo dejaría en libertad y que no interferiría en su vida durante aquellas vacaciones. En su momento, le pareció una idea estupenda, pero mientras yacía en una hamaca a varios metros de distancia de la enorme piscina climatizada, casi deseó unirse a los demás, que reían y chapoteaban ruidosamente. En el agua, Roger no tenía el impedimento de las muletas, de modo que jugaba y brincaba como un niño. y todo ello con las chicas, claro.

A última hora del día anterior, Madison intentó unirse a ellos. Estaba



Librodot

sola en el dormitorio intentando leer una novela romántica. Pero, oía los gritos procedentes del exterior, de modo que se puso el traje de baño blanco, uno sencillo, de una sola pieza, y, encima, una camiseta de Roger, y se dirigió a la piscina. Pero cuando apareció, todas las risas se interrumpieron. Madison vestida con vaqueros era algo digno de admirar, pero, con un traje de baño blanco, constituía toda una sensación.

Diez minutos después de su llegada, Roger salió del agua. —¿Por qué has tenido que estropearlo? —le preguntó.

Entonces ella se dio la vuelta y regresó al dormitorio. Sin embargo, no vio a Thomas, que permanecía sentado y apartado del grupo con un libro de texto sobre las piernas.

A la mañana siguiente, temprano, Madison descendió, poco a poco, de la cama. Su intención no era evitar despertar a Roger, que roncaba de una forma ruidosa y, una vez más, había permanecido fuera toda la noche, en realidad, sólo quería escabullirse fuera de la casa sin que nadie la viera. Se puso los vaqueros, una camiseta, una chaqueta de pana y unas botas, ya muy gastadas, de excursionismo. Aunque todo su cuidado resultó casi inútil cuando abrió la puerta y una bolsa larga y verde de lona que algún idiota había dejado junto a la puerta, estuvo apunto de golpearle la cabeza.

Sin embargo, Madison la cogió antes de que cayera al suelo y despertara a todo el mundo. Tan pronto como la tocó, supo que se trataba de una caña de pescar nueva. Incluso a través de la lona, percibió que se trataba de una de esas cañas sumamente ligeras que podían recoger el anzuelo sin tener que chasquear el sedal. Se trataba del tipo de caña que Madison contemplaba con envidia en las tiendas de deportes.

Además, sabía con exactitud quién la había dejado allí. Atado al asa con una cinta rosa, había un sobre. Madison lo abrió. «Esto es un regalo de disculpa. Por favor, acéptalo. Reúnete conmigo en la parcela, tengo que hacerte una proposición.»

No había ninguna firma, pero tampoco hacía falta. En cuestión de segundos, Madison pasó de temer un día en el que no tenía nada que hacer a sentir la excitación en sus venas. Prácticamente atravesó la casa corriendo hasta el armario en el que Brooke guardaba el resto de aparejos que necesitaba. Cuando abrió la puerta del armario, se quedó boquiabierta. En el interior, había un par de botas de pescar nuevas, y, sin necesidad de comprobarlo, supo que eran de su número. Las que había usado antes eran tan grandes que tenía dificultades para caminar con ellas. Además, había un chaleco nuevo, de los que tienen múltiples bolsillos para guardar cebos y anzuelos. Y, en el suelo, había uno de esos cestos de pesca que son preciosos pero que resultan veinte veces más caros que un cubo de plástico. Igual que la bolsa de lona, tenía una cinta rosa atada alrededor de la correa de cuero.

—No debería hacerlo —murmuró Madison mientras se probaba el chaleco y cogía el cesto—. No debería aceptar regalos de personas desconocidas. No debería... Al infierno con los debería —dijo.

Cogió las altas botas y se deslizó al exterior por una puerta lateral evitando la cocina, pues sabía que en ella habría un gran trajín.

Después de unos minutos, ya estaba cerca de la «parcela», como la

llamaba Thomas, y, mientras se acercaba, titubeó. ¿Qué había querido decir Thomas con «una proposición»?

Mientras se abría paso entre los arbustos, vio que Thomas no estaba allí y, de repente, el corazón se le cayó a los pies.

—Buenos días —dijo Thomas detrás de ella. Dio un brinco.

—¿Siempre tienes que hacer esto? —preguntó, enfadada consigo misma porque se sentía feliz de que él estuviera allí.

—Me gusta tener el control. ¿Quieres comer algo o has entrado a hurtadillas en la cocina antes de venir?

—Muy gracioso —dijo Madison. Thomas empezó a andar y Madison lo siguió con las manos llenas de sus regalos. Cuando se detuvieron junto a la orilla del río y Thomas cogió su propia caña, Madison dijo:

—Mira, en relación con estos objetos. No puedo quedármelos. ¿Qué te parece si los utilizo mientras estoy aquí?

Él no levantó la vista de la pequeña mosca artificial que estaba enganchando en el extremo de su sedal.

—Como quieras —respondió Thomas—. La comida está allí. He traído chocolate caliente. Espero que no estés a dieta.

—Nunca lo estoy —respondió Madison con sinceridad. Dejó las botas y la caña en el suelo y se dirigió hacia la pequeña nevera. Un termo de gran tamaño estaba junto a ella. Madison se sirvió un poco de chocolate humeante y cogió un bizcocho y unas fresas. Thomas no se había movido de la orilla del río. Estaba de espaldas a Madison e hizo su primer lance al agua.

Con la comida en la mano, Madison se sentó sobre una roca, cerca de Thomas.

—¿Y en qué consiste la proposición? —preguntó Madison, que quería parecer desenfadada, aunque el tono de su voz la delató.

—No es lo que tú crees —respondió Thomas, el cual estaba tan con— centrado en la pesca que ni siquiera la miró—. Aunque, supongo que te deben de haber formulado muchas.

—Sí —respondió ella con sencillez. El sedal se quedó atascado y Thomas necesitó varios minutos para desenredarlo. A continuación, dejó la caña en el suelo y se dirigió a la nevera que estaba justo detrás de ella. Después de ofrecerle un bollo y coger otro para él, se sentó en la orilla pedregosa.

—Creo que tú y yo somos un par de inadaptados. Madison quiso protestar, pero no supo cómo, de modo que no dijo nada.

—Como mínimo, estamos aquí. Los veraneos en esta casa están regidos por mis hermanos y sus amigos. Aunque no siempre fue así. Cuando era pequeño, me encantaba pasar los veranos aquí. He recorrido toda esta área en un radio de cuarenta kilómetros a la redonda y he pescado en casi todos los ríos. Pero mis hermanos menores crecieron y…

Thomas se encogió de hombros y se apoyó en los antebrazos. Madison lo miró. Llevaba puesto un viejo gorro de lona que ocultaba sus ojos, pero ella habría jurado que, cuando miraba el agua, las arrugas de su entrecejo eran menos pronunciadas.



Librodot

—Sea como sea, ellos prefieren las fiestas a los paisajes majestuosos. De hecho, esta noche celebran una fiesta.

Al oír aquellas palabras, Madison exhaló un suspiro. Para ella, las fiestas significaban hombres bebidos que intentaban ponerle las manos encima.

—Sí, a mí me ocurre lo mismo —declaró Thomas—. No soporto las fiestas. Mira, me preguntaba si... Quiero decir que, aunque dijiste que lo único que querías hacer era permanecer echada y leer, he pensado que quizá te gustaría hacer alguna excursión conmigo.

Una parte de Madison quería gritar que sí, pero otra parte la hizo permanecer en silencio. ¿Cuántas veces los turistas que pasaban por Erskine le habían preguntado si quería ir de excursión con ellos?

—Sólo Impongo una condición —dijo Thomas—. Nada de romanticismo.

—¿Perdona? —preguntó Madison mientras despertaba de su ensueño acerca de su ciudad natal.

Thomas volvió la cabeza y la miró. —Las mujeres insisten en casarse conmigo. —¿De verdad? —preguntó Madison—. Debe de resultarte horrible, Thomas hizo una mueca y volvió a mirar el río.

—Creí que lo comprenderías. ¿Qué dijo Jane Austin? Algo como que un hombre rico necesita una esposa. En fin, yo soy rico y, tan pronto como las mujeres lo descubren empiezan a planear la boda y por lo que sé de ti, en cuanto un hombre te ve, empieza a planear...

—¿La luna de miel? —dijo Madison. —Exacto.

Madison miró, también, hacia el río. —No había pensado en nosotros desde este punto de vista, pero supongo que tienes razón, somos unos inadaptados. Entonces, ¿cuál es tu proposición? ¿O he escogido mallas palabras?

—Te propongo libertad para ambos. En toda mi vida, nunca me lo he pasado bien con una mujer. Todo está siempre planificado. No te imaginas cuántas mujeres me han dicho que les encanta pescar y, después he descubierto que han hecho averiguaciones sobre mí y se han enterado de que me gusta la pesca, de modo que... —La voz de Thomas se fue apagando y él se encogió de hombros—. Una mujer incluso tomó lecciones de pesca.

—¿De modo que la libertad significa que nosotros...? —preguntó Madison mientras lo miraba.

—Nos lo pasemos bien. Nada de ataduras. Por lo que veo, te disgustan las mismas cosas que a mí, de modo que he pensado que quizá también te gusten las mismas cosas que a mí me gustan. Sé que te gusta pescar y he pensado que podríamos caminar y pescar y, en fin, simplemente ser personas. Tú te olvidas de que soy rico y yo no prestaré atención al hecho de que eres la mujer más bonita que he visto en mi vida.

A pesar de ella misma, Madison sintió que un escalofrío recorría su espalda. En el fondo, deseaba preguntar:

«¿De verdad? ¿La más bonita o sólo una de las más bonitas?» Pero no dijo nada.

—¿Qué te parece mi propuesta? —preguntó Thomas.

Madison se aclaró la garganta para que no le temblara la voz. —

Excelente —respondió Madison—. Me parece excelente.

—A menos que prefieras quedarte en la cabaña el resto de los días y asistir a fiestas con tu esposo. y también podrías sentarte en el porche por las noches con mamá y papá y…

—No —respondió Madison con rapidez—. Prefiero pasar el tiempo con… —Se detuvo antes de decir «contigo». No quería que él creyera que era una de aquellas mujeres que pretendían cazarlo—. Con el aire libre —dijo por fin—. ¿Qué tienes pensado que hagamos en concreto?

—Caminar. A menos que seas una de esas mujeres de ciudad que temen la naturaleza salvaje.

Al oír aquellas palabras, Madison se echó a reír.

—Soy de Montana. ¿Qué podríais tener en estas montañas de Nueva York que pudiera competir con lo que hay en la región de donde vengo?

Thomas sonrió y su rostro se suavizó.

—Estupendo. Necesito un descanso de los estudios y la facultad. Podríamos descender en balsa. Nada peligroso, así no necesitaríamos un guía. Nosotros dos solos. Podríamos deslizarnos río abajo y acampar si… En fin, si no tienes miedo de estar a solas conmigo. y si tu esposo nos da permiso. «¡Después de todo lo que he hecho por Roger!», fue el primer pensamiento que cruzó la mente de Madison, pero no lo manifestó.

—Estoy convencida de que no habrá ningún inconveniente. Roger y yo tenemos una relación muy adulta.

Madison casi se atragantó al soltar aquella mentira.

—¡Estupendo! —exclamó Thomas, y se levantó para observarla y desperezarse.

Madison permaneció sentada en la roca y la miró. El sol de primera hora de la mañana estaba detrás de él, y perfilaba su cuerpo, fuerte y corpulento. Madison vio sus músculos, que se estiraban debajo de la ropa. ¡Cuánto tiempo hacía que no tocaba un cuerpo que no necesitara cuida— *dos* médicos? ¿Cuánto tiempo…?

Cuando Thomas la miró, ella acercó su taza vacía a sus labios y miró al suelo. Era mejor ocultar lo que acababa de pensar y sentir. —Toma un poco más de chocolate —dijo Thomas con voz alegre y se lo sirvió—. Creo que los dos vamos a pasar unas vacaciones fantásticas. Nada de ataduras. Nada de preocupaciones sobre una posible relación física entre nosotros. Sé que las cosas no van bien entre tu esposo y tú, pero creo que eres el tipo de mujer que respeta los lazos matrimoniales. Thomas no dijo nada más, de modo que Madison levantó la vista hacia él y se dio cuenta de que él esperaba una respuesta por su parte. —Oh, sí —dijo Madison—. Mucho respeto. Mientras bebía el chocolate, se preguntó si Roger y la pequeña Terri también respetaban los lazos matrimoniales. —Perfecto —dijo Thomas—. Absolutamente perfecto. ¿Qué te gustaría hacer primero? ¿Alguna sugerencia? —Tú sabes mejor que yo lo que se puede hacer por aquí —respondió mientras lo miraba. —Supongo que parecerá presuntuoso por mi parte, pero pensé que te gustaría mi idea, así que he hecho algunos preparativos. Dentro de dos horas, Cassie se reunirá con nosotros al otro lado de esa montaña. Aunque quizá para ti sólo sea una colina. Cassie traerá una furgoneta llena de provisiones y una balsa de caucho. Allí



Librodot

empezaremos nuestro pequeño viaje. No demasiado largo, sólo tres o cuatro días. ¿Crees que lo podrás soportar Lo único que Madison pudo hacer fue parpadear ¿ Tres o cuatro días en aquel bello entorno ya solas con un hombre al que encontraba extremadamente atractivo? ¿ Tres o cuatro días sin tener que acuciar a nadie para que hiciera sus ejercicios? «No puedo», solía quejarse Roger y entonces Madison tenía que decirle que sí que podía. y, después, cuando ya los había hecho, ella tenía que admirar su esfuerzo y elogiarlo, y elogiarlo. —¿Quién cocinará? —preguntó Madison mientras entrecerraba los ojos y miraba a Thomas. —Nos repartiremos el trabajo. Aunque Adelia ha preparado la mayor parte de los platos y los ha guardado en pequeños recipientes. Ella seca la fruta, ahúma la carne e incluso muele los cereales. Una parte de Madison sabía que tenía que negarse a hacer aquel viaje. Una gran parte de ella sabía que debería regresar a la cabaña y comentárselo a Roger. Después de todo, todavía era su marido. No se comportaba como si lo fuera y había dejado muy claro delante de todos que... —¡Sí! —exclamó Madison—. Me apetece mucho, mucho, ir.



Librodot

CAPÍTULO 9

—Y ¿qué ocurrió después? —preguntó Ellie mientras alargaba el brazo para que Leslie le volviera a llenar la copa.

Madison encendió otro cigarrillo y exhaló el humo antes de continuar. —Viví la mejor época de mi vida.

A continuación, se calló y Ellie la miró como si fuera a estrangularla. —! Quiero detalles. Estabas allí con aquel esposo perezoso y desagradecido y te adentraste en la naturaleza durante varios días con un hombre que quería tener una relación platónica contigo y... —Ellie se interrumpió cuando Madison empezó a reír—. ¿ y qué más?

—Thomas mentía. Todas las palabras que pronunció acerca de su «proposición» eran mentira.. Más tarde me contó que yo le gustaba tanto que las palmas de las manos le sudaban cuando estaba conmigo. Pero cuando vio que a todos los hombres les pasaba lo mismo, creyó que no tendría ninguna oportunidad si intentaba conquistarme.

—Comprendo dijo Ellie—. Tiene sentido. Al menos, desde el punto de vista de un escritor. De modo que quería darte tiempo para que lo apreciaras.

—Así es dijo Madison con voz apagada—. Eso es justo lo que quería. Quería que lo conociera, lejos de su familia y de cualquier influencia exterior. y también quería conocerme a mí, mi interior, no sólo mi exterior.

—Comprendo. Yo también tengo este problema —comentó Ellie—. ¿Tú también, Leslie?

Leslie no contestó, de modo que Ellie se volvió hacia ella.

—Lo creáis o no, yo también tenía este problema en una época de mi vida. No tanto por mi cara como por mi cuerpo. Pero ahora me resulta difícil recordar algo tan lejano.

; Madison miró a Ellie a través del humo.

—No empieces a comportarte como si no fueras guapa y no alteraras a los hombres.

—Es posible. Pero nunca les he inspirado altas cotas de deseo como habéis hecho vosotras. ¿Sabéis qué les gusta a los hombres hacer conmigo?

Madison enarcó las cejas.

—¿Estás segura de que quieres revelarnos esa información?

—Es posible que vuestros secretos sean privados, pero todos los míos han sido editados y publicados. En cualquier caso, a los hombres siempre les ha gustado hablar conmigo. De verdad. Concededme diez minutos con un hombre y me contará cosas que no explicaría a ningún terapeuta.

—Pues, conmigo, los hombres querían sexo acrobático —declaró Leslie con un suspiro—. No creeríais las propuestas que los chicos de la universidad me formularon.

Tanto Madison como Ellie miraron a Leslie con expectación, pero ella sólo sonrió.

—Ellie puede escribir acerca de todos sus secretos, pero yo me guardaré los míos. De modo que continúa con tu historia.

Sin embargo, Madison permaneció en silencio durante un momento, —Si los hombres lo comprendieran, podrían tener a cualquier mujer del mundo. El hombre más feo podría tener a la mujer más bella. —¿Me he perdido algo? —preguntó Ellie—. ¿Qué es eso que los hombres deberían comprender?

—Que deben dar a una mujer lo que ella quiere, no lo que ellos creen que quiere. —Madison dijo esto con una voz distante. Luego miró a las otras dos mujeres y sonrió—. Thomas se dio cuenta de que durante toda mi vida los hombres me habían cortejado por mi apariencia. De modo que, lo que yo necesitaba, era alguien con quien hablar. Yo solía imaginarme que me enamoraba de un ciego, de un hombre que no me veía y que me trataba como a cualquier otra mujer.

Ellie soltó un resoplido de desdén.

—Pues a mí me ocurría justo lo contrario. Yo obtuve becas en todos los cursos del instituto, de modo que todo el mundo pensaba que era una superdotada. Pero lo que yo quería era una relación física. Ahora me paso la vida pensando, pero si tuviera un idilio, y no es que lo vaya a tener, pero si lo tuviera, sólo desearía experimentar sentimientos, emoción. Desea— ría un idilio tormentoso.

La forma en que pronunció las últimas palabras hizo reír a las otras dos mujeres.

—Pues yo no —declaró Leslie—. Yo querría romanticismo. Champán. Té en tazas de porcelana. *Picnics* rodeada de ropa de encaje. Besos en la mano y nada de manoseo. Y, desde luego, nada de tormentas! Después de estas palabras, las tres se echaron a reír.

—Pero al menos tú encontraste lo que querías —dijo Ellie a Madi— son—. Conseguiste un hombre que hablaba contigo. Sin embargo, yo todavía espero mi tormenta.

—Pues yo os aseguro que Atan no es del tipo romántico —explicó Leslie—. Para nuestro décimo aniversario, me compró una renta vitalicia. —Sus amigas la observaron con una mirada interrogante y Leslie se encogió de hombros—. Es algo muy sensato. Lo disfrutaré mucho después de que las flores que yo quería se hayan marchitado.

—Por otro lado —afirmó Madison—, los diamantes duran más que las compañías que ofrecen rentas vitalicias.

Una vez más, las tres se echaron a reír. A continuación, Leslie miró a Madison y su expresión se volvió grave.

—Perdona que te pregunte algo tan personal, pero ¿por qué no te divorciaste de Roger y te casaste con Thomas?

Durante unos segundos, Madison retiró la mirada, pues había lágrimas en sus Ojos.

—De acuerdo —dijo Ellie mientras se estiraba de nuevo en el sofá—. Volvamos a la historia. Cuéntanosla tal como sucedió. Explícanos todos los detalles. Continúa tu relato hasta el momento cumbre. Si no te casaste con él, estoy convencida de que tenías una buena razón para no hacerlo.

—Así es —dijo Madison con voz suave—. Tenía una buena razón. ÉL.

¡No! —exclamó Ellie—. Ahora estás en mi terreno. Tienes que contarnos

la historia en el orden correcto. No se cuenta la gracia antes de haber explicado el chiste. Volvamos al maravilloso paisaje de la zona norte de

Nueva York y cuéntanos... —Ellie se sentó de repente—. Cuéntanos por qué aquella mujer se llamaba Cassie. Las lágrimas desaparecieron y Madison volvió a sonreír.

—¿Hay más vino? y ¿creéis que habrá una pizzería en este pueblo ,?¿De las que sirven a domicilio?

—Hay pizzerías que sirven a domicilio incluso en Egipto —repuso Ellie. Las otras dos mujeres le lanzaron una mirada inquisitiva y Ellie sonrió—. Podéis leer todo sobre esta cuestión en mi tercera novela, pero ahora busquemos un listín de teléfonos y pidamos las pizzas. ¿Podemos pedir algún relleno que no sea salchichón? y tú... —dijo en dirección a Madison, siéntate y habla. Cuéntanos, ¿ Thomas tenía buenas piernas?

—Maravillosas —respondió Madison mientras se apoyaba en la pata del sofá—. Todo su cuerpo era maravilloso.

CAPÍTULO 10

¿Cuántos años tienes? —preguntó Thomas con una expresión ceñuda mientras sostenía la pierna de Madison y observaba las ampollas ensangrentadas de su pie—. No debes de tener más de seis si no has comentado nada sobre tus ampollas antes.

Aunque sus palabras eran duras, Madison sólo percibió interés y preocupación por su parte. Habían tardado tres horas en subir la colina, que Thomas llamaba montaña, y alcanzar la cima donde los esperaba Cassie.

Durante la caminata, Thomas animó a Madison a hablar. Le dijo que su madre le había contado que ella había rehabilitado a Roger, y quería saber, con detalle, lo que había hecho.

Al principio, Madison se mostró reacia a hablar sobre aquella cuestión. Sobre todo porque no tenía experiencia de hablar con hombres. Lo había intentado anteriormente, pero cuando la miraban se «distraían». Además, desde que se casó intentó que Roger se interesara por lo que ella leía, pero él le respondió que era suficiente tener que hacer lo que ella leía para, en— cima, hablar sobre ello. Sin embargo, Thomas, que caminaba delante de ella por el sendero, insistió.

—Pronto tendré que elegir una especialidad y quizá me decida por la kinesiología.

Madison sabía que la estaba poniendo aprueba al utilizar aquel sinónimo de fisioterapia y rehabilitación.

¿Tienes el carácter adecuado? —se burló Madison, pero Thomas la miró con su ceño habitual. —¿Qué quieres decir? —Si tuviera que expresarlo en una palabra, utilizaría «ánimo», La rehabilitación consiste en dar ánimos de una forma continua. El paciente no es sólo un muñeco al que puedes manipular. También tienes que trabajar con su personalidad y conseguir que quiera hacer todo el esfuerzo necesario. Resulta más sencillo permanecer echado en la cama mientras se mira un partido de fútbol que intentar elevar la pierna diez centímetros y repetirlo veinte veces.

—Comprendo —dijo Thomas mientras volvía la mirada al camino—. Entonces ¿qué hiciste para animar a tu paciente?

«No ha dicho Roger, sino paciente», pensó Madison. y aquel detalle le gustó. La hizo sentirse como si de verdad trabajara en la profesión médica en lugar de ser la esposa de Roger y dudar, la mitad del tiempo, sobre lo que tenía que hacer.

Madison no dijo nada, de modo que Thomas insistió. —Empieza por el principio.

Ella se mostró contrariada. —El principio siempre es difícil. En el caso de Roger fue especialmente difícil porque el neurocirujano le dijo que su espina dorsal estaba dañada gravemente y que no volvería a andar. Cuando volví a Montana, Roger estaba al borde del suicidio.

—Pero le infundiste esperanza —indicó Thomas con suavidad—. Y, todavía más importante, conseguiste que volviera a andar. De modo que cuéntame cómo la lograste.

La forma en que dijo todo aquello hizo que Madison se sintiera de maravilla, pero no quería que creyera que era una ególatra, de modo que



Librodot

eludió el protagonismo.

—Recibí mucha ayuda de tu tía. Ella explicó a los padres de Roger que las radiografías parecían mostrar una lesión completa, pero que la zona es— taba muy inflamada y no se podía ofrecer un diagnóstico seguro. Yo la telefoneé. Estaba muy nerviosa porque no sabía si los padres de Roger pagarían los honorarios si ella los solicitaba, pero quería aprender todo lo que pudiera. Ella se mostró muy amable y me indicó que pusiera unas toallas debajo de sus rodillas y empujara las piernas hacia abajo. Si sus pies se levantaban y se movían, entonces había esperanza.

—Y seguiste sus consejos —comentó Thomas para animarla a continuar,

—Así es y cuando comprobamos que existía una posibilidad de que pudiera andar de nuevo, me puse a leer ya reflexionar sobre lo que debía hacer a continuación.

Thomas la escuchaba con interés, de modo que ella le explicó lo que había hecho durante los dos años y medio últimos. Al principio intentó mostrarse científica y habló sobre medicamentos, dolor y ejercicios concretos. Sin embargo, al cabo de veinte minutos, sus sentimientos se abrieron paso y empezó a mencionar los problemas que había tenido con los padres de Roger y el hecho de que no le dieran dinero para el equipo de rehabilitación.

—Era como si quisieran que el neurocirujano tuviera razón. Como si no quisieran que Roger volviera a andar. Su padre dijo: «¿Qué importancia tiene? Si no puede volver a practicar deportes, lo mismo da si se queda en una silla de ruedas.»

Mientras escuchaba, Thomas no hizo ningún comentario, sólo se volvió de vez en cuando para mirar con fijeza a Madison.

Ella le informó sobre la lesión en el nervio de la cadera derecha. — Nunca sentirá gran cosa en esa pierna —dijo. También le hab1ó de los injertos de hueso y de piel y de cómo le ayudaba a darse la vuelta cuan— do todavía tenía enyesada la cadera y también de cómo lo levantaba durante los múltiples meses en los que él no podía incorporarse con la ayuda de la barra que colgaba sobre su cama.

—¿Qué hiciste para ayudarlo a superar la depresión? —preguntó Thomas.

Cuando oyó aquellas palabras, Madison retiró la mirada porque no quería explicar a Thomas la conversación que había mantenido con la doctora Oliver. Tuvo lugar tres meses después del accidente. Roger no cooperaba en la recuperación y sólo pensaba en las cosas que ya no podía hacer. Una vez más, Madison telefoneó a la mujer que se estaba convirtiendo en su amiga y se sintió avergonzada cuando no pudo contener el llanto.

—Puedo levantar sus piernas, pero no su ánimo —exclamó entre sollozos, de modo que nada de lo que hago le ayuda a mejorar.

—Se trata de un problema habitual—respondió Dorothy—. No hace mucho tiempo, en los hospitales había secciones dedicadas a las lesiones de la columna vertebral, y en ellas se permitía a los pacientes hacer el amor y fumar marihuana.

Madison tardó unos minutos en sofocar el llanto y escuchar lo que



Librodot

Dorothy le contaba.

—¿Cómo? —preguntó. —Sexo, Madison —respondió Dorothy—. Después de sufrir lesiones como la de Roger, la primera pregunta que los pacientes se formulan es:

«¿Podré andar?» La segunda es: «¿Podré hacer el amor?», y las mujeres: «podré tener hijos?» En mi opinión, los genitales de Roger están intactos, de modo que nada os impide tener relaciones sexuales—

—¿Y tener un hijo? —preguntó Madison, perpleja por las palabras de la doctora.

Ella esperaba que le recomendara unos ejercicios nuevos o... —En realidad, dudo mucho que te quedaras embarazada. Debido ala inactividad de Roger, los medicamentos y las interrupciones en la producción de hormonas, dudo que sus niveles de testosterona sean suficientes para dejarte embarazada. Pero intenta animarlo con el sexo. Eso da a los hombres una razón para vivir.

—¡Vaya! —exclamó Madison—. No había pensado en esa posibilidad. — Madison, querida, no te olvides de vivir.

Y en aquel momento Thomas le preguntaba cómo había logrado animar a Roger.

—Conforme fue mejorando, se sintió mejor —murmuró por fin. Thomas asintió con la cabeza y aceptó aquella respuesta.

—Háblame de los medicamentos —propuso. —Fluidificadores sanguíneos —contestó ella. Una vez más se sentía en terreno seguro y se alegró de no tener que explicar una parte de la relación entre Roger y ella que había sido bastante desagradable. No resultaba divertido ser la enfermera de un hombre y, ~ mismo tiempo, su amante, pues ambos papeles se mezclaban. Roger que— ría que todas las sesiones de rehabilitación terminaran con la práctica del sexo. Además, insistía en que Madison representara el papel de enfermera en sus relaciones sexuales. «Pero si ya soy tu enfermera», decía ella con desespero. A Madison le resultaba imposible reconciliar los dos papeles y pronunciar palabras de amor en determinado momento y órdenes como, «¡Tienes que hacer esto!», al siguiente. Las enfermeras, en general, no ponen inyecciones intramusculares a su paciente y, al momento siguiente, lo besan.

Madison se saltó toda aquella parte de la rehabilitación de Roger y continuó hablando de los medicamentos.

Cuando llegaron a la furgoneta, se dio cuenta de que había estado hablando durante todo el camino y se sintió avergonzada. Lo cierto es que no había hablado tanto en los dos años y medio últimos, pues ni a Roger ni a sus padres les gustaba mucho charlar.

En la furgoneta, no había nadie. Sólo una balsa de goma naranja lista para ser hinchada y un par .de mochilas bien cargadas.

—¿Dónde está... Cassie? Porque se llama así, ¿no? —preguntó Madison mientras miraba alrededor.

Se encontraban junto aun río ancho y profundo y la furgoneta estaba aparcada en la orilla. La carretera para llegar allí era estrecha, con mucha maleza, y unos árboles altos y encorvados casi la ocultaban.

Thomas se hallaba inclinado sobre la furgoneta y comprobaba las provisiones.

—Estará por los alrededores, pero es probable que no la veas. Es tímida. Madison se acercó a él .¿Por qué la llamáis Cassie? —susurró.

Él no levantó la vista de la parte trasera de la furgoneta y respondió con tanta calma que resultaba obvio que lo había repetido muchas veces.

—Porque es Cassie tímida, Cassie útil, pasa Cassie inadvertida... Elige la opción que más te guste —Thomas levantó la vista—. Parece que está todo lo que necesitamos. ¿Podrás llevar una de las mochilas?

Madison inclinó la cabeza aun lado y sonrió.

—Si respondiera que no, ¿la llevarías tú por mí?

En realidad, estaba bromeando, pero Thomas contestó como si no fuera así.

—Sí —dijo simplemente.

Durante unos momentos se miraron a los ojos y Madison sintió que el pulso se le aceleraba. Con nerviosismo, apartó la mirada.

—Yo puedo llevarla —dijo al final. y así lo hizo. Thomas cogió la otra mochila y la balsa. Después de recorrer cerca de un kilómetro, Thomas soltó la balsa y la hinchó.

—Cuéntame más cosas —le pidió a Madison mientras la ayudaba a depositar la mochila en el suelo.

Como antes, insistía en conocer todos los detalles sobre la rehabilitación de Roger.

—No se me ocurre nada más —respondió Madison con sinceridad. A continuación, miró a su alrededor y se sintió muy ligera. A su izquierda una pared de roca se elevaba unos mil metros del suelo y, a su derecha, fluía el río, que, en aquel lugar, era mucho más profundo que donde recogieron las provisiones. Entre el agua y la roca, en la negra sombra que formaba el saliente superior de la roca, Madison experimentó calma e intimidad y, de repente, fue consciente de que se encontraba a solas con aquel hombre tan atractivo.

Lo observó mientras soltaba las correas de la balsa. Si se hubiera trata— do de Roger, ya se habría quejado de que Madison no hacía su parte del trabajo.

Sin embargo, aquel pensamiento era absurdo, porque a Roger nunca se le habría ocurrido emprender una excursión con una mujer. No, Roger era un hombre que se relacionaba con otros hombres, y con ellos hacía las cosas interesantes de la vida. Con Roger...

—¿y qué has hecho con tu belleza? —preguntó Thomas interrumpiéndole los pensamientos de Madison.

—¿Mi qué? —contestó Madison, que no esperaba aquella pregunta. Thomas no sonrió.

—Tu belleza. ¿Qué has hecho con ella?

Madison lo miró con una expresión de sorpresa.

—Nutrirla con crema hidratante —dijo sin saber cómo responder a la pregunta—. Tengo la piel seca.



Librodot

Thomas le indicó que subiera a la balsa y arrastró la embarcación dentro del agua.

—Tener una belleza como la tuya es como tener un talento, como saber tocar el piano o pintar. De modo que, ¿qué has hecho con tu talento?

Thomas se agarró a las correas de seguridad de la balsa mientras saltaba al interior y Madison lo observó sin ser capaz de responder. Nunca había pensado que su aspecto fuera como un talento.

Thomas empezó a remar. Los rayos del sol se filtraban entre las ramas de los árboles y se respiraba una gran tranquilidad. Madison nunca había navegado en una balsa, y le gustó.

Una vez que hubo enderezado la embarcación, Thomas la miró. —¿Y bien?

—El concejo municipal de mi pueblo me mandó a Nueva York pata que me convirtiera en una modelo —dijo.

—¿Y qué ocurrió? Aparte de tu relación con Roger, claro.

Madison se quedó boquiabierta , pues sus palabras demostraban una gran percepción. Desde que se casó con Roger, había vivido fuera de su pueblo natal, pero cuando se encontraba con algún conocido de Erskine le contaba que había tenido que dejar la carrera de modelo para cuidar al hombre que amaba.

—¿Qué te hace creer que no abandoné una carrera con la que podría haber logrado un gran éxito para cuidar al hombre que amo?

Thomas desplazó la balsa alrededor de unas rocas que sobresalían del agua.

—Tu entusiasmo por lo que hiciste me indica que te encanta cuidar enfermos, pero no he visto ni he oído nada que demuestre tu entusiasmo por Roger. Deduzco, de estos dos hechos, que te gusta más cuidar enfermos que hacer de modelo.

Madison no pudo hacer otra cosa que reír. A continuación, se reclinó en la balsa y dejó que su mano colgara por la borda.

—Tienes razón. Sé que muchas chicas sueñan con la vida glamorosa dejas modelos, pero yo la odiaba. y no quiero decir que no me gustara, si no que la odiaba de una forma real y verdadera. Además, me hacían sentir fea.

*Al* oír aquellas palabras, Thomas dejó de remar y la miró. Su expresión hizo que Madison se sintiera muy bien, pues su rostro le indicaba que era imposible que alguien la considerara menos que guapa.

—Hacer de modelo es como una ciencia —dijo Madison—. Bueno, algo parecido. y yo me aburrí de tanta ciencia.

Thomas la observaba de un modo que demostraba que no creía nada de lo que ella le estaba contando.

—Pero ¿cuidar enfermos no es también una ciencia?

—De acuerdo —respondió Madison con un suspiro—. Destrozaron mi amor propio. En serio. Aquellos… aquellos hombrecillos remilgados echaron mi amor propio al suelo y lo pisotearon.

Madison se interrumpió porque se estaba enfadando mucho.

Después de contemplar durante unos instantes el agua, se volvió hacia

Thomas. Él tenía una forma de mirar a las personas que las forzaba a decir la verdad.

—No puedo hacerte tragar mi historia de que soy una mártir del amor, ¿no es cierto?

—No. Roger es un memo y tú no lo amas. La verdad es que dudo que lo hicieras alguna vez. Sin embargo, cuando hablas sobre su rehabilitación, tu rostro se ilumina. Regresaste con él porque quisiste hacerlo. Aunque, al fin y al cabo, todos hacemos lo que queremos, ¿no es así? De modo que, ¿por qué no quisiste trabajar de modelo?

—Eres muy tozudo —respondió Madison. Apartó1a mirada unos instantes y, luego, volvió a mirar a Thomas—. Está bien, la verdad es que me gustaba ser la mujer más guapa de mi pueblo. Me gustaba que los turistas detuvieran el coche para hablar conmigo y simulaba que no sabia por qué se habían detenido.

Madison miró a Thomas para ver cómo se había tomado su confesión. No estaba acostumbrada a hablar de su belleza. había ensayado durante mucho tiempo una sonrisa de modestia que mostraba cuando alguien le decía que era guapa y le gustaba comportarse como si nunca nadie se lo hubiera dicho antes.

—Nueva York está llena de chicas como yo. *Allí,* no soy nada especial. —No me lo creo —dijo Thomas de una forma rotunda—. Yo vivo en Nueva York y no veo chicas como tú todos los días.

—Quizá no, pero ahí están. Se levantan temprano y se acuestan tarde. Y, entre una cosa y otra, las llevan de un lado a otro y les dicen que se pongan de pie, que se sienten y que... En fin, todo lo que les pasa por la cabeza. —Madison hizo una mueca—. Y las critican. Esto es lo que mi amor propio no pudo soportar.

Durante unos instantes, Thomas remó y no dijo nada. —¿Cómo podían criticarte?

—Tengo un ojo un poco más pequeño que el otro. ¿ Ves? —explicó Madison mientras se inclinaba hacia Thomas—. Y tengo el trasero un poco gordo.

—¡Vamos! —exclamó Thomas—. Eres perfecta.

—Pero tú no eres un fotógrafo. í —Si tú tienes defectos, entonces todas esas mujeres que aparecen en las portadas de las revistas también los deben de tener —dijo Thomas mientras la miraba con intensidad.

Madison sonrió.

—*Así* es. Los tienen, pero aprenden a disimularlos. La iluminación constituye una gran ayuda. ¿Has visto alguna vez a lean Shrimpton, la modelo de los años sesenta? Tenia unas ojeras enormes, pero con una iluminación apropiada...

Madison fue bajando la voz mientras contemplaba la orilla del río. Thomas tenia razón, abandonó la carrera de modelo porque quiso, no por Roger.

Madison se volvió hacia Thomas.

—¿Por qué no hablamos de ti? —preguntó—. ¿Por qué elegiste estudiar Medicina?



Librodot

—Cuando era pequeño, vi. ahogarse a un primo *mío.* Entonces sólo tenía nueve años, pero decidí que quería aprender a mantener a las personas con vida.

—Lo siento —dijo Madison—. Antes de cuidar a Roger vi. morir a mi madre. Su enfermedad duró cuatro largos años.

Thomas permaneció en silencio y continuó remando. El agua estaba en calma y el sol hacía que todo brillara.

—¿Es eso lo que hiciste durante los años de universidad? Madison asintió con la cabeza.

—Empiezo a creer que eres un clarividente.

—En absoluto —afirmó él con una media sonrisa—. Son años de leer novelas de misterio. Me gusta observar a las personas y adivinar su vida. Me fijo en los detalles y deduzco el resultado.

—¡Vaya! ¡Como la primera vez que me viste! ¡Cuando creíste que iba a extorsionarte! ¿O era a tu hermana a quien iba a chantajear?

Thomas inclinó la cabeza hacia un lado y Madison dedujo que se ocultaba porque se había ruborizado.

—Me confundió tu aspecto. —Antes de que ella pudiera responder, Thomas continuó—: ¿Qué más quieres saber de mí? Soy un tipo muy interesante. He estado en todas partes y he visto muchas cosas.

Madison creyó que se estaba burlando de ella.

—¿En la Facultad de Medicina? ¿No es ahí donde no se puede dormir una noche seguida durante años debido al exceso de trabajo?

—Tengo treinta y un años y he hecho otras cosas aparte de sentarme en un aula.

A Madison, que tenía veintitrés años, treinta y uno le parecieron muchos. «Muy maduro», pensó.

—Cuéntame —dijo Madison con cierto temblor en la voz—. Yo sólo he estado en Montana y en Nueva York. Pero me gustaría ir a...

—Dime un lugar —la animó Thomas mientras bordeaba un árbol que había caído en el río.

—Tíbet, Petra, Marruecos... Alguna isla tropical. Las Galápagos para ver las tortugas.

Thomas mostró una leve sonrisa.

—Dímelos por orden de preferencia y te contaré cosas sobre esos lugares. —¿Has estado en todos ellos? —preguntó Madison con una ceja enarcada en señal de incredulidad.

—Sí, en todos los que has nombrado. ¿Por cuál quieres que empiece? Madison reflexionó durante un momento.

—Australia.

—¿La zona húmeda o la seca? ¿La ciudad o el interior? ¿Donde crecen las orquídeas o donde están las minas de ópalo?

—Todo —dijo Madison sin aliento y con los ojos muy abiertos. Durante el resto del día, Madison escuchó a Thomas, quien le contó qué lugares había visitado y lo que había visto, y no se acordó de sus pies. Sin embargo, cuando el sol empezó a ponerse, Thomas llevó la balsa a la orilla y le dijo que



Librodot

era un buen lugar para acampar, y cuando Madison puso los pies en el suelo, el dolor acribilló sus piernas. Thomas percibió su mueca y la vio cojear. A continuación, le dijo que se sentara en una roca plana, colocó el pie de Madison sobre sus rodillas y le desató la bota.

—Debí darme cuenta de que tus botas estaban muy gastadas —dijo mientras los surcos de su entrecejo se acentuaban—. ¡Mira esto! —Entonces, levantó el pie de Madison y le mostró las ampollas del talón y los dedos—. ¿Sabes que podrían infectarse?

—Sólo son ampollas —contestó Madison.

—El hijo de un presidente murió de una ampolla que se hizo mientras jugaba a tenis —respondió Thomas mientras dejaba el pie de Madison en el suelo y sacaba un maletín de primeros auxilios de su mochila. Madison se echó a reír.

—¿No crees que ha habido algunos avances médicos desde entonces? Thomas no rió. Echó un poco de agua mineral en una gasa estéril y limpió la sangre de las ampollas reventadas.

—No muchos. De hecho, acabo de averiguar que, en Inglaterra, vuelven a utilizar las sanguijuelas.

—¿Con qué fin? —preguntó Madison con interés.

Después, escuchó la explicación de Thomas sobre cómo utilizaban las sanguijuelas para drenar el exceso de sangre de heridas, como las de los de— dos amputados que volvían a unir a la mano.

Cuando terminó su exposición, que Madison encontró fascinante, Thomas le preguntó:

—¿Alguna vez has pensado en hacer algo en el campo de la medicina? —¿Quieres decir algo como ser enfermera?

—No, más bien me refería a ser médica —dijo Thomas con voz calmada mientras empezaba a vendar el pie de Madison.

—¿Yo? ¿ Una médica? —preguntó Madison. y su voz reflejaba lo que opinaba sobre aquella idea. Thomas frunció el entrecejo.

—Ya has atendido a dos personas. ¿Por qué no atender a más?

—Uno de mis pacientes murió y el otro… —Madison bajó la voz—. Roger me odia por lo que le he hecho. Dice que mis habilidades como enfermera son tan sutiles como un bate de béisbol de piedra.

Thomas soltó un resoplido. —Roger siente celos de ti.

—¿De mí? —preguntó Madison con voz risueña.

—Desde luego. Se le nota de lejos. Como un pez que haya estado al sol durante una semana.

Madison sonrió.

—Consigues que me sienta bien. Quiero decir que me haces sentir inteligente.

—No me necesitas a mí para eso. Roger sabe que tú eres más inteligente que él, además de ser más guapa y mejor persona. ¿Cómo puede competir con alguien como tú?

—Alguien como yo… —dijo Madison con voz suave—. Una campesina de Montana.

Thomas no respondió ni se disculpó por haberla llamado «campesina» antes de conocerla. Entonces Madison miró el pelo abundante y negro de Thomas y pensó que se estaba tomando mucho tiempo para vendar su segundo pie. En cuanto a lo que ella sentía, le pareció que él bien podía seguir sosteniendo su pie, o cualquier otra parte de su cuerpo, para siempre.

Oscurecía por momentos y ellos estaban completamente solos, con el río a un lado y la pared rocosa al otro.

Madison miró a Thomas con intensidad. ¿Qué haría si él alargaba el brazo hacia ella? ¿Si, por ejemplo, deslizaba su mano por debajo de sus pantalones? Ningún hombre, salvo Roger, la había tocado de aquella manera y Madison nunca sintió por él 10 que sentía por aquel hombre en aquellos momentos. Todos los poros de su piel habían cobrado vida.

Thomas rompió el encanto. De una forma brusca, dejó caer el pie de Madison. Entonces se incorporó y la miró.

—Sólo tenemos una tienda de campaña. Dos sacos de dormir, pero una sola tienda. Si dormimos en la misma habitación, por decirlo de alguna manera, ¿intentarás despojarme de mi virtud?

El modo en que dijo aquellas palabras hizo reír a Madison. —Depende del color de tu ropa interior —dijo ella mientras se incorporaba.

—Es roja —dijo él de inmediato.

—Lo siento, no me atrae.

—Vaya, me he equivocado. Es negra. Madison volvió a reír. —Nada, nada.

—¿Verde? —preguntó él esperanzado. Madison sonrió.

—¿Qué me vas a dar de cena? Podría comerme un caballo.

—¡Ah!, ahora recuerdo. Mi ropa interior está confeccionada con esa tela que imita la piel de los caballos. Ya sabes, esa blanca con grandes manchas marrones. Hace que parezca un auténtico caballo, idéntico.

Madison rompió a reír.

—Vamos, tráeme algo de comer. ¿Dónde puedo...? Ya sabes.

—Te acompañaré —dijo Thomas mientras arqueaba las cejas repetidas veces.

—¿Qué ha ocurrido con lo que dijiste antes sobre «nada de romanticismo»?

—Eso fue antes de que me gustaras tanto —respondió Thomas con una sonrisa.

Madison lo miró durante unos instantes.

—Apuesto a que tuviste algún encuentro interesante con otras mujeres mientras viajabas. Lo único que tendrías que hacer es mirarlas sin fruncir el entrecejo y ellas...

Madison se interrumpió porque Thomas la miraba con una amplia sonrisa. Sus ojos ya no eran estrechas ranuras, sino redondos y grandes y sus labios se veían blandos y llenos.

En aquel momento, Madison supo, y aquella posibilidad era muy, muy remota, que si algo tenía que ocurrir entre ellos en el futuro, era absolutamente imprescindible que no sucediera nada durante aquel viaje. A



Librodot

pesar de las miradas y las insinuaciones de Thomas, su intuición le decía que no debía ceder.

—En fin, a mí también me gustas —dijo Madison como si hablara *con* un niño pequeño—, pero hay una cuestión de derecho previo.

A continuación, Madison se dirigió hacia unos arbustos. —Compartir — exclamó Thomas mientras ella se alejaba—. Las personas deberían compartir. El mundo sería un lugar mucho mejor si las personas compartieran sus juguetes.

La risa de Madison resonó en las paredes rocosas.



Librodot

CAPÍTULO 11

—Me gusta —dijo Leslie mientras terminaba la pizza. Ellie contemplaba el techo y reflexionaba.

—Supongo que todo fue mucho más fácil después de que ambos reconocierais que os gustabais el uno al otro —dijo Ellie con aire pensativo.

—Sí —afirmó Madison mientras encendía otro cigarrillo—. Lo fue, pero era como si hubiéramos acordado que no íbamos a dejarnos llevar por nuestros impulsos.

—Esto debió de resultar difícil—dijo Leslie mientras miraba a Madison por encima de su refresco—. Yo diría que en un entorno como aquél y estando los dos solos debió de resultaros casi imposible mantener las manos alejadas el uno del otro.

—En efecto —dijo Madison—. De hecho, no creo que lo hubiéramos logrado... si hubiéramos estado solos. Pasamos la primera noche juntos en la tienda de campaña y no sé lo que habría sucedido si no me hubiera dormido en cuanto cerré los ojos. Estoy convencida de que me habría pasado la noche despierta deseando abrazar a Thomas.

—Yo lo habría hecho —dijo Ellie—. Pero tú te dormiste. ¿Qué clase de heroína eres?

—En aquellos momentos, una heroína muy cansada —respondió Madison—. No podéis imaginaros lo que era cuidar de Roger las veinticuatro horas del día. —Yo tengo dos hijos—replicó Leslie—. Y mi hija... Creedme, Roger no puede haber sido más exigente que Rebecca cuando era pequeña ni tampoco más de lo que lo es ahora.

—Has dicho «si hubiéramos estado solos» —dijo Ellie—. ¿Acaso no lo estuvisteis?

—No. A la mañana siguiente, nos encontramos con unos amigos de Thomas en el río. Su familia ha vivido en aquella zona durante generaciones, de modo que era de esperar que conociera a todo el mundo. —Madi— son apagó la colilla—. Sin embargo, creo que me lo pasé mejor que si hubiera estado a solas con Thomas.

—Ya —comentó Ellie. —No, en serio. ¿Qué podíamos hacer Thomas y yo? Después de unas horas de estar a solas teníamos problemas para no caer el uno en los brazos del otro. Además, si nos hubiéramos acostado y, más tarde, surgiera un vínculo emocional entre nosotros, el adulterio pesaría sobre nuestras cabezas.

¿Montana está en Estados Unidos, ¿no? —preguntó Ellie a Leslie—. La mitad de este país se acuesta con la otra mitad. Sin embargo, tú tenías un marido al que no podías soportar, estabas a solas con un hombre que te atraía mucho y ¿te preocupaba acostarte con él?

Madison miró a Ellie a través de una nube de humo. —Bien, dime, ¿cuántas veces fuiste infiel a tu marido? ¿Aquel al que no podías soportar?

Ellie la miró de reojo. —De acuerdo, pero yo nunca... —Si vuelves a decirme que nunca has tenido el mismo aspecto que yo, te golpearé con el cenicero —amenazó Madison con voz seria.

—Está bien, tomo nota. —¿Y qué ocurrió después de que os

encontrarais con los amigos de Thomas? —preguntó Leslie reclamando de nuevo la atención de sus amigas hacia la historia.

Madison tardó unos instantes en responder mientras rememoraba aquellos años tan lejanos.

—Thomas y yo..., bueno, mentimos. Cuando sus amigos nos vieron, creyeron que Thomas y yo estábamos juntos, ya sabéis, que éramos una pareja. Yo empecé a contarles que no lo éramos, pero Thomas me interrumpió. Más tarde recapacité sobre lo que les habría parecido que Thomas estuviera asolas en plena naturaleza con la mujer de otro hombre. Habrían formulado preguntas sobre mi esposo y, si les hubiera contado que Roger se estaba recuperando de un atropello..., en fin, no les habría dado la impresión de que Thomas y yo fuéramos muy buenas personas.

—Y Roger habría parecido un santo. Conozco la situación comentó Ellie con amargura—. Mi ex marido era un genio en conseguir que los demás se pusieran de su parte. Yo trabajaba día y noche para mantenerlo mientras él comía fuera, a mis expensas, claro, y se quejaba de que lo único que quería era una esposa.

Cuando Ellie terminó de desahogarse, las otras dos mujeres la miraron en silencio.

—Lo siento —se disculpó Ellie—. Continúa con tu historia.

—Pero tú serás la siguiente —proclamó Madison mientras señalaba a Ellie con el cigarrillo.

—No, yo ya conozco mi historia. La siguiente será Leslie.

—¿Queréis parar? —exclamó Leslie—. ¿Qué ocurrió luego, Madison? — En cierto modo, se podría decir que durante los dos días siguientes,

Thomas y yo jugamos a las relaciones sociales o a formar parte del mundo real. —Madison respiró hondo, cerró los ojos unos instantes para recordar y, luego, los volvió a abrir—. Mi madre siempre decía que yo no tenía ni idea de lo que era una relación normal entre un hombre y una mujer. Decía que, como ella había sido una madre soltera, yo no había aprendido nada sobre la relación cotidiana entre un hombre y una mujer. Después, Roger... En fin, a mi madre nunca le gustó Roger.

—No entiendo por qué, ¿tú puedes, Leslie? —preguntó Ellie con sarcasmo—. Dime, Madison, si tuvieras una hija y saliera con un hombre como Roger, un hombre como lo ves ahora que tienes cierta experiencia del mundo, ¿te gustaría?

—De hecho, no puedo imaginarme tener una hija —dijo Madison con voz suave.

Ellie empezó a decir algo, pero Leslie la hizo callar.

—De modo que entonces aprendiste lo que era una relación normal. ¿Por qué no nos cuentas a Ellie ya mí lo que es eso? Estoy segura de que no he conocido ninguna.

—Yo no sólo no la he conocido —subrayó Ellie—, sino que ni siquiera he escrito sobre una relación así.

Madison sonrió y encendió otro cigarrillo.

—Los amigos de Thomas supusieron que éramos una pareja y nos trataron como si lo fuéramos. Aquello constituyó... una revelación para mí.



Librodot

Veréis, Roger era el único hombre con el que había salido y sus padres pensaban que yo era una basura. Ellos eran ricos y yo... —Una hija ilegítima —terminó Ellie con rabia. —Exacto. Creo que la madre de Roger sabía quién era o es mi padre. En una ocasión la oí decir por teléfono: «¡imagínate, qué desfachatez! Ponerle de nombre el apellido de él. ¿Qué debe de sentir su encantadora esposa?»

—¿Nunca intentaste averiguar nada más sobre tu padre? —preguntó Ellie—. Al menos saber quién es.

—Él siempre supo dónde estaba yo y no hizo ningún esfuerzo para ponerse en contacto conmigo, de modo que ¿por qué habría de molestarlo? ,explicó Madison.

Ellie frunció el entrecejo. No le gustó el modo en que Madison pronunció la palabra «molestarlo», como si no se mereciera tener trato con su propio padre, con el hombre que había abandonado a su madre después de dejarla embarazada.

—Quiero escuchar el resto de la historia —dijo Leslie con impaciencia. Ellie sonrió abiertamente.

—Me encantan las personas a las que les gustan las historias. —Ya mí me encantan las personas que saben escuchar historias —replicó Leslie con sorna.

—De acuerdo, nada de peleas —intervino Madison—. Thomas y yo pasarnos la noche siguiente en la cabaña de sus amigos, si es que se la puede llamar cabaña. No era tan grande como la casa de Thomas, pero tampoco era el tipo de vivienda que me imagino cuando pienso en una cabaña. El amigo de Thomas se llamaba Alex y estaba allí con su novia, Carol. Se iban a casar al cabo de seis semanas y Carol no podía hablar de otra cosa. También estaban allí los padres de Alex, y Paulette, su hermana menor, a quien todos llamaban Pauli.



Librodot

CAPÍTULO 12

No eres como las amigas habituales de Thori1as —comentó Pauli mientras se dejaba caer sobre la hierba, al lado de Madison.

Pauli tenía trece años y todavía no había decidido si quería seguir siendo una niña o crecer.

—¡Pauli! —exclamó la señora Barnett, su madre, con voz dura—. Este comentario no es muy amable.

Estaban sentadas y bebían limonada debajo de un roble que debía de ser anterior a la época de George Washington.

—Está bien —dijo Madison, quien intentaba comportarse de una forma recatada—. y ¿cómo son sus otras amigas? —preguntó esperando que el interés que sentía no se reflejara en su voz.

—Aburridas —intervino Carol sin levantar la vista de un ejemplar de la revista *Brides* de tres años de antigüedad.

Desde que conoció a Alex, había estado recopilando ejemplares de aquella revista y, según Pauli, los llevaba dondequiera que fuera. «Si mi hermano no le hubiera pedido que se casara con él, Carol se habría suicidado», le confesó Pauli a Madison la noche que llegaron. Lo cierto es que Madison tenía sus dudas al respecto, pues Carol era guapa, inteligente y educada.

—La verdad, Carol—dijo la madre de Pauli—, Madison va a formarse una idea equivocada de esas chicas. Las amigas de Thomas no son exactamente aburridas, sino... —La señora Barnett se interrumpió cuando se dio cuenta de que tres pares de ojos la miraban de una forma inquisitiva y des— vio la vista a su vaso de limonada—. De acuerdo, quizá son un poco... En fin, poco interesantes.

—¡Hummm! —exclamó Carol y, a continuación, volvió a hojear la revista.

—¿Sabes el tipo de chicas que llevan gafas de culo de botella y tienen la nariz grande ya las que nadie invita al baile del instituto? Pues ésas son las chicas con las que Thomas sale —dijo Pauli.

—¿Por qué? —soltó Madison sin pensar. Al momento, intentó rectificar—. Quiero decir que por qué alguien como Thomas querría...

Madison se detuvo. Se esforzaba en recordar que no pertenecía al grupo social de aquellas personas, pero no tenía mucho éxito. Tanto la familia de Thomas como aquélla habían vivido en un entorno de abundancia y privilegio que Madison sólo había visto en las películas. Además, como le ocurría a la mayoría de las personas que luchan para conseguir pagar las facturas de cada mes, Madison daba por sentado que todas las personas ricas eran refinadas y que sólo les interesaban sus propios asuntos.

Sin embargo, sin darse cuenta, la primera noche le comentó algo a la señora Barnett en aquel sentido. Madison la engañó respecto a su relación con Thomas y su estado civil, pero fue totalmente sincera respecto a sus orígenes. En aquel momento, la señora Barnett y ella estaban en la cocina preparando unas judías verdes que la señora Barnett había plantado en la



Librodot

parte trasera de la cabaña. A diferencia de la señora Randall, no tenía una cocinera fija.

La señora Barnett escuchó las palabras de Madison, pero sobre todo, prestó atención al tono de su voz.

—No somos la familia real británica, querida —dijo la señora Barnett con voz calmada—. Nuestros hijos no tienen que casarse con vírgenes. Ni siquiera con una persona «adecuada». Además, nuestros hijos tienen rentas familiares y no tienen que casarse por dinero. Si piensas en esto, te darás cuenta de que disponen de una gran libertad de elección.

Madison permaneció de pie y con la boca abierta, tanto por lo que la señora Barnett había dicho como por su perspicacia.

—¿De modo que cuidaste a tu madre? —preguntó la señora Barnett cuando vio que Madison no decía nada—. Siempre he sentido una gran simpatía por las madres solteras, sobre todo porque, cuando mis hijos eran pequeños, mi marido viajaba mucho y yo estaba sola con demasiada frecuencia. Ahora, cuéntame cómo conociste a Thomas.

Madison cogió otro puñado de judías. Las palabras de la señora Barnett la habían relajado de tal forma que le contó la verdad sobre su primer encuentro con Thomas.

Sin embargo, evitó mencionar a Roger, su marido. Madison le habló de su amistad con la tía de Thomas, la doctora Dorothy Oliver, sin especificar cómo la había conocido. A continuación, tomó aire y le contó que Thomas la había pillado escondida en la cocina y la había acusado de chantaje.

La señora Barnett sonrió.

—Eso es típico de Thomas. Es un duplicado de su tatarabuelo. Se comenta que su tatarabuelo no reía nunca, salvo cuando cerraba un negocio brillante y ganaba una fortuna. A veces creo que Thomas se matriculó en Medicina para ser lo contrario de lo que era su abuelo. Bueno, creo que es— tas judías serán suficientes para la cena. ¿Sabes cocinar, querida?

—Puedo descongelar cualquier cosa —dijo Madison con una sonrisa. — De acuerdo. Entonces, siéntate y cuéntame cosas mientras cocino.

Los chicos estarán fuera un rato, de modo que tendremos tiempo de conocernos. —La señora Barnett contempló a Madison con una mirada fija y penetrante—. Creo que Thomas va en serio contigo.

—Yo no lo creo —repuso Madison mientras inclinaba la cabeza para ocultar su rubor—. Somos de mundos muy distintos.

—No tan distintos —comentó la señora Barnett con dulzura—. En mi opinión, tú tienes un lado muy serio que escondes al mundo. Esa cara tan bonita es una máscara, ¿no es cierto?

Madison no supo cómo responder a aquel comentario y, gracias a que en aquel momento la puerta se abrió y Thomas y el señor Barnett entra— ron, no tuvo que hacerlo.

Thomas la sorprendió cuando la cogió con entusiasmo por la cintura

y la levantó del suelo. —¿Qué hay para cenar? Me cometía un oso —dijo mientras la volvía a dejar en el suelo y le acariciaba el cuello.

Madison sabía que debía separarse de él, pero su desenfado era nuevo y sorprendente para ella. Roger era demasiado consciente de su dignidad

cuando había otras personas a su alrededor y, cuando estaban solos, sólo era consciente de los partidos deportivos en directo, por el televisor, o...

—Judías verdes —respondió Madison cuando se dio cuenta de que todos los estaban mirando.

No sabía que nunca habían visto a Thomas comportarse de una forma tan espontánea. Siempre se había mostrado serio, incluso cuando era pequeño.

—¿Eso es todo? —preguntó Thomas mientras sonreía—. ¿Sólo judías verdes? Seguro que tardan horas en cocerse, de modo que salgamos a coger luciérnagas mientras se cuecen.

Thomas pronunció estas palabras con un tono tan malicioso que todos se echaron a reír.

Madison se puso de puntillas y miró por encima de la cabeza de Thomas. —¿Nadie va a salvarme de este sátiro?

—Estamos todos tan fascinados que no podemos mover un solo músculo —contestó la señora Barnett con su habitual sinceridad—. Vamos, Thomas, Llévatela fuera y sedúcela a la luz de la luna.

—Has estado leyendo novelas románticas otra vez, ¿no es cierto, cariño? —preguntó el señor Barnett a su rolliza y suave esposa—. Por si no te has dado cuenta, sólo son las seis y estamos en verano, de modo que todavía es de día.

—La luna siempre brilla para los enamorados —declaró la señora Barnett mientras fijaba la mirada en su esposo.

—¡Vamos, salid! —dijo el señor Barnett a Thomas y, a continuación, se acercó a su esposa.

Thomas cogió la mano de Madison y la arrastró afuera, al porche. —¿No estás exagerando un poco la nota? —preguntó Madison con nerviosismo cuando estuvieron asolas. , Después, apartó la mano y se acercó a la barandilla del porche mientras se ponía de espaldas a él. —No estoy exagerando nada —respondió él con suavidad.. Madison no se atrevió a mirarlo. —No creo que debamos...

Madison no dijo nada más porque Thomas la tomó entre sus brazos y la besó. Y aquel beso fue distinto a todos los que Madison había recibido. Fue intenso, profundo y maravilloso.

Cuando Thomas la dejó, Madison pensó que se había perdido muchas cosas en la vida.

Su primer impulso consistió en rodearlo con *sus* brazos y besarlo, pero hizo un esfuerzo y se alejó de él.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó mientras intentaba parecer enfadada.

Pero si lo estaba, era con ella misma, no con él.

—Para comprobar —dijo Thomas mientras introducía las manos en los bolsillos.

«Si se pone a silbar, cogeré una silla y se la tiraré a la cabeza», pensó Madison.

—¿Para comprobar qué? —soltó ella con un enfado genuino.

—Si te gusto tanto como tú me gustas a mí —respondió Thomas.

Su voz reflejaba una sinceridad tan inocente que el enfado de Madison se desvaneció.

—¿y qué has averiguado? —preguntó ella. —Que sí, que te gusto.

Madison no se atrevió a mirarlo a los ojos para no revelar lo que sentía. No quería ser como una pueblerina que lo mirara embelesada y le dijera que ningún hombre había sido tan "maravilloso con ella. No, aquello haría creer a Thomas que Madison provenía de una clase social en la que los hombres arrastraban a las mujeres por el cabello.

En cambio, se dio la vuelta, puso las manos sobre la barandilla del porche y miró hacia el bosque. Entre ellos y la línea de árboles se extendían unos dos mil metros de césped bien cuidado y, más allá, crecía el bosque

Virgen.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Madison con voz suave. —Lo que queramos —respondió Thomas. y Madison percibió pasión en su voz.

Madison respiró hondo.

—No me conoces, Y, por lo que sabes de mí, yo... Thomas no la dejo terminar la frase.

—Sé todo lo que necesito saber sobre ti. Tienes un gran sentido del humor, eres inteligente Y te preocupas más por los demás que por ti misma. Y esto es poco común. La mayor parte de las personas... —Thomas no acabó aquella frase. A continuación, respiró profundamente y bajó la voz—. Además, te gusta pescar y caminar por las montañas. Aunque tengo planeado comprarte un par de botas y...

Madison se volvió hacia él con una expresión ceñuda en el rostro— —¿Y cuándo tienes planeado comprármelas? ¿Antes o después de que regrese junto a mi esposo?

—Después —respondió Thomas sin alterarse por el arrebato de Madison—. Después de que le digas que quieres separarte.

—Das muchas cosas por supuestas —dijo ella mientras estiraba la columna y hacía lo posible por mostrar una imagen intimidadora.

—En efecto —dijo Thomas con voz suave mientras tomaba la mano de Madison y la besaba en la palma.

—¡Maldita sea! —exclamó Madison en voz baja. Luego, exhaló un gran suspiro, apartó su mano de las de él y la colocó sobre la barandilla del porche—. No podemos hacer esto. No es correcto. Tú eres...

—Si empiezas con tu discurso sobre el hecho de que somos de mundos distintos, me voy ahora mismo —manifestó él con rabia. Entonces puso, como ella, las manos sobre la barandilla y contempló el bosque—. Mira, lo siento si crees que voy demasiado deprisa, pero siempre he sido una persona de decisiones rápidas. En un instante decidí que quería ser médico y, desde aquel lejano momento, no me he arrepentido de mi decisión.

—Tu primera impresión sobre mí fue que era una criminal, una persona de un ambiente muy distinto al tuyo.

—Porque tu belleza me deslumbró —repuso Thomas—. No te vi. a causa de tu aspecto exterior. Además, la criminalidad no viene determinada por la fortuna con la que se nace ni por la educación.

—¿Comprobamos las estadísticas sobre el número de pobres y de ricos que hay en prisión?

—¿Cómo hemos llegado hasta este punto? —preguntó Thomas mientras se volvía para mirarla—. ¿O sólo intentas distraer mi atención?

Madison apartó la vista y miró el porche.

—Demasiadas cosas están sucediendo muy deprisa —dijo mientras se volvía de nuevo pero sin mirar, todavía, a Thomas—. Dame tiempo. Durante años no he tenido ninguna emoción y, en unos días yo...

—¿Has conocido al hombre de tus sueños? —preguntó Thomas con esperanza en la voz.

Madison se echó a reír.

—Sólo necesito tiempo.

—Tómate todo el que necesites —repuso Thomas mientras miraba su reloj—. ¿Una hora será suficiente? ¿Qué tal cuarenta y cinco minutos?

Madison abrió la boca para decir algo, pero en aquel momento Pauli abrió la puerta mosquitera y salió al porche. Cuando Madison se volvió para mirarla, Pauli se situó entre ella y Thomas y exhaló un suspiro teatral.

—Si ahora también vosotros os vais a la cama, saltaré al interior de una de las canoas y tendréis que pasar la noche buscándome.

Madison estaba segura de que se debía a su educación de clase media, pero las palabras de aquella niña la escandalizaron. Sin embargo, Thomas no pareció sorprenderse.

—¿Quién se ha ido a la cama? —preguntó con tranquilidad. —Todos. Mamá y papá, Carol y Alex. y vosotros también parece que deseéis hacerlo.

Thomas se echó a reír, pero Madison se sonrojó. —En mi opinión, estos asuntos no son para...

—¿Para niñas como yo? —terminó Pauli con un suspiro—. Lo sé, tengo la desgracia de ser más madura de lo que corresponde a mi edad.

—Tienes la desgracia de tener la vanidad más grande del mundo —dijo Thomas con naturalidad. A continuación, miró, por encima de Pauli, a Madison—. Yo le cambiaba los pañales a menudo.

—Eso era cuando yo era un niño —replicó Pauli. Madison parpadeó, confusa.

—Por lo que veo, todavía lo eres —soltó Thomas mientras miraba el pecho plano de la niña.

Pauli también miró hacia su pecho.

—Lo sé. Es una tragedia, ¿verdad? ¿Crees que algún día crecerán? Tú eres médico, ¿qué opinas?

—Todavía no soy médico y tampoco pienso ser un ginecó10go. ¿Por qué no se lo preguntas a Madison? Ella tiene cierta experiencia en esta área.

Madison sintió el impulso de taparse el pecho con los brazos. —Creo que voy a ver cómo está la cena.

—Todavía tardará un poco —dijo Pauli—. Cuando mamá y papá se *ponen* en faena, suelen tardar un rato.

Madison decidió que no iba a continuar haciendo el papel de mojigata. —Qué suerte tiene tu madre. Tiene que contarme su secreto. Pauli la miró.



Librodot

—¿Y Thomas qué tal se comporta en la cama?

Sin embargo, Pauli nunca oyó la respuesta de Madison, porque Thomas la cogió por la oreja con una mano y la arrastró al interior de la cocina mientras abría, con la otra, la puerta mosquitera.

—Entra y vigila tus modales.

—¿Cómo voy a aprender si no pregunto? —se quejó Pauli desde el otro lado de la puerta.

—Ciertas cosas deben aprenderse por propia experiencia, no por lo que cuentan los demás. Ahora, busca a tu madre y dile que estamos preparados para cenar.

—Menudo médico vas a ser —murmuró Pauli mientras desaparecía en el interior de la casa.

¡Qué niña más extraordinaria! —exclamó Madison. —Está muy mimada. Nació cuando sus padres ya eran mayores y la mimaron en exceso. El pobre Alex sólo recibió disciplina, pero esta niña no ha recibido ninguna.

—La quieres con locura, ¿no es cierto? —preguntó Madison *con* una sonrisa.

—Estoy bastante chiflado por ella —dijo Thomas—. Pero, ahora, volvamos a ti y a mí. Decía que...

Sin embargo, en aquel momento la puerta de la cabaña se abrió y el señor Barnett salió con una cerveza en la mano. Después, salió Alex y, a continuación, se fueron todos a cenar. Madison no volvió a estar a solas con Thomas. Incluso cuando se dieron las buenas noches y se fueron a sus *res*pectivas habitaciones, no dispusieron de ninguna intimidad. Durante la cena, Madison notó que Thomas le hacía una seña para que se reuniera con él más tarde. Sin embargo, ella miró la luna a través de la ventana y simuló que no veía sus gestos.

CAPÍTULO 13

—¡Madison! —exclamó Ellie con exasperación—. ¡Me estás volviendo loca! ¿Cuándo ocurrió todo esto? ¿Hace quince, dieciséis años? y sé que no te casaste con él, pero ¿por qué? Cuando los amigos y familiares de un hombre te dicen que no eres como las otras chicas con las que sale, puedes estar segura de que te han aceptado. ¿Qué ocurrió?

Madison miró su cigarrillo y no dijo nada. —Niños —dijo Leslie en pleno silencio—. Ése fue el problema, ¿no es así?

Madison levantó la mirada hacia Leslie y sus ojos reflejaron tanto dolor que Ellie tuvo que retirar la vista. Ser escritora ayuda a vivir los sentimientos con intensidad, y Ellie no era una excepción. En aquel momento, sintió el dolor de Madison, todavía intacto y sangrante a pesar de los años.

—Comprendo —dijo Ellie después de un rato—. Pensé que quizá Roger había sufrido una recaída y te había pedido que te quedaras con él o...

La voz de Ellie se apagó porque la realidad era más dura de lo que había imaginado.

—¿Qué le dijiste a Thomas? —preguntó Leslie con dulzura. Madison se llevó el cigarrillo a los labios y su mano temblaba. —Fue Pauli quien introdujo la cuestión de los hijos. Dijo que ella no pensaba tener ninguno, que sería un espíritu libre y que se dedicaría a romper los corazones de los hombres. Entonces, la señora Barnett dijo... —Madison dio otra chupada intensa al cigarrillo y, a continuación, lo apagó y encendió otro—. En fin, Carol, Alex, el señor y la señora Barnett y... también Thomas estuvieron de acuerdo en que no había nada más importan— te en la vida, que los hijos eran lo fundamental. Además, Thomas añadió que un hombre podía trabajar toda la vida y conseguir todo lo que se propusiera, pero que si no tenía hijos a quienes dejárselo, su vida no tenía significado y mientras pronunciaba estas palabras su mirada me decía que quería tener hijos conmigo.

Ni a Leslie ni a Ellie se les ocurrió nada que decir mientras miraban a Madison y pensaban en todo lo que había perdido y el modo en que lo había perdido. Si no hubiera regresado con Roger... Si se hubiera quedado en Nueva York... Si...

—¿Ahora las dos sentís lástima por mí? —preguntó Madison en un intento por suavizar lo que acababa de contarles.

Sin embargo, Leslie apenas sonrió.

—¿Qué hiciste? Quiero decir, después de oír aquello, ¿cómo reaccionaste? —Alex y Carol nos llevaron de vuelta a la casa de Thomas con su coche. Yo intenté simular que no ocurría nada, pero no tuve mucho éxito. Thomas sabía que algo no iba bien. Le dije que me resultaba difícil romper los lazos matrimoniales. Tampoco fue de mucha ayuda el hecho de que, cuando regresamos, cerca de las nueve de la noche, Roger y Terri se estuvieran bañando desnudos en la piscina.

—¿Les contaste a Alex ya Carol que estabas casada? —preguntó Ellie.

—Thomas lo hizo. Se mostró muy tranquilo en la piscina mientras les presentaba a Roger y les contaba que era mi esposo. Debo decir que Alex y Carol ni siquiera parpadearon. Eran personas muy educadas. Después, camino de la casa, Carol me cogió del brazo y me dijo que me prestaría todas

sus revistas para novias a fin de que escogiera el vestido para casarme con Thomas.

—¡Vaya! —exclamó Ellie—. No me imagino lo que debiste de sentir, sabiendo lo que sabías. ¿Alguna vez pensaste en hablar con Thomas sobre...

—¡No! —dijo Madison en voz alta—. En ningún momento pensé en hablar con Thomas sobre mi..., mi falta de útero. No podía ponerlo en el compromiso de tomar una decisión como aquélla. Y tampoco quise pro— ponerle la idea de adoptar niños. Él era un hombre completo y, yo, sólo media mujer. No iba a castigarlo por lo que me había sucedido a mí. Thomas era un hombre maravilloso y yo sabía que él podía.. .—Madison se interrumpió y se tranquilizó—. Resulta sorprendente lo reciente que todo aquello me parece. Es como si todos estos años no hubieran pasado. Pero la verdad es otra, y todo esto sucedió hace mucho, mucho tiempo.

Durante unos instantes, reinó el silencio. Madison dio una chupada al cigarrillo y se miró las manos.

—Thomas tuvo que marcharse a la mañana siguiente y yo... me escondí para no tener que despedirme de él. Durante el resto de las vacaciones, paseé. Kilómetros y kilómetros. Y Roger... —Madison dio otra chupada al cigarrillo—. En realidad, no sé qué hizo Roger.

Cuando Madison terminó de hablar, Leslie le preguntó con dulzura: —¿Qué ocurrió entre Roger y tú?

—Se divorció de mí unos cuatro meses después. En cuanto dio el primer paso sin muletas, se fue a consultar a un abogado. Se casó con Terri, pero su matrimonio sólo duró tres años. Creo que estaba harto de pedir dinero a sus padres, de modo que pensó que lo mejor era casarse con una mujer rica. Sin embargo, el dinero de Terri estaba en fideicomiso y Roger no pudo poner ni un dedo en su fortuna. Madison mostró una leve sonrisa. —No sé si es cierto, pero oí que tan pronto como la familia de Terri le dijo a Roger que se buscara un empleo, él pidió el divorcio.

Durante unos instantes, Madison retiró la vista y, después, volvió a mirar a sus amigas.

—Al final, todo le salió bien. Dos años más tarde, sus padres se ahogaron en un accidente marítimo y le dejaron todo lo que tenían en herencia. Roger vendió la casa y envió la colección de arte de sus padres a Sotheby's, donde la consideraron «importante», y la subastaron por más de millón de dólares. Roger entregó el dinero aun ex compañero suyo de la universidad y éste lo invirtió. Lo último que oí de él es que se convirtió en multimillonario y... —Madison tomó aire—. Se casó con una chica de buena familia y ahora tiene tres hijos. El más pequeño tiene menos de cinco años.

—¡Cerdo! —exclamó Ellie en voz baja.

—Lo mismo digo —dijo Leslie, y la habitación se llenó con sus pensamientos, no expresados, sobre la injusticia que había sufrido Madison.

—¿Y Thomas? —preguntó Ellie—. ¿Qué le ocurrió a él?

Madison acababa de encender un cigarrillo, pero abrió el paquete, sacó otro y lo encendió, también. Tenía dos cigarrillos encendidos, pero no pareció darse cuenta.

—A Thomas... —explicó Madison con lentitud— no le fue tan bien.

Años más tarde, después de que Roger y Terri se divorciaron, me encontré con la doctora Oliver. Después de separarme de Roger no habíamos tenido mucho contacto, pero en una ocasión fui a esquiar con el veterinario para el que trabajo y allí estaba ella. Mi primer impulso fue dar la vuelta e ir en sentido contrario, pero ella me saludó e insistió en que fuéramos a cenar juntas, sólo ella y yo, sin su marido ni sus hijos. —Madison cogió el segundo cigarrillo. En aquel momento tenía uno en la boca y otro en la mano—. Al principio intenté contenerme, pero quería tener noticias de Thomas, así que le pregunté por él. Me dijo que terminó la carrera de Medicina, pero que no se especializó en rehabilitación como quería al principio. Sin embargo, lo hizo en enfermedades tropicales. Según la doctora Oliver, Thomas se decantó por la investigación en lugar de la práctica. —Madison apagó uno de los cigarrillos—. No creo que nadie de la familia de Thomas supiera lo que había ocurrido entre él y yo, aunque, en realidad, no había ocurrido nada que mereciera saberse. Dorothy me dijo que después de aquel verano en la cabaña, Thomas cambió. Se encerró todavía más en sí mismo. «Se volvió más taciturno», fueron sus palabras.

Durante unos instantes, Madison se concentró en el acto de fumar y no miró a ninguna de las dos mujeres que estaban junto a ella. Pero ellas esperaban y Madison lo sabía.

—Hace mucho tiempo —dijo Madison con una voz tan baja que sus amigas apenas la oyeron—. Sin embargo, no creo que el tiempo pueda disminuir el dolor.

Madison levantó la vista y miró a sus amigas, y Ellie se quedó paralizada. Madison, que había sido tan hermosa, parecía tener cien años. Era como un cadáver que, por algún fenómeno de la naturaleza, simplemente se moviera.

—Thomas viajaba en una avioneta que transportaba medicamentos a la selva de Brasil, cuando la avioneta se estrelló. Creen que la causa fue un relámpago, pero los tres pasajeros murieron en el acto.

Sus dos amigas no pudieron pronunciar palabra. —¡Qué pérdida! —exclamó Ellie después de unos minutos—. ¡Qué pérdida tan terrible de vidas humanas! y pensar que alguien tan mezquino como Roger haya llegado tan alto, me hace sentir…

Pero no se le ocurrió ninguna palabra que expresara lo que sentía. De forma brusca, Madison se puso de pie.

—¿Qué os parece si nos vamos a la cama? Ha sido un día muy largo y me gustaría dormir.

Ellie quería seguir hablando. Después de tres años de estar sola y no crear ninguna historia estaba ansiosa por escuchar *los* relatos de sus amigas. Sin embargo, Leslie también se puso de pie y Ellie supo que la velada había terminado.

—¿Camas? —preguntó Ellie mientras se levantaba del sofá—. ¿Cómo nos repartimos?

Leslie, la conciliadora, organizó unos turnos para utilizar las camas. Ella durmió en el sofá aquella primera noche. Al cabo de diez minutos, las tres dormían. Madison durmió de un modo muy profundo, como no lo había hecho durante años. Fue como si al contar su historia a unas oyentes



Librodot

realmente interesadas en oírla se hubiera liberado de algo en su interior.



Librodot

CAPÍTULO 14

A Ellie la despertó un olor maravilloso y, durante unos minutos, no supo dónde se encontraba. Todavía medio dormida, se preguntó si el panadero les habría llevado algo recién hecho, pero lo cierto era que ningún producto de la panadería olía tan bien.

Ellie cogió su ropa del respaldo de la silla y se dirigió al lavabo. Allí se aplicó una capa ligera de maquillaje y se puso unos pantalones de chándal negros y una camisa holgada a juego. Cada vez que aumentaba de peso, se compraba ropa de mayor tamaño, y aquélla era realmente enorme. Ellie sabía que se trataba de una ilusión, pero esperaba que, si cubría por completo su cuerpo, nadie advertiría lo gruesa que estaba.

La cocina estaba soleada y luminosa. La mesa estaba cubierta con una preciosa mantelería de colores verde y amarillo y, en medio, había una fuente con un montón de crepes y fresas. Leslie preparaba algo en el horno y llevaba puesto un delantal amarillo brillante con un estampado de cerezas.

Ellie miró la mesa y, después, a Leslie. —¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó con los ojos muy abiertos. —Yo ya se lo he pedido —replicó Madison mientras entraba en la casa. Ellie supuso que había estado fuera fumando un cigarrillo.

Leslie sonrió y colocó una fuente de crepes de arándanos delante de Ellie.

—No sabes lo agradable que es cocinar para personas a quienes les gusta comer —dijo mientras señalaba con un ademán a Madison.

—No me lo digas —gruñó Ellie—. Ya se ha comido media docena de estas crepes.

—Cerca de una cena —la corrigió Leslie. A continuación se inclinó hacia Ellie—. No dejes que te tome el pelo. Está delgada porque no come. La gula de este fin de semana no es habitual en ella.

—Os he oído —replicó Madison—. No como mucho porque nunca tengo tiempo, y además no sé cocinar.

Mientras pronunciaba estas palabras, se sentó en una silla enfrente de Ellie. Con rapidez, Leslie le puso delante un tazón de fresas con nata recién montada.

Ellie volvió a gruñir.

Madison, con una sonrisa de suficiencia, cogió una fresa grande y roja y chupó la nata que la cubría.

—Espero que te engordes —murmuró Ellie mientras se abalanzaba sobre las crepes.

—¿Y tú, por qué te engordaste? —preguntó Madison mientras mordía la fresa.

—¡Por Dios, Madison! —intervino Leslie—. Tu comentario no ha sido muy amable.

Por el tono de su voz, parecía que estuviera hablando con su hija adolescente, pero Madison no hizo caso del reproche.

—Ayer por la noche os expliqué lo que me había ocurrido para volverme fea, de modo que ahora le toca a ella contarnos por qué ha engordado.

Ellie parpadeó un par de veces a causa de la franqueza de Madison, pero después sonrió. Lo cierto era que la pregunta de Madison era más fácil de responder que los comentarios, «más sutiles», de otras mujeres acerca de las ensaladas, los gimnasios y los entrenadores deportivos. «Es el gimnasio más maravilloso y él el mejor entrenador del mundo», le habían dicho más de una: vez, como si Ellie no supiera que existían maneras de eliminar sus kilos de más.

—El sistema judicial me exprimió todo lo que pudo y caí en una de— presión —explicó Ellie con la boca llena—. Ahora soy un desastre. Soy historia. No he escrito ni una palabra en tres años. Ni siquiera oigo historias en mi cabeza como antes.

—Ayer me escuchabas con mucho interés —comentó Madison.

—Lo sigo intentando, pero... —Ellie levantó la vista. Leslie, de espaldas a ellas, lavaba unos vasos en el fregadero, pero las escuchaba con atención— . No lo sé... Creo que me extirparon el corazón y, ahora, he perdido la seguridad en mí misma.

Leslie se volvió y puso un vaso de zumo de naranja recién exprimido delante de Ellie.

—Creí que querías ser pintora. Ellie se rió.

—Eso fue hace tanto tiempo que apenas lo recuerdo. Conocí a un hombre que...

Leslie y Madison soltaron un grito al mismo tiempo.

—¿Por qué todas las historias de todas las mujeres empiezan con «Conocí a un hombre...»? —preguntó Leslie.

Entonces, puso una fuente de crepes entre Ellie y Madison y, por fin,

se sentó a comer. Sin embargo, hasta que sus amigas no se hubieron servido, ella no empezó.

Ellie sonrió.

—Era músico, mucho más dotado que yo, y, desde el principio, supe que tenía delante a un genio —dijo con sencillez.

—Comprendo —comentó Madison—. De modo que renunciaste a tu carrera como pintora para ayudarlo a desarrollar la suya, pero él nunca hizo nada con su prodigioso talento. A cambio, tuviste que mantenerlo, lavarle la ropa, cocinar para él.. .

Ellie se echó a reír y puso las manos delante de su rostro, como si in— tentara protegerse.

—Así que mi vida es un culebrón. Está bien, lo admito, pero él era real— mente brillante.

—Brillante para encontrar a alguien que lo adorara —continuó Madison mientras miraba con fijeza a Ellie.

Ellie quiso protestar y decir que no había sido tan estúpida como Madi— son la hacía parecer, pero no tenía defensa alguna.

—¿Por qué sabes tanto sobre este tipo de situaciones?

—A una de las mujeres que trabaja conmigo le pasó lo mismo. Se casó con un hombre que soldaba tapacubos y construía unas esculturas enormes. Iba a convertirse en Alguien Famoso, con mayúsculas. Mientras se

labraba un futuro, lo único que le pidió a su mujer fue «un poco de ayuda». Ella solía decir que un hombre con su talento no podía buscar un empleo corriente.

—Exacto —comentó Ellie mientras apartaba la fuente medio vacía de crepes—. Esto es, exactamente, lo que me ocurrió. Durante los últimos años, he mirado atrás miles de veces y todavía no sé cómo sucedió, pero así fue. Un instante estaba en Nueva York dispuesta a forjarme un nombre y, al siguiente estaba viviendo con aquel hombre y aceptaba cualquier empleo para conseguir dinero y permitir que él tuviera una oportunidad en el mundo de la música.

—El amor —suspiró Leslie mientras llevaba las fuentes al fregadero. —Ésta es la cuestión —respondió Ellie con rapidez—. Lo cierto es que no estoy segura de que lo haya amado alguna vez. Ni siquiera estoy segura de que… —Ellie miró a Madison—. ¿Sonaría ridículo si dijera que no estoy segura de haber tenido una alternativa?

—Mi amiga me contó cómo la cortejó su esposo —explicó Madison—. La persiguió día y noche. Durante meses, encontró un ramo de rosas en la puerta de su casa. Él le escribió poemas y cartas y tuvieron largas y seductoras conversaciones telefónicas. Le compró regalos, habló con ella durante horas, la escuchó, se preocupó por ella… No había nada de ella que él no quisiera saber.

—Y así poder utilizarlo, después, para dominarla —dijo Ellie mientras desviaba la vista y evitaba mirar a sus dos amigas.

—Exacto —continuó Madison—. Un genio del dominio de los demás. Descubrió algo en mi amiga que quería y se lanzó a conseguirlo.

—Claro —comentó Ellie. —Lo que quiero saber es cómo te convertiste en escritora —preguntó Leslie, y de esta forma desvió la conversación de lo negativo a lo positivo.

—Escribí para escapar de mi desgracia —respondió Ellie—. Al menos es lo que Jeanne, mi terapeuta, dice. Por cierto, que esta casa es suya. Ella me ayudó a descubrir que… —Ellie se detuvo y respiró hondo—. ¡Estáis seguras de que queréis oír todo esto?

—Palabra por palabra y en orden cronológico —declaró Madison con una sonrisa.

Durante unos segundos, Ellie miró a través de la ventana que había en— cima del fregadero. La verdad es que no estaba preparada para contar a nadie «toda» su historia. Todavía no.

Volvió a mirar a sus dos amigas. —¿Queréis que os prepare un poco de café? —preguntó Leslie—. ¿O preferís un té cargado?

—Yo prefiero el té —dijo Ellie.

Madison se decantó por el café. Mientras tanto, Ellie continuó. —¿Me creeríais si os dijera que trabajaba tan duro que no me di cuenta de lo que ocurría en mi matrimonio? Me despertaba a las cuatro de la madrugada y salía a toda prisa.

Ninguna de las dos mujeres respondió a su pregunta y Ellie se alegró de

que no lo hicieran. En aquella casa, y con aquellas dos mujeres que eran, a la vez, unas desconocidas y sus mejores amigas, sabía que no tenía que inventar ninguna excusa. No tenía que justificarse.

—En cualquier caso —prosiguió Ellie—, Martin, pues éste era, bueno, es, el nombre de mi ex, Martin Gilmore, tenía un gran talento para la música. Tocaba la guitarra y podía hacerte llorar con su música. O reír podía obtener cualquier emoción de su audiencia. —Ellie levantó la cabeza—. En cualquier caso, creí que yo sería la persona que ofrecería al mundo la oportunidad de oírlo. Entonces, cuando fuera famoso... —Llegaría tu turno —terminó Leslie—.. Siempre te prometen que tendrás tu oportunidad. —Exacto —prosiguió Ellie con una mueca—. Cuando me pidió que dejara Nueva York y me fuera a vivir con él aun pueblo a las afueras de Los Ángeles, accedí de inmediato. Martin me dijo que sólo en Los Ángeles podría llegar a ser conocido, de modo que yo... —Ellie respiró hondo—. Vendí mis útiles de pintura y todo lo que había hecho y me fui a Los Ángeles con él. Al principio fue fabuloso. Él conseguía unos trabajos estupendos con unos grupos excelentes y todo era muy emocionante. Yo trabajaba como recepcionista en una empresa de venta de coches usados y me aburría como una ostra, pero, por la noche, tenía a Martin y sus fascinantes historias sobre a quién había conocido y lo que había hecho durante el día. —Ellie se miró las manos—. Sin embargo, poco a poco, todo empezó a ir mal. Martin dejó un trabajo tras otro y cada vez se encerró más en sí mismo. Al principio ganaba bastante, pero con el paso de los años decidió que ganar dinero no constituía una necesidad para él. En su opinión, la vida no le daba nada, de modo que no creía que tuviera que devolverle nada a cambio. —Ellie miró a las otras dos mujeres y sonrió—. Entonces decidí ayudarle y convertirlo en alguien con éxito. Empecé a concertarle citas con las personas más importantes del mundo de la música en Los Ángeles. Debo decir que para conseguirlo renuncié a mi orgullo. Supliqué y lloré. Me inventé historias terribles para que escucharan a Martin, ya fuera en una grabación o en directo. Sin embargo... —Ellie levantó los puños en señal de frustración—. Martin no aprovechó las oportunidades que le conseguí Ellie abrió los puños, pues las uñas le estaban cortando las palmas.

Leslie le tendió una taza de té, y durante unos minutos Ellie sorbió b reconfortante bebida mientras intentaba tranquilizarse. Después dejó la taza sobre la mesa.

—He aprendido que el talento por sí mismo no es suficiente para que una persona tenga éxito. Puedes crear un programa informático increíble, pero si no te esfuerzas en comercializarlo, puede quedarse en tu mesa como si no existiera. Esto es lo que le ocurrió a mi ex marido. No podía soportar la competencia y las críticas que acompañan el camino al éxito en cualquier campo, de modo que saboteó todas las oportunidades que tuvo. Si yo le conseguía una cita con un *disc jockey* para que escuchara su música o con alguien que podía introducirlo en este campo, Martin se entusiasmaba. La víspera de la entrevista, me hacía el amor con toda su pasión, me decía que se sentía muy agradecido, que yo era una esposa fantástica, etcétera, etcétera.

—Déjame adivinar —interrumpió Madison—. Entonces no se presentaba a la cita. ¡Exacto! —exclamó Ellie—. Pero siempre tenía unas

excusas divinas y me refiero a «divinas» en su sentido literal, pues no acudía a las citas porque tenía que ayudar a alguien.

—De esta forma, no podías enfadarte con él—continuó Leslie—. No con un santo como él.

—Desde luego que no. Él me decía: «¿Qué podía hacer? Joe me necesitaba. Yo no podía decirle que tenía que abandonarlo con su dolor porque tenía que tocar ante un tío rico que no se preocupa por nadie en el mundo» —explicó Ellie.

—¿Y cuánto tardaste en dejar de vivir para él y redescubrir tus propios talentos? —preguntó Madison mientras bebía su café negro y fuerte.

Aquella mañana, Ellie no la había visto fumar, pero entonces Madison abrió un paquete y sacó un cigarrillo. Leslie se levantó y abrió la ventana que había encima del fregadero.

—En realidad, no lo hice —respondió Ellie—. Simplemente, sucedió. No se trató de nada planificado. Martin había ido a visitar a uno de sus numerosos amigos y…

Durante unos instantes, Ellie no dijo nada. —¿Una mujer? —preguntó Madison.

—Quizás os parezca ingenua, pero entonces no me pasó por la cabeza que sus múltiples viajes para ayudar a viejos amigos o tocar música con unos conocidos, fueran citas con cerca de una docena de…, creo que vosotras las llamaríais amantes.

—De modo que te sentías sola comentó Leslie para animarla a continuar. Colocó un tazón de fresas delante de Ellie, pero como ella no se las comió, Leslie lo hizo—. ¿Entonces volviste a pintar?

—No —respondió Ellie—. Supongo que se trata de una de esas tonterías de las mujeres, pero como sabía que el hombre con el que vivía tenía más talento que yo, abandoné la pintura. Después de conocer a Martin y escuchar su música no pinté ni una acuarela.

Ellie levantó la cabeza. —Jeanne, mi terapeuta, opina que dejé de pintar no porque tuviera más talento, sino porque me sentía muy infeliz y reprimía mi instinto creativo. En realidad, no tenía vida propia, ni cuando Martin estaba en casa ni cuando no lo estaba. Cuando Martin estaba en casa vivíamos… ¿cómo podría expresarlo? —Ellie miró a Madison—. Tú nos contaste que tu matrimonio era un infierno, pues bien, el mío era…Supongo que podríamos llamarlo triste. Vivíamos en la tristeza porque Martin tenía muchísimo talento y nadie le ofrecía una oportunidad.

—¿Esto incluía a las personas a las que dejó plantadas? —preguntó Madison mientras daba una chupada a su cigarrillo.

—¡Oh, sí! —respondió Ellie mientras sonreía—. Sobre todo a esas personas.

—De modo que te sentías sola y empezaste a escribir —declaró Leslie mientras terminaba las fresas.

—Más o menos. Sí. Mientras Martin estaba fuera, yo escribía historias que me rondaban por la cabeza —explicó Ellie—. Tenía toda una vida imaginaria en mi interior. Una sobre un hombre que se llamaba Max y…

—y tú eras Jordan Neale —continuó Leslie con una sonrisa—. He leído



Librodot

todas tus novelas.

—Yo no he leído ninguna —dijo Madison—, de modo que cuéntame algo sobre ellas.

Ellie empezó a hablar, pero Leslie se le adelantó.

—Son novelas de misterio complejas, románticas, sensuales y divertidas. Tratan sobre esta pareja que...—A continuación, se volvió hacia Ellie con los ojos muy abiertos—. En el último libro dejabas entrever que Jordan estaba embarazada. ¿Lo está?

—No tengo ni idea —respondió Ellie.

—¡Pero si tú eres la autora! —exclamó Leslie con incredulidad. —Si supiera lo que iba a ocurrir, ¿por qué habría de escribir la historia? De hecho, cuando he escrito unas dos terceras partes de un libro y empiezo a vislumbrar el final, me gustaría dejar de escribirlo y empezar uno nuevo.

Al oír sus palabras, Leslie se quedó boquiabierta. Como la mayoría de las personas, pensaba que el autor sabía todo lo relacionado con los personajes de sus novelas.

—De modo que tus historias constituían una fantasía sobre tú y tu marido —dijo Madison mientras miraba a su alrededor.

—¿Más fresas? —preguntó Leslie, que siempre estaba pendiente por si alguien necesitaba algo en la cocina.

—Yo las cogeré... —empezó Madison. Sin embargo, Leslie se puso de pie antes de que Madison pudiera moverse.

—Supongo que sí, que mis historias eran fantasías sobre mí —dijo Ellie—. Nunca lo pensé mientras las escribía. Simplemente, ocupaba las tardes con algo más aparte de la televisión. y los fines de semana. Éstos eran los peores.

Leslie puso un tazón enorme de fresas delante de Madison y también un montón de tortas. —¿ y cómo conseguiste que publicaran tus novelas? —preguntó Leslie—. No conozco mucho el mundo editorial, pero una amiga mía me contó que para conseguir que te publiquen una obra tienes que disponer de un agente y, cuanto mejor sea el agente, mejor será el contrato que r logres.

Al oír esto, Ellie soltó una maldición y realizó un sonido desagradable. —Los agentes extienden este rumor. Mi editora realiza una parodia en la que explica cómo es la formación de una persona que quiere convertirse en agente. En primer lugar, coge un trozo de papel. A continuación, escribe «Soy un agente» y, después, lo pone sobre su escritorio.

Ni Leslie ni Madison parecieron entender la burla. Ellie volvió a tomar un sorbo de té.

—Digamos que no es necesario disponer de un agente para conseguir que te publiquen una obra, ni tampoco para que te las sigan publicando.

Yo no tengo ninguno ni lo tendré.

La voz de Ellie reflejó tanta pasión, que cuando terminó de hablar sus amigas permanecieron en silencio.

—Lo siento —se disculpó Ellie—. Siempre que puedo, hablo de lo mismo. ¿Dónde estaba?

—Lástima que no utilizaras ese tono de voz con tu marido —comentó Madison en voz baja.

—Estoy de acuerdo —dijo Ellie—. Cuando miro atrás y pienso en todas las cosas que cambiaría... Pero, bueno, esto no puede ser. En cualquier Caso...

—¿Qué opinaba tu marido sobre tus novelas? —preguntó Leslie. —No le dije ni una palabra al respecto. Debéis comprender que en nuestra vida no había espacio para otras cosas aparte de la tristeza de Martin. Vivíamos y respirábamos su sufrimiento. Nuestras conversaciones, si podían llamarse de esta manera, trataban sobre lo podrido que estaba el mundo porque no ofrecía a las personas con un gran talento, como Martin, una oportunidad. No podía contarle que, mientras él sufría tanto, yo disfrutaba de la mejor época de mi vida porque escribía divertidas historias de misterio.

—Y, mientras tanto, ¿tú mantenías a tu marido? —preguntó Leslie con tal brusquedad que las otras dos mujeres volvieron la vista hacia ella—. Lo siento, pero, en mi opinión, las mujeres aguantamos muchas cosas de los hombres, pero ellos aportan el dinero. y ese dinero se utiliza para los gas— tos familiares.

—Tú te habrías llevado mejor con Martin que yo —dijo Ellie—. Sin embargo, según Martin, él se hacía cargo de los gastos familiares. De vez en cuando, tocaba con un grupo. Entonces, se marchaba a algún lugar del que yo apenas había oído hablar y se quedaba allí durante meses. El problema era que el dinero que ganaba lo gastaba en equipo electrónico. Teníamos en el salón cuatro altavoces dentro de los cuales se podía vivir. Nuestro mobiliario consistía en cuatro sillas destartaladas y ninguna mesa porque no había espacio, pero teníamos unos altavoces que habrían despertado la envidia de los Rolling Stones. Martin decía que todo lo que compraba era una inversión para nuestro futuro.

—¡No lo soporto! —exclamó Madison—. ¿Qué nos ocurre a las mujeres que nos emparejamos con hombres como éstos? Ayer por la noche os hablé de Roger y, ahora, este individuo...

Madison se calló, como si no se le ocurriera ninguna palabra lo bastante horrible para definir a Martin Gilmore.

Ellie se encogió de hombros. —,—Cuando has superado una situación insoportable, nunca consigues que los demás comprendan por qué la toleraste. Yo misma no lo comprendo. Cuando vivía aquella experiencia, no me la cuestionaba. Simple— mente, era como era.

—Sin embargo, sabías que no era buena para ti, por eso escribiste sobre ti misma en una vida totalmente distinta —dijo Leslie.

Ellie le sonrió con calidez.

—¡Exacto! Esto es lo que hice. Aunque entonces no sabía por qué escribía. Escribía por el placer de escribir. En total, cinco libros.

—¿Y qué hiciste con tus libros? Ellie sonrió.

—Ya sabéis cómo la vida puede cambiar en un instante.

—Desde luego —dijo Madison—. Roger me telefoneó y me dijo que me necesitaba, de modo que dejé Nueva York y me fui con él. Sólo fue necesaria una llamada telefónica.



Librodot

Ellie sonrió de nuevo.

—En mi caso se trató de una visita al dentista. En la sala de espera encontré un ejemplar de una revista local. En la contraportada había un anuncio sobre un congreso de escritores que se celebraba a unos cien kilómetros al sur de donde vivíamos. Al final de la página, informaban de que los editores hablarían con los escritores sobre sus obras.

—De modo que asististe al congreso y se enamoraron de Jordan Neale —dijo Leslie mientras sonreía, como si hubiera escuchado el final feliz de un cuento de hadas.

Ellie soltó una carcajada.

—No fue exactamente así. ¿Os he comentado que no aprendí a escribir a máquina hasta después de que publicaran mis novelas?

—¿De modo que pagaste a alguien para que las mecanografiara? —preguntó Leslie, intrigada.

—¿Y cómo iba a pagarle? —replicó Ellie—. Si Martin lo hubiera des—cubierto…

—Te habría menospreciado hasta que quemaras todo lo que habías escrito —dijo Madison con suavidad—. Pero de una forma cariñosa, desde luego. Por ejemplo, habría dicho: «¿Estás segura de que quieres que alguien más lea lo que has escrito, cariño?»

—En efecto —dijo Ellie—. Así es. Maltrato verbal. La verdad es que en aquel momento no era consciente de todo esto. Jeanne me dijo que las mujeres que se encuentran en mi situación se convencen a sí mismas de que el hombre con el que están es bueno. Si percibieran la verdad, entonces…

—Entonces tendrían que hacer alguna cosa y esto las aterra. Después de todo, su pareja ha empleado toda su energía en hacerlas sentir ineptas e inadecuadas —terminó Madison.

—Sí —confirmó Ellie. y con aquel monosílabo lo expresó todo. —Entonces ¿cómo conseguiste que publicaran tus historias? —preguntó Leslie con exasperación.

Ellie se rió mientras miraba la taza de té, que estaba vacía. —Sobre todo, gracias a mi inocencia. Si hubiera tenido algún conocimiento sobre el mundo editorial, no lo habría intentado. Ni siquiera habría acudido ala cita con la editora. Más tarde, muchas personas me dijeron que no se podía hacer lo que yo hice, que tenía que tener un agente, que mi manuscrito tenía que ser de esta y de esta otra manera. Me dijeron que existían normas y que yo las había quebrantado todas.

Ellie levantó la vista y sonrió. —Pero ¿sabéis qué? El mundo editorial está tan necesitado de buenas historias como lo estamos los lectores. Mi editora me mataría si me oyera, pero si una historia es fabulosa, se puede entregar escrita con carbón sobre la corteza de un árbol y la editorial se encargará de todo lo demás.

—Sí, pero ¿cómo conseguiste que alguien leyera tus manuscritos la primera vez? —preguntó Madison—. A mí me molesta rellenar a mano los formularios de las compañías de seguros, de modo que no me imagino un libro entero escrito con bolígrafo.

—Tienes toda la razón. Si mi editora hubiera sabido de qué se trataba,

no me habría pedido que le enviara mis novelas. Veréis, Daria llegaba tarde. En general, siempre llega tarde, pero no por una razón cualquiera, sino porque tiene miles de cosas que hacer y sólo dispone de diez minutos. —Ellie sonrió—. Muchas veces le he dicho que mi carrera empezó porque ella llegaba tarde. En una ocasión, incluso le regalé un reloj de bolsillo.

Leslie y Madison la miraron sin comprender, de modo que Ellie explicó: —Ya sabéis, como el conejo blanco de *Alicia en el país de las maravillas* «Llego tarde. Llego tarde», decía el conejo. Las dos mujeres sonrieron, pero Ellie se dio cuenta de que, en realidad, querían que les hablara de su libro.

—De acuerdo, pero si sé lo que ocurrió es porque Daria y yo nos hicimos amigas y me contó todo tal como sucedió.

Durante unos instantes, Ellie permaneció en silencio. A continuación, sonrió y empezó a hablar. Había una mirada distante en sus ojos, una mirada de felicidad que sus amigas no habían visto antes. —Llego tarde — dijo Daria a Cheryl, su ayudante, la cual la había acompañado al congreso de escritores—. ¡Tengo que irme ahora mismo!

—¡Pero sólo queda una más y parece tan ilusionada! Lleva una carpeta enorme aplastada contra el pecho y parece muy asustada, como si la fueran a castigar si la descubrieran.

Durante unos instantes, Daria cerró los ojos con exasperación. Cheryl era nueva en aquel trabajo. Acababa de obtener la licenciatura en Literatura Inglesa en una universidad de prestigio.

—Todas parecen asustadas —dijo Daria con impaciencia a su ayudante.

Después pensó: «Hasta que ganan algo de dinero. Entonces...», pero no, no quería terminar aquel pensamiento. Llevaban tres días en el congreso y había escuchado, al menos, a cincuenta autores hablar de sus obras, pero nada de lo que había oído le había interesado. Uno tras otro, los en— vio a Cheryl para que recogieran hojas normalizadas de sugerencias sobre cómo conseguir que se publique una novela de ciencia ficción, una romántica, etcétera.

Daria volvió a mirar su reloj. No se trataba de llegar tarde ala peluquería, sino a una conferencia. Al final del pasillo, había una sala y cerca de trescientos aspirantes a escritor estaban allí sentados esperando a Daria, que debía contarles cómo conseguir que les publicaran sus obras y aparecer en las listas de superventas.

Desde luego, lo que Daria deseaba era levantarse, decirles que, si escribían un buen libro, se vendería solo, y volver a sentarse. Pero no, no podía permitírselo. Tenía que permanecer de pie y hablar durante treinta minutos sobre márgenes y sobre la cantidad de dinero que su editorial estaría dispuesta a pagar como anticipo por un libro nuevo de un autor desconocido.

Daria miró a su entusiasta ayudante. ¿Era en realidad una buena persona, o pretendía que Daria hiciera lo que ella quería por medio de una estrategia combinada de pasividad e iniciativa?

Fuera lo que fuese, no le importaba, pensó Daria mientras suspiraba. — Cinco minutos —le dijo a Cheryl y, a continuación, intentó parecer una persona severa, un verdadero jefe. Con una sonrisa radiante, Cheryl sacó la cabeza por la puerta y dijo: —Ya puedes entrar.



Librodot

Inmediatamente, una joven bajita y delgada que, realmente, parecía asustada, entró.

—No quisiera robarle su tiempo —se disculpó de una forma insegura. —Está bien —dijo Daria con tanta paciencia como pudo reunir—.

¿Has escrito un libro? —Bueno... eso creo. Quiero decir que, en realidad, no soy escritora, pero tenía unas cuantas ideas, de modo que las escribí. Estoy segura de que no valen nada, aunque, quizá le gusten a alguien. O quizá sólo guste una de ellas, no sé.

Daria realmente tuvo que esforzarse para seguir sonriendo. «Otra de ésas», pensó.

Algunos escritores se sobrevaloraban, se presentaban como una ola gigante que rompía en tu rostro y te decían que, gracias a su magnífica obra, la editorial sería conocida en todo el mundo.

Por otro lado, había escritores que, como aquella mujer… Daria miró su etiqueta de identificación, pero sólo pudo leer el apellido, Gilmore. El nombre de pila quedaba oculto detrás de la carpeta azul que sostenía con fuerza contra su pecho, hasta el punto de que la sangre no le circulaba por los dedos.

—Señora Gilmore —dijo Daria—. ¿Puedo ser sincera con usted? Tengo que dar una conferencia y llego tarde.

De inmediato, como si obedeciera una orden, aquella mujer dio un paso atrás y empezó a disculparse.

—Lo siento muchísimo. No la sabía. Nadie me dijo nada. Tenía una cita con usted ala una y...

Daria sabía que eran las dos y media, la cual significaba que aquella mujer había permanecido sentada en el pasillo ala espera de aquel momento durante… En fin, por su experiencia, Daria sabía que era muy probable que aquella mujer llevara esperando toda su vida para entregar su original aun editor de Nueva York.

Daria no pudo soportar más el sentimiento de culpa. Mientras recogía sus cosas, le tendió a la mujer su tarjeta.

—Tenga, envíeme la que tenga a Nueva York. Mándemelo a mi atención personal y yo me ocuparé de su obra. ¿Qué le parece?

—ES usted muy generosa —respondió la mujer mientras miraba la tarjeta como si se tratara de la llave que abría la puerta del cielo.

Al salir, y para sentirse menos culpable, Daria le dio un pequeño apretón en el hombro, y se marchó prácticamente corriendo.

Cheryl entró riendo en el despacho de Daria. —Nunca adivinarás lo que acaba de llegar por correo. —No me lo puedo imaginar —contestó Daria en tono distraído mientras buscaba entre el montón de papeles de su mesa las cincuenta páginas del original que acababa de corregir.

Tenía que ponerlas en su maletín y llevárselas a casa. Por desgracia, aquella noche tenía una cena con algunos de los jefazos de la editorial, lo cual significaba que tendría que trabajar hasta medianoche para ponerse al día. Tenía tres, sí, nada menos que tres libros en los que estaba trabajando

con intensidad. La edición de los libros ya estaba programada y, por una u otra razón, los autores no habían entregado los originales a tiempo, de modo que Daria tenía que hacer la labor de un año en unas semanas.

¿Recuerdas la conferencia de escritores de la semana pasada y la cita con la última de las escritoras? Le dijiste que te enviara lo que había escrito a tu atención personal. ¿Te acuerdas? Daria levantó la cabeza. En aquel momento estaba muy estresada, de modo que tuvo que morderse la lengua para no decirle que, si algo había salido mal, era su responsabilidad, no la de ella. Sin embargo, Daria no le dijo lo que pensaba.

—Me acuerdo. ¿Qué ocurre con ella? —Si no recuerdo mal, le dijiste que te enviara lo que tuviera. —Así es —corroboró Daria con impaciencia.

No tenía tiempo para jugar a las adivinanzas. Si no se daba prisa, llegaría tarde a la cena, algo que no se hacía con el editor en jefe y el CEO.

—Te obedeció al pie de la letra —continuó Cheryl sin poder contener su alborozo—. Te ha enviado un paquete que es... Espera, aquí está. Le pedí a Bobby, del departamento de correo, que lo subiera. i Tienes que ver esto!

Para fastidio de Daria, el muchacho del departamento de correo dejó caer un paquete de unos noventa centímetros de alto sobre su escritorio, que ya estaba atiborrado de papeles. Daria tuvo que contar hasta diez para no soltar, con brusquedad, que no tenía tiempo para aquello.

—¡Son cinco novelas! y todas escritas a mano! —exclamó Cheryl como si se tratara del mejor chiste del mundo.

Daria esbozó una leve y tensa sonrisa. Todo era nuevo para Cheryl, incluso los originales manuscritos. Sin embargo, Daria llevaba mucho tiempo en el mundo editorial y había visto muchos libros escritos a mano.

—Devuélveselos —dijo Daria—. Dile que nuestra política respecto a los originales manuscritos...

Sin embargo, antes de que pudiera terminar la frase, el teléfono de la mesa de Cheryl sonó y ella corrió a descolgarlo. Bobby, que sin duda temía que le pidieran que volviera a empaquetar aquel montón de papeles, desapareció como si se tratara de un genio que regresara a su lámpara.

«Uno, dos, tres...», contó Daria en un intento por tranquilizar sus nervios, que ya estaban bastante crispados. El original que necesitaba con urgencia para aquella noche estaba debajo de aquel montón monstruoso de papel. y Daria temía que, si lo tocaba, se derrumbaría y los noventa centímetros de papel manuscrito se esparcirían por todas partes. Entonces, durante los diez años siguientes, iría encontrando hojas escritas a mano por toda la oficina.

—¡Cheryl! —llamó Daria a través de la puerta abierta.

Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta. Entonces, le pareció ver que las páginas que necesitaba sobresalían por debajo del enorme montón de hojas manuscritas. Quizá..., si tuviera mucho cuidado...

Daria se inclinó sobre el montón de papeles con la nariz prácticamente pegada a la primera hoja del original manuscrito. La letra era muy clara.

«Max se volvió hacia mí y preguntó: " ¿Qué hay para comer?" Entonces supe que había llegado el momento de investigar otro asesinato», leyó Daria.



Librodot

A continuación, Daria sonrió.

«Ama de casa aburrida se convierte en detective», pensó, y leyó la frase siguiente.

Diez minutos más tarde, Cheryl regresó a la oficina de Daria mientras continuaba riendo.

—Llamaré a Bobby para que se lleve todo esto. Sólo quería que vieras… —¡Lárgate! —exclamó Daria mientras leía la décima página del manuscrito.

—Pero…

—¡Lárgate! —repitió Daria en voz más alta mientras daba la vuelta a la página—y cierra la puerta cuando salgas.

Cheryl no dijo nada más, salió de puntillas de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Media hora más tarde, el teléfono sonó y Daria, sin levantar la vista, presionó el botón que interrumpía la llamada. Y, cuando volvió a sonar, deslizó la clavija lateral que silenciaba el timbre.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, una airada editora jefe entró como una tempestad en la oficina de Daria. —¡Será mejor que tengas una buena razón para lo de anoche! Me pasé la velada inventando excusas en tu nombre.

La editora jefe se interrumpió cuando vio la expresión de Daria, Había trabajado en el mundo editorial durante mucho, mucho tiempo y conocía aquella mirada. Se trataba de lo que ella llamaba «La mirada del santo grial», Surgía cuando un editor conseguía realizar aquello para lo que se había convertido en editor. Aquella mirada no tenía nada que ver con el dinero ni con las últimas exigencias de un autor mimado. No, aquella mirada significaba que el editor acababa de leer una buena novela. Lo más sagrado del mundo editorial: una buena novela. :

De inmediato, la editora jefe dejó de regañar a Daria. Aquélla era la mejor excusa, la única excusa realmente aceptable que existía.

—¿Cuántos? —preguntó la editora jefe con suavidad. No podía estar segura con las editoras. A veces, se enamoraban de libros que no tenían ningún valor comercial.

—Al menos, un millón de ejemplares con tapa dura —respondió Daria refiriéndose a la tirada. Luego bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. y hay cinco libros completos, y otros tres en proyecto.

Durante un momento, la editora jefe parpadeó.

—¿Necesitas alguna cosa? ¿Unos bollos? ¿Un zumo? ¿Café? ¿Sacos repletos de dinero para enviar al autor?

—Una mecanógrafa.

—Te enviaré a cinco —repuso la editora jefe y, a continuación, salió de la oficina. Cuando hubo recorrido la mitad del pasillo, soltó un grito de alegría.

CAPÍTULO 15

Durante unos instantes, Leslie y Madison permanecieron en silencio. Aunque Madison no había leído ninguna de las novelas de Ellie, estaba vi.— va, y por lo tanto había oído hablar de ellas. La primera se publicó unos seis o siete años después de su primer encuentro en Nueva York, más o me— nos en 1987, y había arrasado por todo el país. Madison recordaba que, durante meses, sus compañeras de trabajo no habían hablado de otra cosa. Les encantaba Max, el héroe imperfecto, pero, sobre todo, les encanta— ha la fabulosa heroína, Jordan Neale, muy hábil para meterse en cualquier lío y salir de él.

«Cuando leo su historia, siento como si se tratara de mí misma», exclamó, en una ocasión, una de las compañeras de trabajo de Madison.

Madison siempre quiso leer una de aquellas novelas, pero nunca tuvo tiempo. Aunque después de divorciarse de Roger no quiso tener nada que ver con el mundo de la Medicina, todavía pasaba la mayor parte de las noches leyendo libros y revistas médicos. Sin embargo, trataban más bien sobre animales que sobre personas, pero esto a ella no le importaba.

Era consciente de la creciente popularidad de las novelas románticas y de intriga de Jordan Neale. Cuando se publicó el segundo libro, sus compañeras lo leían por debajo de la mesa. Un día, un golden retriever se tragó una grapa porque una de sus compañeras estaba tan enfrascada leyendo la última novela de Alexandria Farrell que ni siquiera vio al perro. El doctor Parkhurst, el veterinario, dijo que aquella mujer debía sentirse afortunada porque el perro no tuviera la rabia. «Habría valido la pena», respondió la mujer mientras apretaba el libro contra su pecho.

Cuando Madison supo el tipo de hombre con el que Ellie había estado casada, no pudo imaginar cuál fue su reacción ante el éxito de Ellie.

—¡Qué historia tan maravillosa! —exclamó Leslie.

Madison frunció el entrecejo *y* dio una honda chupada al cigarrillo. —¿Y él qué dijo sobre tu éxito?

—Lo pasó mal—respondió Ellie mientras levantaba los brazos en señal de desespero—. Me dijo que se alegraba de que a uno de nosotros le hubieran «concedido» el éxito. No puedo describir lo culpable que me hizo sentir. Durante años, sólo habíamos hablado de cómo Martin iba a poner el mundo a sus pies, de cómo iba a alcanzar la fama, sin embargo, yo estaba consiguiendo todo lo que él siempre quiso. Me hizo sentir muy mal, fatal. No pude disfrutar del éxito porque me inculcó la idea de que todo lo que conseguía era a costa suya.

Ellie respiró hondo para tranquilizarse.

—Entonces hice todo lo que pude para que sintiera que mi éxito también era suyo. Le dediqué todos los libros. En todas las entrevistas, declaré que él era mi inspiración. Y, desde luego, le entregué todo el dinero que gané para que lo administrara. Sin embargo, él no lo administró. Yo negocié todos los contratos, tomé todas las decisiones sobre las inversiones y fundé una sociedad. Lo hice todo, *y* tuve que hacerlo sola. Mientras tanto, Martin se gastaba el dinero.. Pero entre nosotros *y* ante los demás hacíamos ver que él era el administrador. En aquel momento no lo hice de una forma

consciente, pero en el fondo esperaba que si él creía que controlaba el dinero, sentiría que era tanto suyo como mío y…

Ellie bajó la voz *y* se miró las manos. Pero nada satisface a los hombres como él —declaró Madison—. Nada de lo que podamos hacer es suficiente para ellos. Roger se sentía amenazado por todo lo que yo conseguía. Durante el divorcio, varias personas, incluida la doctora Oliver, declararon que Roger no habría vuelto a caminar de no ser por mí, pero Roger dijo que habría andado antes si yo no lo hubiera hundido.

—Exacto —dijo Ellie mientras levantaba la vista—. Cuanto más éxito tenía yo, más me menospreciaba Martin. Y lo hacía de tal modo que, realmente, me afectaba. Me dijo que le había impedido ser músico, que si no se hubiera ido de Nueva York por mí, habría llegado a ser alguien. Me dijo que me había cedido todo el éxito y que yo lo había obligado a renunciar al único sueño que había tenido nunca. Yo hablé con él un día tras otro e intenté que reconociera que la realidad era otra. Me pasé horas enteras *explicándole* que *habla abandonado la pintura y Nueva York porque él* quería ir a Los Ángeles y convertirse en músico. Sin embargo, dijera lo que dijera, Martin recordaba algo distinto. Según él, dejé de pintar porque no era muy buena pintando y él abandonó lo que podría haber sido un futuro estupendo en Nueva York porque yo le dije que necesitaba más sol en mi vida.

Ellie tomó aire para tranquilizarse. —Aguanté todo lo que pude. Llegó un momento en el que ya no me importaba si lo que recordábamos coincidía. Además estaba indignada por todo el dinero mío que Martin gastaba. Compramos una casa grande y bonita con un estudio de grabación en la parte trasera, pero, después de llenarlo con un equipo de música completo, Martin atiborró la casa con altavoces y cajas de focos. Y cuando la casa estuvo hasta los topes con sus aparatos, Martin dijo que teníamos que comprar una más grande; una con un estudio de grabación cuatro veces mayor que el que teníamos. Y mientras compraba y compraba, se quejaba de que yo no ganaba suficiente dinero ni con la suficiente rapidez. Cuando ya no aguanté más, pedí el divorcio.

Ellie tuvo que hacer una pausa.

—Entonces, en la sala de juicios, descubrí que el juez apoyaba a mi esposo —dijo con suavidad—. Martin aportó ejemplares de mis libros y las entrevistas que yo había concedido como prueba de que él había participado con intensidad en mi trabajo. Y el juez creyó todas las palabras que Martin dijo. El juez le comunicó a mi abogado que se trataba de un caso de bienes gananciales, de modo que Martin era tan propietario de mis libros como yo. Entonces ¿por qué debía controlarlos yo y no él? Y con la palabra «controlarlos» me refiero a que Martin podía añadir matices pornográficos a mis novelas, decidir que no se imprimieran más ejemplares y, en fin, cualquier cosa que se le ocurriera.

Ellie tuvo que volver a respirar hondo antes de continuar.

—Al final, para poder disponer del control sobre mis libros, acepté entregar a Martin todo el dinero que había ganado y todas las cosas que habíamos comprado con la venta de mis libros. Además, tengo que mantenerlo de por vida. Con generosidad.

—Bromeas —comentó Madison.

—No, no hago bromas sobre esta cuestión. Él ha conseguido su premio. Incluso tengo que pagar una cuantiosa póliza de vida que Martin cobrará si me arruino o fallezco.

Ellie se calló, pero ni a Leslie ni a Madison se les ocurrió nada que decir. ¿Acaso las personas que habían ganado tanto dinero como Ellie, no tenían todo el poder en un divorcio? ¿Acaso no vencía siempre el dinero?

Por fin, Leslie rompió el pesimismo que se había apoderado de ellas. —¿Qué os parece si nos olvidamos de nuestros problemas durante un par de horas y visitamos el pueblo? Podríamos comprarnos regalos de cumpleaños las unas a las otras. ¿Alguna de vosotras quiere algo concreto para la gran fecha?

—¿Un nuevo comienzo? —sugirió Madison.

—¡Hummm! —exclamó Ellie—. Yo sólo quiero venganza. ¡No! En realidad, querría justicia.

—Creo que he visto ambos artículos en la pequeña tienda de la esquina. Ya sabes, la que está al lado de la pescadería.

Durante un segundo Ellie y Madison la miraron perplejas, pero después sonrieron.

—De acuerdo —aceptó Ellie—. Sé cuándo he perdido a mi audiencia. De hecho, creo que vi. una lámpara con forma de cocodrilo en un escaparate y mi editora colecciona objetos que representan a ese animal.

—En ese caso, una vez conocí a un tipo en Fort Lauderdale al que le gustaría —dijo Madison con una sonrisa.

Después se levantó y apartó la silla.

—Todo esto me recuerda la trama de la última novela que mi editora ha rechazado —.comentó Ellie mientras, también ella, se levantaba.

Ellie miró a través de la ventana de la cocina y pensó que se sentía mucho más ligera. Quizás el hecho de contar lo que le había sucedido la liberaba de una parte de la amargura que sentía por la injusticia que sufrió. Desde luego, se lo había contado todo a Jeanne, pero, de algún modo, hablar con alguien a quien le pagabas ciento cincuenta dólares a la hora no era tan satisfactorio como hacerlo con aquellas dos viejas amigas.

—Iré de compras con vosotras, pero con una condición —dijo Leslie. Madison y Ellie se dieron la vuelta y vieron que Leslie las miraba con fijeza y con las manos en las caderas.

—¿Qué condición? —preguntaron al unísono.

—Que nadie, y quiero decir nadie, me pida que haga una exposición íntima ya fondo de mi matrimonio.

Ellie miró a Madison.

—Siempre tiene que ganar, ¿no es cierto?

—Hummm —murmuró Madison mientras sonreía a Leslie—. y ¿como reaccionaste cuando tu esposo se adueñó del cenador del jardín que habías reconstruido?

—Mientras estaba embarazada —subrayó Ellie—, no te olvides de este detalle.



Librodot

Leslie entrecerró los ojos.

—La que vuelva a hablar sobre mí, lavará los platos esta noche. —¡Cocodrilos! —exclamó Ellie—. Esto es lo único que va a ocupar mi mente.

—¿Hay algo que hacer en este pueblo? —preguntó Madison—. Me refiero a que, si Ellie y yo ya hemos contado nuestra historia y la gran cocinera, aquí presente, no quiere contar la suya, ¿qué vamos a hacer durante los próximos dos días?

Leslie sonrió, cogió del brazo a las dos mujeres y las condujo a la puerta principal.

—¿Qué tal si conociéramos a tres capitanes de barco llamados Josiah y viviéramos una loca aventura con ellos?

—¡Cuenta conmigo! —exclamó Ellie de inmediato mientras se echaba a reír.

Era la primera vez que tenía un pensamiento desenfadado acerca del sexo desde hacía tres años.

—¡Yo también me apunto! —exclamó Madison y salieron de la casa mientras reían a carcajadas.

Segunda parte



Librodot

CAPÍTULO 16

Al final decidieron separarse para explorar el pueblo y reunirse de nuevo para comer.

—De esta forma quizá podamos hablar de otras cosas además de la parte desgraciada de nuestras vidas —dijo Leslie.

Todas estuvieron de acuerdo porque querían estar solas para comprar los regalos de cumpleaños de las otras dos. Decidieron reunirse de nuevo a la una, en The Wharf, y se retaron a comer los tipos más extraños de marisco de la carta.

Leslie se dirigió a una tienda de libros usados que había visto al final de un pequeño callejón. Esperaba que Ellie no se hubiera fijado en aquella tiendecilla. «¿Qué se le podía regalar a una persona mundialmente famosa?», pensó mientras exhalaba un suspiro.

Todavía se formulaba aquella pregunta cuando entró en la librería. Cerró la puerta tras ella y le pareció que había entrado en otro tiempo y otro espacio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías atiborradas de libros, y también los había por todas partes, sobre las sillas, en el suelo, y encima y debajo de las mesillas. Las cortinas estaban corridas para proteger los libros que estaban apilados delante de los escaparates. Había unas cuantas lámparas de techo y un par de apliques que, si Leslie no estaba equivocada, eran antiguos y muy valiosos.

—¿Puedo ayudarla? —dijo una persona de edad.

Los ojos de Leslie tardaron un rato en acostumbrarse a la tenue luz de la tienda. A continuación, vio a un hombre mayor y tan delgado que podía considerarse escuálido, pero tenía el cabello espeso y cano y un pone estirado, y Leslie dedujo que, en su época, debió de ser un rompecorazones. Algo en él la hacía sentirse... guapa y, comparada con él, era realmente joven.

Leslie le sonrió de una forma radiante.

—Estoy buscando regalos para dos amigas mías. Ambas cumplen años mañana.

Aquel hombre era más bajito que Leslie, pero ella tenía la sensación de que ninguna mujer se había sentido incómoda junto a él, a causa de la altura, nunca.

—¿Puede contarme algo sobre ellas? ¿Qué les gusta?

—En realidad no las conozco... —Leslie se interrumpió. ¿Acaso iba a decir que no las conocía muy bien? Después de lo que le habían contado durante las últimas veinticuatro horas, aquello no era exacto.

—Curación —se oyó decir Leslie—. Una de ellas está interesada en todo lo relacionado con la medicina y la otra... —Leslie titubeó. ¿En qué estaba interesada Ellie? Si se hubiera tratado de otra persona, Leslie le habría comprado un libro sobre meditación para mujeres, algo que la tranquilizara y la ayudara a liberarse de la rabia. Sin embargo, pensó que Ellie se burlaría de un libro así.

Leslie esbozó una ligera sonrisa.

—Supongo que no tendrá nada para alguien que desea venganza, sino es así?

El hombre le devolvió la sonrisa, como si su petición no fuera nada extraordinaria.

—Es posible —respondió. Se dio la vuelta y caminó entre los montones de libros hacia la parte trasera de la tienda.

Cuando Leslie lo alcanzó, el hombrecillo estaba delante de un mueble y le tendía un libro. Leslie estaba segura de que el mueble era de Chippendale, y era auténtico, no una reproducción.

Leslie cogió el libro y leyó el título: *Una vida de romanticismo.* A continuación, intrigada, hojeó la obra. ¿Qué tenía aquello que ver con la venganza o con la medicina? , se preguntó. Sin embargo, cuando levantó la mirada, el hombre se había ido y ella estaba sola en la parte trasera de la librería.

*Una vida de romanticismo,* leyó en voz alta mientras sostenía el pequeño libro en las manos. La cubierta era de color verde, pero no tenía sobrecubierta y parecía antigua. La cortina de la ventana que había detrás de Leslie estaba un poco descorrida, y un rayo de sol entraba en la habitación. Unas motas de polvo se veían flotar en el aire. El título del libro hizo que Leslie se acordara de su propia vida y de que su esposo tenía una aventura con su joven ayudante. Entonces reflexionó sobre lo que debería hacer si decidía enfrentarse a aquella situación. ¿Tendría que separarse de su esposo? ¿O lo correcto sería echarlo de la casa que había llegado a querer tanto como ella? Las palabras de Rebecca sobre el hecho de que la familia lo iba a perder todo porque ella no luchaba, acudieron a su mente. En aquel momento deseó estar con sus dos amigas. Al menos, si escuchaba sus problemas, no se acordaba de los propios. O, aunque no los olvidara, los dejaba a un lado durante un tiempo. Quizá se tratara de un sentimiento egoísta, pero Leslie pensó que sus problemas eran peores que los de sus amigas. Ellas no estaban atadas por las cadenas del amor. A ellas las atormentaba lo que les habían hecho dos hombres horribles, pero, al menos, no estaban unidas a ellos por aquella palabra tan usada: amor. Era evidente que Ellie ya no estaba enamorada de su ex esposo, y Madison tampoco. Sin embargo, Leslie estaba tan enamorada de Alan como el día en que lo conoció. Cuando era joven, ya sabía lo que le pasaría si se casaba con un hombre al que amara tanto como amaba a Alan. Y aquel conocimiento hizo que rompiera con él. Incluso lo dejó plantado para que se enfadara con ella e impedir, así, que le permitiera volver si cambiaba de opinión. En aquel momento, ella no lo planeó de una forma consciente, pero, después, con la sabiduría de los años, se había dado cuenta de que lo humilló públicamente para no poder volver con él. Pero lo hizo. Se fue a Nueva York y descubrió que quizás en Columbus la consideraban una estupenda bailarina pero que en Nueva York carecía de lo necesario para convertirse en una profesional. No tenía el entusiasmo ni el talento precisos. De modo que regresó a su hogar, a Alan, y se casaron como si nada hubiera ocurrido. Y tenía que reconocerlo, en todos aquellos años, Alan nunca le echó en cara lo que le había hecho. A pesar de todo, Leslie se había sentido culpable todo el tiempo «¿Por qué no le plantas cara? —le preguntaba, con frecuencia, su madre— «¿De qué tienes miedo?»

A Leslie le habría gustado gritarle: « Tengo miedo de perderlo. He comprobado lo que es la vida sin Alan y no quiero vivirla así.»

Sin embargo, estaba convencida de que su vida con Alan había terminado. Era sólo cuestión de tiempo.

Llevaba varios minutos en el mismo lugar con el libro en la mano. Lo abrió por la primera página y leyó: «Nunca me casé porque sabía que el amor me encadenaría y, por encima de todo, quería ser libre.»

Cerró el libro de golpe. Lo que acababa de leer se parecía demasiado a su propia vida. Volvió la cabeza hacia la parte delantera de la tienda. Entonces oyó el tintineo de la campanilla que colgaba junto a la puerta y supo que otros clientes habían entrado. ¿Cómo lo había sabido aquel hombre? , se preguntó. No, no podía saberlo.

Leslie oyó a los otros clientes hablar en voz baja en la otra habitación. La verdad era que no podía atravesar la tienda y decirle al librero: «Le dije que buscaba algo sobre medicina y venganza, que es lo que a mis amigas les interesa. De modo que, ¿por qué me ha dado...?» «¿Por qué me ha dado lo que yo necesito?», pensó Leslie. Esperó unos minutos a que las otras personas se fueran. Las oía reír, de modo que no creía que quisieran pasar mucho tiempo en una librería vieja y sucia. Pero, después de un tiempo, todavía seguían allí, de modo que Leslie miró a su alrededor. En una esquina, debajo de un montón de libros que debía de medir unos cuarenta centímetros de alto, había una vieja silla de madera con un cojín desgastado encima del asiento. Leslie sacó los libros y se sentó. No sabía por qué no cruzaba la tienda y se marchaba, pero, de alguna manera, no podía hacerlo. Todavía no.

Leslie abrió el libro y empezó a leer. —¿Qué has comprado? —preguntó Ellie a Leslie. Estaban sentadas a una larga mesa de madera en el restaurante The Wharf, y tenían delante media docena de fuentes con comida. Al final, habían decidido no probar los erizos de mar. «Cualquier cosa, si se fríe, no está tan mala», había dicho Ellie, de modo que tenían tres fuentes de gran tamaño llenas de marisco frito sobre la mesa, y otras tres llenas de ensalada, patatas y maíz.

Madison y Ellie habían mostrado sus compras mientras esperaban la comida. Madison llevaba tres bolsas llenas de juguetes para los hijos de sus amigas.

—Soy la madrina de Erskine —dijo con una sonrisa—. Es una norma en la ciudad que, cuando un niño nace, la pura y casta Madison debe ser la madrina.

—Probablemente esperan que regales a sus hijos belleza, como la que tú tienes —dijo Leslie.

A continuación, Madison se echó a reír, como quitando importancia a lo que Leslie había dicho, pero se sonrojó de placer.

Ellie había comprado la lámpara de forma de cocodrilo y «un par de cosas que nadie puede ver hasta mañana», dijo con una sonrisa.

Leslie era la única que no tenía bolsas llenas de regalos. Tendría que haber comprado algo para ellas, para sus hijos y para Alan. «¿Y para Bambi?», pensó. Entonces miró a sus amigas, que esperaban que les

enseñara lo que había en el interior de la única bolsa que llevaba. ,.! —Lo siento —dijo—. Entré en una tiendecilla de libros de segunda mano con la mejor intención, pero... I —Encontraste un viejo libro muy interesante y te has pasado toda la mañana leyéndolo —terminó Ellie. ¡Leslie se echó a reír. !

, —¿Cómo lo has sabido? —preguntó en tono de burla. —Gajes del oficio. Y, ¿lo has comprado? —Así es —respondió Leslie.

No dijo nada más, pero Ellie insistió. —¿Vas a hablarnos sobre él?

Leslie cogió la bolsa del suelo.

En la tienda, cuando, por fin, se dirigió a la caja, el librero no le comentó nada sobre el hecho de que se hubiera pasado tres horas en la parte trasera. Resultaba obvio que no era el tipo de persona que colgaba letreros indicando: «Prohibido curiosear.» Simplemente le sonrió, borró el ridículo precio de tres dólares que figuraba en la portada del libro y le dijo que esperaba que lo disfrutara.

Leslie abrió la pequeña bolsa de papel marrón y puso el libro sobre la mesa.

—Trata sobre una mujer de la época victoriana que viajó por todo el mundo —explicó Leslie—. Tuvo varios amantes, pero sólo un amor duradero. Estaba enamorada de un hombre con el que estuvo comprometida cuando tenía dieciocho años, pero lo abandonó para viajar por el mundo sola.

—Se parece a ti —dijo Ellie mientras cogía el libro. —No exactamente — replicó Leslie con rapidez. y deseó que no se le notara que ya había pensado en aquella coincidencia—. Yo lo dejé, pero volví a su lado.

—¿Lo volverías a hacer? —preguntó Madison mientras se llevaba algo frito a la boca.

La verdad es que comía más que Ellie y Leslie juntas. —Quieres decir, ¿dejar a Alan?

—No, volver a su lado. Si pudieras volver atrás, ¿dejarías Nueva York y volverías con tu antiguo novio?

Leslie sonrió.

—Digamos que Nueva York no iba a abrir las puertas a una bailarina de mi nivel. Y nunca fui hábil en ninguna otra cosa.

—Lo mismo me ocurrió a mí mientras estudiaba en la escuela de pintura —dijo Ellie—. En Nueva York, vivía, respiraba y comía para la pintura. El arte la era todo para mí, pero mirad me ahora. —Estaba apunto de comerse una almeja frita, pero la dejó, de nuevo, en la fuente—. Quizás he hecho una mala elección de palabras. No me miréis ahora, sino ha— ce cuatro años.

—¿Quieres decir cuando estabas casada con un hombre que enfermó de celos por tu éxito? —preguntó Madison mientras cogía la almeja que Ellie había desechado.

Ellie miró a Leslie.

—Tiene una vena de pura maldad, ¿no es cierto?

Leslie no respondió a ninguna de las dos preguntas, ni a la personal que Madison le había formulado ni ala retórica de Ellie.

—¿Y tú? —preguntó a Madison—. Si pudieras volver atrás, ¿qué harías¡Antes de que Madison pudiera responder, Ellie preguntó:

—¿Con o sin conocimiento de lo que ha ocurrido desde entonces? —¿Qué quieres decir? —preguntó Leslie.

—Si, de repente, y de un modo imaginario, claro, te transportaran al pasado y te ocurriera lo mismo que te ocurrió entonces, es probable que tu reacción fuera la misma. A menos que supieras algo más.

Madison arqueó las cejas.

—Entonces, ¿lo que me preguntas es si respondería a la llamada de Roger, escucharía sus súplicas para que regresara a Montana y lo cuidaría hasta que se recuperara aun sabiendo cómo se desarrolló todo?

—Exacto, esto es lo que te pregunto —respondió Ellie—. De hecho, ésa fue tu pregunta original.

—Déjame reflexionar —dijo Madison con sarcasmo—. Roger o una vida. Madison levantó las palmas de las manos como si se tratara de una balanza—. Roger…, la vida… ¡Hummm! ¿Qué debería escoger?

Leslie se echó a reír.

—Para vosotras es fácil. Ya sabéis qué decisión tomaríais. Madison se quedaría en Nueva York y se convertiría en una supermodelo antes de que las supermodelos se inventaran. Y Ellie se pondría a escribir porque sabría que en esto radica su verdadero talento. Sin embargo, yo… ¿Qué alternativa tendría?

—Conocer a otros hombres aparte de Alan —respondió Ellie de inmediato—. Ni siquiera sabes lo que hay ahí fuera.

—Roger y Martin —replicó Leslie con rapidez. Ellie soltó una carcajada.

—Tienes razón.

Madison pinchó, con el tenedor, un montón de ensalada. —No todos los hombres son malos —dijo en voz baja—. Thomas no lo era.

El modo en que dijo «era» hizo que las otras dos mujeres se quedaran sin habla pues recordaron que había muerto.

Madison levantó la vista hacia Leslie. —Yo encontraría a Thomas —dijo. Sus amigas la miraron con sorpresa y ella les lanzó una mirada ofendida—. ¡No a través de una sesión de espiritismo! Creí que hablábamos de tener una segunda oportunidad. Si pudiera regresar a…, digamos el día en que las tres nos conocimos y supiera lo que sé ahora, haría lo posible por encontrar a Thomas. No creo que entonces estuviera estudiando Medicina, pero quizá…

La voz de Madison se fue apagando y ella bajó la vista hacia su plato. Su relato sobre la forma en que había dedicado su vida aun hombre despreciable y, como resultado, había perdido al hombre que amaba flotaba en el ambiente como un olor repugnante. Junto al plato de Madison había una pequeña rana de madera que croaba cuando se tiraba de la cuerda que pendía de ella. Aquel juguete constituía un recuerdo de los hijos que Madison nunca tendría.

Leslie rompió el silencio. Cogió el libro que había comprado de encima de la mesa.

—Creo que me gustaría explorar otras alternativas —dijo en voz baja. —¿Te gustaría pasar la Semana Santa con aquel chico rico, el que quizás algún día llegará a ser presidente?

—Sí —respondió Leslie con firmeza—. Me gustaría.

—¿Qué es eso? —preguntó Madison con brusquedad. Leslie miró el libro, pues Madison lo señalaba.

—Es el libro que he comprado —respondió con extrañeza. —No. Me refiero a lo que sobresale de sus páginas.

Leslie dio la vuelta al libro y observó el extremo superior. Un trocito de papel sobresalía por aquel lado. Leslie abrió el libro y sacó el papel. Se trataba de una tarjeta de color crema en la que figuraba un texto grabado con una letra de estilo antiguo, como la que se utiliza en las placas de cobre.

*Futures, Inc.*

*¿Alguna vez ha deseado reescribir su pasado?*

*Madame Zoya puede ayudarle Calle de la Eternidad*

Leslie leyó la tarjeta, frunció el entrecejo y se la entregó a Madison. —No me imagino de qué se trata. No la vi. mientras leía el libro. Madison observó la tarjeta durante un momento y después la dejó Sobre la mesa. A continuación, abrió su bolso, sacó otra tarjeta y la dejó alta donde la de Leslie. Eran idénticas.

—Es extraño que tengamos la misma tarjeta —dijo Leslie—, pero supongo que esa señora sólo intenta potenciar su negocio. Debe de resultar difícil ganarse la vida en un pueblo como éste. Quizá...

Leslie se interrumpió porque Ellie sacó una tercera tarjeta idéntica a las otras dos y la colocó sobre la mesa.

CAPÍTULO 17

—Debe de ser una adivina —manifestó Madison mientras comía otra pieza de marisco frita.

—o una leedora de Tarot —dijo Ellie—. O, quizás, una persona que hace regresiones.

—¿A vidas pasadas? —preguntó Madison con las cejas arqueadas—. ¡Vaya, me encantaría descubrir que he hecho estupideces durante siglos! — Es probable que entonces también fueras una belleza. Quizá la cortesana favorita del rey —dijo Ellie.

—¿y por qué tendría que ser la cortesana y no la reina? —preguntó Madison—. ¿Por qué tengo que ser ilegal además de inmoral?

—En la vida real, las reinas nunca son guapas. Se las escoge por su linaje, no por su aspecto.

—¿Esto incluye a la princesa Diana? —soltó Madison.

—Ella no llegó a ser reina, ¿eh? —dijo Ellie mientras levantaba una ceja. —Pero esto no significa que…

—¡Vamos! —exclamó Leslie y, sin esperar una respuesta, empezó a recoger sus cosas.

—¿De regreso a la casa? —preguntó Ellie intrigada por la decisión súbita de Leslie.

Madison se inclinó hacia Ellie.

—Creo que quiere que vayamos a visitar a Madame Zoya.

—Debe de ser una adivina —manifestó Madison mientras comía otra pieza de marisco frita. —o una leedora de Tarot —dijo Ellie—. O, quizás, una persona que hace regresiones.

—¿A vidas pasadas? —preguntó Madison con las cejas arqueadas—. ¡Vaya, me encantaría descubrir que he hecho estupideces durante siglos! — Es probable que entonces también fueras una belleza. Quizá la cortesana favorita del rey —dijo Ellie.

—¿y por qué tendría que ser la cortesana y no la reina? —preguntó Madison—. ¿Por qué tengo que ser ilegal además de inmoral?

—En la vida real, las reinas nunca son guapas. Se las escoge por su linaje, no por su aspecto.

—¿Esto incluye a la princesa Diana? —soltó Madison.

—Ella no llegó a ser reina, ¿eh? —dijo Ellie mientras levantaba una ceja. —Pero esto no significa que…

—¡Vamos! —exclamó Leslie y, sin esperar una respuesta, empezó a re— coger sus cosas.

—¿De regreso a la casa? —preguntó Ellie intrigada por la decisión súbita de Leslie.

Madison se inclinó hacia Ellie.

—Creo que quiere que vayamos a visitar a Madame Zoya.

—¿Bromeas? —preguntó Ellie mientras la camarera se acercaba a la mesa.

—¿Puedo traerles alguna otra cosa? —preguntó la camarera mientras miraba directamente a Ellie.

Antes de que Ellie pudiera responder, Leslie dijo: —¿Sabes dónde está la calle de la Eternidad?

La muchacha empezó a recoger los platos de la mesa.

—No salgo mucho de aquí, pero venden mapas en la librería.

Durante un momento, las tres mujeres miraron a la muchacha con extrañeza.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó Leslie con suavidad. —Toda mi vida —respondió la muchacha—. ¿Están seguras de que no quieren un postre? Tenemos pastel de chocolate —dijo mientras miraba a Ellie.

Madison alargó el brazo para evitar que Ellie atacara físicamente a la camarera, la cual se limitó a sonreír y se marchó mientras dejaba la cuenta sobre la mesa.

—Si alguien le deja una propina superior a cinco centavos, la mato —murmuró Ellie.

Sin embargo, aquella muchacha la había hecho volver a la realidad. Aquellos dos días que había pasado con Leslie y Madison la habían hecho olvidar la razón por la que se había escondido durante los últimos tres años,

Leslie estaba de pie al otro lado de la mesa. El jersey y el bolso colgaban de su brazo y tenía el libro en una mano y la tarjeta en la otra, y miraba la tarjeta con atención.

Ellie se inclinó por encima de la mesa y le cogió la tarjeta.

—Cambiar el pasado —dijo—. Me gustaría regresar a la época anterior a cuando me engordé —manifestó con vehemencia. A continuación, devolvió la tarjeta a Leslie—. Busquemos esta dirección.

Las dos mujeres miraron a Madison.

—Supongo que no creeréis en esto, ¿no? Seguro que se trata de un en—gaño. Si alguien pudiera enviar a otras personas al pasado habría salido en el programa ó0 Minutos y yo no me he perdido ningún capítulo.

Luego se calló, pues esperaba que Leslie y Ellie sonrieran. A Madison no le gustaban las adivinas. Cuando era una adolescente, una adivina le leyó la mano y le habló del maravilloso futuro que le esperaba, el cual incluía cuatro hijos. Desde el divorcio, se había acordado varias veces de aquella charlatana.

—¿Por qué no vais vosotras dos? Yo... —empezó Madison. Pero la expresión de los rostros de Leslie y Ellie la hizo cambiar de opinión—. Está bien. ¿Qué puedo perder? Mi futuro no puede ser mucho peor que mi pasado.

—Sí que podría serlo —afirmó Ellie—. Podrías hacerte rica y famosa y que todas las personas que te conocen te dieran de lado porque decidieran que te has convertido en una esnob.

—o podrías ser elegida presidenta del Carnaval de tu ciudad y tener que recaudar el dinero necesario para la celebración e invertirlo —dijo Leslie.

—0... —continuó Ellie. Madison levantó la mano. —Me rindo. Vosotras ganáis. *y* ¿cómo encontramos la calle de la Eternidad?

—Creo que he visto un quiosco en algún lugar —afirmó Leslie. —Está más allá del supermercado. Me pregunto cuál será el número de suscriptores de los periódicos.

—Al menos veinticinco —dijo Madison con una sonrisa—, o sea unos dos más que en Erskine.

—¿Nos vamos? —preguntó Leslie con un tono de impaciencia en la voz.

—Yo me encargo de la cuenta —dijo Ellie con una pequeña sonrisa maliciosa en el rostro.

Cinco minutos más tarde, las tres mujeres recorrían la calle principal camino del quiosco. Sin embargo, antes de andar cuatro manzanas, vieron un letrero en el que se leía: CALLE DE LA ETERNIDAD. La verdad es que el letrero era más pequeño que los otros y quedaba oculto tras las hojas de una magnífica haya roja, pero ahí estaba.

—i Ha vivido aquí toda su vida y nunca ha oído hablar de esta calle! —exclamó Ellie mientras miraba el letrero.

—Bien, señoras —dijo Leslie—,—. ¿Nos decidimos? Leslie no esperó la respuesta y empezó a caminar. Ellie la siguió y una reacia Madison fue detrás.

—Esto es absurdo —manifestó Madison—. No sé qué esperáis encontrar. Los adivinos sólo quieren sacarle el dinero a las demás personas. En una ocasión, vi un programa en la televisión en el que mostraban cómo los adivinos averiguan cosas sobre la vida de los demás a partir de la ropa que visten, las joyas que llevan e incluso la manera como se comportan y aunque les cuentes pocas cosas, ellos perciben estos indicios. El programa era sólo una simulación. El comentarista tomó un par de lecciones de un profesional y, al final, realizó una adivinación de una persona del público. Acertó bastantes cosas, pero...

Mientras Madison hablaba, las tres iban caminando. Por lo que podían ver, la estrecha calle estaba desierta. No había casas en ninguno de los lados, sólo bosque. Más adelante, la calle doblaba a la derecha y, de repente, se encontraron delante de una casa de estilo victoriano que hizo enmudecer a Madison.

La casa no era muy grande, pero sí preciosa. Estaba pintada de una forma muy complicada, como si la hubieran utilizado como muestra para el prospecto de una compañía de venta de pinturas. Las paredes eran de color verdoso con toques de marrón y de verde oscuro. En el primer piso, había un pequeño balcón, y las barras de la barandilla estaban pintadas con los tres colores.

—Ojalá Alan pudiera ver esto —dijo Leslie en voz baja—. Le encantan las casas victorianas.

—Es probable que se trate de una imitación —murmuró Madison. —No —declaró Leslie—. Sé algo sobre arquitectura y esta casa es antigua ¿ Ves las ventanas? Son desiguales, y se necesitan años para que una casa se asiente de esta forma.

—¡Mira las lilas! —exclamó Ellie mientras señalaba con la cabeza un seto de dos metros de alto que se extendía por el lado derecho de la casa.



Librodot

Leslie se volvió hacia Ellie. —¿Las lilas no florecen en primavera? Ahora estamos en octubre. Durante unos instantes, las dos mujeres se miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Vais a entrar en alguna especie de trance sobrenatural? Sólo son plantas. Las plantas florecen en épocas diferentes. ¿Qué hay de extraño en esto? En esta casa hay flores de color violeta que florecen en octubre y vosotras tenéis flores de color violeta que florecen en mayo. ¡Vamos, reaccionad!

Ni Ellie ni Leslie se movieron, de modo que Madison las tomó por el brazo y tiró de ellas en dirección a la valla, blanca y perfecta, que rodeaba la casa.

—¡La verdad! Primero me hacéis venir hasta aquí y ahora os arrepentís, Ninguna de las dos respondió, de modo que Madison las arrastró hasta el porche de la parte delantera. y cuando les soltó el brazo, Ellie y Leslie se quedaron donde estaban mientras miraban a su alrededor. Leslie inspeccionaba el techo del porche mientras Ellie examinaba el columpio. En el porche no había ni una hoja. Estaba tan limpio y bien cuidado como el jardín.

—Creo que a sus árboles no se les caen las hojas —susurró Ellie.

—Yo tengo la sensación de que las lilas estarían en flor aunque estuviéramos en enero —susurró Leslie a su vez.

Madison levantó las manos con exasperación.

—De acuerdo, Madame Zoya es la prima hermana de Merlín y... Pero, no, en realidad es una reencarnación de Merlín y...

Entonces se dio cuenta de que sus dos amigas no la escuchaban, de modo que dejó de hablar y tocó el timbre.

La mujer que apareció en la puerta podría haber sido la abuela, regordeta y agradable, de cualquiera, salvo por el detalle de que tenía el pelo teñido de un vistoso color naranja. «Aunque —pensó Ellie—, las abuelas actuales habían introducido el LSD y otros "progresos" cuestionables en el mundo, de modo que bien podían tener el pelo de color naranja.»

—¿No vais a entrar? —preguntó la mujer con amabilidad mientras abría la puerta de par en par.

La casa estaba amueblada con un estilo colonial francés, tenía unas bonitas telas de estampados alegres y unos sofás y unas sillas amplios y mullidos.

La mujer se rió al ver la expresión de Leslie.

~ —Mi último marido era quien adoraba el estilo victoriano —dijo.

Su voz era muy agradable, cálida y suave, e inspiraba confianza ¿cómo podía alguien con una voz tan dulce ser deshonesto?

—Sin embargo, a mí nunca me gustó, de modo que llegamos aun acuerdo. El exterior es victoriano y el interior es cómodo. ¡Nada de sofás de crin de caballo para mí!

La anciana sonrió a las tres mujeres como si esperara que se rieran de su comentario, pero Leslie y Ellie contemplaban el interior de la casa con atención. Sólo Madison miraba a aquella mujer.

—¿Es usted Madame Zoya? —preguntó Madison con cierto desdén en la



Librodot

voz.

Pero la mujer no se ofendió.

—Ése es mi nombre profesional. El verdadero es Bertie, diminutivo de Brutilda. Es un nombre muy común en mi familia. *y* ¿qué puedo hacer por vosotras, jóvenes?

—Hago sólo lo que pone en mi tarjeta, ayudo a las personas a— vivir su pasado.

Esta vez, le tocó a Ellie hablar.

—De acuerdo, si quiere fulminemos por no entenderlo, pero .no tenemos ni idea de lo que eso significa. Quizá, si empezara por explicarnos, que significa…

El apelativo «jóvenes» hizo que Leslie y Ellie sonrieran, aunque, durante unos minutos, ninguna de ellas contestó. Si explicaban por qué habían ido, era como admitir que existía la posibilidad de que creyeran que ella... Aunque, ¿qué era con exactitud lo que decía que podía hacer?

—Esto…, bueno... Encontramos su tarjeta —contestó Ellie. A continuación tosió para aclararse la garganta—. ¿Usted, esto…, es adivina?

—¡Oh no, querida, no! —respondió Madame Zoya/Bertie/Brutilda—, Yo envío a las personas al pasado para que reescriban su vida. No tengo ni idea de cuál es el futuro de los demás, ni el pasado, que para el caso viene a ser lo mismo. Sólo puedo hacer eso.

Las cuatro todavía estaban en el vestíbulo de aquella preciosa casa, A la izquierda, después de un arco, estaba el salón y, a la derecha, el comedor, Delante de ellas había una escalera que conducía aun vestíbulo amueblado con dos mesillas situadas a ambos lados de una puerta, la cual estaba abierta. En el interior de aquella habitación se veía la esquina de una cama ¡con cuatro columnas.

—¿Sólo eso? —preguntó Ellie con las cejas enarcadas.—Exacto —dijo Madame Zoya con alegría—. Ahora, si alguna de vosotras, o las tres, estáis interesadas en reescribir vuestro pasado podemos pasar a la salita y, después de concretar los detalles económicos, podemos empezar.

—¡Ah! —exclamó Madison—. Los detalles económicos. Madame Zoya volvió la cabeza hacia Madison y le lanzó una mirada que la dejó helada, una mirada que habría aterrorizado a un niño.

—Sí, querida —dijo con firmeza. Tengo gastos, como tú, de modo que cobro por mis servicios.

Madison dio un paso atrás mientras esbozaba una leve sonrisa. —Me gustaría saber algo más sobre lo que usted hace antes de comprometerme —dijo Leslie con una sonrisa—. Después de todo, es la primera vez que oigo que alguien hace lo que usted dice que hace.

La sonrisa amable de Madame Zoya volvió a su rostro mientras miraba a Leslie. No había invitado a las tres mujeres asentarse ni a entrar en el salón.

—Hago sólo lo que pone en mi tarjeta, ayudo a las personas a reescribir su pasado.

Esta vez, le tocó a Ellie hablar. —De acuerdo, si quiere fulmínenos por no entenderlo, pero no tenemos ni idea de lo que eso significa. Quizá, si

empezara por el principio",

Durante un momento, Madame Zoya miró con fijeza a Ellie, como si buscara en su interior algún signo de que estaba diciendo la verdad. ¿De verdad no sabía lo que significaba reescribir pasado?

La mirada de aquella mujer hizo que Ellie se sintiera como si le hubiera preguntado qué era un coche o un televisor, como si debiera saber lo que significaba «reescribir el pasado». Ellie tuvo el impulso de buscar unas páginas amarillas y mostrarle a aquella mujer que era la única persona que aparecía en el apartado «Pasado, Reescribir >.

Sin embargo, Ellie no pensaba perderse ninguna historia, de modo que se mordió la lengua para guardarse los comentarios para sí y miró a la mujer con una expresión contrariada. Su mirada decía: No, lo siento, pero no sé lo que significa "reescribir el pasado".

.Cuando Madame Zoya estuvo segura de que ninguna de las tres sabía lo que ella podía hacer, se sintió satisfecha y se puso a hablar tan deprisa que ellas apenas podían seguirla.

Puedo enviaros al pasado durante sólo tres semanas. Como es lógico, vosotras escogeréis dónde y cuándo queréis ir. Cuando terminen esas tres semanas, regresaréis aquí y no habrá transcurrido ni un segundo. Entonces dispondréis de varias alternativas. Podréis seguir con vuestra vida actual o vivir el nuevo futuro que habréis creado. Sin embargo, debo advertiros que el nuevo futuro entraña el riesgo de lo desconocido. En esta vida, es posible que hayáis escapado a accidentes o que algunos de vuestros seres queridos no hayan fallecido. Pero ¿quién sabe lo que ocurrirá en vuestra nueva vida? Un hombre escogió vivir el nuevo futuro y se le cayó el brazo. Bueno, no se le cayó de una forma literal, sino que desapareció. En determinado momento el brazo estaba allí y, al siguiente, no lo estaba. Por lo visto, en su antigua vida no estaba en el lugar donde ocurrió el accidente en su nueva vida, de modo que no había perdido el brazo. Pero esto es un riesgo que debéis asumir personalmente. ¿Alguna otra pregunta?

Leslie y Madison se quedaron boquiabiertas sin comprender del todo lo que aquella mujer acababa de explicarles. Sin embargo, Ellie estaba acostumbrada a escuchar historias. Además, cuando le contaba a su editora la idea que tenía sobre una nueva novela, utilizaba aquel estilo rápido que aquella mujer acababa de emplear.

—Si decidimos quedarnos con la vida actual, ¿recordaremos la vida nueva, la que no elegimos? Y, cuando viajemos al pasado, ¿lo haremos con los conocimientos que tenemos ahora? —soltó Ellie.

—La respuesta a la primera pregunta es que se trata de una decisión vuestra —dijo Madame Zoya— podréis recordar u olvidar, lo que deseéis. En cuanto a la segunda pregunta, sí, regresaréis al pasado con todo lo que sabéis ahora. Podréis tener dieciocho años pero con la sabiduría de una mujer de vuestra edad. Muchas mujeres eligen esta alternativa.

Madison no había comprendido del todo lo que aquella mujer había dicho, pero conocía la palabra «olvidar».

—Me gustaría olvidar todo lo que me ha ocurrido desde el día en que nos conocimos —dijo en voz baja. Madame Zoya la oyó.

—Si quieres, puedes elegir esta opción. ¿Así que, qué queréis hacer!

¿Alguna de vosotras se decide? ¿Todas? ¿Ninguna? —¿Cuánto cuesta? —preguntó Ellie.

Ella era su propio agente, de modo que no tenía reparos en hablar de dinero.

—Cien dólares.

Las tres mujeres parpadearon, pero Leslie fue la primera en reaccionar.

¿Quiere decir que nos enviará al pasado por sólo cien dólares?

Los ojos de Madame Zoya brillaron con alegría mientras miraba de una forma directa a Madison.

—No oíste nada parecido .en el programa de televisión, ¿no es así?

Aunque allí sólo hablaban de dinero.

Madison sonrió levemente y luego retiró la vista avergonzada. ¿Acaso tenía, aquella mujer, un intercomunicador en el porche para escuchar las conversaciones ajenas?

—¡Qué diablos! —exclamó Ellie mientras buscaba el monedero en el bolso—. Invito yo. Aunque no funcione. ..—Ellie estaba de espaldas a Madame Zoya e hizo una seña con las cejas en dirección a Leslie y Madison para hacerles saber que estaba convencida de que todo aquel asunto era una broma—. Puedo cargar el coste como gastos de investigación.

A continuación se dio la vuelta y entregó tres billetes de cien dólares a Madame Zoya. Ella sonrió y los cogió, los deslizó en el bolsillo de su vestido estampado con flores de lavanda y se dirigió a una salita que había al otro lado del comedor.

—Mi oficina está por aquí —dijo—. Seguidme.

—¿Estáis bien agarradas? —susurró Ellie como si fueran a subir a una peligrosa montaña rusa. Madame Zoya las condujo a una habitación que estaba en la parte trasera de la casa. En dos de las paredes había ventanas con vistas a una zona muy frondosa del jardín. Unas parras muy gruesas colgaban de una valla alta y los árboles se inclinaban sobre ellas. No se veía ninguna flor. Ni una mota de color rompía el verde oscuro de la vegetación.

En la habitación había tres sillas idénticas que eran de la época de la reina Ana. Estaban tapizadas con una tela de color verde oscuro y colocadas frente a las ventanas. El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra con un diseño de hojas entrelazadas. Las paredes estaban pintadas de ocre y ningún cuadro colgaba de ellas.

Desde un punto de vista global, la habitación era relajante y las tres sillas hacían pensar que aquella mujer las esperaba.

Ellie intentó levantar los ánimos con una broma.

—¿Qué habría ocurrido si sólo dos de nosotras hubiéramos aceptado? —preguntó con una sonrisa—. ¿Habría venido corriendo y habría retirado una de las sillas?

Madame Zoya no sonrió.

—Elijo bien a mis clientes potenciales. Sabía que las tres me necesitabais.

Al oír estas palabras, Madison estuvo apunto de darse la vuelta y salir de la habitación, pero Ellie y Leslie la cogieron de los brazos, la llevaron

hasta la silla del medio y casi la empujaron para que se sentara.

—¿Nos va a doler? —preguntó Madison.

—Desde luego que no —respondió Madame Zoya—. El único dolor que sentiréis es el que se experimenta en la vida. Yo no os voy a causar ningún daño. Ahora tenéis que decirme adónde queréis ir.

—¿Se refiere en el tiempo? —preguntó Ellie.

Madame Zoya se colocó delante de ellas y miró a Ellie como si no fuera muy inteligente.

—Desde luego que me refiero al tiempo. No soy un servicio de autobús. —A continuación, Madame Zoya se rió como si hubiera contado un chiste muy divertido. No pareció darse cuenta y, si lo hizo, no pareció importarle que las tres mujeres no se rieran con ella—. ¡Por cierto, hay un requisito que olvidé comentaros!

Madison lanzó a Leslie ya Ellie una mirada que significaba: «Ya os lo había dicho.»

—Quiero fotografiaros. Tengo un álbum con fotografías de mis clientes antes y después de la experiencia. Me ayuda a recordar.

—¿Podemos ver el álbum? —preguntó Ellie de inmediato.

—Tú eres la escritora, ¿no es cierto? —preguntó, a su vez, Madame Zoya con una sonrisa—. Es fácil distinguir a los escritores. Siempre intentan convertir las palabras en páginas, las cuales, desde luego, se convierten en dinero para sus bolsillos, ¿no es así?

La forma en que la dijo hizo que pareciera como si toda la vida de Ellie girará alrededor del dinero. Ellie mostró una débil sonrisa y se sonrojó.

—Volveré en un segundo y espero que para entonces os hayáis decidido. Tan pronto como Madame Zoya salió de la habitación, las tres amigas soltaron el aliento que habían retenido. —¿En qué demonios nos has metido? —explotó Madison. —¿Ellie o yo? —preguntó Leslie con calma.

—¿Eso qué importa?—preguntó Madison—. Todo esto es absurdo. Me voy ahora…

—Si se trata de una charlatana, habré perdido trescientos dólares, pero si lo que dice es cierto…, y no quiero sugerir que me la crea dijo Ellie en voz baja mientras miraba la puerta—. Si la que dice es cierto, podrías encontrar a Thomas.

—Antes de haber abortado —<dijo Leslie en voz tan baja que apenas la oyeron.

Entonces Madison se apoyó en el respaldo de la silla y miró, turbada, la espesura del exterior.

—¿y tú? —preguntó Leslie a Ellie—. ¿Quieres regresar al día en que nos conocimos? ¿Antes de conocer a tu ex marido?

—¡No! —exclamó Ellie con firmeza—. ¡Quién sabe lo que me habría sucedido! Quizás habría conocido a algún tipo amable y normal y ahora ten— dría cinco hijos. Si esto me hubiera ocurrido, nunca habría tenido el tiempo suficiente para descubrir que sabía escribir. No, aunque él fuera un imbécil, o quizá porque era un imbécil y yo quería escapar de él, me puse a escribir. No, la verdad es que no me gustaría cambiar eso, sólo la que me hicieron en el divorcio. Él acudió a aquel desastre de juicio preparado y me



Librodot

pilló desprevenida su forma cruel de manejarlo. ¿y tú, a qué época quieres regresar?

Leslie sonrió y empezó a responder, pero Madame Zoya entró en la habitación con una cámara Polaroid barata.

—Ahora, sonreíd, queridas —dijo, y las fotografió una detrás de otra. Madame Zoya no les enseñó las fotografías, de hecho, tampoco ella las miró, sino que las dejó, junto con la cámara, en la repisa de la ventana. Luego*, miró al exterior.*

—¿Habéis decidido adónde queréis ir? —preguntó como si se tratara de decidir qué querían comer.

—Sí —respondió Leslie, mientras que Ellie y Madison sólo asintieron con la cabeza.

Madame Zoya miró a Madison.

—Tú primero, querida. Creo que eres la que más ha perdido. —Pensaba que no era una adivina —dijo Madison sin pensar.

Ya había tenido un encuentro con la afilada lengua de aquella mujer y no le apetecía repetir la experiencia.

Sin embargo, Madame Zoya siguió sonriendo.

—No lo soy, pero he vivido lo suficiente para percibir el dolor en los ojos de los demás. A ver, ¿a qué momento quieres regresar?

—Al día en que las tres nos conocimos —respondió Madison con firmeza—. El9 de octubre de 1981.

Madame Zoya no comentó nada y miró a Ellie. —¿Y tú?

—Tres años, siete meses y dos semanas atrás —respondió Ellie—. Tres semanas antes de la fecha del juicio de mi divorcio.

Le habría gustado volver a una época anterior y así tener más tiempo para reunir pruebas, pero tenía que hacerlo después de haber pedido el divorcio.

Madame Zoya miró a Leslie.

—No sé la fecha exacta —dijo Leslie—, pero, más o menos, al mes de abril de 1980, un año antes de obtener el graduado escolar. —A continuación bajó la voz—. En Semana Santa —dijo con suavidad. Le avergonzaba que sus amigas oyeran lo que decía porque pensaba que era una locura querer encontrar aun chico al que no había visto en veinte años. Sin embargo, ¿cómo podía explicar las ataduras que el amor suponía para ella? Por mucho que intentara explicarlo, sabía que, por comparación, sus problemas no parecerían tan graves como los de sus amigas. ¿Cómo podía competir un marido infiel con lo que Ellie y Madison habían pasado? Si ella y Alan se divorciaban (no quería cambiar aquel «Si» por un «Cuando»), estaba convencida de que Alan sería honrado y justo y... «Un estafador», sabía que diría su madre.

—¿Estás segura, querida? —preguntó Madame Zoya a Leslie—. ¿Absolutamente segura?

¡Sí! —exclamó Leslie con firmeza—. Lo estoy. Muy segura.

—Está bien. Entonces, chicas, apoyad la cabeza en el respaldo de la silla, cerrad los ojos y pensad en el momento al que queréis desplazaros.

De una forma obediente, aunque con sentimientos encontrados sobre lo absurdo de lo que estaban haciendo, las tres mujeres reclinaron la cabeza en el asiento y cerraron los ojos.

De una forma inmediata, las tres sintieron como si estuvieran flotando. Fue una sensación fabulosa y todas sonrieron mientras la experimentaban. Después de unos instantes, la sensación de flotar desapareció y sintieron como si se desplazaran hacia algún lugar, como si se precipitaran por un túnel.

Antes de llegar al final del túnel, Madison recordó que estaban en la calle cuando les habló del programa de la televisión, y no en el porche. ¿cómo podía Madame Zoya haber oído lo que dijo? Pero, antes de hallar una respuesta, Madison abrió los ojos y vio que estaba sentada en el banco del Departamento de Tráfico de Nueva York. y Ellie, una Ellie joven y muy delgada, se dirigía hacia ella.

CAPÍTULO 18

*Mayo de* 1997: *Los Ángeles, California*

Ellie dejó de escribir y miró de nuevo hacia la puerta del detective privado. La nota que colgaba de la puerta decía: «Volveré dentro de diez minutos.» Pero llevaba esperando media hora y el detective no había regresa— do. Volvió a mirar su libreta.

Estaba tomando notas para una novela acerca de tres mujeres que volvían al pasado y cambiaban su vida. El libro sería distinto a sus relatos habituales sobre la vida y las aventuras de jordan Neale, pero si era bueno, a los lectores les gustaría.

Ellie miró, una vez más, su reloj de pulsera. A continuación, recorrió, con la vista, su brazo y todo su cuerpo hasta las piernas, que sobresalían de la falda tejana y corta. Entonces dejó la libreta en la silla que había a su la— do y puso las manos en su cintura. Se la había medido todos y cada uno de los tres días que habían transcurrido desde que había vuelto. Y, todos los días, cuando comprobaba que su cintura sólo medía setenta centímetros, sentía un escalofrío. Además, aquellas tres mañanas también se había pesado. La primera vez que se colocó encima de la báscula y vio que la aguja se paraba en los cuarenta y cinco kilos, rompió a llorar.

Tres días atrás en el día anterior a su cuarenta cumpleaños, había sido cuando la habían enviado a su antigua vida ya su esbelto cuerpo y lo que era mas Importante, a Ian enviado a su propia mente por primera vez en varios años, volvía a oír historias en su cabeza. Tenía energía y también la sensación de que le iban a ocurrir cosas buenas..., de que podían ocurrirle cosas buenas. Aquel sentimiento de felicidad le resultaba extraño porque conocía el horror que iba a experimentar muy pronto, durante el divorcio. Sin embargo, como todavía no se había celebrado el juicio, no tenía la depresión que experimentaría después.

—¡Cuánto tiempo se malgasta en una depresión! —exclamó en voz alta. Estaba sentada en un banco de madera situado fuera de la oficina de

Joe Montoya, el detective privado que había contratado para investigar a quien pronto sería su ex marido. El primer día que regresó a su vida pasa— da, se presentó en la oficina del detective, y tenía mucho que contarle. La mayor parte de las cosas que le explicó las había descubierto después del divorcio, pero en esta ocasión, sabía lo que su ex marido pretendía.

Durante su primera entrevista con el detective, Ellie se sentó frente a él, al otro lado de su escritorio. Entonces abrió su libreta y empezó a comentar la lista de cosas que resultarían importantes durante el divorcio.

—Él declarará que es el coautor de mis libros, de modo que necesito que consiga pruebas de sus actividades diarias para demostrar que estaba demasiado ocupado haciendo vida social para ayudarme a escribir. ¿Y dice que conoce a un experto contable? Necesito averiguar qué ha hecho mi marido con todo mi dinero durante los últimos años —dijo Ellie al detective.

Él escribía con rapidez y, sólo de vez en cuando, miraba, de una forma inquisitiva, a Ellie. Ella sabía que aquel hombre pensaba que la mayoría de las mujeres se convertía en un mar de lágrimas cuando estaban a punto de

divorciarse. Esto era lo que Ellie había hecho en el pasado, y, como resultado, lo perdió todo.

—Él alegará que hizo todo el trabajo de investigación de mis libros y que contribuyó, al menos, en la mitad de su desarrollo —continuó Ellie y dirá que ha sido un gestor brillante del dinero que yo he ganado, de modo que necesito que un contable analice la diferencia entre lo que gané y lo que ha quedado después de que mi ex marido se lo gastara. y también necesito a alguien que pueda hacerse pasar por un vagabundo y que con— siga que mi ex marido hable.

—¿Cómo? —preguntó Montoya. , —El falso de mi ex marido, bueno, casi ex, declarará en el juicio que no tiene ningún dinero escondido, pero yo sé que lo tiene porque después del divorcio descubrí que…

—¿Qué quiere decir con «después del divorcio»? —preguntó el detective.

—Lo siento. He cometido un error —respondió Ellie con una sonrisa—. Lo que ocurre es que deseo tanto separarme de él que ya lo doy por hecho.

Ellie notó que el detective no se había creído su explicación, pero no le preocupaba que adivinara la verdad.

—¿Conoce a alguien que pueda simular un encuentro con mi ex… esto, con mi marido? —insistió Ellie—. Tiene que ser un hombre y, mejor, si parece un borracho. O lo es. Eso sería mucho mejor.

El detective dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Por qué no me cuenta qué tiene que ver el borracho con el dinero escondido?

—Mi ex… —Por mucho que lo intentaba, no conseguía referirse a él como su marido—. Suele acudir a bares por la noche. Creo que se reúne allí con una mujer.

—Comprendo —dijo Montoya y, a continuación, cogió de nuevo el bolígrafo y se inclinó sobre la mesa.

—No, no lo comprende. No se trata de otra mujer. —Ellie respiró hondo y se reclinó en la silla mientras trataba de calmarse—. Señor Montoya, ¿Puedo ser sincera con usted?

—Creo que ayudaría —respondió el señor Montoya mientras, también él, se reclinaba en su asiento. —La verdad es que, cuando se tiene tanto dinero como el que yo he ganado en los últimos años, a los tribunales ya los abogados no les importa nada quién duerme con quién. Podría acudir al juicio con fotografías ampliadas de mi ex marido en la cama con dos hombres, tres mujeres y un chimpancé ya nadie le importaría.

I»Lo que les interesa es el dinero y nada más. Dinero, dinero y más dinero. En California existe la separación de bienes y no me imponga darle la mitad de lo que he ganado en el pasado, aunque no se merezca ni un centavo, pero podría vivir con eso. Sin embargo, lo conozco y alegará que yo no podría haber escrito los libros sin él. Además, contando, sólo, con su palabra, el juez decidirá que merece mucho más que lo que gané en el pasado. El juez declarará que Martin Gilmore se merece todos mis ingresos pasados y la mitad de los futuros porque, gracias a él, yo soy quien soy. Lo que necesito hacer, y muy deprisa, es reunir pruebas suficientes para demostrar que Martin Gilmore no es la persona íntegra y altruista que dice

ser. Quiero demostrar al tribunal que me ha estado robando dinero y que lo ha escondido. y tengo que averiguar dónde lo ha escondido.

Durante unos instantes el detective la miró. Estaba enterado del éxito que Ellie había alcanzado y había tratado, anteriormente, con otros dos escritores, de modo que tenía cierta idea sobre a cuánto podían ascender los derechos de autor.

—Me está hablando de millones, ¿no es cierto? —Millones en cuanto al dinero y una cifra inimaginable en cuanto a mi dignidad y autoestima —respondió Ellie con suavidad—. Él va detrás del dinero, pero yo lucho por mi cordura. Por mi futuro.

El detective continuó mirándola durante unos instantes y después volvió a coger el bolígrafo.

—¿y qué le hace pensar que le contará lo del dinero a un extraño? ¿A un extraño borracho?

Ellie sonrió con suficiencia.

Aquel hombre tenía un aspecto corriente y, en los estantes que había a su espalda, se veían un par de fotografías enmarcadas de una mujer, dos niños y un perro.

—Mi ex es un bocazas y le encantan los borrachos —dijo Ellie—. Los perdedores le hacen sentirse mejor, por comparación—

—¿Y usted quiere que hable del dinero que ha escondido?

—Así es. Quiero saber dónde está el dinero que ha sacado de mis cuentas bancarias durante todos estos años. Verá, he hecho unos pequeños cálculos por mi cuenta y, aunque ha gastado y continúa gastando mucho dinero, yo he ganado mucho más. Pero no sé dónde lo esconde. Durante los últimos tres días he examinado todos los papeles que hay en nuestra casa, pero no he encontrado nada. Mi única esperanza es conseguir que hable.

Montoya la miró y enarcó las cejas en señal de interrogación. —¿Y cree que se lo contará aun extraño?

—Así es —respondió Ellie con firmeza—. A Martin le encanta fanfarronear, le encanta contarle a otras personas lo inteligente que es. Si encuentra aun hombre que le cuente una historia triste sobre una esposa que intenta estafarle, Martin le revelará sus secretos sobre cómo darle la vuelta a la tortilla y vengarse de la «vieja bruja».

El detective gruñó, negó con la cabeza y volvió a escribir.

—De acuerdo, ya está. Un borracho en camino. Tengo un amigo que es actor y…

—¿Qué aspecto tiene? —El de un marciano verde con dos cabezas en la última obra, pero, en mi opinión, podría hacerse pasar, con facilidad, por un borracho. El detective sonrió y Ellie le devolvió la sonrisa. —¿Qué más? —preguntó el detective. Ellie le dio todos los detalles que, en su opinión, podría necesitar para ayudarla a probar que su ex marido había estado escondiendo dinero durante años. Si lograba encontrar ese dinero, a él no lo procesarían por robo, no, coger dinero de una esposa era del todo legal. La mayoría de las personas admitirían que es inmoral, pero Ellie sabía que a la ley no le importaba la inmoralidad, sólo la ilegalidad. Todo lo que Ellie podía hacer, si conseguía probar que él escondía el dinero, era obligarlo a

compartirlo. Como los bienes gananciales exigían que el dinero se repartiera de un modo igualitario, Martin se vería obligado a devolver la mitad del dinero a Ellie. Además, si ella podía demostrar que Martin era el tipo de persona que esconde dinero, quizás, entonces, el juez no creería que Martin era sincero cuando afirmaba que ayudaba a Ellie a escribir los libros. Después de la primera reunión con el detective, Ellie regresó a su domicilio, a la casa que había compartido con Martin, al volante de su Range Rover rojo. En la primera sentencia del divorcio, el juez dictaminó que Martin se quedara con la casa, pero que Ellie pagara la hipoteca. El argumento que el juez esgrimió consistiría en que Ellie obligaba a Martin a volver a ejercer la profesión que había abandonado para administrar la carrera de Ellie y, dado que la casa disponía de un estudio de grabación, Martin debía quedársela. Cuando Ellie entró en la casa, se alegró de que Martin no estuviera allí. No creía que pudiera soportar mirarlo a la cara. De hecho, ni siquiera podía mirar el interior de la casa porque sabía que allí estaban todos los objetos personales que, tras el divorcio, serían de Martin: los utensilios de cocina, el equipo fotográfico, años y años de fotos, los libros de recetas y parte de su ropa. Ellie atravesó la casa a toda prisa, salió por la puerta trasera y cruzó el jardín hasta su estudio. Sabía que, si la historia se repetía, el juez también le quitaría su querido estudio. Se lo quitaría y se lo daría a Martin porque creería sus mentiras. Sin embargo, Ellie también sabía que sólo unos meses después de firmar el reparto de bienes, Martin alquilaría la casa y se mudaría a Florida, donde viviría con comodidad gracias ala pensión que Ellie tenía que pagarle. Durante los tres primeros días de vuelta al pasado, Ellie había estado tan ocupada que no tuvo tiempo de mirar nada. ¡Era tan fabuloso poder trabajar de nuevo! Se había pasado tres largos años sin hacer otra cosa que recrearse en la injusticia de que había sido víctima. Se había pasado meses enteros preguntándose por qué el juez había dado crédito a las palabras de Martin.

La verdad es que no creía que llegara a entender nunca por qué le había ocurrido aquello, aunque quizás en esta ocasión pudiera evitarlo. La primera vez no estaba preparada para defenderse de las acusaciones que le imputaron y lo único que hizo fue llorar.

Cuando volvió a la pequeña ciudad de las afueras de Los Ángeles donde Martin y ella habían vivido tantos años, tardó cierto tiempo en recordar que, después de solicitar el divorcio, se trasladó a un hotel para esperar el inicio de las actuaciones judiciales. Durante aquel tiempo no hizo más que llorar y hablar por teléfono con su abogado. Su orgullo no le permitió desahogarse con sus amistades o familiares, de modo que se quedó sola en la habitación y esperó.

Sin embargo, en esta ocasión no iba a obrar de la misma manera. Además, recordó, tenía el mismo derecho a vivir en la casa que Martin, y si se encontraba con él le daba lo mismo. Sin embargo, a pesar de que había estado en la casa varias veces e incluso había pasado horas en su interior buscando papeles, no lo había visto.

Ellie dedicó gran parte de aquellos tres primeros días a escribir cartas y solicitar documentos. Escribió a su editora y le pidió una declaración jurada en la que manifestara que Martin nunca había negociado un contrato en su nombre. También le pidió a su gestora financiera que redactara un

documento en el que certificara que su marido nunca la había telefoneado ni le había escrito en relación con ninguna inversión.

Durante tres días, Ellie recopiló documentos y reunió todas las pruebas que pudo. En el juicio, dirían que mentía sobre sus ingresos, de modo que pidió a la editorial que le enviaran la declaración de ingresos de todos aquellos años. Ellie recibió estos documentos por fax en pocos minutos y los unió a los ejemplares de la declaración de la renta de los últimos años.

Estaba sentada en aquel banco y esperaba el regreso del detective privado para repasar con él su lista de tareas. Además quería hablarle sobre su cordura y pedirle alguna idea para demostrar que no estaba loca. Durante el proceso del divorcio, Martin declaró que, mientras estuvieron casados, Ellie había acudido en dos ocasiones a distintos terapeutas. Según él, aquello demostraba que no estaba cuerda y que era incompetente para manejar su propio dinero. Cuando Ellie oyó aquel razonamiento, se echó a reír.

Era un argumento muy ridículo y no se podía tener en cuenta. Sin embargo, nadie más se rió.

El juez le pidió que consiguiera un documento de aquellos terapeutas en el que declararan que Ellie estaba cuerda y que era capaz de administrar su propio dinero. Pero Ellie se había enfadado con uno de los terapeutas y sabía que no le escribiría aquel documento. «¡No estamos en la era victoriana! —exclamó Ellie—. ¡No me pueden hacer esto!»

Pero le respondieron que en un estado de bienes gananciales, todos los bienes, en este caso los libros, se consideraban tanto suyos como de su pareja, de modo que el juez podía decidir cuál de los dos era el más competente para gestionar el dinero.

Pese a que sabía lo que iba a ocurrir, aquella cuestión sobre la cordura constituía su mayor problema. ¿Cómo se podía probar que uno no estaba loco?

Ellie estaba tan concentrada en su problema que no se había dado cuenta de que alguien había subido la escalera enmoquetada y había recorrido todo el pasillo. Cuando miró hacia la puerta y vio aun hombre apoyado en ella, Ellie dio un salto.

—¡Oh! —exclamó, y, a continuación dijo—: Lo siento, no le vi. llegar. El recién llegado era alto, debía de tener más de sesenta y cinco años, o quizá más de setenta, y se conservaba bien. Como muchos hombres en California, vestía ropa vaquera. En general, la gente vestía así por esnobismo, pero Ellie tenía la impresión de que aquel hombre era auténtico. Con toda probabilidad, pasaba la mayor parte del día a caballo y, sin duda alguna, sus animales favoritos eran los novillos de astas largas.

—No era mi intención asustarla —dijo aquel hombre con suavidad. Se trataba de uno de esos hombres que inspiraban celos a las mujeres porque los años le sentaban bien. Era muy probable que aquellas arrugas provocadas por el sol que irradiaban de los bordes de sus ojos le hicieran más atractivo entonces que cuando era más joven. Vestía unos pantalones Levi's, una camisa de algodón de color crema y botones de plata con incrustaciones de perla, unas botas de cuero labrado y en la mano sostenía un sombrero vaquero.

—Estaba usted tan concentrada que yo podría haber conducido una manada de reses a través de esta habitación y no se habría enterado.

Ellie le sonrió. Algo en aquel hombre la hacía sentirse cómoda, como si se tratara de un viejo amigo. —Sólo pensaba en cómo demostrar que no estoy loca. ¿Alguna idea al respecto?

Ellie pretendía que aquel comentario sonara como una broma, pues era así como se enfrentaba a las cuestiones serias ya las emociones intensas, pero aquel hombre no sonrió, sino que la miró con una expresión grave.

—Si ha venido a consultar al señor Montoya, supongo que se trata de un caso judicial y, si intenta demostrar que está cuerda, debe de tener dinero. Nadie se preocupa sobre el estado mental de los pobres. Así que, ¿quién intenta tomar el control sobre su dinero?

Durante unos instantes Ellie lo miró con la boca abierta. —Sí —consiguió responder al final—. Mi ex marido. Bueno el que será mi ex marido.

—Tiene sentido —dijo aquel hombre—. ¿ y qué es lo que pretende? ¿Hacer creer que siempre ha administrado su dinero y que, como usted está loca, tiene que seguir haciéndolo aunque usted se separe de él? Y, claro, como usted es una mujer y él un hombre, es probable que los tribunales lo crean a él.

Quizá se debiera a la forma en que lo dijo o a la enorme cantidad de trabajo que Ellie había hecho durante los últimos tres días, o quizá se debiera al hecho de revivir todo aquello, pero Ellie se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Como un antiguo caballero, aquel hombre se sentó junto a ella y le tendió un pañuelo azul.

—Lo siento —se disculpó Ellie sin dejar de llorar—. En general, no lloro delante de otras personas, pero ¡ha sido todo tan horrible! y, además, ¡nadie me cree! En general, la gente piensa que los tribunales norteamericanos son justos y que, si alguien va a juicio, recibirá un trato equitativo. Todo el mundo cree que porque tengo mucho dinero tengo poder, pero no tengo ningún poder porque nadie me cree. Todos lo creen a él. No lo comprendo. Diga lo que diga, piensan que es una mentira, pero, si lo dice él, le creen. Les dije que tiene mucho dinero escondido en alguna parte, pero ni mi abogado, ni el suyo, ni el juez me han creído. Sin embargo, él declaró que es coautor de mis libros y todo el mundo aceptó su declaración como un hecho. Él ni siquiera es capaz de nombrar los títulos de tres de mis libros, y mucho menos de explicar el argumento, pero ellos le creen cuando dice que los escribió conmigo. Yo declaré que si era lo bastante cuerda para ganar dinero, también lo era para ingresarlo en el banco, pero todos dijeron que eso no era verdad. Después de todo, los escritores no somos más que mentirosos afamados, ¿no es cierto? y ahora no me puedo creer que esté contando todo esto a alguien a quien no conozco de nada. Ellie intentaba dejar de llorar mientras se secaba los ojos con el pañuelo. Dada su suerte, no sería extraño que su ex marido hubiera pagado a aquel hombre para que testificara en contra de ella en el juicio. Durante el divorcio, le pareció que todas las personas que había conocido deseaban testificar en su contra.

—Ahora sé dónde la he visto —dijo el vaquero mientras se retiraba un poco para mirarla.

Ellie aspiró fuerte por la nariz. —¿Cómo? ¿Dónde?

—En la contraportada de un libro. Mi mujer los tiene por toda la casa. Usted es... ¿Cuál es su nombre? Mi esposa la nombra de una forma continua.

Hacía años que nadie la reconocía por la fotografía de una contraportada. En primer lugar, porque había ganado tanto peso que ya no se parecía a la fotografía publicitaria, y en segundo, porque no se había publicado ningún libro suyo en tres años, y el público se había olvidado de ella. Sin embargo, en aquel momento no estaba gorda y uno de sus libros se había publicado seis semanas antes. De hecho, todavía estaba entre los cinco primeros puestos de la lista de éxitos del *New York Times.*

Ellie volvió a sorber por la nariz. —¿Qué nombre, Alexandria Farrell o Jordan Neale? —¡Eso es! —exclamó el vaquero—. Los dos. A mi esposa le encantan sus libros, de verdad. Dice que le gustaría ser la protagonista. ¿Cuál de ellas es la protagonista?

—Jordan —respondió Ellie mientras su llanto se apagaba. Él señaló con un movimiento de cabeza la libreta de Ellie. —¿No me diga que está escribiendo otra novela?

—Quizá no una de Jordan Neale, pero sí, es otra novela. La forma en que aquel hombre la miraba, la hacía sentirse mucho mejor. Durante años, las demás personas *sólo* habían *sentido* lástima de ella. Lástima porque había engordado. Lástima porque no escribía. Lástima porque había permitido que su ex marido la venciera en *los* tribunales. «Yo no habría permitido que me ganara>" le habían dicho miles de veces. y lo cierto es que, si le hubiera ocurrido a otra persona, Ellie le habría dicho que ella habría luchado hasta vencer. Sin embargo, las mujeres que le habían dicho aquellas palabras no se habían enfrentado aun juez que las consideraba mentirosas y dementes.

—Esto es increíble —dijo aquel hombre mientras tendía la mano para estrechar la de Ellie—. Mi nombre es Marcellus Woodward —dijo—, pero todo el mundo me llama Woody.

Ellie tomó su mano, que era cálida, seca y estaba bronceada por el sol. —Ellie Abbott —dijo ella a su vez. Entonces reaccionó—: Gilmore.

Me llamo Gilmore hasta que me divorcie, pero...

—Muy bien, señorita Abbott —dijo él mientras sonreía—. Estoy encantado de conocerla. Usted no querrá venir a casa conmigo, ¿no?

Ellie parpadeó un par de veces. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre había intentado ligar con ella.

—No, no —continuó él con una sonrisa.

Ellie pensó que sus dientes eran muy bonitos. De hecho, si no tuviera treinta años más que ella...

—Vivo en el norte, en un rancho, y hoy es viernes. He pensado que quizá le gustaría venir en avión a mi casa y pasar el fin de semana conmigo, con mi mujer y mi hijo pequeño. Mi hermano también estará allí, así como unos cincuenta empleados del rancho. —Ellie no respondió, de modo que él inclinó la cabeza y la miró con timidez a través de las pestañas—. Aunque

quizá prefiera pasar el fin de semana despotricando de su marido.

Al oír aquello, Ellie se echó a reír con ganas.

—Es usted un demonio —dijo mientras hacía una mueca—. Ha visto alguna cosa que desea, como una escritora famosa que quiere llevar a su esposa como regalo, y va tras ella, ¿no es cierto? No me gustaría enfrentarme a usted en un tribunal.

Él levantó la barbilla y sonrió con ironía.

—Todavía no he perdido ningún caso. Déjeme su libreta.

Ella se la tendió y él escribió unos cuantos nombres. Los nombres correspondían a personas importantes de Los Ángeles y los alrededores. De hecho, algunos de aquellos nombres hicieron que Ellie abriera los ojos con admiración.

—¿Conoce a alguna de estas personas? —preguntó él.

Uno de los nombres era el de un banquero que Ellie conocía desde hacía años. —Sí. —Entonces telefonéela, o a todas ellas, y pregúnteles sobre mí. Todos ellos pueden incluso enviarle una fotografía de los dos juntos. Quiero que compruebe mi credibilidad para que no crea que soy un demonio. Ellie bajó la vista hacia la libreta. Durante todos los años de matrimonio había sido absolutamente fiel a su marido. Ni siquiera había coqueteado con otro hombre.

Tres años atrás, a Ellie no se le habría ocurrido aceptar una invitación para pasar fuera un fin de semana, ni con amigos ni, mucho menos, con un extraño. Si quería hacer alguna cosa que no estuviera relacionada con el trabajo o ganar más dinero para Martin, él se habría quejado de que nunca podía ir a ningún lado, aunque, claro, él no era una celebridad como lo era ella.

—¿Y bien? —preguntó Woody—. ¿Quiere venir 0 no?

Ellie levantó la vista y su corazón latía con fuerza. Aquello, aceptar una invitación de un hombre a quien acababa de conocer en un vestíbulo, resultaba algo insospechado en ella.

—Desde luego. ¿Por qué no? —respondió por fin.

Woody sonrió y se incorporó. Era tan alto que Ellie tuvo que levantar la barbilla todo lo que pudo para mirarlo.

—Nos vemos en el aeropuerto local a las cuatro. Pero quiero que telefonee a estas personas y se informe sobre mí, así no le preocupará que vaya a abalanzarme sobre usted.

Woody pronunció aquellas palabras con un brillo en los ojos que indicaba que en realidad quería abalanzarse sobre ella pero que se contenía.

Aquello hizo reír a Ellie, la cual se sintió mejor de lo que se habla sentido en años.

—¿Qué tipo de ropa debo llevar? —preguntó Ellie. Los ojos de Woody brillaron con más intensidad.

—Todo lo que gaste ahora no tendrá que repartirlo con su marido más tarde, de modo que le sugiero que se compre un vestuario completo y las maletas para transportarlo. Sólo procure llevar alguna cosa con la que pueda montar.

Ellie abrió los ojos espantada. —¿Montar? ¿En un caballo? Woody se echó a reír.

—Podríamos preparar un novillo para usted, pero, en mi opinión... —Muy gracioso —dijo Ellie—. De acuerdo. Supongo que allí estaré. Todavía no se creía lo que iba a hacer.

Woody se arremangó la camisa y consultó su reloj. A continuación miró la puerta del detective, que todavía estaba cerrada.

—Ahora me tengo que ir, pero si ve a Montoya, dígale que he estado aquí y que no tiene ninguna noción del tiempo.

—Lo haré encantada —dijo Ellie.

Observó a Woody, que se dio la vuelta, se alejó por el corredor y la saludó con la mano antes de bajar la escalera.

Durante unos instantes, Ellie permaneció sentada en el banco. En cuanto repasara la lista con el detective... ¿Qué? ¿Haría lo que Woody había dicho y se pasaría el fin de semana dando vueltas a lo que Martín le había hecho?

De repente, se sintió harta de entregar su vida a Martin Gilmore. Desde que pidió el divorcio, Martin había sido toda su vida. Durante los ocho meses siguientes a la presentación de la demanda, se estuvo preparando para convencer al juez de que era una buena persona y no la mentirosa, loca y neurótica por quien Martin pretendía hacerla pasar. Pero todo lo que hizo para defenderse falló. Entonces, después del divorcio, se sumergió en la autocompasión y su ex marido gobernó su vida más que cuando estaban casados.

Ellie miró la puerta del detective y, a continuación, las escaleras que conducían al exterior ya la calle que desembocaba en el centro de Los Ángeles. Rodeo Drive. Tenía muchas quejas sobre Los Ángeles, pero las compras no eran una de ellas. Desde que había regresado al pasado, sólo había abierto el bolso para sacar y guardar las llaves del coche. Pero en aquel momento rebuscó en su interior. En el billetero había tarjetas que no había visto en años: las de las tiendas de alquiler de vídeos, la de la biblioteca pública... y la American Express de platino.

Sostuvo la tarjeta de crédito en alto y la miró. Con aquella tarjeta, el crédito era casi ilimitado y, como Woody había dicho, cuanto más gastara. menos tendría que repartir con su ex marido después del divorcio. Sonrió y se puso de pie. «Al diablo el detective —pensó ¡Me voy de compras!»

CAPÍTULO 19

A las cuatro en punto, Ellie dejó el coche en el aparcamiento del aeropuerto local, el cual no era muy grande pero sí lo suficiente para el tráfico de aviones privados. A pesar de haber telefoneado al banco, a Steven Bird, Ellie se sentía nerviosa por lo que iba a hacer. «Muy buen hombre —le di— jo Steven—. Lo conozco desde hace años.» Ellie le formuló unas cuantas preguntas y no le sorprendió averiguar que el hijo pequeño de Woody era sólo un niño. No le resultaba extraño que un hombre como Woody tuviera una esposa joven y que fuera tan activo como para haber tenido un hijo hacía dos años.

Después de colgar el teléfono, Ellie decidió comprar un juguete para el hijo de Woody y uno o dos regalos para su anfitriona. Pensó en la ropa de Woody y se dirigió a una tienda preciosa donde vendían arte y joyas indias.

En cuanto hubo aparcado en el aeropuerto, un hombre se acercó a ella. —¿Es usted Jordan Neale? —le preguntó.

Se trataba de un hombre atractivo. No era imponente, pero sí de aspecto agradable. Tendría unos treinta años y vestía ropa vaquera, como Woody. Sin embargo, Ellie dedujo que él vestía así por una cuestión de moda, no por trabajo. No se trataba de un vaquero. Más bien parecía un contable, pensó Ellie, o un abogado, pues tenía el aspecto de ser una persona inteligente y con estudios.

—Más o menos —respondió Ellie mientras descendía del Range Rover. El suelo del vehículo era tan alto que la mayoría de sus amigas se quejaban y comentaban que era como subir y bajar de una diligencia. Sin embargo, a Ellie le encantaba aquel coche. Por experiencia, sabía que incluso podía subir la ladera nevada de una montaña—. Jordan Neale es uno de los personajes sobre los que escribo y mi seudónimo es Alexandria Farrell, pero mi nombre verdadero es simplemente Ellie Abbott.

Aquel hombre sonrió. —Comprendo. Woody... —Sin dejar de sonreír, dejó la frase sin terminar—. Yo me llamo Lew McClelland y trabajo para Woody. ¿Su equipaje está en el maletero?

Al oír aquella pregunta, Ellie se sintió un poco culpable. —Espero que no tenga una de esas avionetas que sólo pueden transportar unos veinte kilos de equipaje, porque..., en fin, he hecho unas cuantas compras.

Lo cierto era que Ellie se había desquitado por los tres años de no hacer ninguna compra. Cuando tienes veinte kilos de más, los espejos son tus enemigos. Sin embargo, con cuarenta y cinco kilogramos, había disfrutado probándose ropa..., y había comprado casi todo lo que se había probado. Sonrió cuando pensó en la cuenta de la tarjeta American Express que recibiría.

—Estoy seguro de que podremos con todo lo que ha traído —dijo aquel hombre.

A continuación abrió la puerta trasera del Range Rover y vio la montaña apretada de maletas de piel de Ellie, la cual había tenido que abatir los asientos traseros para que cupiera todo el equipaje.

—Parte de los bultos son regalos para la mujer y el hijo de Woody —dijo



Librodot

Ellie con una voz débil.

El hombre ladeó la cabeza y la miró. —¿Ha comprado todo esto en una sola tarde? —El contenido y, también, las maletas —respondió Ellie mientras levantaba la barbilla en señal de desafío.

—Usted y Valerie se convertirán en amigas íntimas —murmuró él mientras sacaba la maleta de arriba.

Según le contó a Ellie, Woody no viajaría con ellos. Por la visto, algo inesperado había surgido y Woody llegaría al rancho más tarde. Sin embargo, dos de los empleados de Woody, Lew y otro hombre, la acompañarían.

Mientras Ellie subía los escalones del avión, miró hacia atrás, en dirección a Lew.

—¿Tendrá que volver más tarde para recoger a Woody?

Desde el exterior, el avión era bonito, pero no especialmente lujoso. Quizás había exagerado con la compra de la ropa. Aunque, por otro lado, algo de lo que Steven Bird le había dicho, o quizá fue la forma en que lo dijo, le había hecho creer que Woody tenía mucho dinero.

Entonces Lew sonrió de una forma que indicaba que tenía un secreto.

—No. Él tiene otro avión. Luego volvió la cabeza y miró al otro lado de la pista de aterrizaje. Allí, brillando a la luz del sol, habla un avión plateado de gran tamaño. No uno de esos aviones comerciales, sino uno privado, de los que aparecen en la revista *Architectural Digest,* con el interior recubierto de caoba y tapizado con telas de seda.

—¿Es suyo? —preguntó Ellie. —Sí —respondió Lew.

—Comprendo —continuó Ellie—. Entonces ¿cuando nos referimos a la fortuna de Woody, no hablamos de millones de dólares, sino de miles de millones?

Lew sonrió.

—Así es —dijo.

—Está bien —dijo Ellie. y no supo qué más decir, de modo que subió el resto de los escalones. Lew la siguió y le indicó un asiento en la cabina. Ellie era la única pasajera. No le sorprendió ver una caja en el asiento de aliado. La abrió y en su interior vio varios sándwiches con distintos rellenos, una lata de ostras ahumadas, una caja de galletas, otra de chocolates Godiva y una botella de champán. Ellie se dispuso a abrir los envoltorios, pero luego apartó la caja. Ya sabía adónde iban a parar los chocolates Godiva: directamente a sus muslos.

Los dos hombres estaban comprobando los mandos del avión. Ellie se reclinó en el asiento y cerró los ojos. «Miles de millones», pensó.

—¿Le apetece más esto? —oyó Ellie.

Entonces abrió los ojos y vio que Lew le tendía un plato con pollo ala plancha, ensalada y verduras hervidas. En la otra mano, sostenía una botella de agua.

—¡Gracias! —exclamó Ellie con una sonrisa.

«Me pregunto si estará casado», pensó. y luego sintió deseos de recriminarse por pensar algo como aquello. Ella todavía estaba casada. «Pero

no por mucho tiempo», pensó mientras tomaba la comida que él le ofrecía.

—Llegaremos, más o menos, en una hora —dijo Lew—. Cuando estemos en el aire podrá levantarse. En la parte trasera hay libros y revistas, y también un lavabo. Cualquier cosa que necesite, díganoslo.

A continuación, sonrió y se sentó en el asiento del piloto, al lado del otro hombre. Éste se volvió y la saludó, tras lo cual ambos se concentraron en los mandos del avión. Aterrizaron antes de que Ellie pudiera terminar de leer las tres revistas *People* que encontró. Resultaba muy extraño leer noticias sobre otras personas y saber lo que iba a ocurrirles en los tres años siguientes. Sabía qué matrimonios se romperían, quién moriría y quién se vería envuelto en un escándalo. Sin embargo, lo que más le afectaba era saber lo que le pasaría a la princesa Diana al cabo de unos meses.

Cuando el avión aterrizó, se sintió agradecida por tener una excusa para cerrar las revistas. No le gustaba conocer el futuro. En una ocasión, la revista *People* publicó un artículo sobre ella y se alegró de que aquel ejemplar no estuviera en el avión. No quería verse sonriente y delgada ya que sabía que durante los meses siguientes viviría la peor experiencia de su vida.

—¿Preparada? —preguntó Lew mientras abría la puerta de la avioneta. Cuando Ellie miró afuera, vio el hermoso paisaje del norte de California.

Extensas llanuras en primer plano y montañas nevadas en la lejanía. Entre ella y las montañas, Ellie percibió pequeños puntos que debían de ser ganado.

—Supongo que todo esto es de Woody —dijo Ellie mientras bajaba el último escalón.

—Hasta el último acre —respondió Lew, quien, de una forma evidente, disfrutaba del asombro de Ellie.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la casa? —Unos cuarenta y cinco minutos. A Valerie no le gusta que los aviones aterricen cerca de la casa y molesten a Mark.

—Déjeme adivinar —dijo Ellie—. Marcellus Woodward segundo, apodado Mark.

Lew inclinó la cabeza. —No tiene un pelo de tonta, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Ellie entre risas y no creo que usted sea sólo el piloto de la avioneta.

—Administración de Empresas en Harvard, el primero de mi promoción —repuso Lew con una sonrisa—. Pilotar aviones es una de mis aficiones. En todo caso, Woody me permite llevar la avioneta, pero no el avión.

«¡Está flirteando conmigo!», pensó Ellie, y se dio cuenta de que ella le correspondía. ¿Cuánto tiempo hacía que un hombre no la miraba de aquella manera? ¿Cuánto tiempo hacía que ella no deseaba que un hombre se fijara en ella?

Mientras seguía a Lew hasta un todoterreno que los aguardaba, Ellie pensó que quizá podría escribir una novela sobre alguien cuyo patrimonio superaba los mil millones, y su ayudante, el cual... y durante todo el camino hasta la casa, reflexionó sobre aquella idea.

Cuando llegaron a la vivienda, eran casi las seis y media. Lew no se detuvo allí. Se trataba de una casa construida con troncos de madera. Era



Librodot

larga y baja y pretendía ser una copia de una cabaña del Viejo Oeste, pero no engañaba a nadie. Más que nada porque era del tamaño de un campo de fútbol.

—Me pregunto qué bosque talaron para construirla —murmuró Ellie sin poder contenerse.

—Uno que era propiedad de Woody —replicó Lew—. y en el subsuelo encontraron petróleo y un poco de oro, aunque también es posible que haya algo de uranio.

—Comprendo —dijo Ellie mientras asentía con la cabeza—. Hablamos de grandes cifras.

Lew condujo durante unos minutos más, y detrás de una alameda apareció una casita perfecta. Era pequeña, estaba rodeada de árboles de gran tamaño y tenía el aspecto que sólo los años pueden dar.

—¿Es la granja original? —preguntó Ellie. Lew sonrió ante la perspicacia de Ellie.

—Así es. Pero Valerie la denomina el cenador del jardín.

Ellie pensó en el cenador del jardín de Leslie y sonrió. Se preguntó cómo les iría a sus dos amigas en su tarea de cambiar su vida. Si Madison consiguiera no responder a la llamada de Roger, entonces su vida...

—Lo siento, estaba soñando despierta —dijo Ellie cuando se dio cuenta de que Lew le había dicho algo.

—Gajes del oficio, supongo —dijo él mientras abría la portezuela del coche.

Ella bajó del vehículo y miró a su alrededor mientras Lew empezaba a sacar las maletas. Ellie pensó que debería ayudarlo, pero quería ver el interior de la casa, quería explorar el rancho, quería...

«Eso es», pensó. Por primera vez en varios años quería hacer cosas. Lanzó una mirada de culpabilidad a Lew mientras él descargaba la segunda capa de maletas y subió al porche del cenador del jardín. ¡Era maravilloso! Debía de tener seis metros de profundidad. El mobiliario también era de gran tamaño, y los cojines de los asientos estaban tapizados con una tela a cuadros rojos y blancos. Ellie abrió la puerta de tela metálica y entró en la casa.

Era evidente que el interior lo había decorado un profesional, pero lo había hecho con gusto, con un estilo sencillo. Las cortinas eran de algodón, con un estampado a cuadros y los sillones se veían mullidos y cómodos.

—¿Le gusta? —preguntó Lew detrás de ella.

Cuando se dio la vuelta notó que a Lew le preocupaba lo que ella opinaba de la casa. Miró a otro lado para ocultar una sonrisa. Hacía mucho tiempo que un hombre no se preocupaba por si a ella le gustaba algo o no.

—Me encanta —dijo con sinceridad. Él sonrió.

—A algunas personas no les gusta. Creen que con todo el dinero que Woody posee, la casa de invitados debería estar más acorde con su posición social.

—¿Quiere decir con *jacuzzis* de mármol y cosas así? —preguntó Ellie. —

Exacto. A un invitado le molestó que los grifos no fueran de oro. —Pues a mí me gusta. ¿Lo ha decorado Valerie?

En esta ocasión, la sonrisa de Lew iluminó su cara.

—En realidad, lo ha decorado mi esposa. Quiere ser decoradora y Valerie le ofreció realizar este proyecto.

—Estupendo —dijo Ellie mientras miraba a otro lado.

«¡Maldición, maldición y maldición!»,. pensó Ellie. Tenía una esposa. — En mi opinión, tiene posibilidades.

—Lo intenta, pero por aquí no hay muchas casas para decorar.

Lew estaba de pie en medio de un mar de maletas y parecía esperar alguna cosa. No podía ser una propina, pensó Ellie. Entonces dedujo que esperaba su permiso para irse.

—Yo me ocuparé de las maletas —dijo Ellie—. Puede irse. Él le sonrió en señal de agradecimiento.

—La cena es en la casa a las ocho. Si tiene hambre, encontrará comida en el refrigerador. Y, si lo desea, dé una vuelta.

—¿Lo veré a la hora de la cena? —preguntó Ellie cuando Lew llegó a la puerta.

—No. La cena es sólo para la familia y los invitados. Pero estaré por allí mañana por la mañana.

Cuando Lew se fue, Ellie miró a su alrededor y se sintió un poco sola. Nunca había hecho nada tan atrevido como aquello. Nunca había acepta— do una invitación de un extraño, había subido a un avión privado y había volado a un destino desconocido.

—Experiencias nuevas —dijo en voz alta. Era lo que había deseado y lo que estaba consiguiendo. Dedicó los minutos siguientes a explorar el resto del cenador. Sólo había un dormitorio, un baño y una cocina pequeña con un frigorífico en el que había suficiente comida para cuatro personas durante dos semanas. Atravesó el salón y salió de nuevo al porche, que era lo que más le gustaba. Éste rodeaba la construcción por los cuatro costados, y Ellie lo recorrió todo mientras miraba las montañas y respiraba el aire puro.

En la parte trasera vio una cuadra, de modo que regresó al interior. Una vez allí, se puso unos vaqueros nuevos, una camisa tejana limpia y unas botas también nuevas, aunque no de estilo tejano, ¡no para ella! A continuación se ajustó un cinturón de conchas y deslizó un par de pulseras antiguas de plata en su muñeca.

Resultaba sorprendente lo que la ropa nueva podía hacer por una persona, pensó mientras salía del cenador y se dirigía a la cuadra. Aunque, como es lógico, un cuerpo nuevo también ayudaba.

Camino del establo, la sensación de soledad la abandonó y se dispuso a vivir aquella experiencia como lo que era, una aventura. ¿A quién conocería? ¿Qué vería?

Oyó el resoplido de unos caballos en el interior de la cuadra, pero ningún ruido de seres humanos. Tampoco se veía a nadie en el exterior. De todos modos, ya eran casi las siete y no creía que los vaqueros esperaran alas ocho para cenar.



Librodot

En el interior había un hombre inclinado sobre el casco de un caballo, al que sujetaba entre los muslos. Los rayos del sol se filtraban por una ventana situada en lo alto y lo iluminaban. En aquel momento, Ellie sintió que aquel hombre y el caballo constituían la escena más erótica que había presenciado nunca.

El hombre no era muy alto, no debía de medir más de un metro sesenta centímetros, pero a Ellie le gustaban los hombres bajos. Vestía unos pantalones tejanos y unas botas fuertes pero gastadas. No se trataba de unas botas tejanas con la punta afilada, sino de unas botas de suela gruesa y punta cuadrada. No llevaba puesta ninguna camisa y, por el color tostado de la piel, Ellie dedujo que era así como solía ir. Un delantal de cuero, como los que llevaban los antiguos herreros, le cubría la parte frontal.

Desde donde estaba, Ellie lo veía de perfil. Lo contempló a partir de los pies y hacia arriba. Las gruesas botas terminaban en unas pantorrillas fuertes, y éstas enlazaban con unos muslos robustos y cubiertos por unos pantalones vaqueros gastados y descoloridos. Las costuras se ajustaban, de una forma tensa, a los músculos de sus piernas. Sus nalgas, redondas y apretadas, se unían a la parte baja de su espalda y un cinturón ancho de cuero negro rodeaba su cintura.

La espalda parecía estar formada por un solo músculo que se ensanchaba hacia los brazos. y éstos se hallaban en tensión mientras manipulaba el casco del caballo que sujetaba entre los muslos.

El caballo era robusto. Se trataba de un animal de tiro, y, gracias a la investigación realizada para uno de sus libros, Ellie sabía que se trataba de un frisón. Desde la mitad de las patas hasta el suelo, el caballo tenía un cabello largo y sedoso. La potente musculatura del caballo se correspondía con la corpulencia y la fuerza que emanaban del hombre.

Ellie contempló su perfil. Los labios eran carnosos y bien formados y entre ellos sostenía dos clavos de la herradura. Los orificios de la nariz eran bastante anchos. Tenía los párpados entrecerrados porque miraba hacia abajo y las pestañas eran negras y espesas como las alas de una mariposa. Su frente era ancha y estaba surcada por unas ligeras arrugas, se formaban porque estaba concentrado en su trabajo. Su cabello era cono y negro como el azabache.

Ellie se quedó paralizada mientras contemplaba aquella escena. No veía ni oía nada más. Aquel hombre era todo lo que sus sentidos percibían. Se encontraban a varios metros de distancia, pero ella se sentía tan cercana a él que percibía el olor de su piel, caliente por el sol, perfumada por el heno, sudorosa por el trabajo.

Despacio, muy, muy despacio, el hombre volvió la cabeza en dirección a ella. Parpadeó y, como todo en el cuerpo de Ellie se había detenido, percibió el movimiento del aire provocado por sus espesas y largas pestañas.

Cuando aquel hombre la miró, cuando los ojos de él se encontraron

con los suyos, Ellie contuvo el aliento. Sus ojos eran tan oscuros como su cabello y su mirada tan intensa como una descarga eléctrica.

Mientras él la miraba, el tiempo se detuvo. El cuerpo de Ellie dejó de funcionar, de respirar, de pensar. Era como si aquellos ojos la hubieran

congelado.

Sin embargo, Ellie sintió que se desplazaba hacia él. No como si caminara, sino como si los ojos de aquel hombre se hubieran fundido con su alma, con la esencia de la que estaba hecha y él la atrajera por medio de un poder mágico, un poder invisible, hipnótico y místico.

Ellie no estaba segura de cómo sucedió, pero se encontraba más cerca de él. Despacio, como si fuera a cámara lenta, él se puso de pie y el casco del caballo se deslizó entre sus muslos. Ellie no oía nada más que los latidos de su corazón y el bombeo de la sangre que circulaba por sus venas. Parpadeó. Podía sentir la pata del caballo deslizarse entre las piernas de aquel hombre; resbaló entre sus muslos, fuertes y provocativos, rozó sus pantorrillas, redondeadas y firmes., y descendió entre sus resistentes botas de suela gruesa.

Poco a poco, sin perder el contacto con los ojos de Ellie, él se sacó los clavos de la boca. Ella ya estaba muy cerca y veía sus labios; las pequeñas arrugas que los surcaban; la curvatura, redonda y jugosa, del labio inferior. Un labio que pedía que Ellie lo tocara con los suyos.

Con los labios entreabiertos, él humedeció el centro de su labio inferior con la punta de la lengua, y la visión de aquella lengua, húmeda y rosada, *hizo* que las rodillas de Ellie flaquearan.

Él extendió un brazo para sostenerla y, entonces, Ellie supo que si su piel tocaba la de ella, todo estaría perdido.

Sin embargo, en aquel momento, las enormes puertas traseras de la cuadra se abrieron de par en par y la luz del sol iluminó aquel espacio que había sido tan íntimo y privado. A continuación, el ruido de los hombres y los animales llenó la cuadra.

El hechizo se había roto y Ellie sacudió la cabeza para aclarar sus ideas. Se encontraba a pocos centímetros de un hombre al que no había visto nunca y, a juzgar por el ángulo de su cabeza, estaba apunto de besarla.

Se volvió con rapidez ala izquierda y vio a tres caballos precedidos de tres hombres que los miraban con curiosidad.

—El caballo —murmuró Ellie—. Me estaba enseñando a herrar un caballo.

Los tres hombres mostraron la misma sonrisita de complicidad.

Ellie se dio la vuelta y salió del establo a toda prisa, con la velocidad, aunque no la gracia, de un galgo italiano y sin concederse tiempo para decir nada más ni mirar a aquel hombre otra vez. y sólo se detuvo cuando llegó al cenador del jardín. Entonces cerró todas las puertas y corrió las cortinas para que no entrara ni la luz del sol.

Cuando, por fin, se sintió segura, se sentó en una silla, cogió la libreta y el bolígrafo, que nunca estaban muy lejos de donde ella se encontraba, y escribió todo lo que acababa de ver y sentir. ¿Quién sabía cuándo podría utilizar aquella escena en un libro?



Librodot

CAPÍTULO 20

Cuando Ellie entró en la casa grande para cenar, se sentía demasiado alterada para pensar en otra cosa que no fuera el hombre de la cuadra. ¿Quién era él? ¿Por qué había reaccionado ella de aquel modo? En una ocasión, Ellie estuvo investigando acerca de lo oculto para uno de sus libros y un par de parapsicólogos le dijeron que la mayoría de las cosas se debía a las vidas anteriores. ¿Había conocido a aquel hombre en una vida anterior? ¿Había algo de verdad en aquello?

Su mente no estaba atenta a lo que se pondría pero, como tenía mucha ropa nueva, aquello no era un problema.

Se puso un conjunto de camisa y pantalón de punto azul marino que le había costado más de lo que se había gastado en ropa en los últimos tres años. Además, se adornó con unos pendientes de oro con incrustaciones de lapislázuli y se dirigió despacio a la casa principal, unos minutos antes de las ocho.

Aunque no pensaba en otra cosa que en el hombre del establo, al ver a Valerie se quedó embobada. Era alta, hermosa y de Tejas. ¿Qué más necesitaba decir para describirla?

¿Qué había en Tejas para que allí nacieran mujeres que no tenían miedo, dudas ni inseguridades? ¿Alguna mujer tejana había sentido inseguridad al encontrarse con un desconocido? ¿Acaso detectaban a las mujeres tímidas al nacer y las enviaban a otros estados?

¡Ya estás aquí! —exclamó Valerie mientras descendía por una amplia escalera que debía de medir seis metros de alto.

Llevaba unos pantalones de seda negra y sus piernas eran muy largas y esbeltas, y sobre el torso llevaba una pieza original tejida a mano que flotaba cuando se movía. Su cabello era pelirrojo y caía sobre su espalda formando grandes ondas. Sus ojos, brillantes y verdes, sonrieron a Ellie por debajo de unas pestañas negras como el carbón. Valerie Woodward era como una lámpara con una bombilla de doscientos vatios.

«Ojalá yo fuera Madison», murmuró Ellie en voz baja mientras sonreía a su anfitriona. Madison se podía comparar con aquella hermosa criatura, pero Ellie deseó poder escabullirse por la puerta trasera.

Sin embargo, Valerie no era el tipo de persona que dejaba escapar a alguien en quien estuviera interesada. Tomó a Ellie por el brazo y la condujo hacia lo que debía de ser el comedor.

—Cuando Woody me dijo que había conocido a Alexandria Farrell, no me lo podía creer. No sabes cuánto me gustan tus novelas. Todas mis amigas las leen. Espero que no te importe que haya invitado a unas cuantas personas para que te conozcan.

Al oír aquella observación, Ellie palideció. ¿Qué eran «unas cuantas personas» para alguien de Tejas?

Cuando Valerie llegó a la puerta, ésta se abrió como por arte de magia y Ellie vio una mesa en la que cabían, al menos, cincuenta personas. A Ellie le pareció que la mayoría de los habitantes del norte de California estaban en aquella habitación. Mientras ella estaba comprando, Valerie había preparado una fiesta improvisada del tamaño de un banquete multitudinario.



Librodot

Tan pronto como Ellie atravesó el umbral de la puerta, su vida dejó de ser suya. En un instante se vio rodeada de mujeres que le alargaban libros para que los firmara y le decían lo mucho que les gustaban sus historias. Ellie no cenó mucho aquella noche porque, uno tras otro, todos los comensales le formularon la pregunta: «¿De dónde obtiene sus ideas?» Dondequiera que fuera, siempre le preguntaban lo mismo, y ella respondía de la forma más sincera posible.

Sin embargo, no contaba toda la verdad. En realidad, no podía explicarles que aquel mismo día había entrado en una cuadra y había visto a un vaquero con un delantal de cuero y unos clavos que sobresalían de su boca y que había estado apunto de arrancarle la ropa a jirones. Y tampoco podía contarles que, aunque no lo volviera a ver, aquella escena, que había transcrito hasta el mínimo detalle, aparecería algún día en uno de sus libros.

Como Ellie era la invitada de honor, los otros comensales se turnaron para sentarse a su lado. Ellie tenía que reconocérselo a Valerie, quizá viviera en un rancho en medio de ninguna parte y rodeada de vacas, pero sabía vivir. La vajilla era francesa, la cristalería italiana y la cubertería inglesa, pero la comida era norteamericana y muy abundante.

Sin embargo, Ellie no conseguía comer mucho antes de que la siguiente persona se sentara a su lado y le dijera: «Siempre he querido preguntarle a un escritor de dónde saca sus ideas.»

Mientras respondía a esta pregunta por cuarta vez, Ellie miró a lo largo de la estrecha e interminable mesa en dirección a Valerie. Woody estaba sentado en la cabecera y Valerie a su derecha. Ella no se había sentado en el otro extremo de la mesa, sino aliado de su esposo.

Ellie los miró con atención, pues le gustaba examinar a las personas para saber cómo eran en realidad. Mientras contestaba a la misma pregunta por sexta vez, Ellie llegó a la conclusión de que Valerie estaba loca por su marido. Cuando la vio por primera vez y percibió que era mucho más joven que Woody, supuso que se había casado con él por su dinero. Además, el comentario de Lew sobre cuánto le gustaba a Valerie ir de compras, había reafirmado aquella idea en su cabeza. Sin embargo, en aquel momento se daba cuenta de que no era cierta. A menos que Valerie fuera la mejor actriz del mundo, estaba locamente enamorada de su marido.

De algún modo, al verlos juntos y fijarse en la forma en que Valerie tocaba continuamente la mano de Woody y él mantenía la cabeza vuelta hacia su esposa, Ellie se sintió muy sola.

No era justo que un hombre pudiera alcanzar un éxito tan grande y, además, encontrara a alguien que lo amara. En cambio, si una mujer lograba el éxito...

Ellie no quería pensar en lo que le había ocurrido en su matrimonio. No quería recordarlo todo Una vez más y preguntarse qué podía haber hecho para compensar a Martin por su éxito. ¿Cómo podía haber evitado que se sintiera celoso?

La cena pareció durar horas y Ellie tuvo que contenerse para no mirar su reloj nuevo y con turquesas incrustadas cada diez minutos.

Por fin, a las nueve y media, la cena terminó y todos fueron invitados a

tomar unas bebidas en el exterior ya bañarse, a la luz de la luna, en la piscina climatizada.

—Espero que hayas traído un traje de baño —dijo Valerie mientras se acercaba a Ellie—. Lew me ha dicho que has ido de compras. —Sí —respondió Ellie con una sonrisa—. y también he comprado unos regalos para tu hijo.

Al oír mencionar a su hijo, el rostro de Valerie expresó un amor que no podía ser fingido.

Valerie se inclinó hacia ella y le dijo con dulzura: —Mañana tú y yo charlaremos. He tenido que invitar a todas estas personas, de otro modo no me lo habrían perdonado. Pero mañana sólo estaremos la familia y podrás jugar con mi hijo.

Valerie dijo esta última frase como si concediera a Ellie el mayor honor del mundo.

Entonces Ellie se emocionó, porque Valerie hablaba de la familia, algo que todo el mundo quería: un grupo cálido y acogedor de personas con las que convivir y compartir.

—¡Me encantará! —exclamó con sinceridad. —¡Estupendo! —respondió Valerie. Entonces saludó a un grupo de cuatro personas que sostenían bebidas y algo para picar en las manos—. Sí, ahora voy —dijo a otros de sus invitados—. Márchate cuando quieras —susurró a Ellie—. Tu actuación ha terminado.

A continuación, Valerie se dirigió alas cristaleras que debían de conducir a la piscina y Ellie se quedó sola y aliviada por la libertad que suponía para ella poder irse.

Sin embargo, durante unos instantes titubeó. Un par de personas la animaron a que cogiera algo de comida y se uniera a ellas, pero Ellie se quedó donde estaba. Sopesó la posibilidad de seguir a Valerie y preguntarle quién era el herrero del establo.

¿Era, como Lew, un licenciado de Harvard que practicaba su *hobby* ¿O era realmente un herrero itinerante que tenía tres esposas en diferentes lugares? ¿Acaso Valerie y Woody tenían verdaderos problemas con todas las mujeres que los visitaban y perdían el juicio por aquel hombre? ¿Se trataba de uno de esos vaqueros vividores que se aseguraban de que todas las invitadas se lo pasaran en grande?

De repente, se dio cuenta de que todas las alternativas que había considerado eran negativas. No recordaba si fue Leslie o Madison quien dijo que no todos los hombres eran malos. Sí, había sido Madison. Ella afirmó que Thomas formaba parte del mundo y era muy buena persona.

—Únete a nosotros —dijo alguien mientras volvía la cabeza hacia Ellie—. Agua templada a la luz de la luna. ¿Qué más se puede pedir? —dijo aquel hombre con una invitación en la mirada.

Ellie tuvo que contenerse para no decir: «Privacidad.» En aquel mo*mento era Alexandria Farrell, la escritora,* y no *Ellie Abbott,* de modo *que* debía comportarse de una forma adecuada. Le dirigió una sonrisa a aquel hombre e hizo un suave ademán con la mano para indicarle que le gustaría ir con él, pero que tenía otros compromisos.

Aquel hombre suspiró, se encogió de hombros y cruzó las puertas que conducían al patio artísticamente iluminado.

Entonces Ellie se deslizó por la puerta lateral que conducía a su querido cenador, que en aq1ilel momento le parecía un remanso de paz y un refugio.

Cuando estuvo sola se sintió aliviada, aunque tenía la sensación de que algo iba a ocurrir. En su interior estaba nerviosa y expectante. Durante un rato se quedó en el porche y contempló la noche. Oía la música que procedía de la casa grande y se alegró de no estar entre aquella muchedumbre.

Recorrió el porche mientras se esforzaba en distinguir alguna cosa en la oscuridad. ¿Dónde estaba él? , se preguntó. ¿Por qué no la había buscado?

Después de, más o menos, media hora, el aire que procedía de las montañas se hizo más frío, de modo que Ellie se frotó los brazos y entró en la casa. La iluminación era cálida y el mobiliario acogedor. Le gustaba aquel cenador.

Intentó escribir en su diario, pero no podía concentrarse. Estaba esperando algo.

«o a alguien», se dijo, enfadada consigo misma. Casi tenia cuarenta años y... Entonces sonrió y se acordó de que todavía faltaban tres años para aquel cumpleaños. Sin embargo, si la transportaban al futuro con tanta rapidez como lo habían hecho al pasado...

«Cuarenta», pensó. A su edad no debería estar recorriendo la habita— ión como un tigre enjaulado. Debería... ¿qué?, ¿estar tomando clases de ganchillo?

A las once se duchó e intentó tranquilizarse. Estaba comportándose como una adolescente. Además era una mujer casada y se le había pasado la edad de excitarse por otra cosa que no fueran las recetas culinarias y la proximidad de los nietos. De todos modos, no tendría nietos porque no había tenido ningún hijo.

Cuando salió de la ducha, se sintió más calmada y volvió a ser la fatalista que Jeanne, su terapeuta, conocía tan bien.

De acuerdo, había pasado unos momentos con un hombre en una cuadra. En efecto, el atractivo ayudante de un multimillonario había coqueteado con ella. Y, sí, un hombre en una fiesta, la había invitado a seguirle y ella se lo había tomado de una forma muy personal...

Se metió en la cama e intentó leer uno de los libros que había comprado aquel mismo día, pero no lo consiguió. Entonces apagó la luz y cerró los ojos.

Aunque le costó reconocerlo, tenía sueño. Sin embargo, un ruido en el exterior hizo que se incorporara de inmediato. Se trataba de un ruido sordo. Uno, dos, tres, cuatro. Cuatro golpes secos en el suelo de madera del porche.

Ellie abrió tanto los ojos que le dolieron. Un caballo avanzaba, muy despacio, por el porche que rodeaba el cenador. Oyó los cascos que golpeaban el suelo.

Ellie no pensó en lo que hacía. Si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que ya no tenía edad para salir de la casa sin maquillaje y sin ponerse rimel en las pestañas, pero en aquel momento no pensó en su aspecto. Ni en el hecho de que sólo llevaba puesto un ligero camisón de algodón.

Apartó de golpe el edredón de la cama y salió a toda prisa. Las luces del exterior estaban apagadas, aunque no lo estaban cuando ella volvió de la fiesta. No obstante, en aquel momento todo estaba a oscuras. Sólo se distinguían las luces de la casa grande a través de los árboles. Al principio no vio a nadie, y durante un instante horrible pensó que se había imaginado los ruidos del caballo. Con los pies descalzos, recorrió el porche hasta la parte de atrás de la casa. y allí estaba él. La luna se encontraba a sus espaldas, de modo que Ellie lo percibió más como una silueta que como una materia. Vestía ropa negra, montaba un caballo negro y era de noche.

Pero Ellie supo que se trataba de él. Lo sintió. La silla de cuero crujió, y Ellie percibió el brillo de algo blanco, un botón, quizá, y supo que le tendía un brazo para ayudarla a montar. Ellie no titubeó. Ni siquiera le cruzó por la cabeza el pensamiento de no ir con él. Ni tampoco se le ocurrió hablarle, preguntarle su nombre, interrogarlo acerca de su vida, el colegio al que había asistido ni ninguna otra cosa. No, en aquel momento lo único que experimentaba eran... sensaciones.

Ellie tomó su mano. Se trataba de una mano grande, cálida, callosa. El tipo de mano que a ella le gustaba. La mano de un hombre útil. Entonces montó en el caballo detrás de él. El camisón no estaba hecho para montar, de modo que se deslizó hasta la parte superior de sus muslos. Sus piernas estaban al descubierto, como si llevara puesto un bikini.

No dudó sobre lo que tenía que hacer. Deslizó los braws por los costados de él y se abrazó a su pecho. Entonces, inclinó la cabeza sobre su espalda y aspiró el olor puro que desprendía. Había estado trabajando, sin embargo, no olía a sudor, sino que despedía un olor masculino, el tipo de olor que hacia que Ellie supiera que él era un hombre y ella una mujer.

Mientras cabalgaban, el cuerpo de él se movía y Ellie sintió la espalda de él contra sus pechos. ¿Cuánto tiempo hacia que no sentía algo parecido? Desde muy joven, sólo había estado con un hombre, su marido. ¿Cuándo dejó de haber sexo en su matrimonio? ¿Cuándo éste se había convertido en una lucha por el poder y la superioridad y ya no había consistido en compartir, en compartirlo todo?

Al principio cabalgaron despacio, como si aquel hombre quisiera recorrer el rancho al paso. Ellie no había explorado mucho aquel lugar, pero, ala luz de la luna, vio unas construcciones largas y bajas y se imaginó que, en el interior, habría personas durmiendo. La idea de que el mundo estaba dormido y ellos eran los únicos que permanecían despiertos le agradó. — Después de unos minutos, dejó de sujetarse con tanta fuerza al pecho de aquel hombre y levantó la cabeza. Entonces, contuvo el aliento, pues él alargó el brazo hacia atrás y recorrió con la mano su muslo desnudo acariciándolo hasta donde le alcanzó el brazo y empezaban sus nalgas. Ellie se estremeció y estuvo apunto de caerse del caballo.

Le pareció que él soltaba una risita. —Agárrate fuerte —ordenó él.

Aquéllas eran las primeras palabras que pronunciaba ya Ellie le gustó su voz. Se trató de un susurro, pero a Ellie le cautivó el tono grave que utilizó.

A continuación, él hizo que el caballo girara de forma repentina, y tomaron un sendero. Allí había menos árboles y ninguna construcción, de modo que Ellie pudo mirar por el costado de aquel hombre y contemplar el



Librodot

camino despejado que se extendía frente a ellos. Sin embargo, sólo logró echar una ojeada, porque él sacudió las riendas y echó las piernas hacia atrás. Entonces el caballo se puso a galopar a una velocidad que la hizo marear.

Se agarró con todas sus fuerzas y escondió el rostro en la espalda cálida del hombre.

Él hizo que el caballo galopara durante varios minutos y después de otro recodo disminuyó la velocidad. Entonces el camino empezó a ascender y Ellie oyó el golpeteo de los cascos sobre la roca. En un par de ocasiones, unas piedras sueltas resbalaron por la pendiente.

Pero, aunque el sendero era muy empinado y Ellie se sujetaba con tal fuerza que temió cortarle la circulación al jinete, en ningún momento, y ni por un segundo, sintió temor. No tuvo miedo de que él no supiera dominar la montura ni de ignorar adónde la llevaba.

Al cabo de un rato el terreno se aplanó y Ellie aflojó los brazos. El caballo avanzaba despacio y con cuidado, de modo que, cuando Ellie levantó la vista, no se sorprendió de que el camino se hubiera estrechado y fuera apenas más ancho que el propio animal.

Ellie se arrimó más a aquel hombre, aunque tampoco entonces temía nada. Era como si al tocarlo se sintiera segura. Si él la hubiera abandonado en aquel sendero estrecho y rocoso en medio de la noche, se habría sentido aterrorizada.

Tras recorrer un buen trecho, él hizo detener el caballo. Ellie no quería separar el rostro de su espalda. Tenla la mejilla apoyada en la hendidura de la espina dorsal y se sentía cómoda en aquella posición. Le pareció que podría permanecer así para siempre.

Aunque sintió que él estaba esperando alguna cosa, de modo que poco a poco volvió la cabeza hacia la derecha.

La vista era imponente. A sus pies se extendía el rancho en toda su amplitud. La casa se alzaba en el centro y, a aquella distancia, las luces se veían muy hermosas. Incluso se apreciaba el reflejo de las bombillas en el agua de la piscina. En la quietud de la noche, el sonido de las risas y la música de la casa flotaron hasta ellos.

No obstante, aunque Ellie podía ver a aquellas personas y oír su algarabía, se sentía muy lejos de ellas. No pertenecía a aquel lugar. Sentada sobre el enorme caballo con sólo un delgado camisón sobre la piel y abrazada a un hombre que no conocía, sintió que pertenecía a otra época ya otro lugar.

Ellie lanzó una mirada furtiva al jinete. Él también la estaba mirando y la miraba de un modo que la *hizo* estremecer, y ella supo que si él la besaba en aquel momento ella se rendiría y tendría menos voluntad que un muchacho adolescente en el asiento trasero de un coche.

Sin embargo, él no la besó. Sólo le sonrió. y no se trató de una sonrisa amplia y abierta, sino de una leve y sutil, como si le dijera: «Gracias por venir.»

Pero no dijo nada, sino que dio la vuelta a su montura, emitió un chasquido y así iniciaron el descenso de la colina. Ellie volvió a apoyarse

en su espalda y contempló las construcciones del rancho a medida que se acercaban.

El camino de vuelta duró mucho más que el de ida. En aquella ocasión él no hizo que el caballo se pusiera al galope. Era como si no quisiera que aquella noche o aquella cabalgada terminara.

Pero terminó y, cuando el caballo se detuvo, Ellie levantó la vista y comprobó que se encontraban en el mismo lugar en el que él la había recogido, en la parte trasera del cenador.

Una parte de ella quería invitarlo a entrar y pasar el resto de la noche en la cama con él.

Sin embargo, otra parte quería que sucediera justo lo que había sucedido, y sin palabras.

Ellie sonrió y pasó la pierna por encima de la silla mientras se agarraba al brazo de él, que la ayudó a bajar. Mientras ella subía los escalones del porche, era consciente de que la luz de la luna la iluminaba desde el otro lado y de que, con toda probabilidad, el camisón resultaba tan transparente como una telaraña. Aquel pensamiento hizo que su corazón latiera más deprisa.

Cuando subió al porche, se dio la vuelta, pero él ya se iba. Entonces Ellie sonrió en la oscuridad, se volvió y entró en el cenador.



Librodot

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, Ellie se despertó con esperanzas en el futuro. En una ocasión, su terapeuta le había dicho que las depresiones se debían a una falta de esperanza. «La esperanza desaparece y todo lo demás se va por el desagüe», le había dicho Jeanne.

¿Por qué, cuando un hombre se interesaba por una mujer ella decidía que, después de todo, la vida no era tan mala? Cuando Ellie tenía veintiún años, pensaba que alcanzar el éxito era lo más importante en la vida. De modo que abandonó su ciudad natal y corrió a la gran ciudad de Nueva York para lograr fama y fortuna.

Sin embargo, ¿qué había ocurrido? El primer hombre que se había interesado por ella hizo que olvidara todos sus sueños. Había renunciado a todo lo que quería para ayudar a Martin a tener éxito. Aunque, al final, no lo consiguió. Ella no podía obligarlo a luchar por lo que quería. No podía impedir que saboteara todos los esfuerzos que ella hacía para que él encontrara su camino.

En cambio, cuando a Ellie se le presentó otra ocasión, la aprovechó. Había rechazado las oportunidades que se le presentaban para forjarse una carrera como pintora, pero no iba a cerrar la puerta una segunda vez. Por lo tanto, cuando Daria la telefoneó y le comunicó que querían publicar todos sus libros y enviarle montones de dinero, Ellie respondió: «¿Qué puedo hacer para ayudar?»

En medio del trajín que siguió a aquella conversación, Ellie intentó hacer que Martin participara en su éxito, pero él se negó.

«Si una persona no hace nada, no se siente responsable en el supuesto de que algo falle», le dijo Jeanne en una ocasión. «Pero tampoco puede atribuirse el éxito —respondió Ellie—. y él lo hizo!»

Sin embargo, todo aquel éxito no había cambiado a Ellie. Ella seguía siendo la muchacha soñadora que podía dejar de lado la posibilidad del éxito para seguir a un hombre.

«Eres una artista —le había dicho Jeanne—. Una auténtica creadora. Ya sea sobre una tela y con pinturas o en el ordenador, tú eres una artista.» ),

Aquellas palabras hicieron sonreír a Ellie.

«Y, por encima de todo, eres una romántica —continuó Jeanne—. Necesitas el romanticismo. El arte para ti es romanticismo. El dinero no te importa nada, lo que quieres es romanticismo.»

Ellie se desperezó mientras se levantaba de la cama. Se sentía mejor que en años. Probablemente en muchos, muchos años. La noche pasada, había experimentado el encuentro más romántico de toda su vida.

El día anterior ardió en deseos de saber quién era aquel hombre, pero ya no. Pensaba que si no volvía a verlo nunca más, eso no la afectaría. De hecho, quizá no deseaba volver a verlo. Quizá quería cristalizar aquella noche en su mente y conservarla así para siempre, como una fotografía que congela el tiempo.

Se vistió sin prisas. Se puso unos tejanos y una camisa de algodón con los botones plateados. No se trataba de un conjunto llamativo, pero

estaba segura de que Valerie sabría al detalle cuánto le había costado aquella ropa. Cogió los regalos que había comprado para Mark, pero decidió no llevarlos a la casa. Estaba convencida de que la mayor parte de los invita— dos de la noche anterior todavía estaban allí..., esperándola.

Mientras se dirigía a la casa grande, Ellie se esforzó en mantener la vista al frente. No quería escudriñar a su alrededor en busca del «vaquero de medianoche».

Cuando llegó a la casa, se dispuso a llamar al timbre, pero la puerta estaba entreabierta, de modo que entró. Entonces pensó que la casa le gustaba más de día que de noche. Por la noche, y gracias aun luminotécnico, la casa recordaba un escenario teatral. Sin embargo, en aquel momento sólo parecía una bonita casa de campo. Una casa sorprendentemente grande, pero, al fin y al cabo, un hogar.

Valerie apareció como si la hubiera estado esperando. Llevaba unos pantalones tejanos que debían de estar confeccionados a medida. y si aumentaba un solo gramo de peso, no podría ponérselos. A Ellie le maravilló comprobar que Valerie resultaba más atractiva de día, con su ropa vaquera de gran calidad, que de noche, vestida con los trapos de diseño.

—Te estábamos esperando —dijo Valerie. Ellie dominó sus deseos de quejarse. ¿Todo el fin de semana iba a ser así? —Te prometo que será la última vez —continuó Valerie como si le leyera el pensamiento—. Todos los empleados del rancho están aquí y desearían que les firmaras algunos libros. Hazlo por última vez y te prometo que serás libre.

Ellie quería decir algo divertido que hiciera reír a Valerie. En otras circunstancias lo habría conseguido, pero no después de oír que todos los empleados del rancho estaban allí. ¿Estaría también él?

Ellie se esforzó en dominar el fuerte latido de su corazón y deseó que Valerie no lo oyera.

—Está bien —murmuró. Entonces habría deseado abofetearse por la simple y aburrida respuesta. Lo que era seguro era que aquel fin de semana no iba a impresionar a nadie con su agudo ingenio.

Valerie había colocado un montón de las últimas novelas de Ellie sobre una mesa cercana ala puerta que comunicaba con el patio. Junto ala puerta había un vaquero que sostenía el sombrero en la mano. Cuando vio a Ellie, sonrió con timidez. Años atrás, en Oklahoma, un par de vaqueros se habían acercado a ella para que les firmara unos libros. Uno de ellos le pidió un autógrafo para su mujer, pero el otro permaneció inmóvil mientras la observaba sin siquiera parpadear. El primero le preguntó a su a migo si quería comprar uno de los libros. «No. Quiero comprarla a ella», respondió el otro con pasión.

Ellie se acordó de aquel hecho y le devolvió la sonrisa al vaquero de la puerta. A continuación, se sentó junto a la mesa.

El rancho era muy grande y muchos hombres y mujeres trabajaban en él. Parecía que Valerie hubiera comprado una edición completa de la Última novela de Ellie para que sus empleados dispusieran de entre tres y diez libros cada uno. Después de una hora, Ellie tenía hambre, sed y tedio.

Mientras Ellie firmaba los libros, Valerie hizo que colocaran una mesa larga con comida contra la pared. La habitación se fue llenando de

empleados, encargados, vaqueros auténticos con estiércol en las botas, y en la alfombra oriental de Valerie, y vaqueros falsos con títulos universitarios.

Todos sostenían platos llenos de comida en las manos ya Ellie se le hizo la boca agua.

—Ahí llega el último —dijo la voz inconfundible de Woody desde detrás de Ellie.

Ella estaba inclinada firmando libros para una joven que tenía una larga lista de familiares a quienes quería regalar libros autografiados por Ellie. Al oír la voz de Woody, Ellie sonrió. No había hablado con él desde que se vieron en la entrada de la oficina del detective.

—Éste es el menos importante —dijo Woody en un tono burlón. Ellie apreció amor en su voz y sonrió con mayor amplitud. Por fin iba a conocer al hijo de Woody. Ellie tendió el libro firmado a la joven, que se lo agradeció y metió todos los ejemplares en una gran bolsa con el nombre de Neiman Marcus impreso en su superficie.

Ellie se dio la vuelta. Como esperaba ver a un niño pequeño, mantuvo la vista baja. Sin embargo, lo que vio fue un par de botas negras de suela gruesa y, al instante, supo quién se encontraba delante de ella.

—Quiero presentarte a mi hermano menor —dijo Woody por encima de la cabeza de Ellie—. Todo este tiempo ha estado por aquí, pero es algo tímido y aborrece las fiestas. Por eso no lo vimos ayer por la noche. «¿ Tímido? —pensó Ellie—. ¿ y qué entiendes exactamente por tímido?» habría deseado preguntarle. Poco a poco, Ellie levantó la vista y recorrió con la mirada el cuerpo de aquel hombre, un cuerpo que conocía bastante bien desde la noche anterior. Sus piernas habían rodeado sus caderas durante un par de horas. Sus brazos habían abrazado su torso y sus manos se habían desplazado de vez en cuando por la mitad superior de su cuerpo. Además, había pasado tanto tiempo con la cabeza apoyada en la espalda de él que podría reconocer aquella parte con los ojos tapados.

Él sonreía. y lo hacía de aquel modo exasperante que los hombres utilizan cuando saben algo que la otra persona desconoce. Durante todo el tiempo, él sabía que era el hermano del propietario del rancho, pero Ellie lo ignoraba. Ella pensaba que era un herrero, sin embargo, él siempre supo quién era ella.

«La edad implica ciertas ventajas —pensó Ellie—. En primer lugar, no tienes que preocuparte por tu reputación. Y, en segundo lugar, no tienes que preocuparte por el hecho de que tus actos afecten a tu madre.»

¿Qué habría hecho su heroína, Jordan Neale, en una situación como aquélla? , se preguntó Ellie. En fin, si no estuviera felizmente casada con Max.

Recordó una escena de la película *Atrapar a un ladrón* en que Grace Kelly deslizaba, de un modo insinuante, uno de sus brazos alrededor del cuello de Gary Grant y…

Sonrió con tanta dulzura como le fue posible. Intentó que nadie se diera cuenta de que aquel hombre la trastornaba y se levantó de la silla. A continuación, con tanto aplomo como pudo reunir, se puso de puntillas, deslizó el brazo alrededor del cuello del hermano de Woody y lo besó. No se



Librodot

trató de un beso apasionado con un abrazo desesperado, sino de un beso largo y muy sensual.

El hermano de Woody permaneció con los brazos a los lados y, cuando ella se separó de él, su expresión era de sorpresa e interés. En efecto. La miraba con mucho interés.

Ellie retrocedió y miró a Woody, el cual permanecía inmóvil y con la boca abierta por la impresión. Detrás de él, también Valerie los contemplaba con los ojos muy abiertos. De hecho, cuando Ellie miró a su alrededor, vio que toda la habitación se había quedado paralizada. Los tenedores se habían quedado a medio camino de las bocas. Un hombre estaba suspendido en el aire, con el trasero a doce centímetros de la silla.

Por fin, uno de los empleados del rancho rompió el hechizo que había encantado al grupo. Se trataba de un hombre de cierta edad y con el aspecto de haber nacido sobre una silla de montar. La barriga le colgaba por encima de la hebilla del cinturón y, cuando avanzó unos pasos, Ellie vio que era patizambo, como los auténticos vaqueros.

Aquel hombre se detuvo aliado del hermano de Woody. —Yo soy el siguiente —afirmó.

A continuación, se inclinó, extendió los labios hacia fuera y cerró los Ojos.

Aquello era lo que necesitaban para romper la tensión de la atmósfera, y todo el mundo soltó una carcajada. Sin dejar de reír, todos se pusieron a darle palmadas en la espalda al hermano de Woody (Ellie todavía no conocía su nombre) y, después, hicieron lo mismo con ella. Por el efecto de un par de palmadas bastante fuertes, la cabeza de Ellie se inclinó hasta tocar el torso del hermano de Woody.

En cuanto a él, permaneció inmóvil mientras sonreía por las bromas que los demás hacían a su costa. Pero no dijo nada, sólo contempló a Ellie. y yo sintiéndome mal porque creía que estabas ahí fuera sola —dijo Valerie de forma que sólo la oyera Ellie—. ¡Santo cielo! Pensé que estabas aburrida.

Por fin, el hermano de Woody alargó la mano y dijo en voz alta, por encima del jaleo que sonaba a su alrededor:

—Jessie Woodward. Encantado de conocerte.

Ellie se echó a reír y estrechó su mano. No quedaba nada de tensión en el ambiente. Los empleados ya no andaban de puntillas por respeto a la escritora, sino que disfrutaban de una mañana libre, comida gratis y de la compañía de unas personas con las que habían pasado mucho tiempo juntos.

—¡Venga! —dijo Woody a su hermano—. Podéis marcharos.

Ellie se quedó sin palabras porque acababa de darse cuenta de lo que Woody les había dicho. Y ¡Cielos!, ¡aquel hombre se llamaba Jessie!

CAPÍTULO 22

Cuando estuvieron en el exterior, lejos de los demás y solos, Ellie se sintió más que violenta. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo está tu caballo esta mañana?

Un par de veces, levantó la vista hacia él y sonrió levemente, pero en realidad no sabía qué decir. Juntos habían experimentado... ¿Qué? ¿Lujuria? ¿Algo más?

Aunque Ellie había escrito algunas escenas sensuales y, durante los últimos dos días, había hecho algunas cosas descabelladas, al menos para ella, en el fondo no era una mujer acostumbrada a tontear.

Mientras se acercaban al cenador, los pies de Ellie se hicieron más y más pesados. ¿Qué esperaba él? ¿ Una mañana loca en la cama con ella? La noche anterior, a la luz de la luna, ella podría haberse acostado con él. Probablemente, se habría arrepentido, pero podía haberlo hecho. Sin embargo, en aquel momento era de día y estaba con un hombre con el que apenas había intercambiado unas palabras. Sus manos habían recorrido su cuerpo, pero no habían hablado.

Pero Jessie lo resolvió todo. Subió los escalones del porche y mantuvo la puerta de la casa abierta para que Ellie entrara sin tener en cuenta que ella permanecía inmóvil a cierta distancia del porche.

—Supongo que debes de tener hambre —dijo Jessie—"—o Según he oído, anoche Valerie te entretuvo firmando autógrafos y te pasaste la cena respondiendo preguntas. Además, esta mañana no has hecho otra cosa que firmar libros. ¿Qué te parece si te preparo una tortilla del tamaño de este estado, al que Valerie tiene tanto aprecio?

Ellie abrió la boca para decir que no tenía hambre. Durante los Últimos tres años había estado gorda y ahora sabía que las mujeres gordas no debían comer en público. Incluso en los restaurantes, eran objeto de mi— radas de disgusto por parte de las otras mujeres. Sin embargo, ya no estaba gorda, de modo que podía comer copiosamente. Su estómago rugió y Ellie miró a Jessie con los ojos muy abiertos. Entonces ambos se echaron a reír y la tensión que había entre ellos se desvaneció.

—Vamos —la animó Jessie. Y entró en el cenador dejando que Ellie entrara por sí misma.

Cuando Ellie llegó a la cocina, él ya estaba sacando platos de los armarios e ingredientes del frigorífico.

—Pareces estar familiarizado con la casa —comentó Ellie en un intento de entablar una conversación.

Ellie pensó que Jessie era atractivo, el tipo de hombre que a ella le gustaba. Aunque a Darla no le gustarla. Claro que Darla decía que a ella Mel Gibson no la atraía.

Ellie se subió aun taburete al otro lado de la barra que separaba la cocina del salón.

En cuestión de segundos, Jessie puso un vaso largo de zumo de tomate delante de ella. Una ramita de apio sobresalía del borde del vaso y varias semillas flotaban en el líquido.

—¿Le has puesto alcohol? —preguntó Ellie.



Librodot

—Sí —respondió Jessie mientras sonreía y arqueaba las cejas—. Así estarás más relajada para lo que venga después.

Como si leyera su mente, él se refería a lo que ella temía, y Ellie se echó a reír.

Él se dio la vuelta, sacó unas cacerolas y más ingredientes del frigorífico y empezó a cocinar con soltura.

—Entonces..., ¿qué quieres saber? —preguntó Jessie mientras estaba de espaldas a Ellie.

El zumo de tomate estaba fuerte. Jessie le había puesto Snappy Toro, de modo que resultaba picante, justo como le gustaba a Ellie. Ella tenía el estómago vacío y el primer sorbo fue suficiente para relajarla. —¿Qué quiero saber sobre qué? —preguntó Ellie.

Jessie volvió la cabeza en dirección a Ellie y enarcó una ceja. y con su mirada le indicó que resultaba evidente que ella sabía a lo que él se refería.

Ellie tomó otro sorbo de zumo de tomate.

—Quiero saberlo todo sobre todos —respondió Ellie—. Empezando por ti.

—No hay mucho que contar sobre mí —replicó Jessie—. Mi hermano es el famoso. ÉL.

—¡No! —exclamó Ellie—. Sobre ti.

Ellie no veía su rostro, pero percibió su sonrisa.

—De acuerdo. Tengo cuarenta y dos años. Estuve casado en una ocasión, pero no funcionó. Yo pasaba mucho tiempo fuera y ella se sentía sola, de modo que buscó la manera de no deprimirse. Con hombres sobre todo. No teníamos hijos, así que nos divorciamos.

Jessie puso un cuenco lleno de patatas y otro con salsa de tomate picante delante de Ellie.

—¿Y qué más? —preguntó ella mientras Jessie colocaba unos cebollinos sobre una madera para cortarlos.

A juzgar por la manera en que manejaba el cuchillo, no era la primera vez que lo hacía.

—No hay mucho más que contar. Llevo trabajando para mi hermano varios años. Diez, o quizá sólo ocho. No me acuerdo.

—¿Qué es lo que haces?

—Sobre todo, gestiono el rancho.

Ellie se dio cuenta de que Jessie no quería hablar de sí mismo y aquello constituía un punto a su favor. Martin hablaba sin cesar. A veces, Ellie se escondía en el armario, detrás de las faldas largas, para que él no la encontrara y, de este modo, poder disfrutar de unos minutos de silencio.

—De acuerdo —dijo Ellie, que había decidido liberado—. ¿Y qué hay de Valerie y Woody?

Ellie percibió que Jessie se relajaba cuando las preguntas ya no eran sobre él.

—Está bien —dijo Jessie con el cuchillo preparado para cortar los cebollinos—. ¿Por dónde empiezo? A Valerie la escogieron por su belleza y su



Librodot

fertilidad. Woody estuvo casado con una mujer fabulosa durante treinta años, pero no tuvieron hijos, de modo que Woody se dedicó a ganar dinero. Todo lo que toca se convierte en dinero. Si clavara una horca en el suelo, encontraría una mina de oro.

Ellie hacía ver que estaba interesada en la patata que tenía en la mano, pero prestaba mucha atención a la forma en que Jessie se expresaba. Se alegró de no percibir ningún deje de celos cuando Jessie habló de la buena suerte de Woody.

Ellie no dijo nada, de modo que Jessie continuó.

—De una forma inesperada, ella cayó enferma y murió en cuestión de seis semanas. Entonces Woody se encontró solo. La verdad es que no tenía ninguna experiencia con las mujeres.

Jessie colocó los cebollinos en una sartén y se puso a cortar tomates y pimientos verdes.

—Entonces apareció Valerie. Era de Tejas, se había graduado en una universidad privada muy cara y no estaba casada. Tenía experiencia, pero no estaba casada.

Entonces Jessie miró a Ellie. Quizá para comprobar cómo se tomaba aquel comentario. Pero Ellie no dijo nada. Estaba muy pendiente de sus palabras y no quería interrumpirlo.

—Se conocieron por una de esas casualidades entre un millón. El hermano de Valerie se había roto una pierna y estaba en el mismo hospital y en el mismo momento que la esposa de Woody. Era uno de esos pequeños hospitales privados donde la norma era «sólo lo mejor», de modo que Valerie no tuvo que indagar para averiguar si Woody era rico. Valerie se quedó embarazada casi antes de que cerraran el ataúd de la mujer de Woody.

Ellie no pensaba tragarse aquella historia sobre un pobre hombre rico seducido por una mujer joven. Estaba convencida de que, se conocieran como se conocieran y por mucho dinero que hubiera por medio, Valerie y Woody estaban enamorados.

—Supongo que tu hermano pasaba mucho tiempo contigo mientras su primera mujer estaba viva y ahora dedica todo su tiempo libre a su joven esposa ya su hijo —dijo Ellie mientras mantenía la mirada fija en una patata.

Jessie permaneció en silencio, de modo que Ellie lo miró y, durante un momento, pensó que iba a ponerse furioso. y Ellie sabia que si él se enfadaba ella se arrepentiría de lo que había dicho. ¿Por qué? ¿Por qué no podía mantener su enorme boca cerrada?

Jessie la miró boquiabierto y, a continuación, rompió a reír. —Realmente dices lo que piensas, ¿eh? —dijo Jessie—. Eres la única persona que no se ha creído mi historia sobre el hecho de que Valerie es una bruja que va detrás del dinero de mi hermano.

Ellie no compartió sus risas.

—¿Por qué quieres que los demás se formen esta idea? —preguntó Ellie.

Él sonrió de medio lado.

—Siempre que cuento esta historia a una mujer, ella quiere

demostrarme que no es una cazafortunas y cae entre mis brazos.

Ellie sabía que se suponía que debía reír por su comentario, pero no lo hizo. En realidad, se sintió molesta y, cuando pensó más a fondo en lo que él había dicho, se enfadó. Él utilizaba con ella una estrategia que admitía utilizar también con el resto de las mujeres.

Él permaneció inmóvil y la miró esperando una respuesta, pero a ella no se le ocurrió nada que decirle.

Por suerte, el teléfono sonó y resolvió la situación. Cuando Ellie descolgó el auricular, una voz masculina preguntó por Jessie. Resultaba evidente que todo el mundo, en el rancho, sabía dónde se encontraba Jessie.

Él se secó las manos con un trapo de cocina, sorteó la barra de separación, tomó el teléfono que Ellie le tendía y escuchó durante un buen rato. Por la expresión de su rostro, resultaba fácil deducir que algo malo había ocurrido. El primer pensamiento de Ellie fue que Woody había sufrido un infarto.

—Voy enseguida —dijo Jessie en voz baja. A continuación, colgó el auricular—. Tengo que irme —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Lo siento por el desayuno y por…

Su voz se fue apagando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ellie mientras colocaba una mano en su boca en un gesto de temor—. ¿Se trata de Woody?

Jessie se detuvo junto a la puerta.

—No. Uno de los hombres se ha suicidado esta noche y lo acaban de encontrar.

Al oír la palabra «suicidio», Ellie se sobresaltó. Durante los últimos tres años, aquella idea la había atormentado y la había perseguido de una forma obsesiva.

Jessie alargó el brazo, acarició la mejilla de Ellie y le sonrió.

—Tú y yo tenemos que hablar. Entre nosotros hay algo y… —Él no parecía entenderlo mejor que ella misma—. En cuanto me ocupe de lo de Lew, regresaré y pasaremos un tiempo juntos. Entonces, Jessie abrió la puerta y salió del cenador.

Durante unos instantes, Ellie se quedó allí de pie, aturdida. Cuando él no la tocaba, todo iba bien.

Sin embargo, cuando lo hacía, ella no podía pensar con claridad. y cuando…

—¡Lew! —exclamó Ellie en voz alta. Al segundo siguiente, había salido

del cenador y corría para alcanzar a Jessie—. ¿Lew McClelland? —le preguntó—. ¿El hombre que me acompañó hasta aquí? ¿Él se ha suicidado?

—Así es —respondió Jessie mientras caminaba con rapidez—. Siento que lo conocieras. Mira, eres una invitada, de modo que, ¿por qué no regresas…?

—¿Por qué se ha suicidado? —preguntó Ellie—. Era un hombre agradable. A mí me caía muy bien.

Al oír aquellas palabras, Jessie le lanzó una mirada penetrante, pero no

aminoró la marcha.

—Lew estaba deprimido. Muy deprimido. Sólo yo y unas cuantas personas más lo sabíamos, pero no pudimos hacer nada por él. y ahora es demasiado tarde.

Ellie intentaba caminar al paso de Jessie, pero se estaba quedando sin aliento. Entonces tropezó con una piedra y se agarró al brazo de Jessie.

Él la ayudó a recuperar el equilibrio y frunció el entrecejo.

—Creo que deberías regresar al cenador. De hecho, creo que no es un buen momento para visitas.

Ellie actuó como si no lo hubiera oído.

—¿Qué te han dicho por teléfono? —preguntó. Durante unos segundos, Jessie parpadeó.

—¿Se trata de la curiosidad típica de los escritores o tienes verdadero interés en esta cuestión?

Ellie pensó que él era muy directo, pero no se lo dijo. —Me gustaba — dijo Ellie.

A continuación, apretó los labios. No pensaba rendirse.

—Está bien —dijo Jessie con un suspiro—. Su mujer, Sharon, lo ha encontrado esta mañana. Por lo visto, ayer por la noche tuvieron una gran pelea. Ella hace meses que quiere dejar el rancho. En realidad, le gustaría regresar al Este y ejercer su profesión. Sin embargo, Lew no quería marcharse, de modo que, ayer por la noche, ella le pidió el divorcio. Por lo visto, Lew, presa de la desesperación, se ha pegado un tiro.

Durante unos instantes, Ellie se agarró al brazo de Jessie y lo miró a los ojos. Pero, no lo veía a él, sino al hombre de trato agradable que había conocido en el aeropuerto.

—Lew no estaba tan enamorado de su mujer, porque estuvo coqueteando conmigo —dijo Ellie con voz suave—. Además, se sentía orgulloso de que su esposa tuviera una profesión. Lo noté por la forma en que me sonrió cuando me contó que ella había decorado el cenador.

Jessie frunció el entrecejo.

—Sólo por el hecho de que un hombre flirtee con una mujer... —empezó a decir, pero, entonces, se interrumpió y permaneció en silencio.

Dos hombres que iban a caballo se cruzaron con ellos y, a juzgar por la expresión de su rostro, sabían lo de Lew.

Cuando volvieron a estar solos, Jessie se inclinó hacia Ellie y habló en voz baja.

—Yo sé más que los otros sobre esta cuestión. La verdad es que el suicidio no ha constituido una gran sorpresa para mí. Sharon lleva sincerándose conmigo bastante tiempo. En el interior de Lew coexistían dos hombres. Él era bueno en su trabajo, pero, en el aspecto personal, no resultaba fácil convivir con él. Sharon renunció a muchas cosas por él.

La idea de «sentirse presionado» acudió a la mente de Ellie.

Las palabras «suicidio», «depresión», «renunció a muchas cosas» y, sobre todo, «por él), despertaban tantos sentimientos en Ellie que estaba a punto de explotar.



Librodot

—Déjame adivinar —dijo entre dientes—. Su esposa dice que renunció a una lucrativa carrera para trasladarse aquí, en medio de la nada, y estar con él. Ella dice que vive por él.

Jessie soltó el brazo de Ellie y la miró como si se hubiera vuelto loca, pero ella no podía parar.

—Dime —continuó Ellie con veneno en la voz—. ¿Ella actuó como si se resistiera a contarte lo desgraciada que era su vida? ¿Te dijo que todo lo que quería era un marido pero que Lew estaba más interesado en el dinero que en ella? ¿Insinuó que Lew podía estar..., en fin, que podía haber perdido el juicio?

Jessie la miró totalmente trastornado y aquella mirada de espanto hizo que Ellie recobrara el dominio sobre sí misma.

—Lo siento —se disculpó Ellie mientras empezaba a alejarse de él—. Estoy convencida de que esto no es cierto. Seguro que ella es una persona estupenda. Yo hablaba por propia experiencia y...

Jessie todavía la miraba como si se hubiera escapado del manicomio más cercano. Ellie miró su reloj.

—Tengo que irme. Tengo que... cambiarme de ropa —dijo mientras pensaba en alguna excusa para marcharse en lugar de dar la vuelta y salir corriendo—. Creo que Valerie me necesitaba para... alguna cosa —dijo mientras continuaba alejándose de él.

Jessie estaba como paralizado y no dejaba de mirarla.

—Siento lo que te he dicho —declaró Ellie que deseaba, con todas sus fuerzas, que Jessie dejara de considerarla loca. La autoridad judicial había dispuesto que Ellie probara que estaba cuerda, pero ella no lo consiguió entonces y tampoco lo conseguía esta vez—. Lo único que ocurre es que Lew me caía bien, muy bien. —Mientras Ellie hablaba seguía alejándose de Jessie y ponía más y más distancia entre ambos—. y la verdad es que no noté que estuviera deprimido. Además, después de todo lo que he pasado durante los últimos tres años, creo que reconocería cuándo alguien se siente deprimido. Madison sufre una depresión, pero Lew no la sufría.

—¿Quién es Madison? —soltó Jessie.

Eran las primeras palabras que pronunciaba en varios minutos. Ellie sacudió la mano como si le quitara importancia. —Una amistad.

Jessie la miró con una expresión ceñuda. —¿ y qué relación tiene él contigo?

Ellie tardó unos segundos en saber de qué hablaba Jessie, porque estaba pensando en Lew.

—Ella. Madison es una mujer —dijo mientras respiraba hondo—. Si me preguntas sobre los hombres de mi vida, te diré que tengo un marido y es probable que, en este momento, esté comiendo con alguien y le diga que soy una bruja porque me he marchado, Dios sabe dónde y con quién, durante el fin de semana. Sin embargo, esta vez es verdad y estoy convencida de que este fin de semana me va a costar más de lo que me costó en su momento. —Ellie sabía que lo que había dicho no tenía sentido, pero (cómo podía explicar un futuro que, aunque todavía no había sucedido, ella ya conocía?—. De verdad que tengo que irme —dijo de manera poco convincente.

Jessie permanecía en el mismo lugar, mirándola, de modo que Ellie le lanzó una mirada hostil para que se marchara. Él no era para ella. El suicidio de Lew le había hecho recordar que todavía estaba casada y que tenía pendiente un divorcio atroz. Además, aquel fin de semana prometedor se había convertido en un fiasco. Por un lado, Valerie no dejaba de exhibirla y, por otro, Jessie había admitido que había utilizado con ella las mismas estrategias que empleaba con las demás mujeres cuando quería acostarse con ellas. Ya se había equivocado bastante respecto al amor, a tener un futuro, etcétera y encima aquello... La muerte de un hombre que le gustaba mucho.

—Creo que tienes razón —dijo Ellie con voz suave—. Quizá no sea el mejor momento para visitas. Creo que... Dile a Valerie...

No sabía qué más decir, de modo que *hizo* lo que había estado evitando hacer durante todo aquel tiempo: darse la vuelta, correr al interior del cenador y cerrar la puerta con firmeza tras ella.



Librodot

CAPÍTULO 23

Cuando Ellie tomaba una decisión, no tardaba mucho en ponerla en práctica. «Éste es, al mismo tiempo, mi punto débil y mi punto fuerte», le dijo a Daria. Si la decisión era acertada, entonces todo era fantástico, pero si la decisión era hacer a un lado una posible carrera como pintora y seguir a un hombre…

De todas maneras, una hora y media más tarde, Ellie había hecho el equipaje, había presentado sus disculpas a Valerie y estaba sentada en un banco en el porche del cenador. Allí esperaba que alguien la recogiera y la acompañara de vuelta a Los Ángeles. Valerie le había dicho que Woody pensaba enviar una avioneta para recoger a unos familiares de Lew, de modo que nadie haría un viaje extra por ella. Valerie se sintió tan trastornada por la muerte de Lew que no prestó mucha atención a las otras cosas que ocurrían a su alrededor.

Ellie esperaba sentada en el porche. Su pequeña escapada se había con— vertido en un desastre… y regresaba a su propia pesadilla.

Se había pasado tres años pensando en la que le haría a su ex marido si pudiera repetir la historia. Le encantaba imaginarse que contrataba aun detective para que la siguiera. Se había recreado pensando que contrataría a alguien para que iniciara una relación con él y averiguara dónde había escondido el dinero que le había robado. Había pasado meses e incluso años imaginando todas las cosas que quería hacerle—

Sin embargo, estaba sentada en un banco cubierto con cojines frente a las montañas de California y la horrorizaba tener que hacer todo aquello. Sencilla y llanamente, lo odiaba. Años atrás, cuando, en una ocasión, se quejaba a alguien sobre su marido, aquella persona le había preguntado que por qué no se divorciaba de él. Ellie respondió que divorciarse implicaba demasiado jaleo.

A Martin le encantaba el Caos y la confusión. Hacer desgraciados a los demás le hacía sentirse más fuerte. Sin embargo, Ellie necesitaba paz y tranquilidad. Sólo en ese estado podía pensar, imaginar historias, soñar despierta y…

—Sube.

Ellie levantó la vista y vio a Jessie sentado en un Jeep sin capota que había frenado de golpe frente a ella. La miraba con expresión ceñuda como si estuviera haciendo algo que a él no le gustaba.

Ella no obedeció.

—Regreso a Los Ángeles.

—No —respondió él—. Te necesito.

Ellie parpadeó. ¿Acaso era una nueva forma de cortejo?

—Quizá no lo comprendas, pero estoy casada y, lo ame o no, tengo un marido.

Jessie la miró con ira, se inclinó sobre el asiento y abrió de golpe la portezuela del otro lado.

—No me refiero a eso —dijo Jessie—. En realidad sí que te necesito en ese sentido, pero eso puede esperar. Si quieres, consigue el maldito divorcio

antes de estar conmigo, pero en este momento necesito tu cerebro.

—Seguro que harías feliz a Madison —murmuró Ellie. Sin embargo, siguió sentada en el banco y no subió al coche—. Van avenir a buscarme. Debo regresar a la ciudad.

—Por el momento, nadie va a abandonar el rancho —dijo Jessie órdenes del comisario. En su opinión, Lew podría haber muerto asesinado.

Jessie observó, atento, la reacción de Ellie.

—¿Ha sido su esposa? —preguntó Ellie en voz baja.

Jessie no respondió, sino que permaneció sentado y en silencio. Ellie sabía que no le diría nada hasta que ella hiciera lo que le pedía. Ellie deseaba mantenerse firme y no ceder a sus peticiones, pero la curiosidad que sentía como escritora era mayor que su fuerza de voluntad. Entonces, hizo una mueca, se levantó, descendió los escalones del porche y entró en el vehículo. Jessie no habló hasta que estuvieron en marcha.

—No —dijo por fin—. No ha sido su esposa. Está realmente muy afectada por la muerte de Lew.

Ellie mantuvo la vista hacia el frente.

—Comprendo —comentó. Notó que Jessie la miraba, pero no le devolvió la mirada. Aquél no era su problema. Ella tenía los suyos propios e iban a empezar muy pronto. Además, sólo disponía de tres semanas.

Jessie continuó conduciendo y Ellie pensó que debería haberle preguntado adónde la llevaba. Pero él no se lo dijo y ella no se lo preguntó. Siguieron por un camino de tierra y, en un determinado momento, Jessie detuvo el vehículo, bajó, abrió la puerta de una valla, volvió a subir al coche y pasó al otro lado. Cuando volvió a detener el vehículo, Ellie bajó antes que él y cerró la puerta de la valla.

—Me gustan las mujeres activas —dijo Jessie cuando Ellie estuvo de vuelta.

A continuación puso la primera y siguió conduciendo. Ellie sonrió porque aquello era lo que le había gustado de él.

Permanecieron en silencio durante un rato y Ellie pensó que debería estar enfadada con él.

Estaba demasiado seguro de sí mismo. Él sabía que conseguiría que ella fuera con él y había supuesto...

Pero...,¡al diablo con todo aquello! Si encontraba algo malo en que un hombre atractivo la llevara en coche por un camino solitario es que había hecho demasiadas terapias.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Ellie—. ¿A un lugar secreto donde planeas abusar de mí?

Él tenía los ojos fijos en el camino, pero Ellie vio una leve sonrisa en sus labios.

—Creí que escribías novelas de misterio.

—Así es. Pero también son novelas de amor. ¿Adónde vamos?

—Lejos de todo el mundo —respondió. Entonces dio un giro brusco a la izquierda y se encontraron frente a las montañas, rodeados de árboles y junto aun hermoso lago. Él detuvo el coche y la miró—. Quiero saber lo que



Librodot

tú sabes. Cuéntamelo todo —dijo Jessie.

Después salió del coche y se dirigió al lago.

Ellie lo siguió hasta una gran roca plana. Allí, Jessie se puso alanzar piedras de modo que brincaran sobre la superficie del lago.

—La escuché con los ojos —dijo Jessie—, no con la mente. y quizá por esta razón, un hombre bueno ha muerto.

Ellie se dio cuenta de que Jessie quería hablar, de modo que se sentó sobre una roca y esperó.

—Ella es muy guapa. Un bombón —dijo él. Ellie sabía que se refería a Sharon, la esposa de Lew—. Sentía lástima por ella. Tenía talento y me dijo que se sentía atrapada.

Jessie hizo una pausa y cogió más piedras. —Me dijo que…

—Que lo amaba muchísimo —lo interrumpió Ellie a pesar de su in— tención de permanecer callada, y la amargura se reflejó en su voz.

—Así es —continuó Jessie mientras miraba a Ellie—. ¿Cómo lo sabes? No era el momento de hablar de sus propios problemas. Ellie se encogió de hombros.

—Yo he pasado por algo parecido. ¿Lew se quejó alguna vez de ella! — Nunca. Estaba orgulloso de ella. Yo no me habría enterado de que algo iba mal si Sharon no me lo hubiera contado. —¿Ante cuánta más gente se quejó?

—No lo sé. Creí que sólo se sinceraba conmigo.

En esta ocasión, fue Jessie quien habló con un deje de amargura en la voz.

—¿Qué me contabas sobre el comisario? —preguntó Ellie. , Durante unos segundos, los labios de Jessie se estrecharon formando una línea delgada.

—He sido yo. Hablo demasiado. Esta mañana me hiciste pensar que quizá Lew no se había suicidado, de modo que se lo comenté al comisario. Dos horas más tarde, arrestaba a Bowie. —Jessie miró a Ellie—. ¿Recuerdas al tipo que quería que lo besaras esta mañana?

Al principio, Ellie no sabía a quién se refería, pero entonces se acordó del vaquero barrigón que los había hecho reír a todos por la mañana y sonrió.

—Ése es Bowie, y lo han detenido para interrogarlo sobre el asesinato de Lew.

—¿Cómo? —preguntó ella—. A mí no me pareció un asesino.

—No, no lo es. Pero le gustan las mujeres y hace unos años vivió un desafortunado incidente con una de las invitadas de Valerie, que en aquel momento estaba bebida. Cuando aquella mujer recuperó la sobriedad y vio a Bowie a la luz del día, decidió denunciarlo. Woody tuvo que recurrir a sus contactos y pedir muchos favores para liberar a Bowie.

—¿y ahora está ocurriendo de nuevo? —preguntó Ellie.

—¡No si puedo evitarlo! —exclamó Jessie mientras hacía brincar una



Librodot

piedra por la superficie del agua. Entonces, se dio la vuelta y miró a Ellie—. ¿Cómo podemos averiguar si ha sido ella quien lo ha asesinado?

Jessie la miraba como si ella supiera sobre esas cuestiones.

—¿Le has contado al comisario lo que sabes? —preguntó Ellie.

—*Así* es como Bowie se ha visto involucrado. Si yo no le hubiera explicado que dudaba que Lew estuviera tan deprimido como los demás creían, entonces el comisario no habría formulado tantas preguntas y no habría descubierto que Bowie sentía un intenso deseo por la mujer de Lew.

—Comprendo y si yo no hubiera hablado en primer lugar... —Exacto —subrayó Jessie—. Los dos somos responsables, de modo que, ¿cómo lo solucionamos?

Una cosa era escribir libros sobre una mujer que se metía en jaleos mientras investigaba asesinatos y otra muy distinta era hacer algo parecido en la vida real.

Ellie se puso de pie.

—Mira, es posible que esta mujer sea una asesina, pero no quiero quedarme aquí para averiguarlo. El tiempo del que dispongo es prestado y no quiero cambiar mi futuro y acabar muerta.

Jessie parpadeó varias veces.

—¿Sabes? A veces dices cosas muy extrañas. Hablas de cosas que todavía no han sucedido como si conocieras el futuro.

—Esto es ridículo —dijo Ellie de inmediato—. ¿Cómo puede alguien conocer el futuro? Es sólo que... Quiero decir que...

—Continúa. Estoy esperando.

—La verdad es que tengo que regresar a Los Ángeles lo antes posible. Tengo menos de tres semanas para impedir que mi ex marido, bueno el que pronto será mi ex marido, me quite todo lo que he ganado con mis libros y me imponga una carga de por vida, por no mencionar la pérdida de mi dignidad y mi autoestima.

—¿Cómo sabes que él obrará de este modo? —Porque lo conozco —respondió ella.

—Sí. Supongo que eso es lo que se esconde detrás de tu forma de actuar. Eres muy perspicaz respecto a las demás personas. De hecho, no te creíste lo que los demás aceptan como cierto en relación con Valerie y Woody. Siempre que cuento que Valerie es una cazafortunas, los demás me creen, pero tú no.

Ellie entrecerró los ojos.

—¿Le has contado esa mentira a muchas personas?

—Sólo a mujeres —dijo Jessie en un tono serio—. Quiero que te quedes y que me ayudes a averiguar...

—Supongo que no me estarás pidiendo que me quede y te ayude a investigar a una asesina, ¿no es así?

—En realidad, no sabemos si ella es la asesina. Además, tus libros tratan sobre una mujer que investiga asesinatos, ¿no es cierto?

—¿De verdad crees que los escritores viven todo lo que escriben? ¿Crees

que Stephen King ha experimentado todas las situaciones que ha relatado ? Entonces, ¿cuándo escribiría?

Jessie hizo una mueca.

—De acuerdo. Valía la pena intentarlo. De todos modos, ¿qué te parece si la invitaras a comer y la hicieras hablar para darme tiempo a revisar algunos papeles? Quizás encuentre algún escrito.

—No, él nunca dejó nada escrito —dijo Ellie, aunque su afirmación no tenía nada que ver con Sharon.

Ellie se tapó el rostro con las manos durante unos segundos e intentó tranquilizarse antes de volver a mirar a Jessie.

—Mira —dijo Ellie—. Me gustaría ayudarte, pero no puedo. No tengo tiempo. Tengo que cambiar mi propio..., supongo que podría llamarse destino. Creí que podía concederme un fin de semana libre y divertirme un poco, pero te aseguro que este fin de semana no ha tenido nada de divertido.

—¿Nada de nada? —preguntó Jessie con suavidad.

Él volvía a tener aquella mirada. Aquella mirada masculina que Ellie no había visto durante mucho, mucho tiempo. Cuando conoció a Martin, sus ojos siempre tenían aquella mirada. Una mirada que hacía que todas sus hormonas femeninas vibraran y... rieran con una risa floja, pensó Ellie. Como una niña tontita. Como... Desde luego, no como la mujer de casi cuarenta años que era. y tampoco como la escritora de éxito que administraba su propia carrera.

Con toda la determinación que pudo reunir, Ellie giró sobre sus talones y se alejó de él. Si fuera necesario, volvería andando al rancho.

De repente, Jessie se puso a su lado.

—No te vayas —le pidió mientras le ponía la mano sobre el brazo. Ellie miró su mano. Era fuerte y estaba bronceada por el sol y Ellie sintió la calidez de Jessie a través de su camisa. «No lo mires —se dijo—. Con— céntrate en su mano y no lo mires.»

Sin embargo, lo miró. Él todavía tenía aquella mirada y, al instante siguiente, estaban el uno en brazos del otro.

Una parte de Ellie quería hacer el amor con él en aquel mismo lugar, junto al lago. Deseaba que él la desnudara, la tocara y...

Pero se puso a llorar. No se dio cuenta de cuándo empezó, pero se agarró a él como si fuera su soporte vital y lloró de una forma suave pero profunda. Quizá se debió a la mirada de Jessie. Quizá se debió a estar junto a un hombre después de todos aquellos años de soledad. Quizá todo el vado de los últimos años salió en aquel momento a la superficie.

Ellie se dio cuenta de que no quería volver a vivir su divorcio. No quería volver a oír las acusaciones de malvada y traidora. No quería que volvieran a poner en duda su cordura.

Jessie no pareció sorprenderse por las lágrimas de Ellie y supo cómo reaccionar. Se inclinó, la tomó en sus brazos y la llevó junto al lago. Allí, él se sentó con la espalda apoyada en un árbol y la abrazó mientras ella lloraba.

Ellie no supo cuánto tiempo estuvo llorando, pero lo hizo hasta que se

tranquilizó. La zona del hombro de Jessie sobre la que se había apoyado estaba empapada.

Él le tendió un pañuelo. —¿Te encuentras mejor? —dijo con dulzura. Ellie se sonó la nariz y asintió con la cabeza. Entonces, Jessie apartó un mechón de cabello de los ojos de Ellie.

—¿Él intenta asesinarte? —preguntó Jessie en voz baja—. ¿Ésta es la razón de que sepas tanto sobre Lew?

Ellie asintió con la cabeza. Aquello era algo que le había costado mucho tiempo reconocer. Los celos y el odio que Martin sentía hacia ella eran difíciles de comprender.

—No lo sé seguro, pero creo que ésa era su intención. Mi terapeuta opina que él intentaba que yo me suicidara. Él me hacía sentir una fracasada, como si nada de lo que consiguiera tuviera ningún significado. Hiciera lo que hiciera, en su opinión, nunca era suficiente. Además, declaró que le privé de su oportunidad de triunfar y le dice a todo el mundo que soy egoísta y avariciosa. Se pasa los días hablando mal de mí.

Ellie volvió a sonarse y respiró hondo. —Si yo desapareciera, él tendría todo el dinero y su libertad. Jessie volvió a abrazarla de forma que la mejilla de Ellie quedó apoya— da sobre su hombro húmedo. Ella empezaba a recuperarse.

—Siento haber hecho el ridículo, pero...

—¿Alguien te creyó? —preguntó él—. ¿Cuando explicaste que él te estaba empujando al suicidio, te creyó alguien?

—No se lo había contado a nadie hasta ahora. Tú eres el primero —dijo Ellie mientras se limpiaba la nariz—. Muchas personas creen que cuando han conocido a alguien, esa persona no puede ser mala. Mi marido se ha pasado toda la vida proclamando lo mucho que me amaba, de modo que todo el mundo cree que me ama. La mayor parte de las personas no son tan mentirosas como él ni han conocido a nadie como él.

—De modo que al pobre Lew lo empujaron a dar el último paso. No se suicidó, sino que lo asesinaron.

Jessie no dijo nada más y Ellie se separó de él para mirarlo. Lo cierto era que su relación era muy extraña. En el aspecto físico, estaban muy familiarizados el uno con el otro, como si fueran amantes desde hacía mucho tiempo, pero, por otro lado, no sabían nada el uno del otro.

—No te rindes, ¿verdad? —preguntó Ellie, que estaba sentada sobre las piernas de Jessie y tenía su rostro a pocos centímetros del de él.

—En absoluto —manifestó él con toda naturalidad—. Pero necesito tu ayuda. En mi opinión, sabes más de lo que crees.

Ellie se levantó, pero Jessie continuó apoyado en el árbol.

—No sé nada —dijo ella—. Nada en absoluto. y tú tampoco. Es posible que ella lo empujara al suicidio o que lo asesinara. Sin embargo, también es posible que sea una mujer honrada y que todo haya sucedido como ella lo ha contado.

—¿Tú crees que puede ser cierto que Bowie fuera a su casa ayer por la noche y que Lew lo amenazara con una escopeta? —preguntó Jessie con las



Librodot

manos detrás de la cabeza.

—Es probable que eso fuera lo que la decidiera a dar el paso —dijo Ellie sin pensar, ya continuación se tapó la boca con la mano.

Jessie sonrió levemente y cerró los ojos.

—Me imagino que con todo el trabajo de investigación que has hecho para tus libros conocerás bien la mente criminal.

—¡Sé lo suficiente para estar convencida de que los asesinos son personas muy peligrosas! —exclamó Ellie.

Jessie no abrió los ojos. De hecho, sonrió con más amplitud.

En aquel momento, algo cambió en la mente de Ellie. Quizá se debió al hecho de haber llorado en los fuertes brazos de aquel hombre. Quizá fue porque de nuevo sintió que era deseable y no sólo la máquina de producir dinero que Martin le había hecho creer que era.

Fuera por la razón que fuera, en aquel segundo Ellie abandonó sus ansias de venganza. Durante tres años, se había sentido inmovilizada por el trauma de lo que le había ocurrido y por SU eterno deseo de obtener justicia.

Sin embargo, estaba consiguiendo lo que quería: una nueva oportunidad. Entonces se dio cuenta de que no iba a hacer lo que había estado planeando durante todos aquellos años de horror. No iba a regresar a su casa, cerca de Los Ángeles, y dedicar todos los segundos del día a hacer a Martin lo que él le había hecho a ella. No, no iba a ponerse a su nivel.

Lo peor ya había ocurrido y ella había sobrevivido a aquella experiencia. En su momento, todos los implicados estuvieron de acuerdo en que el suyo había sido el divorcio más desagradable que habían presenciado. y también coincidieron en que el juez se había mostrado muy vengativo con ella.

Ellie había sobrevivido a todo aquello y se daba cuenta de que lo que la había trastornado no eran los hechos mismos, sino su reacción ante ellos. Lo que la había hundido no era el dinero que tenía que pagar a su perezoso, mentiroso y mujeriego ex marido, sino el daño que había sufrido su autoestima. Martin la había acusado de preocuparse sólo por ella misma, y el juez se había mostrado de acuerdo.

Mientras pensaba, Jessie se mantuvo en silencio y, cuando Ellie levantó la vista, se dio cuenta de que él la había estado observando.

—Hay cosas graves que te rondan por la cabeza, ¿eh? —preguntó Jessie con dulzura.

—Sí —respondió Ellie—. Así es. Pero ¿sabes una cosa? Ya no me importan.

Entonces sonrió, sonrió de todo corazón. Y miró a su alrededor, a toda la belleza que la rodeaba y respiró hondo. Era posible que el sistema judicial de aquel estado fuera un desastre, pero el paisaje era una maravilla.

—No quiero regresar a casa —dijo Ellie—. Allí no hay nada para mí. ¿Cuándo quieres que invite a comer a la mujer de Lew?

¡Jessie no respondió y Ellie dirigió la vista hacia él, que la observaba con la mirada masculina de antes. Sin embargo, esta vez Ellie no salió huyendo. Ni tampoco se puso a llorar, sino que se inclinó para besarlo y, al instante siguiente, le desabotonaba la camisa.

Librodot

CAPÍTULO 24

1980 Ohio

En un segundo, Leslie pasó de estar en la casa victoriana de una mujer llamada Madame Zoya a encontrarse en su dormitorio de la universidad.

Permaneció un tiempo de pie, desorientada y parpadeando, pues no estaba segura de lo que veía. En la habitación había dos camas. La suya estaba bien arreglada y cubierta con la colcha que tenía desde el primer curso y que había lavado muchas veces. La otra era la de su compañera de habitación, y estaba cubierta por un revoltijo de mantas y colchas que tenían el aspecto de no haber sido lavadas nunca.

Su primer pensamiento fue que tenía que decirle a Rebecca que hiciera su cama, que ordenara su mesa y...

Fue entonces cuando se dio, realmente, cuenta de lo que estaba viendo, pero no se lo podía creer.

Dio un paso atrás y, en aquel instante, fue consciente de su cuerpo: pesaba unos siete kilos menos que diez minutos antes.

Su mente se iba aclarando y, aunque no podía creer lo que veía y sentía, parecía real.

¡Un espejo! —exclamó en voz alta mientras intentaba volver, con la memoria, a los tiempos de la universidad—. ¿Dónde estaba el..? Ah, sí, detrás de la puerta del lavabo.

Leslie abrió la puerta y se quedó impresionada al verse a sí misma cuando tenía veinte años.

Desde el espejo, la miraba una Leslie Aimes a la que no había visto durante mucho, mucho tiempo. No se trataba sólo de aquel cuerpo de veinte años muy bien moldeado gracias a años y años de estiramientos y giros. No, Leslie recordaba aquel cuerpo. Todas las mañanas, cuando se levantaba, se acordaba de él.. .y lo echaba de menos. Extrañaba la capacidad de inclinarse, estirarse y hacer piruetas con gracia y facilidad.

No, su cuerpo no fue lo que la sorprendió cuando se miró en el espejo, sino la expresión ilusionada que reflejaba su rostro.

—¿Cuándo perdí la ilusión? —se preguntó en voz alta—. ¿Cuándo cambié?

La imagen reflejada en el espejo tenía unos chispeantes ojos verdes que parecían estar apunto de echarse a reír. Aquella muchacha creía en ella misma y estaba convencida de que llegaría lejos en la vida.

Aquella muchacha no pensaba que terminaría siendo un ama de casa y que formaría parte de un comité tras otro. Aquella imagen no era la de una mujer que se sentía aterrada por la posibilidad de que su esposo la abandonara por una chica mucho menor que ella.

Leslie se inclinó hacia el espejo y giró la cabeza aun lado ya otro. Ninguna arruga, sólo piel lisa y tersa. El efecto de veinte años de jugar a tenis al sol y sentarse junto a la piscina del club con los niños había desaparecido. Quizás en esta ocasión tendría el sentido común suficiente para untarse crema protectora.

—Y esta muchacha no tiene miedo a nadie —dijo mientras miraba su reflejo.

Aquel pensamiento la impresionó. ¿Cuándo había empezado a sentirse asustada? ¿Fue cuando se dio cuenta de que no iba a convertirse en una gran bailarina? ¿Fue cuando regresó arrastrándose al lado de Alan mientras sentía que había fracasado? ¿Qué le había pasado para perder el brillo de la mirada de aquella muchacha?

El teléfono sonó. Leslie dio un brinco y miró a su alrededor esperando que alguien lo descolgara, pero entonces recordó que aquél era su teléfono y que era ella quien se suponía que debía responder a la llamada.

—¿Diga? —preguntó con reparo. —Leslie, ¿eres tú?

Quien llamaba era Alan.

—Sí —fue todo lo que pudo responder

Había pasado toda su vida con él y el impulso de contarle lo que le había ocurrido era intenso, pero no podía hacerlo. ¿Acaso debía empezar contándole que lo había dejado plantado diez días antes de la boda y terminar hablándole de Bambi?

—Tu voz suena rara. No estarás enferma, ¿no?

¿Siempre había sido tan seco y directo? ¿Dónde estaba el romanticismo? —No —respondió Leslie con voz suave mientras sujetaba el auricular con fuerza.

Intentaba recordar con exactitud cuál era el aspecto de Alan un año antes de graduarse en la universidad.

—Pues algo te pasa —dijo él, un poco molesto—. Sólo te llamo para decirte que te recogeré mañana a las ocho y que iremos juntos a la casa de mis padres.

Leslie sabía que el coche de Alan se estropearía por el camino y que se pasaría toda la Semana Santa intentando conseguir las piezas para repararlo. Por otro lado, ella pasaría la semana sola en la universidad, bailaría sola en el gimnasio y comería sola.

—¿Estás ahí? —preguntó él, esta vez casi enojado.

—Sí, estoy aquí —respondió Leslie—. Sólo pensaba en cuánto me apetece volver a verte. ¿Qué podríamos hacer juntos la semana que viene?

—Juntos? ¿Bromeas? ¿Con tu madre y la mía planificando cada segundo de nuestra vida? Tenemos que hacer todo lo necesario para casarnos. Tú sabes mejor que yo todo lo que hay que hacer.

«Ya los treinta y nueve años de edad, sé que todo eso es una pérdida de tiempo —pensó Leslie—. Es lo que ocurre después de la boda lo que importa.» Tal vez si ella y Alan hubieran pasado más tiempo juntos y hubieran hablado más el uno con el otro, Leslie no habría huido a Nueva York y. ..

—Te encuentro muy extraña —dijo Alan—. Espero que mañana se te haya pasado. Tenemos mucho que hacer esta semana. Mi madre ha invitado a personas muy importantes el fin de semana que viene y, además, tenemos que llegar a un acuerdo sobre dónde vamos a vivir.

Leslie abrió la boca para decirle que comprarían el viejo caserón Belville, pero la cerró antes de pronunciar ninguna palabra. Una cosa era

cierta respecto a Alan: no había cambiado. A los veinte años era tan mandón como a los cuarenta.

Encima del escritorio había un sobre de papel de color crema. Leslie sujetó el auricular con el hombro y abrió el sobre. En el interior había una invitación de Halliwell J. Formund IV dirigida a ella para que pasara la Semana Santa con él, su familia y otros invitados en su finca. Si aceptaba, un coche la recogería al día siguiente por la mañana.

Una parte de Leslie quería contarle a Alan que tenía otra propuesta, pero ¿por qué desechar alternativas? ¿Por qué causar dolor de una forma innecesaria?

—Estaré preparada a las ocho —dijo Leslie a través de la línea y con tanta dulzura como le fue posible—. Pero telefonéame si surge algún problema.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alan.

—Nada. Sólo digo que... No importa. Olvídalo. Si me telefoneas y no contesto es que estoy bailando en el gimnasio.

—¿Acaso no estás siempre allí? —preguntó él.

Al oír aquellas palabras, Leslie colgó el auricular. Todos aquellos años, Leslie se había martirizado porque había dejado plantado al pobre Alan en el altar, pero en aquel momento recordó por qué lo había hecho. Alan era un pedante, un engreído y orgulloso pedante.

Sin embargo, el Alan con el que se había casado ya no era pedante. Mandón, sí, y quizás un poco controlador a veces, pero tenía cierto grado de humildad.

Leslie miró, sin verlo, el tablón de anuncios que colgaba encima del escritorio. ¿Había sido ella quien lo había hecho cambiar? ¿Acaso su escapada a Nueva York había hecho tambalear aquella actitud insufrible que acababa de experimentar y que, con los años, había olvidado?

Leslie pensó que aquello constituía una ironía. Durante todos los años de matrimonio se había sentido cu1pable por aquello tan horrible que ella creía que le había hecho al pobre y dulce Alan, pero en aquel momento pensaba que quizás aquello era lo mejor que podía haber hecho.

—Hummm —murmuró mientras sonreía y descolgaba el auricular. Si dejarlo plantado lo había convertido en una persona mejor, ¿qué lograría si pasaba la Semana Santa con otro chico?

Tras pensar aquello, Leslie soltó una carcajada. A continuación marcó el número de la residencia Formund y aceptó la invitación.

—No es asunto mío, querida, pero ¿no cree que está en el departamento equivocado?

La vendedora tenía el cabello cano y vestía un traje que no se habría arrugado aunque le pasara un tren por encima.

Leslie sólo había encontrado un par de pantalones decentes en el armario del dormitorio y una camisa que tenía demasiados volantes. A continuación, el vestuario se convirtió en su problema principal. Por esta razón se encontraba en los grandes almacenes de mejor calidad de la ciudad y buscaba en las estanterías.



Librodot

—No, no lo creo —dijo Leslie molesta porque aquella mujer se hubiera entrometido en sus asuntos.

Leslie nunca había sido muy derrochadora, de modo que la mayor parte del dinero que su padre le enviaba todos los meses lo conservaba en la cuenta del banco.

—Si tuviera cuarenta años, éste sería el lugar perfecto para usted —dijo la vendedora con una risita.

—Pero yo... —empezó Leslie. y entonces se interrumpió. A su izquierda, había un espejo y Leslie tuvo que mirarse en él para asegurarse de lo que había ocurrido. Ya no tenía treinta y nueve años. Lo cierto es que, incluso bajo la luz intensa de los almacenes, tenía un aspecto estupendo.

Leslie mostró una espléndida sonrisa y se volvió hacia la vendedora. —¿Podría ayudarme? —le preguntó con su mejor voz—. Me han in—

vitado a pasar la Semana Santa en la casa de los Formund y... —¿Los Halliwell Formund?

—Sí, ése es su nombre —dijo Leslie con tanta inocencia como pudo. La vendedora entrecerró los ojos.

—Según tengo entendido, uno de los hijos tiene más o menos su misma edad.

—¿Podría ayudarme a escoger la ropa? No puedo presentarme con mallas, ¿no cree?

—No —respondió la vendedora con lentitud.

Leslie casi pudo oír los pensamientos que cruzaban por su mente: si se mostraba amable con Leslie y ella se casaba con uno de los Formund, podría tener una clienta para toda la vida y las comisiones serían...

—Me encantará ayudarla, querida —murmuró la vendedora.

CAPÍTULO 25

A los cinco minutos de llegar, Leslie ya se había arrepentido de su de— cisión. ¿Qué estaba haciendo allí? La habían acomodado con otras tres muchachas en una casita de invitados que constaba de dos dormitorios. Al principio, sus compañeras de habitación le preguntaron si quería unirse a ellas, pero Leslie rehusó y ellas su pusieron a murmurar a sus espaldas. Hacía mucho tiempo que Leslie no tenía aquella edad y había olvidado por completo la rivalidad que imperaba entre las mujeres jóvenes.

Estuvo apunto de sermonearlas respecto a que no tenían que arrancarse la piel a tiras para conseguir la mejor pareja, pues había hombres para todas. Lo mismo le dijo a su hija Rebecca cuando inició una lucha a muerte con su mejor amiga. Y, desde luego, el enfrentamiento fue por un chico. Leslie se alegró cuando, tres meses más tarde, las chicas estaban de nuevo juntas y el chico formaba parte de la lista de los «desechos». Sin embargo, Leslie sabía que el final podía haber sido otro.

—¿De dónde eres? —preguntó una de las chicas a Leslie—. ¿Qué carrera estudias?

El tono de su voz no dejaba lugar a dudas: Leslie no era considerada parte del grupo que frecuentaba las fiestas de Hal.

La verdad era que Leslie se preguntaba por qué la habían invitado. Sin embargo, mientras se alejaba de aquellas chicas y sus insinuaciones, Leslie supo lo que le habría dicho a su hija. La habían invitado por su cuerpo de bailarina. De hecho, los chicos ricos solían tener aventuras con chicas «inapropiadas» antes de sentar la cabeza y casarse con alguna muchacha de sangre azul cuyo padre fuera el propietario de Kansas o algo por el estilo.

«Soy demasiado vieja para esto», se dijo Leslie mientras salía de la casita. Sobre la cama había encontrado una tarjeta con la lista de actividades que se realizarían durante la semana. Mientras las leía, Leslie deseó haberse quedado en la universidad y bailar. Después de todos aquellos años habría sido maravilloso volver a dar saltos y hacer piruetas con facilidad y sin que le dolieran los dedos de los pies.

Leslie se puso a deambular por la finca. Entonces vio en el suelo un cesto, unos guantes de jardinería y unas tijeras de podar y, con toda naturalidad, los cogió y empezó a cortar las rosas marchitas de un rosal.

—¿Ya estás aburrida? —preguntó una voz detrás de Leslie.

Leslie se dio la vuelta y vio a una mujer mayor que llevaba una falda muy gastada y un jersey que debía de tener veinte años. Sin embargo, Leslie habría apostado a que la piedra de un centímetro de diámetro que colgaba de la cadena de oro de su cuello era un diamante. Sin duda era la propietaria de la finca.

—Lo siento —se disculpó Leslie mientras le tendía el cesto—. Esto debe de ser suyo. No pretendía...

—Está bien —dijo la mujer con una sonrisa—. Podría sentarme en la sombra y dejar que tú hicieras el trabajo. La verdad es que no me gusta nada la jardinería. Sólo la practico porque el médico me ha dicho que tengo que hacer algún tipo de ejercicio.

—Y la jardinería es tan elegante —dijo Leslie entre risas—. Al menos

esto es lo que piensan los hombres. Personalmente, nunca he creído que el estiércol de vaca tenga nada de romántico.

La otra mujer se echó a reír. —Tampoco yo. Pero, me han asignado esta tarea y debo hacer ver que la he hecho yo.

La insinuación era evidente, de modo que Leslie, con una sonrisa, cogió las tijeras de podar y se puso a cortar las rosas marchitas.

La señora Formund se sentó en un banco de hierro debajo de un roble cercano.

—¿Y tú cuál de las chicas eres? —preguntó—. No, espera, debes de ser la bailarina. Nadie se mueve como tú lo haces sin años de entrenamiento. Leslie giró la cabeza para ocultar su rubor. Nadie le había dicho nada parecido en mucho tiempo.

—¿Sabe por qué su hijo me ha invitado? —preguntó Leslie. No pensaba fingir que no sabía quién era ella.

—Creo que la verdadera cuestión es saber por qué has aceptado tú la invitación.

Leslie no la miró, pero percibió el escepticismo en su voz. Sin duda, estaba rodeada de chicas que querían relacionarse con su hijo rico.

—Para ver la finca, desde luego. Había oído hablar de estos jardines y quería visitarlos. —Leslie se detuvo con las tijeras en el aire—. y también para alejarme durante un tiempo de mi novio. Quería saber si hay otros hombres en el mundo además de él.

—Ése es un razonamiento sabio —dijo la señora Formund—. Yo tuve media docena de propuestas matrimoniales antes de casarme con mi marido.

—Además, nunca he salido con ningún otro hombre aparte de Alan —dijo Leslie con voz suave.

—¡Vaya, querida! —exclamó la señora Formund—. A tu edad, deberías... ¡Cuidado! Se acerca mi médico. Pásame las tijeras y desaparece. Que no te vea.

¡Fantástico! Has limpiado un bancal entero. El médico informará a tu marido de que he trabajado muchísimo.

Leslie sonrió y se escondió detrás del rosal. A continuación, se escabulló por el camino mientras mantenía la cabeza por debajo de la línea superior del seto.

Leslie estuvo paseando por los jardines mucho tiempo y cuando regresó a la casita de los invitados las otras chicas salían para acudir a la primera de las múltiples fiestas que se iban a celebrar en la casa principal.

—¿Planeas realizar una entrada espectacular? —le preguntó una de las chicas con malicia mientras miraba de arriba abajo a Leslie, la cual vestía un pantalón y una camiseta de algodón. Su manga estaba manchada de tierra y tenía zarcillos pegados a los pantalones.

—No, sólo estaba ayudando a la madre de Hal en el jardín y perdí la noción del tiempo —contestó Leslie con dulzura.

La chica casi se puso de color morado al verse derrotada, pues todo el mundo sabía que la mejor manera de conseguir una propuesta matrimonial era a través de la madre del chico.



Librodot

Cuando las tres chicas salieron a toda prisa de la casita, Leslie pensó: «¡Qué vergüenza!» Sin embargo, no se sentía mal por haber vencido en aquella disputa dialéctica. De hecho, se sentía bastante bien.

Leslie no quería asistir a la fiesta. Nunca le habían gustado las fiestas, a menos que ella fuera la anfitriona, pero sabía que debía ir. Tenía un vestido negro perfecto que realzaba todas las curvas de su cuerpo de bailarina, pero no quiso ponérselo y tampoco quería ir al acecho como las otras chicas.

No obstante, se duchó y se arregló porque, después de todo, era una invitada y tenía unas ideas muy estrictas sobre la forma en que debían comportarse los invitados.

La fiesta la aburrió. Todos eran muy jóvenes y estaban obsesionados por la bebida y la atracción que sentían los unos por los otros. Leslie se sintió vieja. Su cuerpo podía ser joven, pero, en su mente, había superado aquella etapa. Entonces se preguntó si no debería haberse mostrado me— nos seca con Alan. Después de todo, si volvía a casarse con él…

Abandonó la fiesta antes de las nueve y regresó a la casita de invitados. Allí, se acurrucó en la cama, ya las nueve y media ya estaba dormida. Sólo se despertó ligeramente cuando, a las tres de la madrugada, oyó llegar a las otras chicas. De una forma vaga, las oyó decir: «Está aquí. En la cama. y sola.» A continuación, oyó unas risitas y supo que las chicas habían bebido demasiado. Mientras volvía a conciliar el sueño, Leslie pensó que no había visto a Hal en la fiesta, aunque no estaba segura de reconocerlo si lo viera. Después de todo, habían pasado casi veinte años desde que lo vio en persona por última vez.

Los ronquidos de las otras chicas la despertaron. Leslie miró el reloj. Eran poco más de las cinco de la madrugada. Se levantó y entró en el lavabo dispuesta a arreglarse el cabello, maquillarse y vestirse. Sin embargo, el rostro que la recibió en el espejo no necesitaba maquillaje. Sus pestañas no eran débiles y escasas como cuando tenía casi cuarenta años. No tenía manchas en la piel que tuviera que tapar ni grandes poros a los lados de la nariz. Tampoco tenía unas ojeras oscuras debajo de los ojos. Además, su cabello era suave y sedoso, no seco como se volvería más adelante por muchos tratamientos que se aplicara y por caros que fueran.

Leslie sonrió y ni siquiera se preocupó de peinarse. Deslizó los dedos por el cabello para deshacer los enredos y regresó al dormitorio para ponerse unos tejanos y una camiseta. A los cuarenta, cuando uno se despertaba con el pelo enredado se le llamaba «ir despeinado», pero a los veinte años se le llamaba «estar sexy». El césped estaba cubierto de rocío; a aquellas horas de la mañana el jardín todavía se veía más bonito. No había ninguna segadora en marcha ni ningún jardinero a la vista. Era como si Leslie se encontrara sola en medio de la creación. Llegó a un sendero que el día anterior no siguió porque le pareció privado. Sin embargo, no había nadie en los alrededores, de modo que empezó a caminar sobre los guijarros que cubrían el sendero aunque deseó que no hicieran tanto ruido. Al final del camino, encontró entre los árboles la vista más hermosa que había presenciado nunca. En la sombra y cubierto de glicinias, había un cenador. No era tan grande como el de Leslie —bueno, como el que, un día, sería suyo—, pero era precioso. Parecía sacado de un cuento, con la cubierta de paja y las paredes estucadas y pinta— das de color crema.

—Bonito, ¿no crees? De algún modo, Leslie no se sorprendió cuando se volvió y vio a Hal detrás de ella. ¿Qué le había hecho pensar que no lo reconocería? No quiso admitirlo delante de Ellie y Madison, pero, a lo largo de los años, había seguido su carrera con interés. Incluso se había suscrito a algunas revistas poco conocidas porque era probable que incluyeran artículos sobre él.

Leslie lo miró. Sabía que mejorarla con la edad. A los veinte años era un muchacho de aspecto agradable, con ojos y cabello castaños y los mejores dientes que el dinero podía moldear. Aunque su aspecto no dejaba de ser común y no era tan atractivo como Alan a la misma edad. Pero Leslie sabía que las arrugas, las canas y un cuerpo bien conservado harían que Hal resultara un bombón a los cuarenta años.

—Sí —respondió Leslie—. Me infunde serenidad. Hal sonrió y se le formaron unas arrugas en los bordes de los ojos. —Así es como lo describe mi madre. Ella lo diseñó e hizo que lo construyeran un año después de casarse con mi padre. Dice que el cenador la ha ayudado a mantenerse cuerda.

Leslie se echó a reír. —Tu padre es terrible, ¿no es cierto? Había leído un par de artículos extensos sobre Hal y sabía que su padre era tremendo.

—Peor que eso. Mi padre tiene mucho carácter y mi madre es... —Hal se interrumpió como si no supiera cómo describir a su madre.

—Fuerte —dijo Leslie—. Supongo que tu madre es el fundamento sobre el que tu padre se ha desarrollado. Nadie puede enfrentarse al mundo si no tiene una base fuerte y sólida.

Aquélla era su opinión después de haber conocido a la madre de Hal. Si su esposo le mandaba al médico para que la vigilara es que no quería que enfermara.

Halla miró con sorpresa e incluso parecía impresionado.

—Sí, tienes razón. Mi madre es la fuerte de la familia, pero no muchas personas lo perciben. Mi padre es tan...

—¿Dinámico?

—Iba a decir «insensato», pero «dinámico» es una palabra más bonita. Leslie contempló de nuevo el cenador rodeado de árboles y sintió los ojos de él clavados en ella.

—¿Por qué me has invitado a venir? —preguntó con suavidad. Aquella pregunta la había perseguido durante veinte años—. ¿Nos conocimos en algún otro lugar y no me acuerdo?

—No —respondió Hal—. En realidad no. Pero te he estado observando durante tres años y...

Hal dejó de hablar porque Leslie le lanzó una mirada penetrante. Tuvo que recordar que estaban en 1980 y que los merodeadores no eran penalizados por la ley. Sin embargo, no le gustó la forma en que él dijo que la había estado observando.

—Bueno —dijo Hal mientras colocaba las manos frente a su cara como si quisiera protegerse—. No quería decir nada malo. Sólo soy un hombre y me gusta mirar a las chicas bonitas, ¿de acuerdo?

Leslie dejó salir et aliento que había contenido y sonrió.

—Lo siento, pero por el hecho de ser una bailarina a veces te encuentras con...

A continuación, sacudió la mano como final de la frase.

—Sí. Me imagino que con un cuerpo como el tuyo, todos los pervertidos del campus te deben acosar.

Leslie sabía que debería decir algo modesto, pero hacía mucho tiempo que nadie le dedicaba un cumplido como aquél... y mucho tiempo que no se encontraba en tan buena forma como para merecerlo. Leslie se dio la vuelta y enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

—¿Por qué te fuiste de la fiesta tan pronto ayer por la noche? —preguntó él.

—Yo... —empezó ella.

—¿No conocías a nadie y era demasiado ruidosa y multitudinaria sugirió él.

Leslie se echó a reír y lo miró.

—Exacto. Eres muy perceptivo, ¿eh?

—Bastante —respondió él y Leslie notó que su comentario le había agradado.

Sin duda, estaba acostumbrado a que las chicas lo halagaran de una forma continua.

—¿Por qué me invitaste? —preguntó Leslie otra vez—. y no se te ocurra comentar nada sobre mi figura.

—Será difícil—dijo él. «¡Cielos!», pensó Leslie. Hacía muchos años que no flirteaba con nadie. De hecho, no creía haberlo hecho con ningún hombre. Alan no era exactamente el tipo de hombre al que le gustaba flirtear.

—Quizá debería preguntarte yo a ti por qué aceptaste —contestó Hal—. Según he oído, estás comprometida y te casarás en cuanto te gradúes.

—Su coche se ha estropeado y yo iba a pasar toda la semana sola. Además, quería ver este lugar. Quizás, algún día, les cuente a mis hijos que visité la finca de los Formund y que conocí a Halliwell J. Formund IV; presidente de Estados Unidos.

Leslie pretendía hacerlo reír, pero no lo consiguió. Él la miró como si se tratara de una bruja.

—¿Cómo has sabido que me gusta la política? —preguntó él en voz baja.

—Supongo que lo habré oído en algún lugar —respondió Leslie para disimular.

—No puedes haber oído nada —dijo él—. Toda mi familia cree que entraré en el negocio bancario con mi padre y mis tíos. La idea de la política sólo está en mi mente.

—Quizás es que pareces un político —dijo Leslie con una sonrisa—. De hecho, puedo imaginar fácilmente tu rostro en los letreros electorales. Incluso puedo verte en el Congreso y puedo imaginar que la prensa publique que eres un presidente en ciernes. ,

Él no le devolvió la sonrisa, sino que miró hacia el cenador de su madre. —Creo que me ves tal y como yo lo hago. Pero a mis padres no les gustará la idea.

—¿No les gustará que su hijo quiera ser presidente de Estados Unidos? —preguntó Leslie con incredulidad.

Él la miró durante un rato como si estuviera sopesando algo.

—¿Te gustaría pasar el día conmigo? Quiero decir, ¿los dos solos? Podríamos coger una cesta de comida e ir a remar al lago.

Aquella idea le pareció muy atractiva a Leslie. Su mente tenía cerca de cuarenta años, pero su cuerpo tenía sólo veinte, y las hormonas, que no había sentido durante años, rugían en su interior. La perspectiva de pasar un

día sin hacer nada en un lago y con un joven atractivo que la consideraba hermosa le resultaba muy cautivadora.

Él interpretó mal su indecisión.

—No te pondré ni un dedo encima —dijo Hal—. Te lo prometo. — Entonces seguro que no voy —dijo Leslie sin pensar, y los dos se echaron a reír.

—Si no hay más remedio —dijo Hal con los ojos chispeantes.

A continuación, la tomó de la mano y los dos corrieron por el césped en dirección a la parte trasera de la casa. Sin embargo, una vez allí, él se detuvo.

—Si entras conmigo y cogemos la comida juntos, todo el mundo lo sabrá en cuestión de segundos —dijo Hal—. La decisión es tuya.

Leslie lo miró y se maravilló de que fuera tan considerado. Él sabía que Leslie estaba comprometida con otro hombre y le daba la oportunidad de mantener en secreto su escapada. ¿Cuántos chicos de su edad pensarían en esta cuestión?

—Serás un buen presidente —afirmó Leslie.

Después abrió la puerta de la cocina y entró. No le importaba que Alan se enterara. De hecho, quería que sintiera lo que ella había sentido durante los últimos meses a causa de Bambi, su ayudante.

La cocina hervía de actividad. Un cocinero y dos ayudantes preparaban el desayuno, pero por la forma en que Hal se deslizó entre ellos, era evidente que su presencia era habitual en aquel lugar. Hal sabía dónde se guardaban las cestas para ir de excursión y dónde se almacenaban los mejores alimentos. Leslie vio como dos de los empleados colocaban comida en el interior del cesto sin que Halles pidiera que lo hicieran. Un cuarto de hora más tarde, con el cesto colgado de su brazo, Hal abrió la puerta y salieron juntos de la cocina.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó Leslie con sorna.

—No con chicas, si es eso a lo que te refieres —respondió él—, pero sí, con frecuencia cojo comida y me voy a pasar el día fuera.

—Creí que a los jóvenes como tú les gustaban las fiestas, las chicas y…, en fin, las fiestas y las chicas.

Hablaban deprisa, pero Halle lanzó una mirada burlona.

—¿Los jóvenes como yo? —preguntó él mientras le daba vueltas ala idea en la cabeza—. ¿ Y eso qué quiere decir? ¿Acaso tú no eres joven como yo? Aunque, ayer por la noche te escabulliste de una fiesta maravillosa. —Hal se detuvo y sonrió—. Al menos me dijeron que fue maravillosa.

—¿No estuviste allí? —preguntó Leslie con los ojos muy abiertos. —No me gustan nada.

—Sin embargo, si quieres ser político tendrás que asistir a muchas fiestas. —Pero entonces las fiestas tendrán un propósito y entre fiesta y fiesta haré un trabajo, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Leslie con una sonrisa—. ¿Qué pensarán tus in— vitados cuando descubran que su anfitrión no está, que ha huido con la bailarina? y, lo que es más importante: ¿qué pensará tu familia?

—Pensarán que tengo suerte —respondió Hal—. Y, en cuanto a los invitados, pueden entretenerse solos. Las chicas están aquí porque quieren casarse con el dinero de mi padre.

—¡Ah! —exclamó Leslie.

—Yeso, ¿qué quiere decir? Leslie decidió ser sincera.

—Que no sabía que tú lo sabías.

—No puedo ignorarlo, ¿no crees? Te sorprendería saber el número de encuentros «accidentales» que tengo con chicas. Si una sola más simula que se está ahogando en la piscina, yo...

—Y se ahogan, ¿con o sin la parte de arriba del bikini? —preguntó Leslie.

—Dos con y una sin respondió Hal y ambos rieron al unísono. Habían recorrido un sendero que conducía aun río no muy grande.

Una canoa de color verde estaba amarrada aun muelle de madera.

—Este río se une a otro mayor más o menos aun kilómetro de aquí — dijo Hal mientras dejaba la cesta en la canoa—. Ésta es tu última ocasión para volverte atrás.

—¿Y desaprovechar la oportunidad de conseguir que las otras chicas se pongan verdes de envidia? No, gracias. ¿Sabrás llevar esta canoa?

Hal sonrió.

—Sí. ¿ y tú estás segura de querer pasar el día conmigo? —volvió a preguntar mientras Leslie se disponía a entrar en la pequeña embarcación.

Leslie lo miró directamente a los ojos. Éstos eran de color castaño claro y tenían una expresión amable. Sin embargo, detrás de aquella mirada, Leslie percibió la fortaleza que él veía en su madre.

—Eres como tu madre, ¿no es cierto? —preguntó Leslie con voz suave. —Sí —respondió él simplemente—. Su familia no es tan ostentosa como la de mi padre. No han amasado grandes sumas de dinero, pero saben lo que quieren en cuanto lo ven y van a por ello. No se rinden.

La forma en que dijo aquellas palabras y la manera como la miró a los ojos hicieron que los pelos de la nuca de Leslie se erizaran. Era como si le dijera que la quería. Desde luego, aquella idea era absurda, pero era lo que

Leslie sentía. Pero, en aquel preciso momento no quería pensar en aquello. No quería tener que decidir tan deprisa sobre su futuro. Hacía un día fabuloso y quería navegar en "canoa con un chico atractivo que coqueteaba con ella.

—Si me pides que me case contigo, se lo contaré a Atan y te dará una paliza —soltó Leslie como si lo dijera en serio.

Los ojos de Hal chispearon y se rió. Leslie se dio cuenta de que lo había cogido desprevenido, pero la risa les levantó el ánimo.

Halla ayudó a subir a la canoa. —Lo he visto y puedo vencerlo.

—¿Cuándo lo has visto? —preguntó Leslie mientras Hal subía a la canoa y la alejaba del embarcadero de un empujón.

—Lo he visto por ahí. Ya te he dicho que te he estado observando. —¿Eso no es ser un mirón? Cuando aspires a presidente e indaguen en

tu pasado en busca de errores, este hecho podría perjudicarte.

Leslie lo dijo como una broma, pero él permaneció serio mientras remaba para conducir la canoa al centro del río.

—Ya vuelves a hacerlo —dijo él—. Es como si supieras lo que va a suceder. No es que crea en estas cosas, pero ¿no serás una clarividente?

Leslie se inclinó sobre la borda y deslizó la mano por la superficie del agua.

—No, en absoluto. Es sólo que...

En realidad, no podía decirle nada que explicara, de una forma satisfactoria, lo que ella había vivido. ¿Podía contarle que, a pesar de su aspecto, tenía casi cuarenta años y que estaba casada y tenía dos hijos casi adultos.

—¿Estás todavía conmigo? —preguntó Hal.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Estaré aquí al menos otras tres semanas.

Él abrió la boca para contestar a lo que ella acababa de decir, pero la cerró.

—Me gustan las chicas misteriosas —dijo él—. Y tú eres de lo más misteriosa.

—¿Tan misteriosa como Cynthia Weller? —preguntó Leslie sin poder contenerse mientras hacía surcos en el agua con la mano. Ella sabía que Hal se casaría con Cynthia y que tendrían tres hijas.

—Me parece que no la conozco. ¿Debería saber quién es? —dijo él. —No, todavía no.

Hal deslizó la canoa alrededor de un árbol que había caído en el río. —Quiero que me lo cuentes todo sobre ti.

—¿Para ver si te convengo? —preguntó Leslie con una sonrisa. Al principio, Hal frunció el entrecejo, pero después sonrió.

—Tengo la impresión de que me conoces, de que sabes más de mí que yo mismo. y, en respuesta a tu pregunta, sí, quiero saber si me convienes.

Leslie lo miró y descubrió la ambición en su mirada. Todos los artículos que había leído sobre Halliwell.Formund *N* mencionaban sus ojos. Los



Librodot

articulistas comentaban que se podía confundir a Hal con el vecino de al lado..., siempre que no se le mirara directamente a los ojos. En su mira— da, se podía percibir lo que lo impulsaba en su camino hacia el Despacho Oval. El título de uno de aquellos artículos era: «La mirada en el futuro», y comentaba que Hal no cometía errores.

—Halliwell no es el tipo de hombre de quien se encuentren fotografías con una preciosidad en bikini sentada en sus rodillas. Es como si Hal hubiera decidido, cuando tenía dieciocho años, que quería ser presidente y, desde entonces, haya vivido con ese objetivo en la mente. Su esposa, Cynthia Weller, es la compañera perfecta para un futuro presidente. Es guapa, pero no demasiado. Culta, pero no tanto como para ser excepcional. Tiene un sentido del humor sutil, una elegancia conservadora en el vestir y un pasado sin el más mínimo indicio de escándalo. Sin duda, será la perfecta Primera Dama.

Leslie reflexionó sobre la descripción de la esposa de Hal y se dio cuenta de que también podía aplicarse a ella misma. Ella no era el tipo de persona que generara polémica ni que produjera rechazo entre los norteamericanos. No era elegante como Jacqueline Kennedy, pero tampoco vestía como Hillary Clinton.

—De acuerdo, te hablaré de mí —dijo Leslie mientras miraba a Hal—. Mi padre es contratista de obras y...



Librodot

CAPÍTULO 26

¿Qué le has hecho a mi hijo? —preguntó Millicent Formund a Leslie mientras entrecerraba los ojos—. ¿Tienes idea de cuántas chicas le hemos presentado sin que él les hiciera ningún caso? Sin embargo, ha pasado los dos últimos días contigo y ha hecho caso omiso del resto de los invitados.

A Leslie le gustaba mucho aquella mujer. Le recordaba a Lillian Beasley, una compañera suya del comité de recaudación de fondos de la iglesia. Cuando Lillian Beasley pedía una donación, nadie se la negaba.

—Supongo que se pregunta por qué su hijo se interesa por una chica de clase media como yo por encima de todas esas muchachas de sangre azul y piernas largas, ¿no es así? —preguntó Leslie con la ceja arqueada.

—Querida, si pretendes tildarme de esnob, te va a salir mal. Mi padre conducía camiones.

Leslie sonrió. —Vaya y de cuántos disponía. Millie se echó a reír.

—De acuerdo, además de conducirlos, también era el propietario, y tenía unos cuantos. Empiezo a comprender lo que a mi hijo le gusta de ti.

—Él es un joven muy serio y quiere hacer cosas serias en la vida —afirmó Leslie—. La persona que escoja para casarse será de gran importancia en su futuro.

Durante unos instantes, Millie no respondió, pero observó a Leslie con interés.

—Tienes una cabeza vieja sobre los hombros, ¿no es cierto?

—A continuación, la tomó por el brazo—. ¿Sabes pintar? —¿Casas? —preguntó Leslie—. Pinté el cenador de nuestro jardín cuando estaba... —Estuvo a punto de decir: «cuando estaba embarazada»—. Cuando era una adolescente —dijo para concluir la frase. —No, quiero decir con acuarelas —dijo Millie sonriendo—. Ha sido idea de mi médico. Según él, en mi vida había mucha tensión y debía suavizar el ritmo. Entonces, reunió a mi familia y me convencieron de que recibiera lecciones de pintura. En realidad soy muy mala pintora —dijo Millie—, pero me relaja. Sin embargo, con tantos invitados, me he retrasado unas semanas en mis lecciones. Leslie apretó la mano con la que Millie la cogía del brazo. —Alguien se preocupa mucho por usted, ¿no es así? Jardinería para el ejercicio físico, acuarelas para la relajación y visitas del médico a domicilio. —Tengo mucha suerte —afirmó Millie con una voz dulce. A continuación, sonrió—. ¿Te gustaría probar la pintura? —Me encantaría —contestó Leslie—, pero no tengo ni idea de pintar, aparte de paredes, claro. De todos modos, no tiene por qué pasar el día conmigo. Sé entretenerme con facilidad. —La verdad es que me gustaría disfrutar de tu compañía. Además, hoy me han elegido para hacer de carabina de los jóvenes. Leslie no pudo evitar reírse. —No será tan malo. Si les proporciona suficiente comida y los mantiene alejados de los arbustos, se portarán bien. —Eres un alma vieja, ¿verdad? De acuerdo, ayúdame a llevar el equipo. Nos instalaremos cerca de la piscina. Así podré vigilar a los chicos. Leslie se alegró de disponer de un tiempo de tranquilidad para pensar. Había pasado dos días con Hal y le gustaba mucho. De hecho, le gustaba muchísimo. Leslie y Millie llegaron a la zona de la piscina. Debajo de una

gran sombrilla había dos caballetes. Por lo visto, Millie había supuesto que Leslie pasaría el día pintando con ella. Como madre, Leslie sabía que Millie que— ría conocer a aquella joven que podía formar parte de su vida. —¿Qué tengo que hacer? —preguntó Leslie mientras Millie le tendía una caja de acuarelas. En el interior de la caja había un bloc grueso de papel para pintar, unos pinceles y dos docenas de pequeños frascos de cerámica con pinturas de distintos colores.

—Esta semana mi lección es... —Millie cogió un *trow* de papel y leyó—: Captar el movimiento. —Sonrió y miró a Leslie—. Esto significa que tenemos que pintar lo que vemos tan deprisa como podamos.

—Parece fácil—dijo Leslie—. Siempre que nadie juzgue mi obra. —Nadie te juzgará —afirmó Millie con una sonrisa—. A menos que te guste mucho y quieras compartir las lecciones de pintura conmigo. Sería agradable que alguien me animara.

—Creo que tendría que ser al revés —replicó Leslie.

A continuación, Leslie cogió el bloc, lo colocó sobre su falda prescindiendo del caballete, humedeció el pincel con agua y lo sumergió en el frasco de pintura roja. Frente a ellas, había una chica con un bikini rojo y un chico con un bañador ancho de color azul que intentaba echarla a la piscina.

Aunque Millie había dicho que quería pasar el rato con Leslie para conocerla, cuando hubo mojado el pincel, dedicó toda su atención a la pintura. Leslie se dio cuenta enseguida de que, a pesar de su modestia, Millie era capaz de captar el movimiento de los bañistas con unas cuantas pinceladas rápidas. y mientras pintaba no dijo ni una palabra.

Leslie siguió su ejemplo y consagró sus manos a la pintura y su mente a los pensamientos que la ocupaban. Halle gustaba, le gustaba más de lo que nunca creyó que le gustaría. Después de leer los múltiples artículos que se habían escrito sobre él a lo largo de los años, Leslie estaba convencida de que Hal mantenía su verdadero ser oculto frente al mundo.

Ella podía amarlo, pensó Leslie mientras daba rápidas pinceladas sobre el papel. Leslie intentaba plasmar el movimiento de aquellos jovencitos, pues así era como los veía, mientras chapoteaban en el agua.

Ella podía amarlo y sentía que él ya había empezado a enamorarse de ella. Además, el instinto femenino le decía que si ella lo quería podría tenerlo. Sin embargo, ¿cómo sería su vida junto a él? Una cosa era bromear sobre el hecho de ser la Primera Dama y, otra muy distinta era serlo. Además, Leslie sabía que, al cabo de veinte años, Hal estaría próximo a la presidencia. No sabía si lo conseguiría o no, pero tenía muchas posibilidades.

Si Leslie decidía tomar aquel camino, no viviría su vida con Alan, Rebecca y Joe. Tendría otros hijos y otro marido.

Sin embargo, la vidente había dicho que podían olvidar su vida anterior. Leslie podía elegir vivir una vida con Hal y no recordar a su familia.

Podía olvidar todo lo relativo a su viaje a Nueva York y su fracaso al intentar ser una bailarina profesional, algo que había pesado sobre sus hombros durante toda su vida. Podía olvidar el sentimiento de culpa por haber abandonado a su novio de siempre a las puertas del altar. Y podía

olvidar a su hija Rebecca, que siempre se quejaba de que su madre no tenía personalidad. Y también podía olvidar a Joe, su hijo, que se escondía de cualquier conflicto y que, como su madre, era capaz de cualquier cosa con tal de tener paz y tranquilidad.

Pero ¿qué tipo de vida tendría con Hal?: Riquezas más allá de toda imaginación; no tendría que pintar la casa ella misma; y no tendría que aguantar que allanara la casa con antigüedades intocables. No, contratarían a un decorador que... «llenaría la casa de antigüedades intocables», se dijo Leslie mientras trazaba una raya a través de la hoja de papel, la rompía en dos pedazos y la dejaba caer en el suelo de piedra. Entonces se concentró en una hoja nueva.

Leslie no se daba cuenta de que Millie la observaba con interés. Ella es— taba en su propio mundo e intentaba tomar la decisión más importante de su vida, y el pincel era una extensión de sus pensamientos.

—Ahí llega —comentó Millie, y con sus palabras despertó a Leslie de su ensueño.

Cuando Leslie levantó la vista, le sorprendió ver que Millie había cerrado su caja de pinturas. Además, en lugar de pintar, bebía un té helado y mordisqueaba uno de los bocadillos que había sobre una bandeja. ¿Cuándo habían llevado aquella comida?

También vio a media docena de chicas en traje de baño que merodeaban a su alrededor, la miraban y susurraban.

Miró su reloj y comprobó que había permanecido en aquel lugar tres horas. Las acuarelas que había pintado estaban extendidas sobre el suelo de piedra. Alguien las había cogido mientras estaban amontonadas y las había colocado, una junto a otra, en el sudo.

Leslie se sintió avergonzada por haber estado tan concentrada en sus pensamientos y haber olvidado dónde estaba.

—He perdido la noción del tiempo —dijo Leslie con una ligera sonrisa. ¿Por qué demonios susurraban aquellas chicas mientras la observaban?

Leslie estuvo apunto de decirles que eran unas maleducadas, pero no que— ría parecer la madre que, en realidad, era.

—No pasa nada —repuso Millie—. De hecho, aquí llega alguien a quien quiero presentarte.

Leslie levantó la vista y vio a un hombre alto, de pelo cano y ojos azules que se acercaba hacia ellas. A juzgar por la forma en que miraba a Millie, Leslie dedujo que estaba enamorado de ella. ¿Iban a revelarle un secreto de familia?

—Leslie, querida —dijo Millie—, quiero presentarte a un viejo amigo mío, Geoffrey Marsdon.

Leslie extendió el brazo para estrechar la mano de él, pero él no le prestó atención sino que cogió una de las acuarelas que Leslie acababa de pintar.

—¿En qué escuela has estudiado?—preguntó él. Leslie pensó que todos eran muy amables.

—En la empresa de construcción de mi padre —dijo bromeando. Sin

embargo, el señor Marsdon ni siquiera sonrió. —Dame tres días y te diré si vales o no.

Al principio, Leslie no tenía ni idea de a qué se refería aquel hombre. Millie la miró mientras sonreía.

—Sabe de lo que habla. Tus acuarelas son muy buenas. Leslie miró al señor Marsdon.

—Salvajes. Sin pulir, desde luego, pero reflejan talento —dijo él mientras cogía otra acuarela y la observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Salvajes? —preguntó Millie—. Vamos, Geoffrey, querido, si acabas de preguntar dónde ha estudiado.

—¿Cree usted que yo podría... hacer algo con... que tengo...? —preguntó Leslie con la voz entrecortada.

Antes de que el señor Marsdon pudiera responder, Millie dijo: —Geoffrey, querido, ¿por qué no te quedas en la habitación azul, sé que te encanta, y pasas el resto de la semana aquí, con nosotros? Quizá tú y Leslie podríais trabajar juntos y descubrir si realmente tiene talento o lo de hoy ha sido pura casualidad.

Es una oferta muy amable, Millicent —respondió Geoffrey—. y la acepto.

Entonces ambos se volvieron en dirección a Leslie. —Si tú estás de acuerdo, claro —dijo Millie.

Leslie respiró hondo porque tenía el presentimiento de que la respuesta a aquella pregunta cambiaría su vida para siempre.

—Sí, me encantaría —dijo por fin—. Me gustaría averiguar si hay algo más para mí aparte de los comités.

La respuesta extrañó a Millie, la cual de todos modos sonrió. —¿y qué hay del baile?

—Mis saltos no son tan altos como debieran y mi... En fin, digamos que Broadway estará a salvo.

Millie cogió a Leslie por el brazo.

—La pintura es mucho más..., bueno, en cualquier caso, es más fácil de practicar.

Leslie sabía a lo que Millie se refería: Que para compaginar con la verdadera profesión de una mujer, o sea, ser una madre y una esposa, la pintura era más apropiada que dar saltos delante de otras personas con poca ropa. En su interior, Leslie pensó que, además, podría pintar mientras Ha! estuviera en la campaña electoral.

—De acuerdo —afirmó Leslie—. ¿Cuándo empezamos?

# Tercera parte



Librodot

CAPÍTULO 27

Las tres mujeres se encontraban en la salita de Madame Zoya y se sentían aturdidas por el rápido viaje a través del tiempo. Aunque, la expresión risueña de Madame Zoya las tranquilizó.

—¿Qué habéis decidido? —preguntó ella mientras miraba a Leslie con fijeza.

Sin embargo, Leslie se sentía demasiado desorientada para responder y sólo pudo parpadear.

—Yo quiero la nueva vida —dijo Ellie, que había comprendido la pregunta de la vidente. Muchas veces, a lo largo de las últimas semanas, se había formulado esa misma pregunta—. Pero quiero recordarlo todo. No quiero olvidar lo que me hicieron en el pasado. —Su voz bajó de tono y Ellie esbozó una ligera sonrisa—. O lo que hicieron por mí.

Madame Zoya asintió con la cabeza y volvió a mirar a Leslie. —¿y tú?

—Yo quiero mi vida actual —dijo Leslie con voz suave—. Pero también quiero recordarlo todo. Hay algo que no quiero olvidar.

—¿Un hombre? —sugirió Ellie mientras sonreía.

—¡Oh, no! —exclamó con rapidez Leslie—. No se trata de un hombre, sino de mí. No quiero olvidarme de mí misma.

—¿Qué quieres...? —empezó Ellie.

Sin embargo, Madame Zoya la interrumpió.

—¿y tú, querida? —preguntó con dulzura mientras miraba a Madison. y las otras dos mujeres también la miraron.

Madison no tenía buen aspecto. Parecía que hubiera estado en el infierno y todavía no hubiera regresado. Durante unos instantes, se balanceó sobre los pies, como si fuera a perder el sentido, pero, entonces, levantó la cabeza y miró a la vidente.

—La nueva vida —susurró—. y quiero olvidar la antigua. No quiero recordar nada de mi vida pasada —dijo sin un deje de duda en la voz.

—¡Hecho! —exclamó Madame Zoya—. Ahora, queridas, debéis iros. Hay otras personas a las que tengo que ayudar.

Una parte de Ellie quería gritar: «¿Eso es todo? ¿No quiere saber lo que nos ha sucedido?» Pero no dijo nada. Sobre todo porque se sentía confusa. En aquel momento tenía dos vidas en la cabeza... y un montón de re— cuerdos contradictorios. ¿Cuáles eran reales y cuáles no lo eran?

Despacio, y con torpeza, las tres buscaron la salida de la casa. Pero no les resultó fácil, porque hacía semanas que no pasaban por aquellos pasillos. En dos ocasiones, abrieron la puerta equivocada y se quedaron mirando al interior de la habitación sin comprender lo que veían.

Al final, encontraron la puerta y salieron al porche, donde la luz del sol casi las cegó.

Madison fue la primera en recuperarse, porque en su mente no había recuerdos contradictorios.

Mientras Ellie y Leslie parpadeaban por la luz solar e intentaban organizar su mente, Madison empezó a revolver en el interior del bolso que colgaba de su hombro.

—¿Alguien sabe lo que le ha ocurrido a mi móvil? —preguntó Madison—. Estoy segura de que lo tenía aquí hace un minuto.

—¿El móvil? —preguntó Ellie como si nunca hubiera oído hablar de aquel aparato.

—La verdad es que ha sido un auténtico fraude —manifestó Madison mientras seguía rebuscando en el bolso.

—¿Un fraude? —preguntó Leslie mientras se miraba las manos, que estaban manchadas de pintura.

—Sí —continuó Madison con un tono de impaciencia en la voz—. Entramos para que nos adivinaran el futuro y nos han despachado en un santiamén. La verdad es que alguien debería hacer algo para detenerla.

Ellie y Leslie miraban a Madison como si hubiera perdido la cabeza, pero ella no se dio cuenta. Todavía hurgaba en el interior del bolso.

—¡Santo cielo! —exclamó Madison—. ¿De dónde ha salido esta por—quería? —preguntó mientras sostenía un paquete de cigarrillos entre el dedo índice y el pulgar y lo alejaba de su cuerpo como si fuera a contaminarla.

Aquel gesto hizo que Ellie y Leslie se olvidaran de ellas mismas. Las dos miraron a Madison... La miraron con atención.

¿Era su imaginación o Madison no estaba tan delgada como el día anterior? ¿O quizás era que tenía aspecto de salud? El color de su piel ya no era gris. Además, había algo en sus ojos... —Vuelves a estar guapa —dijo Ellie. Madison se echó a reír.

—Gracias —contestó Tú tampoco estás mal. —No es cierto, yo... —Ellie iba a decir que estaba gorda, pero se miró a sí misma y le pareció que la ropa le venía grande.

—¿Será posible? —exclamó Madison mientras levantaba el bolso con la mano—. No encuentro ninguna de mis pertenencias en su interior y deben de haber costado sus buenos cinco dólares. Además... —Madison se interrumpió mientras miraba su ropa—. ¿Podéis explicarme qué está ocurriendo? ¿Por qué llevo puesta esta ropa de mala calidad? ~ y ¿dónde está mi teléfono móvil? Ellie, ¿me prestas el tuyo?

Ellie la miraba con los ojos muy abiertos porque era como si estuvieran produciendo unos efectos especiales cinematográficos allí mismo sólo que aquello no era el cine, sino la vida real. Los años parecían abandonar a Madison de una forma sorprendente. Se le notaba que tenía más edad que cuando se conocieron, hacía diecinueve años, pero ya no se veía destrozada por la vida. Sus ojos brillaban, y una luz parecía iluminar su piel desde el interior.

—No tengo teléfono móvil—dijo Ellie en voz baja—. Nunca me han gustado los teléfonos.

—Lo sé —contestó Madison mientras miraba a Ellie con una expresión de paciencia ilimitada—. Nos contaste que siempre los has odiado, pero que, después de tener a tu hijo, querías estar en contacto con él todas las horas del día.

—¿Mi hijo? —preguntó Ellie mientras pestañeaba sin comprender lo que Madison decía.

Madison miró repetidas veces a Ellie ya Leslie. —¿Qué os pasa a vosotras dos? ¿Esa charlatana os ha predicho alguna cosa horrible? ¿Es por eso por lo que os comportáis como zombis?

—Un hijo —repitió Ellie. Madison se inclinó hasta que su nariz casi rozó la de Ellie. —Sí, un hijo. Tienes un hijo de dos años. Tú y tu segundo marido, Jessie, tuvisteis un hijo.

—Jessie —repitió Ellie con los ojos muy abiertos. En aquel momento, su vida con Martin era tan real en su mente que apenas recordaba lo que había vivido con Jessie. Sin embargo, al oír su nombre empezó a recordar—. Nate —dijo—. Nathaniel. —Entonces miró a Leslie con asombro—. Tengo un hijo que se llama Nathaniel y estoy casada con Jessie Woodward.

—Me alegro mucho por ti —susurró Leslie. y rodeó a Ellie con sus brazos—. Me alegro muchísimo.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Madison con impaciencia—. ¿Podríamos ir a algún lugar a comer alguna cosa? Tengo mucha hambre. Me apetecería tomar algún postre cremoso y dulce. —A continuación, entrecerró los ojos mientras las miraba—. Pero si alguna de las dos se lo cuenta a Thomas, lo negaré. Está harto de oír mis quejas cada vez que aumento de peso.

—¿Peso? —preguntó Ellie—. ¿Aumentas de peso? —No todas podemos ser como tú y dejar de comer. Ellie abrió los ojos con sorpresa y miró su cuerpo. Sabia que era imposible, pero la ropa le iba más grande que unos minutos antes.

Sin embargo, Madison no era consciente de haber dicho algo insólito. —No entiendo cómo no lo recuerdas. Tuvimos esta conversación ayer mismo por la noche. Tú dijiste que tenemos metabolismos opuestos. Dijiste que, cuanto más feliz eras, más delgada estabas. y que, si alguna vez te deprimías de verdad, seguramente llegarías a tener el tamaño de una vaca. Entonces, yo dije que a mí me ocurría lo contrario, que la felicidad me daba hambre. y te dije que, si alguna vez me sentía muy infeliz, segura— mente pesaría cuarenta kilos.

—Exacto —confirmó Ellie—. Eso es lo que nos pasaría. y nos pasó. : Madison miró a Leslie como si Ellie hubiera perdido la cabeza. Creo que deberíamos ir a comer algo —dijo Leslie—. y también creo que deberíamos escuchar la historia de Madison.

~ —Ya os lo conté todo la primera noche —replicó Madison—. Recuerdo con exactitud que os hablé de mi carrera como modelo en Nueva York, de cómo conocí a Thomas en Columbia y de mi licenciatura en... —¡No! —exclamó Ellie—. Debes contar la historia en el orden correcto.

—Sí —dijo Madison con una sonrisa y contenta de que Ellie se acordara de algo—. Nos dijiste que no se puede contar la gracia de un chiste sin explicarlo primero. Si recuerdas esto, ¿por qué no recuerdas las otras cosas que dijiste?

—Falta de memoria —dijo Ellie mientras cogía a Madison del brazo—. No tiene importancia.

—Exacto —dijo Leslie mientras cogía a Madison del otro brazo. A continuación, las tres bajaron del porche y se dirigieron ala calle. De hecho, a Ellie le gustó tanto tu historia que quiere utilizarla en su próximo libro. Por eso quiere oírla de nuevo. No quiere perderse ni un detalle.

—Buena idea —dijo Ellie—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí... Quiero decir que..., Leslie tiene toda la razón del mundo. De modo que entremos en ese restaurante y tú, Madison, cuéntanoslo todo con detalle. Empieza cuando nos conocimos en Nueva York. —Entonces miró a Leslie por detrás de Madison—. Es allí donde regresó, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Leslie mientras abría la puerta del restaurante.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Madison—. ¿Adónde regresé? La verdad es que las dos actuáis de una forma muy extraña.

—Restos de hormonas de la maternidad —repuso Ellie con rapidez. —¡Ridículo! —exclamó Madison mientras seguía a la camarera hasta

la mesa—. Yo he tenido cuatro hijos y no me quedan restos de hormonas. Al oír aquella afirmación, Ellie y Leslie se pararon en seco y se miraron. Leslie fue la primera en hablar. —Cuatro —susurró.

—Y con Thomas —señaló Ellie.

Al segundo siguiente, prácticamente corrían para sentarse frente a Madison en la mesa.

Diez minutos más tarde, habían hecho sus pedidos. Ellie se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Palabra por palabra. Quiero oír la historia de tu vida palabra por palabra desde que saliste del Departamento de Tráfico.

—Pero si ya lo sabéis casi todo, ¿por qué...?

—Te dedicaré el próximo libro —repuso Ellie con rapidez. —¿Saldrán los nombres de mis hijos? —preguntó Madison con una sonrisa y una expresión dulce en el rostro.

Ellie miró a su alrededor y, como sospechaba, la mayoría de los comensales observaban a Madison. A los cuarenta años, Madison todavía era tan hermosa que fascinaba a los demás. Sin embargo, Ellie sabía que justo el día anterior, aquella misma mujer había entrado en tiendas y restaurantes y nadie le había prestado una atención especial.

—De acuerdo —dijo Madison—. Recuerdo con precisión que os lo conté todo, pero si queréis oírlo otra vez... Veamos, ¿por dónde empiezo*?* Después de salir de Departamento de Tráfico, hace diecinueve largos años, ideé un plan para distinguirme de las demás en las agencias de modelos. Después de todo —continuó Madison—, chicas altas y guapas de Montana las haya montones en Nueva York, de modo que tenía que hacer algo para destacar.

Madison vio la forma en que Ellie miró a Leslie al oír sus palabras. —¿Estáis seguras de que queréis volver a oír mi historia?

—Más de lo que quiero telefonear a mi... esposo —dijo Ellie. Entonces respiró hondo—. Ya mi hijo. De modo que continúa. Me tienes en ascuas.

—De acuerdo —prosiguió Madison con una sonrisa—. Yo también quiero telefonear a mis hijos y la verdad es que quizás olvidé contaros algunos de los detalles más llamativos. Así que, ¿por dónde iba? Lo primero que hice cuando me separé de vosotras fue echar a la basura aquella



Librodot

horrible serie de fotografías que me hizo el fotógrafo de mi ciudad. Eran malísimas. Su intención era buena, pero a las fotografías les faltaba chispa. Entonces... —Madison miró a las otras dos mujeres con una expresión de perplejidad en el rostro—. A veces, una mira hacia atrás y se pregunta por qué hizo ciertas cosas e incluso cómo es que sabía hacerlas. Aún ahora, no sé cómo lo hice, pero hojeé un listín telefónico, encontré el nombre de un fotógrafo y le pedí que me sacara unas fotos. —Madison se detuvo unos instantes para causar efecto—. Y no se trataba de un fotógrafo cualquiera, sino de Córdova.

Al oír aquello, Ellie contuvo el aliento y miró a Leslie, que también es— taba impresionada. Ninguna de las dos estaba en contacto con el mundo de la fotografía o de la alta costura, pero conocían aquel nombre. Se decía que Córdova, sin la ayuda de nadie, había convertido la carrera de modelo en una forma de arte. Muchas galerías exponían su obra.

—En fin .:—Continuó Madison—, quizá leí su nombre en alguna parte, no lo sé. Era muy joven, acababa de licenciarse en Bellas Artes en una universidad del Medio Oeste y pensaba dedicar el resto de su vida a tomar fotografías de fruta. ¿Podéis imaginároslo? Con un talento como el suyo y, el día que lo conocí, estaba sacando fotografías de unas naranjas que se publicarían en una revista comercial y que sólo los compradores de las tiendas de comestibles verían. Aun así, me presenté en su estudio y lo convencí de que me fotografiara sin nada más encima que una serpiente. Al oír aquellas palabras, Ellie parpadeó un par de veces. —Pobre Nastassja Kinski —dijo Ellie.

—¿Por qué te da lástima la actriz? —preguntó Madison mientras la camarera le ponía un plato repleto de tres tipos de marisco frito sobre una base de patatas fritas, mientras que Ellie y Leslie sólo habían pedido una ensalada de langosta.

—No importa —dijo Ellie—. Continúa con tu historia. Madison sonrió mientras cogía el tenedor.

—Recuerdo aquel día como si hubiera sido la semana pasada. y recuerdo al hombre que buscó la serpiente. —Madison miró a Ellie ya Leslie—. Era una serpiente muy grande. Muy, muy grande.

CAPÍTULO 28

1981. *Nueva York*

Madison estaba en Nueva York, junto a la puerta del Departamento de Tráfico, y durante unos segundos se sintió tan desorientada que no supo dónde se encontraba. Entonces se dio la vuelta y vio su imagen reflejada en el escaparate de una panadería y se quedó boquiabierta. Hacía mucho tiempo que no veía aquel rostro.

Madison se contempló durante un rato y miró su rostro como lo veían los demás. Cuando tenía veintiún años y había convivido con aquella imagen durante toda su vida, no le había prestado mucha atención. De hecho, la mayor parte del tiempo, despreciaba su aspecto porque le impedía emprender proyectos que no estuvieran relacionados con la belleza, que tanto interesaba a las demás personas.

No obstante, estaba apunto de cumplir los cuarenta años y sabía que su belleza constituía un regalo. Y también sabía que debía valorarlo.

Una parte de ella todavía era aquella muchacha recién llegada de Montana que se sentía sola y nostálgica. Una parte de ella quería regresar a casa y deseaba encontrar cualquier excusa que le permitiera hacerlo.

Sin embargo, después de todos aquellos años, Madison también sabía lo que la esperaba de vuelta a su hogar. Y esta vez iba a cambiar su vida.

En la acera había una papelera de alambre y Madison apoyó en ella su pesado bolso mientras hurgaba en su interior. Allí tenía unas barritas de caramelo, dos estuches de plástico con productos baratos de maquillaje, una revista de medicina, una cajita con un collar que su madre le había regalado cuando tenía cinco años y la carpeta con las fotografías que le sacaron en Montana.

Madison abrió la carpeta y miró las fotografías con incredulidad. Diecinueve años atrás, el mundo en general sabía mucho menos sobre la profesión de modelo. Madison se preguntó si aquello era bueno o malo, pero no tenía tiempo de analizar cuestiones filosóficas. Fuera como fuera, sabía que aquellas fotografías no le permitirían entrar en el santuario de las personas que podían introducirla en aquella profesión.

Recordó la primera vez que estuvo allí y lo mal que lo pasó en la agencia de modelos. La recepcionista era una bruja, fea por dentro y por fuera, y le encantaba hacer esperar a las chicas guapas que llegaban a la oficina. Diecinueve años atrás, la recepcionista la miró y hojeó el álbum de foto—grafías en las que ella posaba de una forma pintoresca junto aun árbol, y soltó un soplido que se oyó tres pisos más arriba. Todas las chicas esperanzadas que había en aquel momento en la agencia sonrieron, porque sabían que, con toda probabilidad, Madison acababa de perder la oportunidad de entrar en el mundo de las modelos.

Madison recordó que en aquel momento se sintió muy enfadada con la recepcionista. «¿Cómo se atreve a asignarse el papel de juez», pensó Madison. y su enfado hizo que la mirara por encima del hombro y le hiciera saber lo que pensaba de ella.

Aquello fue un gran error. Más tarde supo que las recepcionistas eran las primeras que valoraban a las chicas y que los directivos de las agencias



Librodot

confiaban en su juicio.

—¿No eres muy fotogénica, verdad? —observó la recepcionista mientras devolvía la carpeta a Madison y mostraba una ligera mueca.

Madison se sintió avergonzada al recordar su arrogancia y el modo en que salió, airada, de la agencia.

Lo mismo le ocurrió en otras dos agencias. Para entonces, el resentimiento que sentía era tan grande como una de las montañas de Montana. Durante toda su vida le habían dicho que era increíblemente hermosa y el hecho de que analizaran sus facciones de aquella manera... fue demasiado para ella. Por esa razón, cuando Roger la telefoneó, Madison se alegró de tener una excusa para marcharse de la gran ciudad y volver a su casa.

Sin embargo, esta vez iba a hacer las cosas de un modo distinto, por— que sabía lo que la esperaba en su hogar.

Madison volvió a rebuscar en el bolso, sacó la caja del collar que le había regalado su madre y tiró los caramelos, el maquillaje y la carpeta de fotografías en la papelera. Entonces cogió la libreta de ahorros donde aparecía el saldo de su cuenta. Tenía casi diecisiete mil dólares, y sabía que más de la mitad de aquel dinero se la había regalado su padre.

Miró la libreta y sonrió. Diecinueve años atrás se había sentido enfadada porque su padre había regalado diez billetes de los grandes a su hija ilegítima. No la reconocía como hija, pero le envió su sucio dinero.

Pero ahora, Madison ya era más vieja y más sabia y entendía muchas más cosas del mundo. Comprendía lo que era la pasión y sabía que se podían hacer ciertas cosas en determinado momento y arrepentirse el resto de la vida. y sabia que algunos padres no habrían enviado *dinero* a *sus* hijas ilegítimas por mucho que tuvieran.

En aquel momento ese dinero le parecía un regalo. y también se acordó de lo que su ciudad natal había hecho por ella. Años atrás se sintió enojada porque la habían presionado a trasladarse aun lugar al que no quería ir y convertirse en algo que ella no quería ser.

Todas aquellas cosas se habían convertido en rabia en su interior y su forma de devolverles el «favor» fue no hacer lo que ellos querían que hiciera. De modo que se gastó todo el dinero que le entregaron en Roger. y mientras estuvo en Nueva York se las arregló para no conseguir ninguna prueba para ser modelo.

Más tarde, cuando volvió a Montana, les contó a sus amigas del instituto que Nueva York era un lugar duro y frío y que ella no quería vivir allí.

Sus amigas se alegraron de su decisión, pero los comerciantes que habían pagado su viaje suspiraran y se olvidaron de ella. Aquélla fue la razón de que Madison apenas visitara su pueblo natal hasta después de su divorcio. Y después de su separación todas las cosas que le habían ocurrido se reflejaron en su rostro y en su cuerpo, de modo que nadie volvió a hablarle de la carrera de modelo.

No obstante, en aquel momento ella podía cambiarlo todo. Era una mujer distinta y había aprendido el valor de las oportunidades.

Cerca de donde se encontraba había una cabina telefónica y en su interior, colgando de una cadena, había un desgastado listín telefónico. Madison pasó las páginas deprisa con el dedo pulgar y encontró el apartado de fotógrafos. Y allí estaba, «Michael Córdova».

Años atrás, alguien le preguntó si alguna vez Córdova la había fotografiado. Madison sonrió y dijo que, cuando ella estuvo en Nueva York, nadie había oído hablar de Córdova. Quien le formuló la pregunta fue una chica cuya madre había ido al instituto con Madison, y aquella chica la miró como si Madison fuera realmente muy vieja.

Aquel mismo día, mientras se tomaba un yogur para comer, pensó en aquella pregunta. Habría resultado irónico que hubiera conocido a Córdoba cuando ella estuvo en Nueva York y que hubieran empezado su carrera juntos.

Introdujo unas monedas en el teléfono para hablar con él, pero cambió de idea y colgó el auricular. No lo llamaría, sino que iría a verlo. y haría todo lo posible para que él la fotografiara.

—No trabajo con modelos —dijo Córdova mientras miraba por el visor de su Hasselblad.

Frente a él había una mesa con un montón de naranjas teñidas para avivar su color. Córdova era un hombre bajito, apenas le llegaba a Madison a los hombros. Era de nariz aguileña, labios finos y mirada tan penetrante como la de un halcón.

—He oído hablar mucho de ti en Montana —comentó Madison con una voz inocente pero seductora.

El estudio de Córdova era un viejo almacén, sucio y probablemente sin calefacción.

Con impaciencia, él se dio la vuelta y miró a Madison de arriba abajo. —Deja a un lado esas estupideces y dime qué es lo que quieres.

«Me habría resultado imposible hacer esto cuando tenía veintiún años», pensó Madison. Sin embargo, en aquel momento el tono de voz y la actitud de aquel hombre constituyeron un alivio para ella. Lo cierto era que le costaba hacer ver que era una jovencita.

—Quiero que me hagas unas fotos.

—No trabajo para el mundo de la moda —dijo él sin siquiera mirarla—. Consulta las páginas amarillas. Seguro que encontrarás a cientos de fotógrafos que estarán encantados de hacértelas.

Madison quería decirle que sólo disponía de tres semanas para cambiar su futuro y que no tenía tiempo para suplicar.

—Si sabes apretar el botón de una cámara, sabes sacar fotografías de moda —replicó ella con más rabia en la voz de la que habría querido expresar.

—Tienes…

—Determinación —terminó ella con rapidez—. Y, sin duda, tengo más fe en ti que tú mismo. ¿Qué pierdes si te sale mal? Siempre puedes volver a fotografiar frutas. Sin embargo, si consigues hacer de mí una estrella, ¿qué podría ocurrirte? Porque…, tu cámara es de segunda mano, ¿no?

Durante unos instantes, Madison contuvo el aliento. A lo mejor la

echaba. Córdova accionó la palanca de arrastre del carrete, sacó. una foto y volvió a accionar la palanca. A continuación, sin levantar la vista dijo:

—Tú pagas la película y el revelado.

—Trato hecho —repuso ella de inmediato.

Madison había tomado un taxi para desplazarse al estudio y no llegar sudorosa. Durante el recorrido, realizó un apunte de una mujer echada de costado con una serpiente enorme enrollada a su cuerpo. Le molestó copiar una idea que alguien más original que ella realizaría años más tarde.

—Alguien me dijo una vez que le gustaría ver a una mujer vestida sólo con una serpiente.

El fotógrafo no respondió, sino que continuó tomando fotografías de las naranjas. Tenía un ayudante, un hombrecito que permanecía a un lado de la sala y le cargaba las cámaras.

—Una serpiente muy grande —subrayó Madison en medio del silencio. Él se volvió para mirarla. —No hago pornografía. Madison respiró hondo.

—Dame un respiro, ¿quieres? Soy una chica guapa de Montana. Pero hay chicas altas y guapas de Montana en todos los rincones del mundo de la moda. Necesito hacer algo que me distinga de las demás. No pornografía, sino arte. Arte de impacto. ¿Puedes hacerlo o no? Si no puedes, dímelo y dejaré de malgastar mi tiempo.

Por primera vez, Madison percibió interés en los ojos de Córdova y contuvo el aliento para oír lo que él le diría a continuación.

—Tienes la cabeza sobre los hombros, ¿no es así?

—Una cabeza vieja en un cuerpo joven, pero ahora estoy comercializando la parte joven. Nadie paga por mirar mi parte vieja.

Córdova sonrió y Madison supo que se lo había ganado. En aquel momento habría querido dar saltos de alegría, pero se esforzó en permanecer quieta y esperar. Le tocaba actuar a él.

Madison le tendió el boceto que había hecho. Él lo contempló durante un buen rato, sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón, cogió una tarjeta de crédito y se la alargó a su ayudante.

—Consígueme una serpiente.

El joven contempló la tarjeta con una expresión de espanto. —¿Dónde...? —susurró incapaz de terminar la frase.

—Estamos en Nueva York, de modo que consígueme una serpiente. Y que sea grande. Que esté aquí mañana por la mañana a las nueve.

Entonces, Córdova dirigió su atención a Madison y la observó como si se tratara de una mercancía.

—Tienes demasiada grasa en las caderas y un ojo más grande que el otro. Madison sonrió. Lo mismo le habían dicho en otra ocasión y se puso furiosa.

—Entonces tendrás que iluminarme de forma que mis defectos no se vean, ¿no crees? —preguntó.

Él no respondió, pero Madison advirtió que sus ojos chispeaban. «Creo que le gusto», pensó ella.

—¿Quién te maquilla? —preguntó él.

—¿Tienes algún amigo que lo haga? —replicó ella con un deje de esperanza en la voz.

—Pues sí. Te espero mañana a las seis de la madrugada. Tienes trabajo. Aquel comentario también la habría ofendido en el pasado, pero esta vez simplemente sonrió.

—De acuerdo. Mejor que le digas a tu amigo que traiga una paleta y un saco de cemento. Le va a costar mucho que tenga tan buen aspecto como tus naranjas.

Él intentó no sonreír, pero no lo consiguió.

—Vamos, márchate y duerme un poco. Quizás así tus ojos se igualen. Y haz algo con ese vestido, me siento mal sólo con verlo.

Madison se volvió hacia la puerta y, cuando llegó a ella, Córdova ya estaba de nuevo sacando fotografías.

—Gracias —dijo Madison, pero él ni siquiera se volvió para mirarla. Una vez en el exterior, rebuscó en el bolso y encontró una llave y la dirección del hotelito donde se hospedaba. Por suerte la había apuntado, porque, después de tantos años, no la habría recordado.

Cuando entró en la habitación del hotel, sacó toda la ropa del armario y de los cajones del desvencijado aparador. La señora Welch, que era la propietaria de la única tienda de ropa de Erskine, le había donado un vestuario completo para que se llevara a Nueva York. «No es fácil encontrar ropa de tu talla, pero lo he conseguido», le dijo la víspera del día en que Madison emprendió el viaje.

Madison contempló aquella ropa y se horrorizó. Delante de ella había un surtido de volantes, botones dorados, telas escocesas y estampados de flores. Si, en el pasado, se presentó en la agencia de modelos con alguno de aquellos vestidos, no le parecía extraño que la recepcionista la mirara con condescendencia. Sin embargo, recordó que las otras aspirantes a modelo también llevaban vestidos como los suyos.

Dejó toda aquella ropa sobre la cama y se dirigió a Saks, en la zona residencial de la ciudad.

Tres horas más tarde volvió exhausta, y se dejó caer encima de la ropa que había llevado de su pueblo mientras dejaba en el suelo las pesadas bolsas de las compras que había efectuado.

Todo lo que había comprado era blanco o negro. No compró nada que no fuera perfecto en 1981 y, también, en 2000. Ropa clásica, sencilla y simple.

Y extremadamente cara. Madison compró unos pantalones negros de lana que costaban mil doscientos dólares, pero ella los compró de rebajas por «sólo» seiscientos. También compró una camisa blanca de algodón, italiana, que le costó, de rebajas, doscientos cincuenta dólares. Y un cinturón de Hermes con un bolso y unos zapatos a juego.

Cuando volvía de hacer aquellas compras, se detuvo en una peluquería y se tiñó las pestañas. Quería acudir a la agencia de modelos sin maquillaje. Quería enseñar su piel y no esconderla detrás de una capa de polvos. Sólo luciría sus pestañas negras, sin que estuvieran apelmazadas por el rimel, y llevaría el cabello teñido con mechas y con un corte perfecto.

Al día siguiente acudió al estudio de Córdova a las cinco y media de la madrugada. No había tomado nada desde las doce de la mañana del día anterior y esperaba aguantar todo aquel día sin comer. Tenía que adelgazar seis kilos lo antes posible.

Para su sorpresa, y también su deleite, Córdova parecía haber decidido tomarse en serio su sesión fotográfica, porque había dos hombres esperándola.

Eran jóvenes e inexpertos, pero estaban ansiosos por trabajar. Cuando Madison oyó sus nombres, tuvo que hacer un esfuerzo para no desvanecerse. Sabía que uno de ellos trabajaría en Hollywood y que, en una ocasión, durante el reparto de los premios Oscar, mencionarían su nombre cuando alguien preguntara: «¿Quién te ha maquillado?» Aquel hombre la miraba con unas pinzas en la mano y el entrecejo fruncido.

—Querida, con esas cejas tendría que haber traído un cortacésped. El otro hombre era un peluquero y Madison sabía que, algún día, no sólo tendría su propia peluquería, sino toda una línea de productos sumamente caros para el cabello.

—¿Qué voy a hacer con esto? —preguntó el peluquero mientras cogía un mechón del cabello de Madison.

Ella les sonrió y dijo:

—Espero que hayáis traído una escalera.

Ellos se echaron a reír y se hicieron sus amigos. Madison dio instrucciones al peluquero para que le hiciera el corte de pelo que lucía Jennifer Aniston en *Friends.* Aquel corte se impondría en todo el país años más tarde, pero en 1981 era toda una novedad. «Lo siento, Jennifer», susurró Madison mientras se miraba en el espejo que había delante de ella.

A las nueve en punto, la puerta del estudio se abrió y entraron dos hombres fornidos y sudorosos que vestían camisetas sin mangas y transportaban una serpiente del tamaño de Madison. «¿Qué demonios he hecho?», pensó ella. Entonces Córdova le susurró al oído:

—¿Te estás acobardando? Madison tragó saliva.

Los dos hombres sudorosos miraron a Madison mientras dejaban a la serpiente en el suelo. Ella ya estaba maquillada y el cabello le caía con soltura a ambos lados del rostro. Sobre el cuerpo llevaba sólo una bata.

—Quiero cincuenta copias de la fotografía —dijo uno de los hombres mientras lanzaba a Madison una mirada lasciva.

Madison se dio la vuelta e hizo una mueca. Una cosa era desvestirse delante del fotógrafo y sus amigos, porque ellos no se interesaban por ella, pero aquellos dos hombres...

—Espero que publique las fotografías en Internet —murmuró Madison.

—¿En dónde? —preguntó el peluquero. —No importa —respondió Madison.

Entonces respiró hondo y deshizo el lazo de la bata, pero no se la quitó. Sin embargo, después de unos segundos sonrió. «¡Qué diablos! —pensó—. Cuando tienes veinte años quieres taparte, pero a los cuarenta, estás contenta cuando alguien te pide que te desnudes.» Cuando se hubo quitado la bata, Madison se dio la vuelta y miró a la serpiente.

—¡Vamos allá! —exclamó.

Cuando Madison entró en la agencia de modelos de Nueva York, su primer pensamiento era que se sentía vieja. La sala de espera estaba llena de muchachas que podían ser hijas suyas.

Sin embargo, junto a la puerta había un espejo y una rápida mirada fue suficiente para que Madison se diera cuenta de que su cuerpo era tan joven como el de aquellas muchachas. De todos modos, se alegró al comprobar que la edad era la única cosa que tenían en común.

Las otras muchachas vestían como ella lo hizo cuando cruzó, por primera vez, aquella puerta. Llevaban puesto el conjunto de los domingos, o sea, un vestido sencillo y muchas joyas. Además, iban maquilladas como se enseñaba en las escuelas de peluquería de todo el país, con demasiada pintura demasiado evidente.

Madison, con su sencilla blusa blanca, sus sencillos pantalones negros y su luminosa piel sin maquillar, parecía una perla perfecta en medio de un montón de gravilla de acuario.

Detrás de la mesa, estaba sentada la recepcionista rechoncha, fea y malhumorada que Madison recordaba tan bien.

—¿Sí? —preguntó la recepcionista mientras levantaba la vista hacia Madison.

La vez anterior, aquella mirada huraña y la hostilidad de aquella mujer habían enfurecido a Madison. Pero, en esta ocasión, le mostró una dulce sonrisa.

—Quería entregar mi expediente de fotografías y ver a la señora Vanderpool, si es posible —dijo Madison.

La recepcionista intentó disimular, pero el aspecto de Madison la impresionó. Resultaba evidente que había reconocido la calidad y el precio de la ropa que Madison llevaba.

—¿Tiene una cita?

—Pues, sí —respondió Madison. La primera vez, había caído en aquella trampa—. Tengo una cita a las once, y creo que ya lo son.

—¡Yo llevo esperando tres horas! —exclamó una chica que estaba sentada detrás de Madison.

—Hemos abierto hace apenas una hora —soltó la recepcionista. Entonces miró la agenda de citas—. No veo su nombre.

Madison señaló la línea de las once. —Ésta soy yo.

—¿Qué clase de nombre es Madison? —dijo, con brusquedad, la recepcionista.

Madison se contuvo para no contestarle también con brusquedad. —El que mi madre me puso —replicó Madison con una sonrisa—. Quizá desee echar una ojeada a mi expediente mientras espero —dijo mientras dejaba la carpeta negra sobre el escritorio de aquella mujer. En esta ocasión, la carpeta era de piel, no de plástico.

Más que nada en el mundo, Madison quería permanecer allí de pie y ver la expresión de la mujer cuando abriera la carpeta y viera las fotografías que Córdova le había tomado. Al final, estuvieron trabajando tres días. Cuando la creatividad de Córdova se desató, nada pudo detenerle. Uno de aquellos



Librodot

días, le enviaron un montón de melocotones para que los fotografiara. Córdova envió al peluquero a comprar una peluca negra ya su ayudante en busca de ropa como la que llevan las gitanas. Después de lo de la serpiente, el ayudante ya no se quejaba de ningún encargo.

Córdova fotografió a Madison vestida de gitana y en medio de miles de melocotones. Bueno, parecían miles después de que Córdova los colocara sobre un montículo artificial.

Madison le sugirió que no utilizara su nombre propio, Michael, y que se diera a conocer sólo por su apellido. A él le gustó la idea de inmediato, pero la miró de reojo como si temiera que, en cualquier momento, Madison se convirtiera en una criatura de otro planeta.

Hizo un esfuerzo y dio la espalda a la recepcionista para dirigirse al final de la sala, hacia la única silla libre. Cuando llegó allí se dio la vuelta y sintió una satisfacción enorme al ver que aquella horrible mujer miraba sus fotografías con la boca abierta por la impresión.

Cuando la recepcionista levantó la vista y vio que Madison la miraba, cerró la boca y la carpeta. A continuación, como si fuera algo que hacía todos los días, se levantó, se arregló la blusa, que era demasiado ajustada, y cogió el montón de carpetas que había sobre su escritorio. Entonces, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, cogió la carpeta de Madison y la puso encima de las otras. Después, se dirigió ala puerta de la oficina de la señora Vanderpool, la cual decidía el destino de cientos de jóvenes.

La recepcionista dio un golpe rápido en la puerta y la abrió. Desde el interior de la oficina, se oyó una voz que decía: «Espero que sea algo importante.» Era evidente que a la señora Vanderpool no le gustaban las interrupciones.

Cuando la puerta de la oficina se centró, Madison se dio cuenta de que su corazón palpitaba con fuerza. Quizá se había mostrado demasiado audaz. Quizá debería haber acudido a un fotógrafo menos carismático y hacerse unas fotografías sencillas, comunes y, desde luego, no con una serpiente.

Seguramente transcurrieron sólo unos minutos antes de que la puerta volviera a abrirse, pero a Madison le parecieron horas. Cuando por fin se abrió no apareció la presuntuosa recepcionista, sino la señora Vanderpool en persona. y aquello, en el mundo de las modelos, era, sin duda, algo impresionante.

Madison contuvo el aliento mientras aquella mujer de pelo gris y ropas sencillas recorría la sala con la mirada. Cuando vio a Madison, se detuvo. ¿Eres Madison Appleby?

Madison sonrió con amabilidad y asintió con la cabeza. Lo cierto era que tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—¿Quieres entrar, por favor?

—Sí, gracias —consiguió articular Madison.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mover los pies hacia delante. Madison siguió a la señora Vanderpool al interior de la oficina y la puerta se cerró tras ellas.

CAPÍTULO 29

—Ésta es, sin duda alguna, la historia más maravillosa que he oído jamás —exclamó Leslie.

—¿A pesar de haberla oído por segunda vez? —preguntó Madison con una sonrisa.

—Yo podría oírla mil veces y, cada una de ellas, sería mejor —respondió Ellie—. y ¿qué ocurrió después?

—Ya conocéis el resto —repuso Madison mientras miraba a su alrededor en busca de la camarera—. ¿Creéis que tendrán una carta de postres?

—Estamos en Maine —dijo Ellie con impaciencia—, pide arándanos. Quiero saber lo que ocurrió después.

Leslie apoyó la mano en el brazo de Ellie.

—Ya conocemos el resto de la historia, ¿no es cierto? ¿Acaso no hemos visto las fotografías de Madison en las revistas durante todos estos años?

—¿Ah, sí? —preguntó Ellie con ansiedad.

—Sólo de vez en cuando —repuso Madison mientras sonreía—, por— que tenía otras cosas que hacer aparte de posar delante de una cámara. Pero ya conocéis la historia. j Vaya, ahí viene el carrito de los postres!

—Madison —dijo Ellie despacio—. Te compraré todo lo que hay en el carrito si me cuentas el resto de tu historia.

Madison se echó a reír y señaló un enorme trozo de pastel de chocolate.

—Me porté bien —dijo, simplemente, mientras la camarera colocaba el trozo de pastel sobre la mesa.

Ellie y Leslie rehusaron tomar postre. —¿Y eso qué significa? —preguntó Ellie.

—Me presenté puntualmente a todas las sesiones y acepté tanto trabajo como pude. No quiero presumir, pero el resultado es que, en tan sólo ocho semanas aparecí en la portada de tres revistas de modas y una compañía de cosméticos me ofreció un jugoso contrato. —Madison se interrumpió para comer un trozo del pastel—. Sin embargo, cuando tuve los cheques correspondientes al trabajo que había hecho, pensé que con todo aquel dinero podía enviar a dos chicos a la universidad. Entonces se me ocurrió aquella idea y, ya conocéis el resto.

—¡No, no lo conocemos! —exclamaron Ellie y Leslie al unísono. Madison las miró sin poder creer que hubieran olvidado algo tan importante.

—Utilicé el dinero para licenciarme. —¿Licenciarte en qué? —preguntó Ellie mientras contenía el aliento. Madison entrecerró los ojos.

—Sabes tan bien como yo que soy una doctora. —¿En Medicina? —preguntó Leslie con los ojos muy abiertos. —Sí, soy fisioterapeuta —respondió Madison negando con la cabeza—. Me alegro de haber escogido esta especialidad porque tuve una profesora estupenda en Columbia, la doctora Dorothy Oliver. Era como si nos conociéramos de toda la vida.

Ellie miró a Leslie y Leslie miró a Ellie. Al principio sonrieron tímida— mente. Después lo hicieron de una forma más abierta. Finalmente, empezaron a reír. Con la cabeza echada hacia atrás, a carcajadas. Entonces



Librodot

se levantaron, se cogieron por los brazos y empezaron a dar vueltas mIentras reían con alegría.

Los otros comensales levantaron la vista con una expresión ceñuda, pero cuando vieron la desenfadada felicidad de aquellas dos mujeres, también sonrieron.

En el restaurante sonaba una música relajante, pero Ellie y Leslie daban vueltas al compás de un *swing* imaginario de los años cincuenta.

—¡Una doctora! —exclamó Ellie—. ¡Es una doctora! —En Medicina —subrayó Leslie mientras reía y daba vueltas con Ellie. En lo relativo al baile, Leslie tenía mucha más destreza que Ellie, de modo que ésta se retiró y, al segundo siguiente, Leslie se puso de puntillas.

En cierto sentido, hacía cerca de dieciocho años que no bailaba, pero, en otro, había estado bailando dos horas diarias durante .las últimas dos semanas. Entonces Leslie puso los brazos en arco sobre su cabeza y empezó a girar sobre sí misma haciendo pequeños círculos. A continuación, sin dejar de girar, avanzó entre las mesas del restaurante.

Los comensales supieron valorar el talento y la experiencia de Leslie, de modo que dejaron los tenedores y prestaron atención a sus giros. Entonces, cuando Ellie empezó a aplaudir al ritmo de la música, los comensales la imitaron. Leslie recorrió con sus giros todo el restaurante sin perder, ni por un momento, el equilibrio ni la velocidad.

Cuando volvió a la mesa, se detuvo y todos los presentes se pusieron a aplaudir con entusiasmo. Leslie sonrió y se ruborizó de vergüenza y, también, de placer. Luego, hizo una profunda reverencia, como si fuera una bailarina al final de una actuación brillante.

Unos segundos más tarde, las tres estaban sentadas a la mesa y tanto Ellie como Leslie miraban a Madison con los ojos centelleantes.

—Todavía tienes ese toque de distinción mientras bailas —dijo Madison a Leslie.

—No, no lo tengo —respondió Leslie. Pero esta vez no había un deje de fracaso en su voz—. Lo cierto es que nunca lo tuve.

—Pero, te acabo de ver…

Leslie tuvo que beber un largo sorbo de agua. El día anterior quizá tenía veinte años, pero en aquel momento tenía cuarenta y su cuerpo no estaba en forma.

—Soy mejor bailarina que la media, pero no soy de las mejores. y esto es lo que yo quería ser: la mejor.

—Sin embargo… —empezó Madison. Entonces Ellie la interrumpió.

—¿y cómo conociste a Thomas?

Madison miró el plato de postre vacío y sonrió.

—¿Recordáis que cuando os conocí os conté que un chico de mi pueblo me había dejado plantada?

—Nos acordamos —respondió Leslie con voz queda—. ¿Qué le ocurrió a él?

—No hay que contar la gracia antes de explicar el chiste, ¿recuerdas? —

replicó Madison con una sonrisa—. El chico que me abandonó, que se llamaba Roger, me escribió un par de cartas mientras me encontraba en Nueva York, ya través de él me ha llegado las mejores cosas de la vida.

Madison se interrumpió un momento y esperó a que Ellie o Leslie hicieran algún comentario, pero ambas mostraban expresiones idénticas: Tenían el labio superior levantado, como si el nombre de Roger les disgustara.

—Roger me escribió y me contó que el hermano de un compañero su— yo de la universidad estaba estudiando en Columbia. Yo no distinguía una universidad de otra, pero la de Columbia estaba en Nueva York, de modo que solicité mi ingreso allí. —Madison bajó la vista y esbozó una leve y enigmática sonrisa—. En aquella época no sabía que aquella universidad tenía mucho prestigio y que era muy difícil acceder a ella. Sin embargo, durante todos los años del instituto había hecho mis deberes y los de Roger, de modo que, en realidad, tenía dos formaciones. Por mi parte, había estudiado Historia y Literatura, pero Roger quería impresionar a los de— más, de modo que él había escogido Física y Química. —Madison miró a Ellie ya Leslie sin dejar de sonreír—. Digamos que Roger sacó excelentes en todos los cursos, de modo que pasé las pruebas de acceso con notas al— tas. Me dijeron que debería pedir una beca, pero yo quería pagar mis propios estudios.

—De modo que fuiste a la Universidad de Columbia gracias a Roger — comentó Ellie con una sonrisa. A continuación, intercambió una mira— da con Leslie.

—Sí —respondió Madison—. Pero cuando llegué allí, era muy tímida y no me atreví a presentarme al hermano del amigo de Roger. —Madi— son sonrió y bajó la vista un instante—. No sé si os disteis cuenta cuando nos conocimos, pero entonces yo creía que no era... Se podría decir que no creía pertenecer a la clase de personas que estudiaban Medicina.

—Yo nunca me di cuenta, ¿y tú, Leslie? —dijo Ellie con los ojos muy abiertos, en señal de inocencia fingida.

—Yo nunca creí que fueras nada menos que brillante —afirmó Leslie con una sonrisa.

—Sois fantásticas para mi vanidad —dijo Madison—. En fin, en cualquier caso, algo que le ocurrió a Roger y que él me contó en sus cartas me empujó a elegir mi especialidad y, gracias a mi elección, conocí a una profesora maravillosa, la doctora Dorothy Oliver. Además, por una casualidad entre un millón, resultó que su sobrino era el hermano del amigo de Roger.

Madison dejó de hablar un momento, como si esperara que aquella extraordinaria coincidencia hiciera que Leslie y Ellie soltaran exclamaciones de asombro. Sin embargo, sus dos amigas permanecieron en silencio a la espera de que continuara su relato.

—Por fin, durante mi segundo año en la universidad, conocía Thomas —continuó Madison—. y nos gustamos de inmediato. Él me ayudó durante toda la carrera y nos casamos al día siguiente de terminar mis estudios.

Ellie y Leslie se reclinaron en sus asientos con una sonrisa de



Librodot

satisfacción.

—y tienes hijos —dijo Leslie no como si se lo preguntara, sino afirmándolo. y la felicidad se reflejaba en sus palabras.

—Sí, tengo cuatro hijos —corroboró Madison sin dejar de sonreír—. Tanto a Thomas como a mí nos gustaría tener una docena, si pudiéramos. Nos encantan los niños. Hacen que valga la pena vivir. Si no tuviera hijos... —Madison levantó la vista hacia el techo—. En fin, no me imagino cómo sería mi vida sin Thomas y los niños. A veces, creo que estamos hechos los unos para los otros y que si no nos tuviéramos no tendríamos a nadie más. ¿ Tiene esto algún sentido?

—Más sentido del que imaginas —respondió Leslie. —¿Y ahora vivís en Nueva York? —preguntó Ellie.

—No —respondió Madison—. ¿No os lo conté? ...Está bien, de acuerdo, no recordáis nada. Ahora vivimos en Erskine, Montana. Tenemos una clínica allí.

Durante uno de sus trabajos de investigación, Ellie se informó sobre las clínicas establecidas en ciudades pequeñas y sabía que generaban poco dinero. Sin pensar en sus palabras, dijo en voz baja:

—Claro, Thomas era rico.

—Oh, no —repuso Madison con rapidez—. Fundamos la clínica con mi dinero. El dinero de Thomas está inmovilizado en fideicomiso para que algún día lo hereden los niños.

—De su trabajo como modelo —dijo Leslie a Ellie de forma significativa—. El dinero lo ganó haciendo de modelo.

—No —replicó Madison. Entonces, bajó la vista hacia la taza de café unos segundos. La camarera había retirado sus platos y había vuelto a llenar sus tazas de café—. Esto os sonará extraño, pero gané el dinero en la bolsa. Fue muy raro, pero leía la lista de compañías que cotizaban en bolsa y sabía qué valores iban a subir.

Durante un momento, Madison miró a las otras dos mujeres como si esperara que mostraran sorpresa por su declaración, pero ninguna de ellas dijo nada. Madison continuó:

—Todo empezó de una forma inocente. Un día, uno de mis compañeros de estudios leía en voz alta la lista de valores y yo le dije cuáles iban a subir. Fue como si supiera qué productos iban a encontrar aceptación entre la población norteamericana.

Ni Ellie, ni Leslie hicieron ningún comentario, de modo que Madison continuó:

—Empecé a invertir en la bolsa lo que podía ahorrar de los trabajos de modelo publicitaria que compaginaba con mis estudios en la universidad. —Madison se detuvo para beber un poco de café—. y cuando surgió Internet invertí todo lo que pude. ¡Estaba convencida de que aquello iba a funcionar! —Una vez más, se detuvo. Entonces levantó la vista y mostró una sonrisa brillante—. Para decirlo en dos palabras: gané millones.

Madison siguió sin percibir ningún signo de sorpresa en las facciones de sus amigas.

—Yo sentía que debía mucho a los habitantes de mi pueblo, porque si



Librodot

no me hubieran enviado a Nueva York, ¿quién sabe lo que habría sido de mi vida? Quizá nunca habría salido de allí y me habría casado con algún chico que odiara y... —La voz de Madison se apagó, como si aquella idea fuera demasiado ridícula para desarrollarla—. En cualquier caso, le conté a Thomas lo que quería hacer y él estuvo de acuerdo por completo, de modo que invertimos la mayor parte de mi dinero en sacar adelante una clínica en Erskine. Durante un año más o menos practicamos la medicina general, pero siempre supimos que queríamos practicar la medicina de rehabilitación, que es lo que a mí me encanta. Así que, ahora, Thomas y yo tenemos un pequeño hospital y seis fisioterapeutas trabajan para nosotros.

Madison sonrió y se reclinó en la silla antes de continuar hablando. —¿Sabéis una cosa? La clínica no sólo cubre gastos, sino que obtenemos un beneficio y así podemos ofrecer abundantes pagas extra a nuestros empleados por Navidad. La mayoría de los esquiadores que se lesionan en las pistas cercanas a Erskine acude a nuestra clínica. Gracias a ellos, cubrimos gastos. Y los beneficios también nos permiten ofrecer asistencia médica gratuita a los habitantes de Erskine.

Madison miró a Ellie ya Leslie, como si esperara que le formularan alguna pregunta, pero ambas permanecieron en silencio y esto animó a Madison a continuar.

—La vida es divertida, ¿no os parece? —afirmó Madison—. Cuando me dijeron por primera vez que iban a enviarme a Nueva York para que me convirtiera en una modelo, me sentí ofendida porque lo consideré una intromisión de los ancianos del pueblo. Creí que su intención era utilizarme para que Erskine apareciera en el mapa y sacar provecho de mi éxito. Ahora me parece divertido, pero entonces, incluso me enfadé con mi padre, que, por cierto, es un hombre muy agradable y visita con frecuencia a sus nietos. No me sentó bien que enviara dinero para mi viaje a Nueva York. Y la verdad es que no sé lo que ocurrió, pero, de repente, todo mi resentimiento se desvaneció.

Durante unos instantes, Madison las observó.

—¿Sabéis una cosa? Cambié el día en que nos conocimos. Cuando salí del Departamento de Tráfico, mi rencor desapareció y supe lo que tenía que hacer y adónde tenía que dirigirme.

—Como si alguien hubiera formulado un hechizo —dijo Ellie con dulzura.

—¡Sí! ¡Exactamente! Cambié mi actitud después de conoceros. Y, al cambiarla, empezaron a sucederme cosas buenas. Conocí a Thomas, tengo una familia estupenda, y...

—Y tu pueblo ha prosperado —dijo Ellie.

—En efecto, han prosperado, pero se lo debo todo a ellos, ¿no creéis? —preguntó Madison—. Quería hacer algo para compensarlos por haberme enviado a Nueva York y cuidar de mí después de que mi madre falleciera y mi novio me dejara.

—¿Qué le pasó a Roger? —preguntaron Ellie y Leslie al unísono yen voz alta de modo que provocaron la risa de Madison.

—Pobre muchacho —explicó Madison mientras negaba con la cabeza—. Lo siento por él. —Madison bajó la vista y, a continuación, volvió a mirar a

sus amigas—. No sé si me creeréis después de que os contara lo que me hizo... porque recordáis esa parte, ¿no es cierto?

—así es —exclamaron, otra vez, sus amigas al unísono.

—Poco después de llegar a Nueva York, Roger me telefoneó y me contó que lo habían atropellado y que padecía unas lesiones muy graves. Estaba destrozado, tanto mental como físicamente. Me dijo que me necesitaba y me suplicó que regresara a casa para ayudarlo. Me contó que, como yo había cuidado de mi madre, sabía lo que se tenía que hacer y que era la única persona en el mundo que podía ayudarlo.

—¿Qué le respondiste? —preguntó Leslie. Madison levantó la vista e hizo una mueca.

—¿Sabéis una cosa? Todavía hoy en día me siento un poco culpable por lo que hice. Ahora soy más vieja y me doy cuenta de que debió de sufrir mucho. Sin embargo, en aquel momento sólo podía pensar en que me había abandonado después de todo lo que yo había hecho por él. Creo que no me mostré muy comprensiva con su situación. Le dije que... —Madison tenía una expresión de culpabilidad en el rostro—. Le dije que su familia podía permitirse lo mejor y que yo no sería su enfermera gratuita. Bastante cruel por mi parte, ¿no creéis?

Cuando Madison vio la forma en que Leslie y Ellie se miraban y la alegría que iluminaba sus rostros, les lanzó una mirada desafiante.

—Si bailáis otra vez, os prometo que me iré de aquí. Una vez ha resultado interesante, pero dos, sería embarazoso.

—Nos contendremos —replicó Leslie. Ellie sonrió y preguntó:

—¿Qué le ocurrió a Roger? —Mmmm —murmuró Madison—. Ésta es la razón de que me sienta culpable. Después del accidente, no consiguió los cuidados que necesitaba. Además, el diagnóstico era erróneo. Justo después del atropello, le comunicaron que nunca más podría volver a andar y, por lo visto, nadie puso en duda el diagnóstico.

—¿Quieres decir que todavía se desplaza con una silla de ruedas? —preguntó Ellie.

—Sí. En realidad, fue horrible. Sus padres eran las personas más frías del mundo, y creo que se sentían avergonzados de las imperfecciones de su hijo, de modo que lo instalaron en el segundo piso de su casa y lo dejaron allí. Contrataron aun enfermero para que atendiera sus necesidades básicas, pero nadie se planteó que el diagnóstico original estuviera equivocado. y nadie practicó una resonancia magnética después de que sus lesiones sanaron y se pudo comprobar si la fractura había sido completa como pensaron al principio.

Madison se detuvo unos instantes. —Como os dije, después de su llamada telefónica, Roger y yo intercambiamos algunas cartas, pero creo que sus padres lo convencieron para que dejara de escribirme. Ellos siempre creyeron que yo era de una clase inferior. En cualquier caso, Roger nunca se recuperó de sus lesiones. Sus padres fallecieron en un accidente marítimo hace unos años y Roger herido la casa y montones de dinero. Sin embargo, esto no le ha procurado la felicidad. Ha estado casado tres o cuatro veces, no lo recuerdo con exactitud, y cada divorcio lo ha empobrecido más.

»Sé tanto de él porque acude a nuestra clínica tres veces por semana.

Fui yo quien se dio cuenta de que su columna no estaba quebrada por completo como le habían comunicado. Hemos trabajado con ahínco en su rehabilitación, pero...

Madison levantó los brazos en señal de impotencia y prosiguió: —La verdad es que Roger no está interesado en hacer el esfuerzo que se requiere para volver a andar. Necesita que alguien lo motive y le suplique y... Supongo que necesita que alguien le haga creer que es, otra vez, el capitán del equipo de fútbol y el chico más popular del instituto. Sin embargo, esto no se lo puede dar nadie. Es demasiado tarde. Durante unos segundos, Madison se mostró enfadada. —¡La verdad es que es una lástima! y un auténtico desperdicio. Si sus padres no hubieran sido tan tacaños y hubieran soltado el dinero para procurarle la terapia adecuada, Roger se podría haber recuperado. ¿Quién sabe hasta dónde podría haber llegado?

Al oír aquello, Ellie y Leslie se miraron. —Sí, ¿quién sabe? —exclamó Ellie—. Roger era un tipo tan estupendo, ¿no es cierto?

—No creo que debas juzgarle sólo por lo que me hizo —repuso Madison—. A veces, me pregunto qué me habría ocurrido si hubiera regresado con él cuando me telefoneó y...

—¡No! —exclamó Ellie casi en un grito. A continuación, miró a la mesa contigua y bajó la voz—. Hiciste lo correcto.

—Desde luego —dijo Madison con el entrecejo fruncido—. Pero todavía siento que le debo algo. Si no me hubiera dejado, los comerciantes del pueblo no me habrían enviado a Nueva York. Y de no haber sido por las cartas de Roger, yo no habría asistido a la Universidad de Columbia. Incluso después de que Dorothy me presentara a Thomas, si su hermano no hubiera sido amigo de Roger quizá Thomas y yo no habríamos congeniado porque... —Madison sonrió—. En fin, la familia de Thomas es adinerada y, digamos que él está harto de que las chicas guapas le vayan detrás. Además, Thomas puede resultar un poco intimidante.

—Pero a ti no te lo parece —comentó Leslie con suavidad. —No, a mí no me lo parece. Creo que lo comprendí desde el momento en que lo conocí. Él y yo...

Madison se interrumpió porque, aunque no le importaba contar su historia, no quería que nadie percibiera los sentimientos tan profundos que experimentaba por su marido, sus hijos, su trabajo y su vida en general.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó Madison con un tono suave en la voz— . Soy feliz. Sé que se trata de una forma anticuada de expresar las cosas, pero soy feliz. Tengo una familia, amigos, un trabajo... Mi vida no es muy emocionante, de hecho, es muy normal. Comemos salchichas de Frankfurt el Cuatro de Julio y la noche de Halloween voy con mis hijos de casa en casa, pero me gusta. A veces, ciertas personas ven fotografías mías, sobre todo la de la serpiente, y no pueden creer que dejara de lado la oportunidad de ser una supermodelo y volar a Roma los fines de semana para dirigir una clínica en un pueblo pequeño y aburrido. Sin embargo...

La emoción la embargó y, durante unos instantes, retiró la vista para tranquilizarse.

—y vosotras, ¿cómo os sentís? —preguntó Madison cuando volvió a mirarlas.

—Yo, muy feliz —respondió Ellie cuya mente empezaba a aclararse. Entonces ambas miraron a Leslie.

—Yo no lo sé —repuso ella con sinceridad—. Tengo que cambiar algunas cosas en mi vida y, como todavía no las he cambiado, no sé cómo se resolverán. Preguntad me dentro de seis meses.

—¿Qué hay de...? —empezó a preguntar Ellie, que quería saberlo todo sobre Leslie.

Sin embargo, Leslie la interrumpió y se puso de pie.

—No sé vosotras, pero, yo, de repente me siento muy cansada. Me gustaría volver a casa y dar una cabezadita.

—A mí me parece estupendo —dijo Madison. —A mí también —añadió Ellie.

Pero, mientras hablaba, Ellie pensó que todas mentían, que todas tenían algo que hacer en privado. En cuanto a ella, quería entrar en la papelería más cercana y comprar una libreta y un bolígrafo, pues la historia de Madison le había dado una idea para un nuevo libro. Quería escribir algo sobre la forma en que la vida de las personas se interrelaciona, sobre...

—¿Preparada? —preguntó Leslie.

Entonces Ellie se dio cuenta de que se había quedado inmóvil junto a la mesa y que había estado soñando despierta.

Madison fue la primera en salir, y Leslie caminó aliado de Ellie. —Quiero saber lo que ocurrió entre tú y tu ex marido —dijo Leslie en voz baja—. ¿Qué pasó en el juzgado?

—¿Tendría sentido para ti si te dijera que necesito sentarme y acordarme de todo aquello?

—Por supuesto —repuso Leslie—. Yo también tengo que reflexionar sobre lo que me ha sucedido.

Ellie miró a Leslie con una mirada inquisitiva.

—Viajaste atrás en el tiempo pero decidiste no cambiar nada. ¿Acaso tu candidato a presidente resultó ser un perfecto idiota? Recuérdamelo cuando se presente a las elecciones, porque, si es así, no lo votaré.

Ellie lo dijo como una broma, pero Leslie ni siquiera sonrió.

—Es encantador. Creo que es mejor que mi marido, quizá más inteligente y, desde luego, más considerado... y más amable.

—¡ Vaya! —exclamó Ellie—. ¿ y has renunciado a él? Leslie se tomó cierto tiempo antes de responder.

—¿Lo entenderías si te dijera que amo mucho a mi familia y que, al mismo tiempo, estoy harta de ella?

—Si, lo comprendo. Y ¿qué piensas hacer? Leslie sonrió.

—No tengo ni idea. Ni idea. Ellie se echó a reír.

—De acuerdo, entonces, hagamos ver que vamos a dormir un rato. Sin embargo, todas haremos lo que deseamos hacer en privado. Madison telefoneará a los suyos y les dirá lo mucho que los ama y los añora, y tú...

—Yo daré un largo paseo e intentaré decidir qué quiero hacer con mi vida actual. Se han acabado las fantasías sobre aquel muchacho del instituto y lo que podía haber sido. A partir de ahora, viviré en el presente. —

Leslie sonrió—. Y tú..., déjame adivinar... —De una forma exagerada, Leslie puso los dedos en sus sienes, como si estuviera adivinando—. Tú vas a escribir todo lo que ha pasado por tu mente mientras Madison hablaba, e intentarás convertir su historia en una novela..., sin que te denuncie, claro.

Ellie se echó a reír. —¿De verdad soy tan transparente? —Sí y no —contestó Leslie con seriedad—. Creo que por fin he aprendido lo importante que es la esencia de una persona para ella misma. En tu caso, las historias que transcurren en tu mente hacen que seas quien eres. Si las eliminaras, te convertirías en...

—Una mujer gorda y deprimida —terminó Ellie. —Exacto —respondió Leslie. Y hablando de esta cuestión, ¿no hay una tienda de ropa preciosa en la esquina? Antes de irte, creo que deberías visitarla. No querrás volver a casa con Jessie y Nate vestida con ropa dos tallas mayor que la tuya, ¿verdad?

Al recordar que tenía el cuerpo de antes, Ellie se emocionó, pero no se trataba sólo de su cuerpo. Gracias a Jessie, también había recuperado su amor propio.

Cuando llegaron a la casa, Madison entró a toda prisa, sin duda alguna, ansiosa por encontrar un teléfono. Sin embargo, sus amigas no entraron. Ellie regresó al pueblo para buscar una papelería y Leslie continuó calle abajo mientras su mente viajaba lejos, muy, muy lejos.

CAPÍTULO 30

Ellie se apoyó en el reposacabezas del asiento del avión y sonrió. Estaba de vuelta a donde había empezado, pero, esta vez, su vida era muy diferente. Hacía casi dos días que había regresado de... ¿De dónde? Todavía no sabía cómo llamarlo. ¿Un viaje en el tiempo? ¿Una especie de súper reforma?

Fuera lo que fuese, había cambiado su vida por completo. Todavía recordaba lo mal que lo pasó la primera vez con el divorcio de Martin. Sin embargo, en aquel momento le parecía que aquello era una historia que había leído, una historia imposible que nadie creería, y que, desde luego, no era la realidad.

Ellie cerró los ojos y volvió a recordar su vida como había ocurrido la segunda vez. La noche anterior, Leslie y ella se quedaron levantadas hasta muy tarde, y Ellie se lo contó todo a Leslie.

—Fue Jessie quien lo descubrió todo —explicó Ellie mientras aquel recuerdo la hacía sonreír—. Antes de amar a Jessie, tenía que liberarme de mi enfado y de la necesidad imperiosa de conseguir justicia. Cuando lo lograra, podría responder a las preguntas que Jessie me formulaba. Y él...

—¿Qué? —la animó Leslie. —No me di cuenta hasta más tarde, pero nadie había analizado la historia de mi divorcio desde el punto de vista de la lógica. Quizá mi propia autocompasión se imponía con tanta fuerza que los demás sólo veían lo que yo misma veía. Y lo que yo percibía no era la verdad.

—¿Qué ocurrió en esta ocasión? —preguntó Leslie con una voz suave mientras miraba la puerta cerrada del dormitorio de Madison.

Hicieron todo lo posible para que Madison no les preguntara sobre el tema del que estaban hablando. No querían que supiera nada sobre su vida anterior.

—Jessie me ayudó a mí y yo le ayudé a él —dijo Ellie.

—¿No me digas que resolviste un asesinato? —preguntó Leslie espantada—. ¿Supongo que no pondrías tu vida en peligro?

—Bueno, de hecho creo que..., los dos lo hicimos. Jessie dijo que podíamos hacer cosas que la policía no podía hacer, como intervenir el teléfono de Sharon. Al final, resultó que sólo yo podía hacerlo, porgue Jessie es abogado.

—Creí que... —empezó a decir Leslie, pero se calló antes de terminar la frase.

—¿Que vivía de su hermano multimillonario? —preguntó Ellie con una sonrisa—. Al principio yo también lo creía, pero descubrí que Jessie había abandonado su lucrativo despacho de abogado en Los Ángeles para trabajar para su hermano y, bueno... —Ellie miró sus zapatos y, después, levantó la vista hacia Leslie—. Digamos que Jessie no tiene mil millones, pero tampoco es pobre. Y, desde luego, no tengo que preocuparme de que intente quedarse con la miseria de dinero que gano.

Al oír aquello, Leslie apretó la mano de Ellie y le sonrió. —Me alegro por ti. De modo que, de una forma ilegal, pinchaste el teléfono de una mujer. Y, después, ¿qué ocurrió?

—Descubrimos que tenía un amante y que todo el dinero de Lew procedía de la herencia de su padre. Esto significaba que si se



Librodot

divorciaban él se habría quedado con todo, pues no se trataba de bienes gananciales.

—Entonces, ¿ella no se habría quedado con nada? —preguntó Leslie. —Así es. Sin embargo, ella era su heredera y, si Lew fallecía, Sharon se quedaría con todo. Aquél era el motivo del asesinato, pero teníamos que encontrar las pruebas que demostraran que ella era la autora del crimen. —Durante unos instantes, Ellie hizo una mueca de disgusto—. En realidad, no me gustó lo que Jessie hizo, pero funcionó, de modo que todo terminó bien.

Leslie la observó y se quedó pensativa un momento. —¿Jessie representó un papel ante ella? Sharon sabía que él era rico y, si era capaz de matar por dinero, también sería capaz de casarse por lo mismo.

—Exacto —confirmó Ellie—. Jessie quería representar una escena como las que aparecen en las novelas de Agatha Christie. Aquellas en las que él consigue que ella confiese mientras la policía estaba escondida en la habitación de al lado. Le dije que esta idea no era muy original, pero Jessie me respondió que no estaba escribiendo una novela y que no le interesaba obtener buenas críticas, que sólo intentaba atrapar a una asesina.

—Por lo visto, ya te conoce —dijo Leslie con una sonrisa.

—No tan bien como cree —respondió Ellie—. En cualquier caso, funcionó. Dos policías y yo nos escondimos en una habitación mientras Jessie convencía a Sharon de que acudiera a su casa. Allí, la invitó a champán mientras él bebía whisky. Sin embargo, el contenido de la botella no era whisky, sino té. Entonces, Jessie empezó a representar su papel a fondo. Cuando ella empezó a ponerse alegre, le dijo que odiaba a su hermano rico. Al cabo de pocos minutos, Sharon empezó a idear maneras para que Jessie asesinara a Woody. Le dijo que era fácil, que la policía local era estúpida y que no eran capaces de distinguir un asesinato de un suicidio. Después de unas cuantas copas más de champán, Sharon empezó a presumir sobre la forma en que se había acercado a Lew por detrás y había empezado a besarlo. Según Sharon, Lew estaba tan contento de que ella ya no estuviera enfadada con él que no se dio cuenta de que ella colocaba sus dedos sobre el gatillo de una pistola del cuarenta y cinco.

—No me extraña —comentó Leslie—. Cuando se trata de sexo, los hombres no parecen tener nada más en la cabeza.

—Eso le ocurrió al pobre Lew. Ella le disparó y, después, culpó a Bowie. Sharon sabía que él siempre andaba merodeando por el exterior de la casa. Sin embargo, Sharon le confesó a Jessie que ella lo provocaba, pues se desnudaba todas las noches, a la misma hora, delante de una ventana abierta. De este modo, Bowie sabía cuándo tenía que ir para ver el espectáculo.

—¡Vaya! Así que Jessie y tú resolvisteis el asesinato. Y, ¿qué ocurrió con tu divorcio?

Ellie respiró hondo.

—Mientras ocurría todo esto, yo sabía que la fecha del juicio se acercaba con rapidez. Sin embargo, no pensaba dejar a Jessie solo en aquellas circunstancias.

—¡Desde luego! Después de todo, dijiste que Sharon era muy hermosa. —Con cinco kilos de maquillaje encima no estaba mal, pero, sin duda



Librodot

alguna, no era como Madison.

Las palabras de Ellie estaban impregnadas de veneno. Leslie bajó la vista y sonrió.

—Entonces, ¿no acudiste al juicio? —Sin que me diera cuenta, y mientras buscábamos la manera de resolver el asesinato de Lew, Jessie me fue formulando preguntas sobre el divorcio. Tuve que mentir un poco sobre las fechas y esas cosas porque lo que yo sabía todavía no había ocurrido. Además, no quería explicarle a Jessie la historia de Madame Zoya.

—Te comprendo —dijo Leslie—. Sin embargo, al final, ¿se lo contaste todo?

—Casi todo. Jessie sabe escuchar y yo estaba ansiosa por hablar con alguien, sobre todo con un abogado. Yo sabía que lo que me habían hecho era inmoral, pero siempre sospeché que, además, era ilegal.

Ellie se calló y sonrió. —Sharon fue encarcelada la noche antes del juicio y, a la mañana siguiente, Jessie me acompañó a Los Ángeles. En su propia avioneta, debo aclarar. Aunque no entramos en la sala del juicio. Verás, la idea que me había formado era equivocada. Yo pensaba que todo el mundo había creído a Martin y que, por esta razón, se lo dieron todo. Lo que me ha martirizado durante todos estos años es que me consideraran tan mala. Sin embargo, Jessie averiguó la verdad.

—Cuéntamela —dijo Leslie mientras contenía la respiración. —¿Recuerdas que te expliqué que Martin me había cogido mucho dinero a lo largo de los años?

—Sí —respondió Leslie—. ¿Lo encontraste? —Sí. —Ellie se interrumpió y se pasó la mano por el rostro—. Cada vez que pienso en aquello, me cuesta creer que fuera tan inocente. ¡Yo, que escribo novelas de misterio!

—En cualquier caso, lo que Jessie supuso y, más tarde, demostró fue que Martin, aconsejado por su abogado, entregó todo el dinero aun amigo suyo para que se lo guardara. Como ya te dije, no era ilegal que cogiera aquel dinero porque, según la ley, era tan suyo como mío. No obstante, durante el proceso de divorcio, Martin tuvo que firmar un documento en el que juraba que no había escondido el dinero. Por eso le dijo su abogado que entregara el dinero a otra persona antes del proceso.

—Sin embargo, aunque Martin no tenía el dinero en aquel momento, sí que podía decidir sobre su uso y utilizó ciento cincuenta mil dólares para sobornar al juez.

—¿Cómo? —exclamó Leslie con los ojos muy abiertos—. ¿Martin sobornó al juez?

—Sí y no —respondió Ellie—. Jessie lo descubrió todo. Estaba intrigado por lo que yo le había contado. Según él, en un juicio no se trataba de creer o no a alguien. Además, a nadie le importaba si Martin había sido o no el supuesto administrador de mi carrera. Jessie me formuló cientos de preguntas y la verdad es que le resultó difícil obtener respuestas, porque mi único razonamiento era que el juez había creído a Martin.

—Pero, sólo era una cuestión de dinero —dijo Leslie. —Así es. Sólo se trataba de dinero. La segunda vez que asistí al juicio, en esta ocasión con Jessie, él me contó lo que había ocurrido. Por lo visto, Martin se reunió con el juez en su despacho y, en presencia de un taquígrafo del tribunal, le dijo



Librodot

que donaría ciento cincuenta mil dólares para financiar la campaña de su reelección. Después de aquella oferta, el juez le dijo a Martin que estaba convencido de que él había sido el impulsor de mi carrera y que no veía por qué, un hombre del talento de Martin, no podía seguir gestionando el producto de mi obra. Después de todo, continuó el juez, no estaba seguro de que yo estuviera del todo cuerda.

—¿Dices que un taquígrafo de los tribunales lo apuntó todo? —Sí. En cierto sentido, todo se hizo de una forma legal.

—Supongo que el dinero no se empleó para financiar la reelección del Juez.

—En efecto. Jessie estaba convencido de que no se utilizó para la campaña. Como todo estaba tan bien documentado, resultó fácil averiguar la fecha en que el juez recibió el dinero y comprobar que nunca lo empleó para aquel fin.

—¿Y Jessie consiguió toda esa información? —preguntó Leslie sorprendida.

—En efecto, y la utilizó para cambiar el desenlace del proceso. El día que yo tenía que declarar en el juicio, Jessie escribió una nota, cuyo contenido nunca ha querido revelarme, y procuró que se la entregaran al juez. Diez minutos más tarde, el juez lo hizo llamar. Jessie salió al cabo de una hora y entramos en la sala.

—¿Qué ocurrió a continuación?

Ellie se apoyó en los brazos, sonrió y cerró los ojos unos instantes mientras disfrutaba del recuerdo.

—¡Tendrías que haber visto la expresión de Martin! Cuando entramos en la sala del juicio, me miraba con una sonrisita de suficiencia, pues creía que le iban a. conceder el control absoluto sobre mis libros. O que yo accedería a cualquier cosa con tal de que no lo tuviera. Sin embargo, tres horas después, su rostro estaba morado de rabia. Todo lo habían repartido al cincuenta por ciento, como debía ser.

—El desenlace, además, resultó irónico. Como Martin se había gastado casi todo lo que yo había ganado en objetos personales, al final, me debía dinero.

—¿Qué ocurrió con la casa y los libros?

—La casa se vendió y me dieron la mitad de lo que nos pagaron por ella. En cuanto a los libros, nadie planteó que él pudiera ejercer ningún control sobre ellos o que yo tuviera que entregarle dinero por mis ganancias futuras.

—En esta ocasión, él no se quedó con la casa y tú con los gastos. —¡No!

Leslie no dijo nada más, de modo que Ellie se puso de pie y bostezó. —En fin, eso es todo. Por fin descubrí por qué creyeron a Martin y no a mí.

—Y así te sentiste liberada, ¿no es cierto? —comentó Leslie mientras se levantaba.

—En efecto. Aunque lo que me había destrozado no era el dinero, sino la injusticia de todo el proceso.

De una forma impulsiva, Leslie abrazó a Ellie. —¿Qué le pasó a Martin?

—Se arruinó y tuvo que ponerse a trabajar —dijo Ellie con una sonrisa. —¿Trabajar? ¿Mantenerse a sí mismo? —exclamó Leslie. Y, a continuación,



Librodot

ambas se echaron a reír—. ¿Y qué ocurrió con el dinero que había entregado a su amigo?

Ellie sonrió.

—Jessie supuso que el abogado de Martin sabría dónde estaba el dinero, de modo que durante la pausa de mediodía tuvo una charla con él. Cuando el juicio se reinició, el abogado de Martin entregó al tribunal un extracto bancario que demostraba que Martin había escondido una gran cantidad de dinero, de modo que también me concedieron la mitad de aquella suma.

Durante unos segundos, Ellie mantuvo los ojos cerrados. A continuación, los abrió, miró a Leslie y continuó:

—La primera vez, me quitaron todo aquel dinero y aprendí que podía vivir sin él. La segunda vez, sentí que aquel dinero era, en cierto modo, sucio para mí. No quería ni tocarlo, de modo que lo doné a una asociación de ayuda a los niños maltratados.

Durante unos instantes, las dos mujeres permanecieron en silencio. A continuación, sonrieron y, después, rieron. Entonces, como si les hubieran dado la entrada, se pusieron a bailar como lo habían hecho en el restaurante. y cuando, por fin, se fueron a dormir, todavía reían.

Ellie viajaba en un avión camino del rancho de Woody, su hogar, don— de vivía con su marido, Jessie, y su hijo pequeño. Tenía recuerdos de su hijo, pero no lo conocía en persona. Aquella idea la hizo reír. Había comprado tres bolsas de viaje para transportar los juguetes y la ropa que había comprado para Jessie, Nate, Valerie, Woody y su hijo Mark.

Ellie cerró los ojos y sonrió, feliz.

Después, al segundo siguiente, abrió los ojos de par en par. ¿Y si escribiera una historia sobre...?

Diez minutos más tarde, escribía con pasión la trama de una nueva novela.

Cuando Leslie entró en su casa, se quedó en la entrada y miró el salón con unos ojos nuevos... y vio muchas cosas que no le gustaron. ¡Qué pretenciosas le parecían las antigüedades intocables de Alan! Había convertido una habitación que tenía que ser un lugar confortable de reunión fa— miliar en un sitio que sólo se podía admirar y, desde luego, no utilizar.

—Déjelas ahí —indicó Leslie al hombre que llevaba su equipaje y las bolsas de las compras.

Se trataba del mismo hombre que la había conducido al aeropuerto, el taxista que había flirteado un poco con ella. Entonces se había sentido halagada, pero en aquel momento le parecía que sólo había intentado alargar el recorrido.

Por otro lado, durante el camino de vuelta a su hogar, el taxista la había mirado como si estuviera interesado en ella de verdad. y Leslie sabía por qué.

Una mujer que asistía a la misma iglesia que Leslie no era especialmente guapa y su cuerpo no estaba tan bien moldeado como el de ella, sin embargo, todos los hombres la miraban con insistencia. Todas las

mujeres murmuraban y sentían celos de ella, y Leslie siempre se había preguntado qué tenía aquella mujer para que todos los hombres la miraran. En cierta ocasión, se lo preguntó a Alan.

—No lo sé —respondió él con el tono de voz que emplean los hombres para indicar que no quieren profundizar en determinada cuestión—. Es como si ella esperara que la miren, yeso es lo que ocurre.

Entonces Leslie no entendió la explicación de Alan, pero esta vez sí que la comprendía. Unos días atrás, había vuelto a ser joven, y su cuerpo también, y aquello le hizo recordar lo que era sentirse deseada.

¿Acaso se había castigado durante todos aquellos años por lo que ella creía que le había hecho al hombre que amaba? ¿Acaso había dado su brazo a torcer en todas las discusiones porque estaba convencida de que era un fracaso? , Fuera cual fuese la razón, en aquel momento, cuando entró de nuevo en su casa, Leslie supo que, en su interior, era una mujer distinta.

—Gracias —dijo Leslie al taxista mientras le daba una propina.

—Gracias a usted —replicó él mientras miraba a Leslie de un modo que indicaba que estaba disponible si lo necesitaba en cualquier otro momento.

—¡Hola, mamá! —exclamó Rebecca mientras bajaba la escalera y pasaba junto al equipaje y las bolsas que estaban en el suelo—. Te olvidaste de lavar a mano mi jersey amarillo antes de irte y tuve que enviarlo a la tintorería. Papá se enfadará cuando llegue la factura.

A continuación, Rebecca pasó junto a su madre y entró en la cocina. Durante unos instantes, Leslie observó a su hija. Antes de su viaje a Maine la habría amonestado y le habría dicho que podría haber lavado el jersey ella misma, pero en aquel momento no sintió deseos de decírselo. : Alan entró procedente del jardín. Vestía unos pantalones y una camisa muy bien planchados y apenas miró a su mujer.

—Creí que regresabas mañana —dijo mientras revisaba un montón de correo que había encima de la mesa de la cocina—. ¿Ya habéis tenido una pelea de mujeres? —preguntó mientras se reía de su comentario.

Cogió un par de sobres y cuando pasó por el lado de Leslie la besó en la mejilla, sin darle importancia. Luego subió la escalera. De hecho, aún no la había mirado.

—Dentro de una hora me voy —dijo Alan—. Bambi y yo tenemos que visitar aun cliente.

Cuando llegó al final de la escalera, Alan entró en el dormitorio. Al momento, Joe bajó la escalera.

—¡Hola, mamá! —exclamó Joe—. Me alegro de que hayas vuelto. Leslie sonrió, pero, entonces, Joe le dijo que tenía mucha hambre. —¿Cuándo cenaremos? —preguntó Joe mientras salía de la casa.

Leslie permaneció inmóvil durante unos minutos. ¿Cuánto tiempo hacía que su familia era así? ¿Cuándo se habían convertido en un grupo de extraños que compartían la casa sin preocuparse de las necesidades de los demás?

Leslie entró en la cocina esperando encontrar a Rebecca, pero la estancia estaba vacía.



Librodot

—No me gusta esta cocina —opinó en voz alta.

Había costado un montón de dinero, pero a ella no le gustaba.

Se dirigió al fregadero, llenó la tetera de agua y la puso sobre el fogón. «Así es como empezó todo —pensó Leslie—. La última vez que estuve aquí estaba haciendo lo mismo.

El agua empezó a hervir y Leslie se preparó una taza de té. A continuación, se puso frente a la ventana y contempló el viejo cenador del jardín. Y, mientras lo miraba, se acordó del cenador de Millie Formund y de todo lo que había aprendido durante los últimos días.

Leslie dejó la taza medio vacía en el fregadero y se dirigió al recibidor. Una vez allí cogió las seis bolsas repletas de compras y las llevó al cenador. Camino de regreso, le pidió al taxista que se detuviera frente a una tienda de artesanías y casi vació los estantes con sus compras.

Leslie depositó las bolsas sobre el césped, junto al cenador. Después abrió la puerta y entró en aquel lugar que una vez había sido tan agradable. Miró a su alrededor con la mirada analítica de quien tiene conocimientos sobre construcción. La mayoría de los daños que sufría el cenador se debían al abandono y podían repararse con facilidad. Había una gotera y el agua había dañado una de las paredes, pero ella podía arreglarlo.

«¡No! se corrigió. Podía encargar a alguien que lo hiciera.

Miró los objetos que había en el interior del cenador. Pocos eran de ella. Alan había desmontado los estantes superiores de la librería que Leslie había restaurado y había puesto, en el hueco, un televisor. Había hecho un agujero en el panel posterior para hacer pasar los cables. Sin embargo, el televisor era demasiado hondo, de modo que Alan tuvo que abrir un agujero mayor, hasta que no quedó mucho de la librería de Leslie.

Joe guardaba allí sus viejos equipos de deporte. Al menos había tres tablas de patinaje rotas y varios patines en el interior de una caja vieja de madera. Leslie se acercó y descubrió que la caja era, en realidad, un armario de pino de un antiguo lavabo que Leslie había comprado en un mercadillo. Joe había echado el armario sobre el suelo, había abierto las puertas y lo utilizaba para guardar sus patines viejos.

Rebecca había colocado cajas llenas de ropa y libros viejos delante de las puertas cristal eras que comunicaban con el pequeño jardín privado de Leslie.

Durante unos segundos quiso cerrar la puerta y olvidarse de todo aquel estropicio. Quizás era más de lo que ella podía asumir. ¿Cómo podía convencerlos de que limpiaran aquel lugar de modo que ella pudiera utilizarlo?

Pero entonces recordó el rostro de aquella muchacha que la había mirado desde el espejo. Aquella muchacha no tenía miedo de nada ni de nadie.

Mientras permanecía de pie con la mano sobre la manecilla de la puerta, Leslie supo que aquél era un momento crucial en su vida. Lo que hiciera en aquel instante determinaría el resto de su vida. Le habían concedido una segunda oportunidad y ella había escogido aquella vida y

aquellas personas porque los amaba. Pero también había aprendido que tenía que

quererse. Lo cierto era que Leslie no sabía la que la aguardaba en los próximos meses. Durante largo tiempo había temido que su marido le pidiera el divorcio para casarse con una mujer que, con toda probabilidad, tenía la mi— rada intrépida que Leslie tenía años atrás. y si Alan le pedía el divorcio, ¿qué sería de ella? ¿Se sentiría más asustada de la que la había estado en los últimos años?

¿Cómo afectaría a su vida futura que recuperara o no el cenador del jardín?

—¡No la afectaría en absoluto! —'—exclamó en voz alta. Entonces volvió a mirar el interior del cenador. Esta vez se sintió como si se viera reflejada en la vieja construcción. Tiempo atrás era algo perfecto y hermoso, igual que el cenador. Pero su familia la había monopolizado, como había hecho con el cenador. Se sentía como si la hubieran echado en el suelo y la hubieran llenado de trastos viejos.

Sonrió, abrió la puerta del cenador de par en par y se dirigió al televisor. Entonces la cogió y arrancó los cables de la pared. El panel trasero de su preciosa librería casi había desaparecido por completo. Sin dejar de sonreír, transportó el televisor al exterior y lo lanzó tan lejos como pudo. El aparato voló unos cuantos metros, golpeó el pequeño muro de piedra que Atan había construido dos años atrás y cayó dando tumbos por el terraplén que terminaba en la barbacoa.

El televisor golpeó la enorme barbacoa de ladrillo de Atan y la pantalla se hizo añicos. Leslie sintió que aquél era el sonido más agradable que había oído nunca y aquello le infundió fuerzas.

Volvió al interior del cenador y empezó a echar al exterior los demás desechos. Los patines de Joe rodaron por la misma pendiente que el televisor y, entonces, Leslie puso de pie el armarito de pino y cerró las puertas. Una de las bisagras casi se había descolgado, pero ella podría fijarla de nuevo.

A continuación, le tocó el turno a la ropa vieja de Rebecca y al producto de años y años de acumular cosas. y con cada objeto que Leslie tiraba afuera, se sentía más fuerte y era como si..., en fin, como si fuera más ella misma.

—¡Te lo he dicho! —oyó gritar a Rebecca—. ¡Se ha vuelto loca!

Leslie tenía las manos ocupadas con una jaula de conejo rota que los chicos habían dejado en el cenador. Entonces la lanzó en la misma dirección que los otros objetos, los cuales se apilaban junto a la querida barbacoa de Atan.

Leslie levantó la vista y vio que los tres corrían hacia ella. Rebecca parecía enfadada, Alan, preocupado y Joe, divertido.

Hizo caso omiso de ellos, volvió al interior del cenador y cogió un par de bolsas de comida de conejo que debían de tener diez años de antigüedad. «Quizá las necesitemos algún día», había argumentado Rebecca cuando, años antes, Leslie le había rogado que las tirara. Lo cierto era que Rebecca lo guardaba todo y nunca se deshacía de nada.

—Leslie, querida, ¿todo va bien? —preguntó Atan desde la puerta con la voz que utilizaba para los clientes difíciles.

En una ocasión le había dicho: «Aquel hombre estaba loco, así que le hablé de este modo.» Entonces, le habló con la misma voz que estaba utilizando con ella en aquel mismo momento.

—Todo va muy bien —respondió Leslie mientras le mostraba una ligera sonrisa. Cogió una caja de adornos navideños rotos que Atan pro— metió reparar algún día—. Perdona —le dijo mientras pasaba junto a él y lanzaba la caja por el terraplén.

—¿Puedes parar de hacer eso un momento? —preguntó Atan cuando Leslie regresó al cenador.

—No, no puedo. Quiero limpiar este lugar y montar un estudio para mí.

—¿Un estudio? —preguntó Alan con cierto regocijo en la voz—. Querida, sé que cumplir cuarenta años te ha afectado, pero, en mi opinión, eres un poco mayor para volver a bailar.

Leslie no le respondió y cogió una caja llena de artilugios electrónicos rotos, producto de muchas Navidades. Cuando llegó a la puerta, Atan puso las manos sobre la caja, pero la mirada que Leslie le lanzó hizo que las apartara y diera un paso atrás. Cuando Leslie iba a tirar la caja, Alan le hizo una seña a Joe y éste cogió la caja de las manos de su madre.

—Gracias —dijo Leslie. Y, a continuación, volvió a entrar en el cenador para buscar más cosas.

Alan entró detrás de ella.

—Leslie, querida, si querías limpiar este sitio, ¿por qué no nos lo decías? Podríamos haberlo hecho entre todos. Corno una familia. y también podríamos haberlo hecho de una forma ordenada, en lugar de lanzarlo todo contra la barbacoa. ¿Has visto que la has dañado?

—¿Dañado? —preguntó Leslie con suavidad mientras levantaba del suelo una caja llena de recetas culinarias de 1984—. ¿He dañado tu barbacoa?

—En efecto, lo has hecho —respondió Alan con sequedad, pues creía que Leslie estaba preocupada—. Ahora habrá que arreglarla.

Leslie se dirigió a la puerta y, mientras miraba a Alan, lanzó la caja de recetas con fuerza. Montones de hojas de papel salieron volando por encima del césped y cayeron sobre los árboles y los arbustos. Sin embargo, Leslie ni las miró y volvió al interior del cenador mientras la rabia crecía en su interior. Entonces, volvió a mirar a Alan.

—¿He dañado tu barbacoa? ¿Y qué ocurre con el daño que tú le has hecho a mi cenador?

—¿Tuyo? —preguntó Alan perplejo—. Creí que era nuestro.

—No, Alan —repuso Leslie con lentitud—. El cenador era mío, siempre lo fue. Tú pareces poseer el resto de nuestra vida, pero el cenador es mío.

Alan hizo una señal a Rebecca ya Joe para que recogieran los pape— les que volaban por todas partes. Después, entró en el cenador y cerró la puerta.

—Leslie, querida, sé que cumplir cuarenta años resulta difícil para una mujer, pero...



Librodot

—¡Cumplir cuarenta años no tiene nada que ver con esto! —exclamó Leslie casi gritando—. ¿Qué os ocurre a los hombres? Durante la primera mitad de nuestra vida, cuando nos enfadamos, lo achacáis al síndrome premenstrual. A partir de ahora, Alan, qué dirás, ¿que estoy premenopáusica?

—No me refería a eso. ¿Puedes parar un momento? Durante todos los años de casados, siempre que Alan gritaba a Leslie, ella, invariablemente, se retraía. Pero esta vez no. Esta vez Leslie se volvió y se enfrentó a él.

—¿Qué ocurre, Alan? ¿Mi pequeña rabieta está retrasando tu cita con Bambi?

—¿Bambi? ¿Qué demonios tiene que ver Bambi con todo esto? —Todo y nada —respondió Leslie mientras intentaba calmarse. No sabía que tenía toda aquella rabia en su interior. Pero, por lo visto, había ido creciendo y creciendo durante mucho tiempo.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Alan, el cual, según notó Leslie, también estaba enfadado.

Durante los últimos días ella había decidido no permitir que su felicidad dependiera de ningún hombre. Ellie y Madison tenían una profesión y la ejercían con éxito, pero Leslie no la tenía. Aquellas dos mujeres se tenían a sí mismas, de modo que podían permitirse aceptar a un hombre en su vida. Sin embargo, todo lo que tenía Leslie era un hombre. Durante la semana que pasó con Hal y su familia se dio cuenta de que si escogía vivir con él al cabo de veinte años estaría igual que en aquel momento. Estaría tan inmersa en la vida de Hal que no tendría espacio para ella misma. Y, una vez más, aquella muchacha tan valerosa habría desaparecido.

—Exacto, Alan —dijo Leslie con calma—. No puedo vivir como hasta ahora ni un día más. Os he entregado toda mi vida a ti ya los niños, pero ahora que ya han crecido, quiero algo para mí misma.

—¿Y lo que quieres es este viejo cenador? —preguntó Alan, que todavía la miraba como si estuviera loca—. La verdad, podrías habérmelo dicho en lugar de…

—¡No! —exclamó Leslie—. No podía hacerlo porque no me ves—. —Esto es ridículo, claro que te veo. Estás exactamente delante de mí. Leslie se acercó a Alan.

—No, no me ves. Ves a una mujer que te prepara la comida, te compra la ropa, encuentra tus calcetines y organiza tus fiestas. Pero no te das cuenta de que soy una persona distinta de ti.

Él entrecerró los ojos mientras la miraba.

—Has viajado a Maine y te has pasado el fin de semana parloteando con tus amigas sobre la liberación de la mujer, ¿no es cierto?

—Quiero el divorcio —replicó Leslie con una expresión de sorpresa en el rostro, ¿De dónde habían salido aquellas palabras? ¿De dónde había surgido aquel pensamiento?

Alan no dijo nada, sólo la miró con incredulidad. Cuando Leslie volvió a hablar, estaba tranquila.

—No aguanto más esta situación. Lamento haberte dejado plantado

hace años, pero no he debido castigarme durante todo este tiempo. He intentado compensarte año tras año, pero no soporto esta humillación ni un minuto más. Si la quieres, puedes irte con ella.

—¿Querer a quién? —preguntó Alan en voz baja.

Y por primera vez en muchos años Leslie sintió que Alan le prestaba toda su atención.

—¡A Bambi! —soltó Leslie con toda la rabia que sentía.

—¿Bambi? —preguntó Alan—. ¿Crees que estoy interesado en Bambi? —Toda la ciudad habla de vosotros dos, de modo que...

Leslie se interrumpió porque Alan sonrió y, a continuación, se puso a reír.

—¿Bambi y yo? ¿Es eso lo que crees? ¿Por eso te has mostrado tan fría conmigo durante los últimos meses? ¿Es por ella por lo que te apartas cada vez que me acerco?

Leslie quería defenderse, pero sabía que había estado muy fría con Alan últimamente. Cada vez que él alargaba la mano para tocarla, ella pensaba: «¿Cuánto tiempo hace que ha estado tocando a Bambi?»

Alan se sentó en el sofá y una nube de polvo lo envolvió. Él no prestó atención al polvo y miró a Leslie.

—Yo creía que había otro hombre —dijo con suavidad.

—¿Otro hombre? —preguntó Leslie con incredulidad—. Soy una mujer de casi cuarenta años...

—Eres tan guapa como el día en que nos casamos —repuso Alan—. Y contraté a Bambi para darte celos. ¿Ha funcionado?

Leslie tardó varios minutos en darse cuenta de lo que Alan acababa de decirle.

—¿Para darme celos? —Siempre ha habido una parte de ti que no he podido alcanzar. Eres una mujer muy independiente.

Otras esposas telefonean a sus maridos; cuando ven aun ratón correteando por el suelo, pero no la mía. No, mi Leslie puede manejarlo todo. Mira este cenador. Tú lo reconstruiste. ¿Sabes lo que sentía al verte manejar una sierra mecánica mientras que yo no distingo una broca de un taladro? Durante todos estos años he intentado que me necesitaras, pero no lo he conseguido. No hay nada que no puedas hacer y que no lo hagas a la perfección.

Aunque Leslie hubiera reflexionado durante mil años, nunca habría llegado a la conclusión de que aquéllos eran los problemas que Alan tenía.

Se sentó en el sofá al lado de Alan y esperó a que el polvo se asentara.

—¿No estabas enfadado porque te abandoné sólo unos días antes de la boda?

—En absoluto. Bueno, en realidad sí, pero... —Alan se volvió hacia Leslie—. Hizo que mereciera la pena conseguirte. Si no hubieras vuelto a mi lado, me habría enfadado, quizá para siempre, pero lo cierto es que volviste. Además, todos estos años he fanfarroneado por tener una esposa que hizo de bailarina en Nueva York.

—Pero fracasé. Ésta es la razón de que regresara. Alan cogió la mano de

Leslie entre las suyas.

—Tú no has fracasado en nada en toda tu vida. Si creíste que no eras tan buena como las otras bailarinas es porque me añorabas y querías fracasar para poder volver conmigo.

Leslie sabía que había algo de verdad en sus palabras. Madison sintió tanta nostalgia que volvió junto a un hombre que no era bueno. ¿Acaso ella había hecho lo mismo? ¿Acaso había buscado una excusa para volver al hogar?

Cuando se marchó de la finca de la familia de Hal, se fue a la universidad y estuvo bailando. Entonces se preguntó si realmente las bailarinas de Nueva York eran tan buenas comparadas con ella.

Además, Leslie pasó dos semanas con Alan, un Alan mucho más joven, pero el mismo hombre. Y entonces sintió por él el mismo amor in— contenible que había experimentado desde que lo conoció en el campo de deportes durante el primer curso.

—Alan —dijo ella mientras lo miraba a los ojos—. Puedo pintar. — Puedes hacer lo que quieras.

—No. Me refiero a pintar cuadros. Imágenes. De hecho, soy buena pintando personas. Con acuarelas, aunque quiero explorar otras técnicas.

Alan no parecía comprender lo que Leslie intentaba decirle. —¿Todavía quieres el...? Ya sabes. —¿Tú lo quieres?

—¿Yo? —repuso él, sorprendido—. Yo nunca he querido divorciarme de ti. Sólo quería que volvieras a mi lado.

Leslie también tenía aquella sensación, la de que había estado perdida durante mucho tiempo.

Alan la cogió entre sus brazos y ella se puso a llorar.

—¡Te he echado tanto de menos! —exclamó él—. ¡Y te quiero tanto! Siempre te he querido. ¿Recuerdas? Te dije que siempre te querría.

Sí, Leslie se acordaba. Él se lo dijo el día en que se conocieron, durante el primer curso. Él le dijo que la amaría siempre. Entonces ella se quedó paralizada junto a los columpios mientras miraba a aquel chico al que no había visto nunca, sin poder pronunciar ni una palabra.

Aquel recuerdo la hizo llorar todavía más y él la abrazó con fuerza. A continuación la besó en el cuello mientras le desabrochaba la blusa. Y, cuando Joe abrió la puerta, Atan le gritó que se marchara.

Más tarde, después de hacer el amor sobre el suelo del cenador, Leslie dijo: —Alan, despide a Bambi.

—Hecho —respondió él, y, entonces, la volvió a besar en el cuello.

## EPILOGO

### Capitulo 32

*Tres años más tarde. Maine*

Ellie dejó a Jessie ya su hijo en Bangor y condujo sola a lo largo de la costa. Jessie no le formuló muchas preguntas, pero se notaba que quería

saber qué la impulsaba a regresar a un lugar en el que sólo había estado un fin de semana años atrás. «Se trata de algo que tengo que hacer», fue todo lo que le respondió. Ellie sentía que algo la empujaba a emprender aquel viaje, pero no quería analizar la razón.

Les dio un beso de despedida y condujo hasta el pueblo donde su vida había cambiado de un modo tan drástico. Pero Ellie deambuló durante tres horas por las calles del pueblo sin encontrar la casa victoriana de Madame Zoya.

.Entonces, pidió información a una camarera que había crecido allí, pero la muchacha se rió ante la idea de que una vidente pudiera establecer su negocio en el pueblo.

—¿Se refiere a una adivina? —preguntó la muchacha.

—Es algo más que eso —respondió Ellie, a la defensiva.

Sin embargo, no podía contarle, ni a ella ni a nadie, lo que le había ocurrido allí años atrás. En un par de ocasiones, Ellie intentó contárselo a Jessie, pero sabía que él no la creería, de modo que abandonó la idea.

Durante los últimos seis meses, Ellie sintió la irreprimible necesidad de volver a Maine y visita!, de nuevo, a la vidente. Le costó un poco convencer a Jessie, pero al final lo consiguió.

Ellie salió del restaurante e intentó recordar cómo encontraron la calle y la casa la primera vez. Antes de emprender aquel viaje, Ellie buscó por todas partes la tarjeta de Madame Zoya, pero no consiguió encontrarla. Entonces envió un correo electrónico a Leslie ya Madison, pero ellas tampoco encontraron las tarjetas. En cierto modo, aquello no la sorprendió.

Ellie recorrió, una vez más, la calle principal mientras leía los nombres de las bocacalles. y no es que hubiera muchas, pero ninguna se llamaba «calle de la Eternidad». Entonces, se dio la vuelta y allí estaba.

Ellie sonrió, tomó la bocacalle y, al final de la misma, vio la casa victoriana. Estaba igual que la última vez, tan perfecta como entonces. Ellie se sintió ridícula, pero lo cierto era que el corazón le latía con fuerza mientras llamaba a la puerta.

Una señora bajita y de pelo gris respondió a su llamada. Su aspecto era agradable, pero no se trataba de Madame Zoya.

—¿Deseas ver la casa? —preguntó la mujer—. ¡Vienen tantos turistas! y muchos son tan amables que se detienen para decirme que admiran la construcción.

—La verdad es que no era ésta mi intención —repuso Ellie—. Deseaba ver a Madame Zoya.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—: Ese nombre es nuevo para mí. ¿Madame que...?

—Zoya —respondió Ellie.

—Me temo que no la conozco.

—¿Hace mucho tiempo que vive en esta casa?

La mujer sonrió.

—Mi padre la construyó como regalo de bodas para mi madre. He vivido aquí toda mi vida.

—¡Caramba! —exclamó Ellie con desilusión.

Sin embargo, ¿qué había esperado? Si alguien que hiciera lo que Madame Zoya hacía fuera fácil de encontrar, saldría en los telediarios.

—Gracias —dijo Ellie mientras se volvía para bajar los escalones. —Espera —replicó la mujer—. Tienes aspecto de querer una taza de té ya mí me encantaría tener compañía. ¿Quieres entrar?

Ellie estaba pensando en volver a Bangor, pero se dio la vuelta y entró en la casa detrás de aquella mujer. ,

—Por cierto, me llamo Primrose. —Ellie sonrió y entonces ella sacudió la mano—. Lo sé. Es un nombre muy anticuado, pero mis padres también eran muy anticuados. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Ellie Woodward —respondió ella mientras miraba a su alrededor. El interior de la casa era exactamente igual que cuando Leslie, Madison y ella estuvieron allí—. ¿No tendrá usted una hermana o conocerá a alguien que se tiña el pelo de color naranja?

Los ojos azules de Primrose centellearon.

—No. y la verdad es que creo que recordaría a alguien con ese pelo. De hecho, creo que todos los habitantes del pueblo la recordarían. Siéntate, ¿quieres? Acababa de poner la tetera en el fuego cuando llamaste ala puerta, de modo que el agua ya debe de estar hirviendo.

Ellie se sentó en un sofá y, cuando se quedó sola, tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a curiosear.

De todos modos, no habría tenido tiempo, porque Primrose volvió en cuestión de segundos.

Primrose se sentó, sirvió el té y llenó el plato de Ellie con pastelitos. —Sé que soy una anciana entrometida, pero aquí estamos muy aislados, de modo que, ¿te importaría contarme lo que querías decirle a esa Madame...? ¿Puedes repetirme su nombre?

Ellie miró a la mujer por encima de la taza de té. «Está mintiendo —pensó—. Y todo lo que le diga llegará a oídos de Madame Zoya.»

—Sólo quería darle las gracias.

—¿Eso es todo? —preguntó Primrose decepcionada. —

—y quería hablarle sobre mis amigas y sobre mí, pero como no está... Ellie dejó la taza de té sobre la mesita.

—Eres muy amable —dijo Primrose—. ¿Cómo están tus amigas? Una parte de Ellie quería obligar a aquella mujer a contar lo que sabía, pero le debía tanto a Madame Zoya que quería que le llegara aquella información fuera como fuera.

—Son muy felices —respondió Ellie—. Leslie Headrick se dedica a pintar y su marido está muy orgulloso de ella. Leslie dice que nunca se ha sentido tan feliz. Sus dos hijos estudian en la universidad y Leslie dice que, para su marido y para ella, es como una segunda luna de miel.

—Me alegro de oír buenas noticias. ¿Y tu otra amiga?

Ellie no se creía que aquella mujer no supiera quiénes eran ellas y cuál era su historia.

—Madison todavía dirige la clínica de Montana y ha tenido otro hijo.

Según ella, si pudiera, tendría una docena. Las tres nos hemos mantenido en estrecho contacto desde..., bueno, desde que estuvimos aquí. y ahora las tres somos muy felices.

Primrose mordió con delicadeza un pastelito que tenía una rosa glasea— da encima.

—¿Eso te incluye a ti? ¿Tú también eres feliz? —Sí —respondió Ellie con suavidad—. Muy feliz. Tengo un marido y un hijo estupendos y mi editora dice que el último libro que he escrito es, por el momento, el mejor.

—Vaya, esto es maravilloso —declaró Primrose—. Realmente fantástico. —De repente, se puso de pie—. Ahora, querida, deberás perdonarme, pero tengo cosas que hacer.

—Sí, desde luego —contestó Ellie mientras dejaba la taza de té sobre la mesita y se ponía de pie—. Ha sido un placer conocerla y espero que...

Sin embargo, Primrose se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal como si deseara librarse de Ellie y, unos segundos más tarde, Ellie se encontraba en el porche y la puerta de la casa estaba cerrada.

—Realmente, ha sido una despedida brusca —dijo Ellie mientras se dirigía hacia la ca1le. Entonces, buscó en su bolso, sacó un teléfono móvil y telefoneó al hotel de Bangor—. Estoy de regreso —dijo Ellie cuando Jessie contestó a la llamada.

—Me alegro. Nate y yo te hemos echado de menos —respondió Jessie. — Yo también os he echado de menos —dijo Ellie. A continuación,

cortó la comunicación y se dirigió al lugar donde había aparcado el coche de alquiler. Y, durante todo el camino, no dejó de sonreír.

Tan pronto como Ellie desapareció de su vista, Primrose corrió la cortina y se dirigió a la parte trasera de la casa. Allí había una habitación pequeña forrada con un papel con rosas estampadas. El mobiliario era escaso, sólo tres sillas y una alfombra sobre el suelo de roble. Primrose cruzó la habitación y presionó una rosa de la pared que no destacaba de las demás. Entonces, una puerta se abrió.

Al otro lado, había una habitación no mayor que un armario. En el interior, había una mesa y, encima, lo que la gente suele llamar una bola de cristal. A la izquierda, una túnica morada y una peluca naranja colgaban de la pared. La pared de la derecha estaba cubierta con fotografías de distintas personas.

Primrose se dirigió a la mesa y cogió tres prospectos y unas tijeras. Poco a poco, recortó las fotografías de los prospectos.

Una de las fotografías era de Ellie y acompañaba al anuncio de la publicación de uno de sus libros. Otra era de Leslie, y aparecía en un programa sobre una exposición de sus cuadros. La tercera era de Madison, y estaba impresa en un prospecto de su antiguo instituto bajo el título: «Graduados distinguidos.»

De la pared colgaban las fotografías que Madame Zoya tomó de las tres amigas años antes. Primrose prendió las nuevas fotografías al lado de las antiguas y dio un paso atrás para percibir las diferencias. En las fotografías originales, la tristeza se reflejaba en los ojos de las tres mujeres, sin embargo, en las nuevas la tristeza había desaparecido.



Librodot

Primrose sonrió con satisfacción, se alejó un poco más de la pared y miró todas las fotografías. En total, había más de cien fotografías de hombres y mujeres y, al lado de cada una de ellas había otra más reciente. En algunos casos, la primera fotografía era mejor que la segunda. Sin embargo, la mayoría de los fotografiados mostraba una mejor actitud hacia la vida en la segunda fotografía. Primrose contempló la de un hombre que llevaba gafas oscuras. Cuando tenía catorce años, sufrió un accidente y se quedó ciego. Al lado de esta fotografía, había otra del mismo hombre mirando directamente a la cámara y sonriendo.

Primrose exhaló un pequeño suspiro de satisfacción, abrió un cajón, sacó tres tarjetas y las deslizó en el interior de su bolsillo. A continuación salió de la salita, cerró la puerta tras ella y se dirigió al exterior, se detuvo un momento en el porche y sonrió. Después bajó los escalones y se encaminó al pueblo.



Librodot